

EL NUEVO LIBRO DEL CREADOR DE 2.001

ARTHUR C.
CLARKE

Luz de
Otros Días

STEPHEN
BAXTER

se

Lectulandia

Arthur C. Clarke, autor ganador del premio Nebula, el Hugo y el J. W. Campbell

Stephen Baxter, autor ganador del premio Philip K. Dick, el British SF y el J. W. Campbell

Una colaboración sin precedentes entre uno de los más grandes escritores de cf del siglo XX y otro que lo será del XXI

Luz de otros días cuenta la historia de lo que sucede cuando un brillante industrial aprovecha los beneficios de la física cuántica. Así consigue que cualquier persona pueda ver lo que hace otra desde cualquier sitio en cualquier situación. Las esquinas y paredes ya no son barreras, todo momento de la existencia por muy privado o íntimo que sea queda expuesto a los demás.

Esta nueva tecnología supone la súbita abolición de la intimidad humana... para siempre. Mientras que los hombres y mujeres afrontan el trauma de la nueva situación, esta misma tecnología demostrará ser capaz de mirar también en el pasado. Nada puede prepararnos para lo que vendrá después: el descubrimiento de lo que hay de verdad y mentira a lo largo de los miles de años de historia humana tal y como la conocíamos.

Como consecuencia de este saber, los gobiernos son derribados, las religiones caen, las bases de la sociedad humana tiemblan desde su propia raíz. Marca un cambio fundamental en la condición humana provocando la desesperación, el caos, y quizás, también la oportunidad de trascender como raza.

Luz de otros días es un tour de force, un evento para el próximo milenio y una narración que no olvidarás.

Lectulandia

Arthur C. Clarke y Stephen Baxter

Luz de otros días

Solaris Ficción - 07

ePub r1.0

orhi 03.08.16

Título original: *The light of other days*
Arthur C. Clarke y Stephen Baxter, 2000
Traducción: Domingo Santos
Ilustración de cubierta: Lisa Pifher

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Bob Shaw

¿No es posible —me pregunto a menudo— que cosas que hemos sentido con gran intensidad tengan una experiencia independiente de nuestras mentes, de hecho existan todavía? Y si es así, ¿no será posible, a su debido tiempo, que se invente algún dispositivo mediante el cual podamos acceder a ellas?... En vez de recordar aquí una escena y ahí un sonido, encajaré una conexión en la pared; y escucharé el pasado...

— VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

Prólogo

Bobby podía ver la Tierra, completa y serena, dentro de su jaula de plateada luz.

Dedos verdes y azules se adentraban en los nuevos desiertos de Asia y del Medio Oeste norteamericano. Los arrecifes artificiales brillaban en el Caribe, azul pálido contra el más profundo del océano. Grandes y espigadas máquinas trabajaban en los polos para reparar la atmósfera. El aire era tan claro como el cristal, porque ahora la humanidad extraía su energía del núcleo de la propia Tierra.

Y Bobby sabía que si quería, con un mero esfuerzo de voluntad, podía mirar hacia atrás en el tiempo.

Podía contemplar el florecer de las ciudades en la paciente superficie de la Tierra, hasta verlas disminuir y desaparecer como rojizo rocío. Podía ver las especies marchitarse y retrotraerse como hojas enrollándose dentro de sus yemas. Podía contemplar la lenta danza de los continentes a medida que la Tierra reunía su calor primordial y lo acumulaba en su corazón de hierro. El presente era una resplandeciente burbuja en expansión de vida y consciencia, con el pasado encerrado dentro, atrapado inmóvil como un insecto en ámbar.

Durante largo tiempo, en aquella rica y creciente Tierra, empapada en conocimiento, una humanidad intensificada había permanecido en paz; una paz inimaginable cuando nació.

Y todo esto había derivado de la ambición de un hombre..., un hombre venal, imperfecto, un hombre que nunca había llegado a comprender hasta dónde le conducirían sus sueños.

Qué notable, pensó.

Bobby miró a su pasado, y a su corazón.

Uno

La pecera de peces de colores

Nosotros..., sabemos lo cruel que es a menudo la verdad, y nos preguntamos si el engaño no es más consolador.

—Henri Poincaré (1854-1912)

1

El mecanismo Casimir

Poco después de amanecer, Vitali Keldish subió envaradamente a su coche, puso en marcha la Conducción Automática, y dejó que el coche lo alejara del decrepito hotel.

Las calles de Leninsk estaban vacías, el asfalto cuarteado, muchas ventanas tapiadas con tablas. Recordaba cómo había sido aquel lugar en su momento de máximo esplendor, en los años 1970 quizá: una concurrida ciudad científica con una población de decenas de miles de personas, con escuelas, cines, una piscina, un estadio, cafés, restaurantes y hoteles, incluso su propia emisora de televisión.

Sin embargo, cuando pasó la puerta principal en la parte norte de la ciudad, ahí estaba todavía el viejo indicador azul con su flecha blanca señalando: A BAIKONUR, proclamando aún aquel antiguo nombre engañoso. Y allí, en el vacío corazón de Asia, los ingenieros rusos todavía construían naves espaciales y las lanzaban al cielo.

Pero, reflexionó tristemente, no por mucho más tiempo.

El sol se alzó al fin y barrió las estrellas: todas menos una, vio, la más brillante de todas. Avanzaba a una velocidad pausada pero innatural, cruzando el cielo meridional. Era la ruina de la Estación Espacial Internacional: nunca completada, abandonada el 2010, después del accidente de la vieja Lanzadera Espacial. Pero la Estación todavía seguía girando alrededor de la Tierra, un invitado no bienvenido a una fiesta terminada hacía mucho.

El paisaje más allá de la ciudad era desolado. Pasó junto a un camello erguido pacientemente a un lado de la carretera, con una mujer marchita a su lado, vestida con harapos. Era una escena que hubiera podido encontrar en cualquier momento en los últimos mil años, pensó, como si todos los grandes cambios, políticos y técnicos y sociales, que habían barrido aquellas tierras no hubieran servido para nada. Lo cual quizás era la realidad.

Pero a la creciente luz del sol de aquel naciente día, la estepa era verde y estaba sembrada de brillantes flores amarillas. Bajó su ventanilla e intentó detectar la fragancia de la pradera que tan bien recordaba; pero su nariz, arruinada por toda una vida de tabaco, le falló. Sintió una punzada de tristeza, como siempre le ocurría en aquella época del año. Las hierbas y las flores desaparecerían pronto: la primavera de la estepa era breve, tan trágicamente breve como la propia vida.

Alcanzó la cordillera.

Era un lugar de torres de acero apuntando al cielo, de enormes montículos de cemento. El cosmódromo —mucho más enorme que sus competidores occidentales— cubría miles de kilómetros cuadrados de esta tierra vacía. Buena parte de él estaba ahora abandonado, por supuesto, y las grandes estructuras de lanzamiento se estaban oxidando lentamente en el seco aire, o habían sido desmanteladas para chatarra..., con o sin el consentimiento de las autoridades.

Pero esta mañana había mucha actividad alrededor de una plataforma. Pudo ver técnicos con sus trajes protectores y sus sombreros naranjas yendo y viniendo alrededor de la gran estructura, como adoradores a los pies de algún inmenso dios.

Una voz flotó por encima de la estepa desde el altavoz de una torre. *Gotovnosti diesiat minut.* Diez minutos y contando.

La caminata desde el coche hasta el estrado, aunque corto, lo agotó. Intentó ignorar el martilleo de su recalcitrante corazón, el gotear del sudor en su cuello y frente, sus jadeos, el rígido dolor que se había apoderado de su brazo y cuello.

Cuando ocupó su lugar los que ya estaban allí lo saludaron. Estaban los hombres y mujeres corpulentos y satisfechos de sí mismos que, en esta nueva Rusia, se movían sin problemas tanto entre las autoridades legítimas como en el lodoso submundo; y estaban los jóvenes técnicos, con sus rostros de rata como todas las nuevas generaciones a causa del hambre que había assolado el país desde la caída de la Unión Soviética.

Aceptó sus saludos, pero se sintió feliz de hundirse en un aislado anonimato. A los hombres y mujeres de este duro futuro no les importaba para nada ni él ni sus recuerdos de un pasado mejor.

Y tampoco les importaba mucho lo que estaba a punto de ocurrir allí. Todos sus chismorreos se dedicaban a acontecimientos muy lejanos: a Hiram Patterson y sus agujeros de gusano, su promesa de convertir la Tierra en algo tan transparente como el cristal.

Era muy evidente para Vitali que era la persona más anciana allí. El último superviviente de los viejos días, quizá. Ese pensamiento le produjo un cierto placer agrio.

De hecho, habían transcurrido casi exactamente setenta años desde el lanzamiento del primer *Molniya* —“rayo”— en 1965. Hubieran podido ser sesenta días, tan vívidos eran los acontecimientos en la mente de Vitali, cuando el joven ejército de científicos, ingenieros de cohetes, técnicos, obreros, cocineros, carpinteros y albañiles habían acudido a aquella desolada estepa y —viviendo en chozas y tiendas, asándose y congelándose alternativamente, armados con poco más que su dedicación y el genio de Korolev— habían construido y lanzado las primeras naves especiales de la humanidad.

El diseño de los satélites *Molniya* había sido absolutamente ingenioso. Los grandes impulsores de Korolev eran incapaces de lanzar un satélite hasta la órbita geosincrónica, ese alto radio donde la estación flotaría por encima de un punto fijo

sobre la superficie de la Tierra. Así que Korolev lanzó sus satélites en trayectorias elípticas de ocho horas. Con tales órbitas, cuidadosamente escogidas, tres *Molniyas* podían proporcionar cobertura a la mayor parte de la Unión Soviética. Durante décadas la U. R. S. S. y luego Rusia habían mantenido constelaciones de *Molniyas* en sus órbitas excéntricas, proporcionando al gran y extenso país una esencial unidad social y económica.

Vitali consideraba los satélites de comunicaciones *Molniya* como el mayor logro de Korolev, superando incluso los logros de Designer de lanzar robots y seres humanos al espacio, alcanzando Marte y Venus, incluso —tan cerca— batiendo a los americanos en la carrera a la Luna.

Pero ahora, quizá, la necesidad de esos maravillosos pájaros estaba muriendo al fin.

La gran torre de lanzamiento retrocedió rodando, y los últimos cordones umbilicales de energía cayeron, agitándose lentamente como gordas serpientes negras. La esbelta forma del impulsor quedó revelada, una aguja con su barroco ahusamiento típico de los antiguos, maravillosos, absolutamente fiables diseños de Korolev. Aunque el sol estaba ahora alto en el cielo, el cohete estaba bañado por una brillante luz artificial, envuelto en vapor exhalado por la masa de combustibles criogénicos en sus tanques.

Tri. Dva. Odin. ¡Zashiganiye!

Ignición...

Mientras se acercaba al complejo de NuestroMundo, Kate Manzoni se preguntó si no habría conseguido llegar con un poco más de retraso del que estaba de moda a aquel acontecimiento espectacular, tan brillantemente estaba pintado el cielo del estado de Washington por el espectáculo de luz de Hiram Patterson.

Pequeños aviones se entrecruzaban en el cielo, manteniendo una capa de (sin duda medioambientalmente inocuo) polvo sobre el cual los láseres pintaban imágenes virtuales de una Tierra que daba vueltas sobre sí misma. Cada pocos segundos el globo se volvía transparente, para revelar el familiar logotipo de la compañía NuestroMundo encajado en su núcleo. Todo era vulgarmente chillón, por supuesto, y sólo servía para oscurecer la auténtica belleza del alto y límpido cielo nocturno.

Opacificó el techo del coche y descubrió que sus ojos estaban llenos todavía de imágenes residuales.

Un zángano flotó fuera del coche. Era otro globo de la Tierra que giraba lentamente, y cuando habló su voz era suave, absolutamente sintética, desprovista de emoción.

—Por aquí, señorita Manzoni.

—Sólo un momento —susurró—. Mecanismo de Búsqueda. Espejo.

Una imagen de sí misma cristalizó en el centro de su campo de visión, cubriendo

desconcertantemente al girante zángano. Comprobó su vestido por delante y por detrás, conectó los tatuajes programables que adornaban sus hombros, y metió los mechones rebeldes de su negro pelo allá donde debían estar. La imagen de sí misma, sintetizada por las cámaras del coche y transmitida a sus implantes retinales, era un poco granulosa y propensa a descomponerse en sus bloques de pixels si se movía demasiado rápidamente, pero eso era una limitación de la anticuada tecnología de su implante de los órganos de los sentidos que estaba dispuesta a aceptar. Mejor sufrir un poco de borrosidad que dejar que algún cirujano de torpe mano de la tecnología aumentativa CNS abriera *su* cráneo.

Cuando estuvo lista anuló la imagen y salió del coche, tan graciosamente como pudo en su ridículamente ajustado y poco práctico vestido.

El complejo de NuestroMundo resultó ser una alfombra de precisos cuadrados de hierba separando los edificios de tres plantas de las oficinas, rechonchas cajas de cristal azul sostenidas por delgados tirantes de hormigón reforzado. Era feo y exótico, muy a la moda empresarial de los 1990. La planta baja de cada edificio era un aparcamiento abierto, en uno de los cuales se aparcó por sí mismo su coche.

Se unió a un río de gente que fluía a la cafetería del complejo, con los zánganos bamboleándose sobre sus cabezas.

La cafetería era todo un espectáculo, un sorprendente cilindro de cristal a varios niveles construido alrededor de un trozo del Muro de Berlín repleto de graffiti. Sorprendentemente, un arroyo atravesaba directamente el centro de la sala, con pequeños puentes de piedra cruzándolo. Esta noche quizás un millar de invitados se apretujaban sobre el cristalino suelo, con grupos juntándose y dispersándose y una nube de conversaciones burbujeando en ellos.

Varias cabezas se volvieron hacia ella, algunas reconociéndola, algunas — masculinas y femeninas— evaluándola con franco cálculo lujurioso.

Recorrió rostro tras rostro, y repetidos shocks de reconocimiento la sobresaltaron. Había presidentes, dictadores, realeza, potencias industriales y financieras, y la habitual dispersión de celebridades del cine y de la música y de las demás artes. No divisó a la presidenta Juárez en persona, pero sí a varios miembros de su gabinete. Hiram había reunido a una auténtica multitud para su último espectáculo, le concedió.

Por supuesto, sabía que ella no estaba aquí únicamente por su brillante talento periodístico o por sus habilidades conversadoras, sino por su combinación de belleza y la celebridad menor que había seguido a su revelación del descubrimiento del Ajenjo. Pero ése era un ángulo que se había sentido feliz de explotar desde su gran éxito.

Los zánganos flotaban por encima de las cabezas, llevando canapés y bebidas. Aceptó un cóctel. Algunos de los zánganos llevaban imágenes de uno u otro de los canales de Hiram. En su mayoría las imágenes eran ignoradas en la excitación, incluso las más espectaculares —había una, por ejemplo, que mostraba la imagen de un cohete espacial a punto de ser lanzado, evidentemente desde alguna polvorienta

estepa en Asia—, pero no podía negar que el efecto acumulativo de toda esa tecnología era impresionante, como si reforzara el famoso alarde de Hiram de que la misión de NuestroMundo era informar a todo un planeta.

Gravitó hacia una de las más grandes acumulaciones de personas que estaban cerca, intentando ver quién, o qué, era el centro de la atención. Descubrió a un joven delgado de pelo negro, con un bigote de morsa y gafas redondas, que llevaba un más bien absurdo uniforme de soldado de pantomima de color verde lima brillante con cordoncillo escarlata. Parecía estar sujetando un instrumento musical de latón, quizás una tuba tenor. Lo reconoció de inmediato, por supuesto, y tan pronto como lo hizo perdió interés. Sólo un virtual. Empezó a observar a la multitud a su alrededor, comprobando su infantil fascinación hacia este simulacro de una santificada celebridad muerta hacía mucho tiempo.

Un hombre ya maduro la estaba contemplando demasiado atentamente. Sus ojos eran extraños, de un color gris innaturalmente pálido. Se preguntó si no estaría en posesión de la nueva gama de implantes retinales que se rumoreaba —operando a longitudes de onda milimétricas, a las cuales los textiles eran transparentes, y con un poco de sutil intensificación de imagen— permitían al sujeto ver a través de la ropa. Dio un paso tentativo hacia ella, y sus ayudas ortóticas, su invisible máquina de caminar, zumbaron rígidamente.

Kate se dio la vuelta y se alejó.

—... es sólo un virtual, me temo. Nuestro joven sargento de ahí, quiero decir. Como sus tres compañeros, que se hallan dispersos por la sala. Ni siquiera el poder de mi padre se extiende todavía a resucitar a los muertos. Pero por supuesto usted ya lo sabía.

La voz en su oído la sobresaltó. Se volvió, y se encontró mirando al rostro de un hombre joven: quizá veinticinco años, pelo negro azabache, una orgullosa nariz romana, una barbilla con un hoyuelo arrebatador. La mezcla de antepasados quedaba reflejada en el tostado pálido de su piel, las densas cejas negras sobre unos ojos sorprendentemente azules. Pero su mirada vagaba inquieta, incluso en esos primeros momentos de su encuentro, como si tuviera problemas en mantener el contacto visual.

—Me está usted mirando —dijo.

Ella se puso a la defensiva.

—Bueno, usted me sobresaltó. De todos modos, sé quien es. —Era Bobby Patterson, el hijo único y heredero de Hiram..., y un notable depredador sexual. Se preguntó cuántas otras mujeres no acompañadas había tomado como blanco aquella noche.

—Y yo la conozco *a usted*, señorita Manzoni. ¿O puedo llamarla Kate?

—Puede. Yo llamo a su padre Hiram, como todo el mundo, aunque nunca lo he conocido personalmente.

—¿Quiere conocerle? Puedo arreglarlo.

—Estoy segura de que puede.

Ahora la estudió un poco más de cerca, gozando evidentemente con el gentil duelo verbal.

—¿Sabe?, hubiera podido adivinar que era usted periodista..., escritora al menos. La forma en que observaba a la gente reaccionar al virtual, antes que al propio virtual... Vi sus artículos sobre el Ajenjo, por supuesto. Causó una auténtica sensación.

—No tanto como el fenómeno auténtico que golpeará el Pacífico el 27 de mayo del 2534 d. C.

Él sonrió, y sus dientes eran como ristras de perlas.

—Me intriga usted, Kate Manzoni —dijo—. En estos momentos está accediendo usted al Mecanismo de Búsqueda, ¿verdad? Le está preguntando acerca de mí.

—No. —Se sintió irritada por la sugerencia—. Soy periodista. No necesito ninguna muleta para la memoria.

—Yo sí, evidentemente. Recuerdo su rostro, su historia, pero no su nombre. ¿Se siente ofendida?

Ella se encrespó.

—¿Por qué debería? De hecho...

—De hecho, huelo una cierta química sexual en el aire. ¿Estoy en lo cierto?

Un pesado brazo rodeó su hombro, notó un poderoso aroma a colonia barata. Era Hiram Patterson en persona: uno de los hombres más famosos del planeta.

Bobby sonrió y, suavemente, retiró el brazo de su padre del hombro de ella.

—Papá, estás siendo embarazoso de nuevo.

—Oh, olvídalo. La vida es demasiado corta, ¿no? —El acento de Hiram mostraba fuertes huellas de sus orígenes, las largas vocales nasales de Norfolk, Inglaterra. Era muy parecido a su hijo, pero de piel más oscura, calvo, con una orla de cerdoso pelo negro alrededor de la cabeza; sus ojos eran de un intenso azul sobre la prominente nariz familiar, y sonreía fácilmente, mostrando unos dientes manchados por la nicotina. Parecía enérgico, más joven que su edad, a punto de cumplir los setenta—. Señorita Manzoni, soy un gran admirador de su trabajo. Y permítame decirle que luce usted espectacular.

—Lo cual sin duda es el motivo de que esté aquí.

Él se echó a reír, complacido.

—Bueno, eso también. Pero deseaba asegurarme de que hubiera una persona inteligente entre los políticos con viento en la cabeza y las preciosidades vacías que atestan estos acontecimientos. Alguien que fuera capaz de registrar este momento histórico.

—Me siento halagada.

—No, no es cierto —dijo Hiram bruscamente—. Está siendo irónica. Ha oído rumores acerca de lo que voy a comunicar esta noche. Probablemente incluso ha generado algunos de ellos. Piensa que soy un loco megalomaniaco...

—No creo haber dicho eso. Lo que veo es un hombre con un nuevo juguete. Hiram, ¿cree realmente que un juguete puede cambiar el mundo?

—¡Pero los juguetes lo hacen, ¿sabe?! En sus tiempos fue la rueda, la agricultura, la elaboración del hierro..., inventos que necesitaron miles de años para extenderse por todo el planeta. Pero ahora se necesita tan sólo una generación o menos. Piense en el automóvil, la televisión. Cuando yo era niño los ordenadores eran armarios gigantescos servidos por un sacerdocio con tarjetas perforadas. Ahora todos pasamos la mitad de nuestras vidas sumergidos en las Pantallas Blandas. Y *mi* juguete va a pasar por encima de todo eso... Bueno, tendrá que decidir por usted misma. — Estudió a Kate—. Disfrute de la noche. Si este joven lechuguino no la ha invitado todavía, venga a cenar y le enseñaremos más, todo lo que desee ver. De veras. Hable a uno de los zánganos. Ahora disculpe... —Hiram apretó brevemente sus hombros y se abrió camino entre la multitud, sonriendo y agitando la mano mientras se marchaba.

Kate inspiró profundamente.

—Siento como si acabara de estallar una bomba.

Bobby se echó a reír.

—Siempre produce este efecto. Por cierto...

—¿Qué?

—Iba a pedírselo de todos modos antes de que el viejo loco se entrometiera. Venga a cenar con nosotros. Y quizá podamos divertirnos un poco, conocernos mejor el uno al otro...

Mientras seguía hablando, ella lo desintonizó y se enfocó en lo que sabía acerca de Hiram Patterson y NuestroMundo.

Hiram Patterson —nacido Hiram Patel— había conseguido salir de sus empobrecidos orígenes en las tierras de marjales del este de Inglaterra, una región que ahora había desaparecido bajo el invasor mar del Norte. Había hecho su primera fortuna usando tecnologías japonesas de clonación para fabricar ingredientes para medicinas tradicionales en su tiempo hechas a partir de cuerpos de tigres —bigotes, patas, garras, incluso huesos— y exportándolas a las comunidades chinas de todo el mundo. Eso le había proporcionado notoriedad: insultos por utilizar tecnología avanzada para servir a necesidades tan primitivas, alabanzas por reducir la presión sobre la escasa población reinante de tigres en la India, China, Rusia e Indonesia, (Eso no significaba que ahora quedasen más tigres, de todos modos.)

Después de eso Hiram se diversificó. Había desarrollado con éxito la primera Pantalla Blanda del mundo, un sistema de imagen flexible basada en pixels polimerizados capaces de emitir luz multicolor. Con el éxito de la Pantalla Blanda Hiram empezó a hacerse seriamente rico. Pronto su compañía, NuestroMundo, se convirtió en puntera en tecnologías avanzadas, comunicación, noticias, deportes y entretenimiento.

Pero Gran Bretaña estaba declinando. Como parte de la Europa unificada —

desprovista de las herramientas de la política macroeconómica como el control del cambio y las tasas de interés, y sin embargo no protegida por la imperfectamente integrada economía superior—, el gobierno británico se vio incapaz de detener el fuerte colapso económico. Finalmente, en el 2010, el desasosiego social y el clima de colapso forzaron a Gran Bretaña a salirse de la Unión Europea, y el Reino Unido se hizo pedazos, con Escocia emprendiendo su propio camino. Durante todo este período Hiram luchó por conservar las fortunas de NuestroMundo.

Luego, en el 2019, Inglaterra, con Gales, cedió Irlanda del Norte a Eire, despachó a los miembros de la familia real a Australia —donde aún eran bienvenidos— y se convirtió en el cincuenta y dos estado de los Estados Unidos de América. Con el beneficio de la movilidad laboral, las transferencias financieras interregionales y otros rasgos protectores de la auténticamente unificada economía norteamericana, Inglaterra medró.

Pero tuvo que hacerlo sin Hiram.

Como ciudadano de los Estados Unidos, Hiram aprovechó rápidamente la oportunidad de trasladarse a las afueras de Seattle, Washington, y le encantó establecer una nueva sede social allí, en lo que anteriormente fuera el complejo de Microsoft. A Hiram le gustaba alardear de que iba a convertirse en el Bill Gates del siglo XXI. Y de hecho su compañía y su poder personal, en el fértil suelo de la economía norteamericana, crecieron exponencialmente.

De todos modos, sabía Kate, sólo era uno más de un cierto número de poderosos personajes en un atestado y competitivo mercado. Ella estaba allí aquella noche porque —eso decían los rumores, y eso había supuesto ella— Hiram iba a revelar algo nuevo, algo que iba a cambiar todo aquello.

Como contraste, Bobby Patterson había crecido envuelto en el poder de Hiram.

Educado en Eton, Cambridge y Harvard, había ocupado varios puestos en las compañías de su padre y disfrutado de la espectacular vida de un playboy internacional y del soltero más codiciado del mundo. Por todo lo que Kate sabía, nunca había demostrado la menor chispa de iniciativa propia ni el menor deseo de escapar de los brazos de su padre..., y mucho menos suplantarle.

Kate contempló su perfecto rostro. Es un pájaro feliz en su jaula de oro, pensó. Un mimado niño rico.

Pero se sintió enrojecer bajo su mirada, y despreció su propia biología.

No había dicho nada desde hacía algunos segundos; Bobby todavía aguardaba a que respondiera a su invitación a asistir a la cena.

—Pensaré en ello, Bobby.

Pareció desconcertado, como si nunca antes hubiera recibido una respuesta tan vacilante.

—¿Hay algún problema? Si quiere, puedo...

—Señoras y caballeros.

Todas las cabezas se volvieron; Kate se sintió aliviada.

Hiram había montado un escenario en un extremo de la cafetería. Detrás de él, una Pantalla Blanda gigante mostraba una enorme imagen de su cabeza y hombros. Les sonreía a todos, como algún dios benevolente, y los zánganos giraban por encima de su cabeza portando imágenes parecidas a joyas de los múltiples canales de NuestroMundo.

—Desearía darles, por encima de todo, las gracias por acudir a presenciar este momento histórico y por su paciencia. Ahora el show está a punto de empezar.

El virtual parecido a un dandi con el uniforme de soldado verde lima se materializó en el escenario al lado de Hiram, y sus gafas redondas destellaron bajo las luces. Se le unieron otros tres, vestidos de rosa, azul y escarlata, cada uno llevando un instrumento musical: un oboe, una trompeta, un flautín. Hubo algunos aplausos dispersos. Los cuatro hicieron una ligera inclinación de cabeza y se dirigieron con paso ágil a una zona detrás del escenario, donde les aguardaban una batería y tres guitarras eléctricas.

Hiram dijo con voz relajada:

—Estas imágenes nos están siendo transmitidas, aquí a Seattle, desde una emisora cerca de Brisbane, Australia, a través de varios satélites de comunicaciones, con un lapso de tiempo de unos pocos segundos. No me importa decirles que esos muchachos han hecho toda una montaña de dinero en el último par de años: su nueva canción, “Let Me Love You”, fue número uno en todo el mundo durante cuatro semanas allá por Navidad, y todos sus beneficios fueron a parar a obras de caridad.

—*Una nueva canción* —murmuró Kate cínicamente.

Bobby se le acercó un poco más.

—¿No le gustan los V-Fab?

—Oh, vamos —dijo ella—. Los originales se separaron hace sesenta años. Dos de ellos murieron antes de que yo naciera. Sus guitarras y batería son tan primitivos y pasados de moda comparados con las nuevas bandas, donde la música emerge del baile de los intérpretes..., y de todos modos todas esas *nuevas* canciones no son más que pura basura extrapolada por sistemas expertos.

—Todo ello parte de nuestra..., ¿cómo lo llama en sus polémicas?..., de nuestra degeneración cultural —dijo él suavemente.

—Infiernos, sí —respondió ella, pero ante la suave actitud del otro se sintió un poco azarada por su acidez.

Hiram seguía hablando.

—... no sólo un truco publicitario. Nací en 1967, durante el Verano del Amor. Por supuesto, hay quienes dicen que los años sesenta fueron una revolución cultural que no condujo a ninguna parte. Quizá sea cierto..., directamente. Pero esos años, y su música de amor y esperanza, tuvieron un importante papel en modelarme, y a otros de mi generación.

Bobby miró a Kate. Hizo mímica de vomitar con una mano extendida, y ella tuvo que taparse la boca para no echarse a reír.

—... y en la cumbre de aquel verano, el 25 de junio de 1967, se montó un show global de televisión para demostrar el poder de la naciente red de comunicaciones. — Detrás de Hiram, el batería de los V-Fab marcó el compás, y el grupo empezó a tocar una melancólica parodia de *La Marsellesa* que dio paso a una armonía espléndidamente cantada a tres voces—. Ésta fue la contribución británica —dijo Hiram por encima de la música—. Una canción acerca del amor, cantada a doscientos millones de personas por todo el mundo. Ese show se llamó *Nuestro Mundo*. Sí, correcto. De ahí saqué el nombre de mi compañía. Sé que es un poco trillado. Pero apenas vi las cintas de aquel acontecimiento, a los diez años, supe lo que quería hacer con mi vida.

Trillado, sí, pensó Kate, pero innegablemente efectivo; la audiencia estaba contemplando hechizada la gigantesca imagen de Hiram mientras la música de un verano de hacía siete décadas reverberaba por toda la cafetería.

—Y ahora —dijo Hiram con un floreo de showman— creo que he alcanzado la meta de mi vida. Sugiero que se sujeten a algo, incluso a alguien que tengan a mano...

El suelo se hizo transparente.

Suspendida de pronto sobre un espacio vacío, Kate sintió que se tambaleaba, pese a la solidez del suelo bajo sus pies. Hubo una oleada de risas nerviosas, unos cuantos gritos, el suave tintinear de copas dejadas caer.

Kate se sorprendió al descubrir que se había agarrado al brazo de Bobby. Pudo sentir un nudo de músculos allí. Él puso su mano sobre la de ella, al parecer sin ningún cálculo.

Ella dejó su mano allá donde estaba. Por el momento.

Parecía estar flotando sobre un cielo estrellado, como si aquella cafetería hubiera sido transportada al espacio. Pero aquellas “estrellas”, encajadas contra un cielo negro, estaban reunidas y colocadas en una disposición cúbica, enlazadas por una sutil tracería de luz multicolor. Contemplando aquel entramado, con las imágenes retrocediendo en la distancia, Kate tuvo la impresión como si estuviera contemplando un túnel infinitamente largo.

Con la música aún sonando a su alrededor —tan artística y sutilmente distinta de la grabación original—, Hiram dijo:

—No están contemplando ustedes el cielo, el espacio. En su lugar están mirando *hacia abajo*, a la más profunda estructura de la materia.

“Esto es un cristal de diamante. Los puntos blancos que ven son átomos de carbono. Los enlaces son las fuerzas de valencia que los unen. Quiero hacer hincapié en que lo que van a ver, aunque aumentado, no es una simulación. Con la tecnología moderna, los microscopios escáner de túnel, por ejemplo, podemos construir imágenes de la materia incluso a sus niveles más fundamentales. *Todo lo que ven es*

real. Ahora... sigamos adelante”.

Imágenes holográficas se elevaron para llenar la habitación, como si la cafetería y todos sus ocupantes estuvieran sumergiéndose en el entramado y encogiéndose mientras lo hacían. Los átomos de carbono se hincharon sobre la cabeza de Kate como pálidos globos grises; había incitantes asomos de estructura en su interior. Y a todo su alrededor el espacio destellaba. Puntos de luz parpadeaban a la existencia, sólo para verse apagados de inmediato. Era algo extraordinariamente hermoso, como nadar a través de una nube de luciérnagas.

—Están contemplando el espacio —dijo Hiram—. El espacio “vacío”. Ésta es la materia que llena el universo. Pero ahora estamos viendo el espacio a una resolución mucho más precisa que los límites del ojo humano, un nivel al cual son visibles los electrones individuales, y a ese nivel los efectos cuánticos se vuelven importantes. El espacio “vacío” está en realidad *lleno*, lleno de fluctuantes campos de energía. Y esos campos se manifiestan como partículas: fotones, parejas de electrones-positrones, quarks... Destellan y nacen a una breve existencia, impulsados por la masa-energía prestada, luego desaparecen cuando la ley de la conservación de la energía se reafirma. Nosotros los seres humanos vemos el espacio y la energía y la materia desde muy arriba, como un astronauta volando por encima de un océano. Estamos demasiado altos para ver las olas, los flecos de espuma que arrastran. Pero están ahí.

“Y todavía no hemos alcanzado el final de nuestro viaje. Sujeten sus copas, amigos”.

La escala estalló de nuevo. Kate se descubrió volando por el interior del cristalino interior, cubierto por una capa como de cebolla, de uno de los átomos de carbono. Había una masa dura y brillante en su centro, un racimo de irregulares esferas. ¿Era aquello el núcleo?... ¿y eran aquellas esferas interiores protones y neutrones?

Mientras el núcleo flotaba hacia ella oyó gritar a la gente. Aferrada todavía al brazo de Bobby, intentó no retroceder cuando chocó con uno de los nucleones.

Y entonces...

No había nada allí. Ninguna forma, ninguna luz definida, ningún color más allá de un carmesí rojo sangre. Y sin embargo había movimiento, un lento, insidioso, interminable agitar, puntuado por burbujas que se alzaban y estallaban. Era como el lento hervir de algún denso y hediondo líquido.

Hiram dijo:

—Hemos alcanzado lo que los físicos llaman el nivel de Planck. Estamos a *veinte* órdenes de magnitud más profundos que el nivel de la partícula virtual que vimos antes. Y a este nivel ni siquiera podemos estar seguros de la estructura del espacio en sí: topología y geometría se descomponen, y espacio y tiempo se desenmarañan.

Al más fundamental de los niveles no había secuencia de tiempo, ningún orden de espacio. La unificación del espaciotiempo se veía rasgada por las fuerzas de la gravedad cuántica, y el espacio se convertía en una hirviente espuma probabilística, unida por agujeros de gusano.

—Sí, agujeros de gusano —dijo Hiram—. Lo que estamos viendo aquí son las bocas de los agujeros de gusano que se forman espontáneamente, entrelazadas por campos eléctricos. El espacio es lo que impide que todo esté en el mismo lugar. ¿Correcto? Pero a este nivel el espacio es granular, y no podemos confiar en que siga haciendo su trabajo. Y así la boca de un agujero de gusano puede conectar cualquier punto, en esta pequeña región de espaciotiempo, con cualquier otro punto... *cualquier lugar*: el centro de Seattle, o Brisbane, Australia, o un planeta de Alfa del Centauro. Es como si puentes de espaciotiempo estuvieran naciendo a la existencia y muriendo espontáneamente. —Su enorme rostro les sonrió tranquilizadamente a todos. *Yo no comprendo nada de esto más que ninguno de ustedes*, decía la imagen. *Confíen en mí*—. Mis equipos técnicos estarán disponibles más tarde para proporcionarles una mayor información hasta tan profundo como puedan entender.

”Lo más importante es lo que pretendemos hacer con todo esto. Dicho simplemente, vamos a meter la mano en esta espuma cuántica y a agarrar el agujero de gusano que queramos: un agujero de gusano que conecte nuestro laboratorio, aquí en Seattle, con una instalación idéntica en Brisbane, Australia. Y cuando lo hayamos estabilizado, ese agujero de gusano formará un enlace a través del cual podremos enviar señales..., *ganándole a la propia luz*.

“Y esto, damas y caballeros, es la base de una nueva revolución en las comunicaciones. No más caros satélites destruidos por micrometeoritos y perdiendo la estabilidad de su órbita allá arriba en el cielo; no más frustrantes retrasos; no más horribles facturas..., el mundo, nuestro mundo, quedará definitivamente unido al fin”.

Mientras los virtuales seguían tocando hubo un zumbido de conversaciones, incluso entrecortadas preguntas. “¡Imposible!” “Los agujeros de gusano son inestables; todo el mundo lo sabe.” “Las radiaciones que penetran en ellos hacen que los agujeros de gusano se colapsen inmediatamente”. “No es posible que...”

El gigantesco rostro de Hiram dominaba por encima de la hirviente espuma cuántica. Hizo restallar los dedos. La espuma cuántica desapareció para ser reemplazada por un solo artefacto que colgaba en la oscuridad bajo sus pies.

Hubo un blando suspiro generalizado.

Kate vio una acumulación de brillantes puntos de luz..., ¿átomos? Las luces construyeron una esfera geodésica, cerrada sobre sí misma, girando lentamente. Y dentro, vio, había otra esfera, girando en sentido opuesto..., y dentro de esa otra esfera, y otra, y otra, hasta los límites de la visión. Era como alguna pieza de relojería, un antiguo planetario de átomos. Pero toda la estructura pulsaba con una pálida luz azul, y captó una acumulación de grandes energías.

Era, admitió, realmente hermoso.

Hiram dijo:

—Esto recibe el nombre de mecanismo Casimir. Es quizá la máquina más exquisitamente construida jamás por el hombre, una máquina en la que hemos estado

trabajando durante años..., y sin embargo tiene menos de unos pocos cientos de diámetros atómicos de diámetro.

“Pueden ver que las distintas capas están formadas por átomos, de hecho átomos de carbono; la estructura está relacionada con las estructuras estables naturales llamadas “bolas concéntricas” de carbono 60. Elaboras las capas actuando sobre el grafito con haces láser. Hemos cargado el mecanismo con cargas eléctricas usando jaulas llamadas trampas de Penning..., campos electromagnéticos. La estructura se mantiene unida lo más apretadamente posible, con tan sólo el diámetro de unos pocos electrones de separación entre capa y capa. Y en esos huecos tan angostos se produce un milagro...”

Kate, cansada del alarde de Hiram, consultó rápidamente su Mecanismo de Búsqueda. Averiguó que el “efecto Casimir” estaba relacionado con las partículas virtuales que había visto destellar a la existencia y luego desaparecer. En el estrecho hueco entre las capas atómicas, debido a los efectos de resonancia, sólo podían existir ciertos tipos de partículas. Y así esos huecos estaban más vacíos que el espacio “vacío”, y en consecuencia eran menos energéticos.

Este efecto de energía negativa podía dar nacimiento, entre otras cosas, a la antigravedad.

Los distintos niveles de la estructura estaban empezando a girar con mayor rapidez. Aparecieron pequeños relojes alrededor de la imagen del mecanismo, contando pacientemente de diez a nueve, ocho, siete. La sensación de energía acumulándose era palpable.

—La concentración de energía en los huecos Casimir se está incrementando — dijo Hiram—. Vamos a inyectar la energía negativa del efecto Casimir en los agujeros de gusano de la espuma cuántica. Los efectos antigravitatorios estabilizarán y agrandarán los agujeros de gusano.

“Calculamos que la probabilidad de hallar un agujero de gusano que conecte Seattle con Brisbane, con una exactitud aceptable, es de una entre diez millones. Así que necesitaremos unos diez millones de intentos para localizar el agujero de gusano que deseamos. Pero ésta es una maquinaria atómica y funciona malditamente rápido; incluso un centenar de millones de intentos deberían tomar menos de un segundos... Y la belleza de todo esto es que, a nivel cuántico, los enlaces a cualquier lugar que deseemos *ya existen*: todo lo que debemos hacer es encontrarlos”.

La música de los virtuales creció hacia su coro final. Kate miró como la máquina de Frankenstein bajo sus pies giraba locamente, resplandecía, palpablemente llena de energía.

Y los relojes terminaron su cuenta.

Hubo un destello cegador. La gente gritó.

Cuando Kate pudo ver de nuevo, la máquina atómica, todavía girando, ya no estaba sola. Una cuenta plateada, perfectamente esférica, flotaba a su lado. ¿La boca de un agujero de gusano?

Y la música había cambiado. Los V-Fab habían alcanzado la cúspide de su canción. Pero la música estaba distorsionada por otro canto mucho más tosco que precedía al otro sonido de más alta calidad en unos pocos segundos.

Aparte de la música, la sala estaba completamente silenciosa.

Hiram jadeó, como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—Eso es —dijo—. La nueva señal que oyen es la misma actuación, pero ahora transmitida hasta aquí a través del agujero de gusano..., *sin ningún lapso de tiempo significativo*. Lo conseguimos. Esta noche, por primera vez en la historia, la humanidad está enviando una señal a través de un agujero de gusano estable...

Bobby se inclinó hacia Kate y dijo irónicamente:

—La primera vez, aparte todos los tests.

—¿De veras?

—Por supuesto. No creerá que iba a dejar todo esto al azar, ¿verdad? Mi padre es un showman. Pero no se le puede censurar al hombre este momento de gloria.

La gigantesca pantalla que mostraba a Hiram estaba sonriendo.

—Damas y caballeros..., no olviden nunca lo que acaban de ver esta noche. Esto es el principio de la auténtica revolución en las comunicaciones.

Los aplausos empezaron lentamente, dispersos, pero ascendieron rápidamente hasta un clímax atronador.

Kate halló imposible no unirse a ellos. Me pregunto dónde conducirá todo esto, pensó. Seguro que las posibilidades de esta nueva tecnología —basada, después de todo, en la manipulación de los propios espacio y tiempo— no se limitarán a la simple transferencia de datos. Tuvo la sensación de que nada iba a ser lo mismo a partir de ese momento.

Los ojos de Kate se vieron atraídos por una brizna de luz, deslumbrante, en alguna parte por encima de su cabeza. Uno de los zánganos transportaba una imagen de la nave cohete que había visto antes. Ascendía sobre un fondo de cielo gris azul de Asia central, absolutamente silenciosa. Parecía extrañamente pasada de moda, una imagen surgida del pasado antes que del futuro.

Nadie más la estaba observando, e incluso para ella tenía poco interés. Desvió la vista hacia otro lado.

La llama verde rojiza onduló en los curvados canales de acero y cemento. La luz pulsó a través de la estepa hacia Vitali. Era brillante, casi cegadora, y barrió los miserables focos que iluminaban todavía la tribuna de observación, incluso el brillo del sol de la estepa. E, incluso antes de que la nave abandonara el suelo, el rugido lo alcanzó, un tronar que sacudió su pecho.

Ignorando el creciente dolor en su brazo y hombro, el entumecimiento de sus manos y pies, Vitali permaneció de pie, abrió sus cuarteados labios y añadió su voz a aquel divino rugir. Siempre había sido un viejo tonto sentimental en aquellos

momentos.

Pero había mucha agitación a su alrededor. La gente de allí, las ratas hambrientas, los mal entrenados técnicos y los gordos y corruptos dirigentes, estaban desviando su atención del despegue. Estaban sujetando receptores de radio y televisores de palma, Pantallas Blandas como joyas que mostraban sorprendentes imágenes de Norteamérica. Vitali desconocía los detalles, y no le importaba conocerlos; pero resultaba claro que Hiram Patterson había tenido éxito con su promesa, o su amenaza.

Incluso mientras se alzaba del suelo, aquel hermoso pájaro, el último *Molniya*, era ya obsoleto.

Vitali permaneció envarado allí de pie, decidido a mirar durante tanto tiempo como pudiera, hasta que aquel punto de luz en el extremo de la gran columna de humo se fundiera en el espacio.

... Pero ahora el dolor en su brazo y pecho alcanzaron el clímax, como si alguna mano huesuda estuviera aferrándolos. Jadeó. Intentó seguir manteniéndose en pie. Pero ahora había una nueva luz, ascendiendo a todo su alrededor, más brillante aún que la luz del cohete que bañaba la estepa del Kazajstán; y no pudo resistir más.

2

El ojo de la mente

Mientras era conducida al interior de la propiedad, Kate la evaluó como típica de Seattle: verdes colinas que descendían suavemente hasta el océano, enmarcadas bajo un sol de otoño gris y bajo.

Pero la mansión de Hiram —una gigantesca cúpula geodésica, todo ventanas— parecía como si acabara de aterrizar en la ladera, uno de los edificios más feos y chillones que Kate había visto nunca.

A su llegada entregó su abrigo a un zángano. Su identidad fue escaneada..., no sólo una lectura de sus implantes sino también, probablemente, una identificación de su rostro, incluso un discreto secuenciado de su ADN, todo ello en unos segundos. Luego fue conducida al interior por los robots sirvientes de Hiram.

Hiram estaba trabajando. No le sorprendió. Los seis meses transcurridos desde el lanzamiento de su tecnología de Transmisión de Datos a través de un agujero de gusano habían sido los más atareados para él, y los de mayor éxito para NuestroMundo, de toda la historia, según los analistas. Pero llegaría a tiempo para la cena, dijo el zángano.

Así que fue puesta en manos de Bobby.

La estancia era grande, la temperatura neutra, las paredes tan lisas y sin rasgos como una cáscara de huevo. La luz era baja, el sonido sin ecos, muerto. El único mobiliario era un cierto número de divanes reclinables de piel negra. Al lado de cada uno de los divanes había una pequeña mesa con un grifo de agua y una plataforma para alimentos intravenosos.

Y allí estaba Bobby Patterson, presumiblemente uno de los jóvenes más ricos y más poderosos del planeta, recostado solo en un diván en la oscuridad, con los ojos abiertos pero desenfocados, los miembros flácidos. Había una banda de metal alrededor de sus sienes.

Se sentó en un diván al lado del de Bobby y lo estudió. Podía ver que respiraba lentamente, y que la comida intravenosa que había conectado a una toma en su brazo estaba proporcionándole suavemente alimento a su abandonado cuerpo.

Iba vestido con una camisa suelta negra y unos pantalones cortos. Su cuerpo, revelado allá donde la suelta ropa descansaba sobre su piel, era una losa de músculos. Pero eso no decía mucho sobre su estilo de vida; ahora uno podía esculpir fácilmente

su cuerpo mediante tratamientos de hormonas y estimulación eléctrica. Incluso podía hacer eso mientras permanecía recostado allí, pensó, como una víctima del coma yaciendo en una cama de hospital.

Había una ligera huella de baba en la comisura de sus entreabiertos labios. La secó con un dedo y cerró suavemente la boca.

—Gracias.

Se volvió sobresaltada. Bobby —otro Bobby, idénticamente vestido al primero— estaba de pie a su lado, sonriendo. Irritada, le lanzó un puñetazo al estómago. Su puño, por supuesto, lo atravesó limpiamente. Él ni se inmutó.

—Entonces puede verme —dijo él.

—Le veo.

—Posee implantes retinales y cocleares, ¿no? Esta habitación está diseñada para producir virtuales compatibles con todas las recientes generaciones de tecnología aumentativa CNS. Por supuesto, para mí está usted sentada en el lomo de un fitosaurio de aspecto más bien común.

—¿Un qué?

—Un cocodrilo triásico. Que está empezando a darse cuenta de que está usted aquí. Bienvenida, señorita Manzoni.

—Kate.

—Sí. Me alegra que aceptara usted mi, nuestra, invitación a cenar. Aunque no esperaba que necesitara seis meses para responder.

Ella se encogió de hombros.

—*Hiram se hace más rico todavía* no es una historia demasiado apasionante.

—Hummm. Lo cual implica que ha oído usted algo nuevo. —Por supuesto, tenía razón; Kate no dijo nada—. O —prosiguió— quizá finalmente ha sucumbido a mi encantadora sonrisa.

—Quizá sí si su boca no estuviera llena de baba.

Bobby bajó la vista a su propia forma inconsciente.

—¿Vanidad? ¿Deberíamos preocuparnos de nuestro aspecto incluso cuando estamos explorando un mundo virtual? —Frunció el ceño—. Por supuesto, si tiene usted razón, esto es algo de lo que deberá ocuparse mi gente de marketing.

—¿*Su* gente de marketing?

—Por supuesto. —“Tomó” una banda metálica de un diván a su lado; una copia virtual del objeto que se separó de la cosa real, que siguió sobre el diván—. Éste es el Ojo de la Mente. La más nueva tecnología VR de NuestroMundo. ¿Quiere probarlo?

—Realmente no.

Él la estudió.

—No es usted virgen en la VR, Kate. Sus implantes sensoriales...

—... son exactamente los mínimos requeridos para vivir en el mundo moderno. ¿Ha *probado* usted alguna vez desenvolverse en el Aeropuerto SeaTac sin capacidades VR?

Él se echó a reír.

—En realidad normalmente tengo a gente que se ocupa de esto por mí. Supongo que piensa usted que todo forma parte de una gigantesca conspiración de las grandes compañías.

—Por supuesto que sí. La invasión tecnológica de nuestros hogares y coches y lugares de trabajo hace tiempo ya que alcanzó el punto de saturación. Ahora van a por nuestros cuerpos.

—Qué furiosa está. —Alzó la banda de cabeza. Era un momento extrañamente repetitivo, pensó con aire ausente, una copia virtual de Bobby sujetando una copia virtual de un generador virtual—. Pero esto es diferente. Pruébelo. Haga un viaje conmigo.

Ella dudó..., pero finalmente, con la impresión de que estaba siendo grosera, aceptó; después de todo era una invitada allí. Pero rechazó su ofrecimiento de la alimentación intravenosa.

—Simplemente echaremos una mirada y volveremos antes de que nuestros cuerpos se hagan pedazos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo él—. Elija un diván. Simplemente encaje la banda de cabeza sobre sus sienes, así. —Alzó cuidadosamente el artilugio virtual sobre su cabeza. Su rostro, intenso, era innegablemente hermoso, pensó ella; parecía como Cristo con la corona de espinas.

Se tendió en un diván cercano y alzó la banda del Ojo de la Mente sobre su cabeza. Era cálida y elástica, y cuando se la aplicó más allá de su cabello pareció encajarse por sí misma en su lugar.

Su cuero cabelludo, bajo la banda, hormigueó.

—Auch.

—Infusores. No se preocupe por ellos. La mayor parte del input se produce vía estimulación magnética transcraneal. Cuando estemos ajustados no sentirá nada... — Mientras se acomodaba pudo ver los dos cuerpos del hombre, el de carne y el de pixels, sobreponerse brevemente.

La estancia se oscureció. Durante un latido de corazón, dos, no pudo ver ni oír nada. La sensación de su propio cuerpo desapareció, como si su cerebro estuviera siendo sorbido fuera de su cráneo.

Se sintió caer de nuevo dentro de su cuerpo con un intangible *tump*. Pero ahora estaba de pie.

En alguna especie de lodo.

Luz y calor estallaron sobre ella, azul, verde, pardo. Estaba en la orilla de un río, sumergida hasta los tobillos en un denso limo negro.

El cielo era azul pálido. Estaba en el linde de un bosque, una lujuriente extensión de helechos, pinos y coníferas gigantes, cuyo denso y oscuro follaje bloqueaba buena

parte de la luz. El calor y la humedad eran asfixiantes; podía sentir cómo el sudor empapaba su camisa y sus pantalones, aplastaba su pelo contra su frente. El cercano río era ancho, lánguido y amarronadamente lodoso.

Penetró un poco más en el bosque, buscando terreno más firme. La vegetación era muy densa; hojas y ramas abofeteaban su rostro y brazos. Había insectos por todas partes, incluidas gigantescas libélulas azules, y la jungla estaba repleta de ruidos: gorjeos, gruñidos, graznidos.

La sensación de realidad era sorprendente, la autenticidad mucho más allá que cualquier VR que hubiera experimentado antes.

—Impresionante, ¿verdad? —Bobby estaba de pie a su lado. Llevaba unos pantalones cortos y una camisa color caqui y un sombrero ancho, estilo safari; de su hombro colgaba un rifle de aspecto extraño.

—¿Dónde estamos? Quiero decir...

—¿Cuándo estamos? Esto es Arizona: finales del triásico, hace unos doscientos millones de años. Se parece más bien a África, ¿verdad? Este período nos proporcionó los estratos del Desierto Pintado. Tenemos gigantescas colas de caballo, helechos, cicadáceas, licopodios... Pero en algunos aspectos es un mundo aburrido. La evolución de las flores todavía queda lejos en el futuro. Le hace a uno pensar, ¿no?

Ella apoyó sus pies sobre un tronco e intentó desprenderse el limo de sus piernas con las manos. El calor era profundamente incómodo, y su creciente sed era aguda. Su brazo desnudo estaba cubierto por una miríada de glóbulos de sudor que brillaban auténticamente, tan calientes que parecía como si estuvieran a punto de hervir.

Bobby señaló hacia arriba.

—Mire.

Era un pájaro, aleteando muy poco elegantemente entre las ramas de un árbol... No, era demasiado grande y desmañado para ser un pájaro. Además, carecía de plumas. Quizá fuera algún tipo de reptil volador. Avanzaba produciendo un susurro púrpura, correoso, y Kate se estremeció.

—Admítalo —dijo él—. Se siente impresionada.

Ella movió sus brazos y piernas hacia uno y otro lado, se dobló hacia la derecha y hacia la izquierda.

—Mis sentidos corporales son intensos. Puedo sentir mis miembros, sentir el arriba y el abajo cuando me muevo. Pero supongo que sigo tendida en mi diván, babeando como lo hacía usted.

—Sí. Los rasgos de propiocepción del Ojo de la Mente son muy sorprendentes. Ni siquiera está usted sudando. Bueno, probablemente no; a veces se produce algo de filtración. Ésta es tecnología VR de cuarta generación, a contar desde los toscos Gafas-y-Guantes, luego los implantes sensoorgánicos como los suyos, y los implantes corticales, que permitían una interface directa entre los sistemas externos y el sistema nervioso central humano...

—Bárbaro —restalló ella.

—Quizá —admitió él suavemente—. Lo cual me lleva al Ojo de la Mente. Las bandas de cabeza producen campos magnéticos que pueden estimular áreas precisas del cerebro. Todo sin la necesidad de intervención física.

“Pero no es sólo la redundancia de los implantes lo que es excitante —añadió con voz suave—. Es la precisión y el alcance de la simulación que podemos conseguir. En este momento, por ejemplo, un mapa ojo de pez de la escena está siendo grabado directamente sobre su corteza visual. Estimulamos la amígdala y la ínsula en el lóbulo temporal para proporcionarle una sensación de olfato. Eso es esencial para la autenticidad de la experiencia. Los aromas parecen ir directamente al sistema límbico del cerebro, la sede de las emociones. Por eso los aromas son siempre evocadores, ¿sabe? Incluso administramos suaves sacudidas de dolor estimulando la corteza cingulada anterior, el centro no del dolor en sí, sino de la recepción consciente del dolor. En realidad actuamos mucho sobre el sistema límbico, para asegurar que todo lo que ve usted conlleva un impacto emocional”.

“Luego está la propiocepción, las sensaciones corporales, que son muy complejas e implican inputs sensorales de la piel, músculos y tendones, información visual y de movimiento del cerebro, datos del equilibrio del oído interno. Se necesita mucho cartografiado cerebral para mantenerlo todo en orden. Pero ahora podemos hacerle caer, volar, reaccionar a los sobresaltos, todo ello sin abandonar su diván..., y podemos hacer que vea maravillas como ésta”.

—Conoce muy bien todo esto. Se siente orgulloso de ello, ¿verdad?

—Por supuesto. Es mi desarrollo. —Parpadeó, y ella se dio cuenta de que era la primera vez que él la miraba directamente desde hacía algunos minutos; incluso aquí en esta jungla triásica de imitación, la hacía sentir vagamente inquieta..., aunque se notaba, a un cierto nivel, indudablemente atraída hacia él.

—Bobby..., ¿en qué sentido es esto *suyo*? ¿Lo inició usted? ¿Lo descubrió?

—Soy el hijo de mi padre. Trabajo en su empresa. Pero superviso la investigación sobre el Ojo de la Mente. Hago las pruebas de campo de los productos.

—¿Pruebas de campo? ¿Quiere decir que viene aquí y juega a cazar dinosaurios?

—Yo no lo llamaría jugar —dijo él suavemente—. Déjeme mostrárselo. —Se puso bruscamente en pie y se adentró en la jungla.

Ella luchó por seguirle. No tenía machete, y las ramas y espinas no tardaron en cortar sus delgadas ropas y su piel. Escocía, pero no *demasiado*..., por supuesto que no. No era real, sólo algún maldito juego de aventura. Siguió a Bobby, echando humo interiormente acerca de la tecnología decadente y el exceso de riqueza.

Alcanzaron el borde de un claro, un área de árboles caídos y carbonizados dentro del cual luchaban por emerger nuevos brotes. Quizás el claro había sido producido por un rayo.

Bobby alzó un brazo, manteniéndola en el borde del bosque.

—Mire.

Un animal estaba escarbando con el hocico y las patas entre los muertos y carbonizados fragmentos de madera. Debía de tener dos metros de largo, con una cabeza como de lobo y protuberantes caninos. Pese a su apariencia lupina, sin embargo, gruñía como un cerdo.

—Un cinodonte —susurró Bobby—. Un protomamífero.

—¿Nuestro antepasado?

—No. Los auténticos mamíferos ya habían establecido su propia rama. Los cinodontes son un callejón evolutivo sin salida... Mierda.

Se había producido un fuerte ruido de aplastamiento de la maleza en el otro extremo del claro. Era un dinosaurio a lo *Jurassic Park*, de dos metros de altura; apareció saltando fuera del bosque sobre sus enormes patas traseras, con sus grandes mandíbulas muy abiertas, sus escamas reluciendo.

El cinodonte pareció quedarse helado, con los ojos fijos en el depredador.

El dinosaurio saltó al lomo del cinodonte, que fue aplastado bajo el peso de su asaltante. Los dos rodaron, destrozando los jóvenes brotes de árboles, con el cinodonte chillando desesperadamente.

Kate retrocedió hacia la espesura de la jungla, aferrando el brazo de Bobby. Sentía estremecerse el suelo, el poder del encuentro. Impresionante, concedió.

El carnosauo terminó encima de su enemigo. Sujetando a su presa con el peso de su cuerpo, se inclinó sobre el cuello del protomamífero y, con un simple cerrar de sus mandíbulas, lo quebró. El cinodonte todavía seguía debatiéndose, pero una serie de blancos huesos asomaron por su desgarrado cuello y la sangre manó abundante. Y cuando el carnosauo desgarró el estómago de su presa hubo un hedor de carne putrefacta que casi hizo vomitar a Kate...

Casi, pero no completamente. Por supuesto que no. Porque, si miraba con atención, había una clara artificiosidad en la sangre que manaba del protomamífero, un brillo desusado en las escamas del dinosaurio. Todos los VR eran así: chillones pero limitados, incluso el hedor y el ruido eran modelados para el usuario, todo tan inofensivo —y en consecuencia tan sin significado— como un paseo por un parque temático.

—Creo que es un dilofosauo —murmuró Bobby—. Fantástico. Por eso me encanta este período. Es una especie de encrucijada de la vida. Todo se superpone aquí, lo viejo con lo nuevo, nuestros antepasados y los primeros dinosaurios...

—Sí —dijo Kate, recuperándose—. Pero no es *real*.

Él se palmeó el cráneo.

—Es como toda ficción. Tienes que suspender tu incredulidad.

—Pero no es más que algunos campos magnéticos haciendo cosquillas a mi cerebro inferior. Esto ni siquiera es el genuino triásico, por el amor de Dios, tan sólo es alguna mala imitación académica..., con un poco de color añadido para el turista virtual.

Él le estaba sonriendo.

—Siempre está tan furiosa. ¿Qué pretende con eso?

Ella contempló sus vacíos ojos azules. Hasta ahora él había establecido la agenda. Si quieres ir más allá, se dijo a sí misma, si quieres acercarte más a lo que viniste a buscar, tendrás que desafiarle.

—Bobby, en estos momentos está usted echado en una habitación a oscuras. Nada de esto cuenta.

—Suena como si sintiera lástima por mí. —Parecía curioso.

—Toda su vida parece ser así. Pese a todo lo que dice sobre los proyectos VR y las responsabilidades empresariales, no tiene ningún control *real* sobre nada, ¿verdad? El mundo en el que vive es tan irreal como cualquier simulación virtual. Piense en ello: usted estaba realmente solo, hasta que aparecí yo.

Él meditó aquello.

—Quizá. Pero apareció usted. —Se echó el rifle al hombro—. Vamos. Es hora de cenar con papá. —Enarcó una ceja—. Quizá se quede usted por aquí incluso después de haber conseguido lo que quiere de nosotros.

—Bobby...

Pero él ya había alzado las manos a su banda de cabeza.

La cena fue difícil.

Los tres se sentaron en la parte superior de la cúpula geodésica de la mansión de Hiram. Las estrellas y un delgado creciente de luna se asomaban entre los huecos de las veloces nubes. El cielo no podía ser más espectacular, pero a Kate se le ocurrió que gracias a la Transmisión de Datos del agujero de gusano de Hiram el cielo pronto iba a ser mucho más apagado, cuando se dejara que el último de los satélites de comunicaciones de órbita baja cayese de nuevo a la atmósfera.

La comida estaba espléndidamente preparada, como había esperado, y servida por silenciosos robots zánganos. Pero los platos eran simples platos de pescado del tipo que podía conseguir sin problemas en cualquiera de una docena de restaurantes de Seattle, el vino un sencillo chardonnay californiano. No había ninguna huella allí de los complejos orígenes de Hiram, ninguna originalidad ni expresión de personalidad de ningún tipo.

Y mientras tanto, el enfoque de Hiram sobre ella fue intenso y constante. La bombardeó con preguntas y aclaraciones sobre sus antecedentes, su familia, su carrera; una y otra vez se descubrió diciéndole más de lo que debería.

La hostilidad del hombre, bajo su barniz de educación, era inconfundible. Sabe detrás de lo que voy, se dio cuenta.

Bobby permanecía sentado sin intervenir, comiendo poco. Aunque su desconcertante costumbre de evitar el contacto visual persistía, parecía más consciente de su presencia que antes. Kate captó una cierta atracción —eso no era difícil de leer—, pero también una cierta fascinación. Quizás había conseguido

atravesar de alguna forma su complaciente y bruñida piel, tal como había esperado. O más probablemente, se concedió, estaba simplemente desconcertado por sus propias reacciones hacia ella.

O quizá todo no era más que una fantasía por parte de ella, y debería dejar de entrometerse en las cabezas de otras personas, una costumbre que siempre había condenado fuertemente en otros.

—No lo capto —estaba diciendo Hiram ahora—. ¿Cómo puede haber tomado hasta el 2033 descubrir el Ajenjo, un objeto de cuatrocientos kilómetros de diámetro? Ya sé que está más allá de Urano, pero pese a todo...

—Es extremadamente oscuro y se mueve muy lentamente —dijo Kate—. Al parecer es un cometa, pero mucho mayor que cualquier cometa conocido. No sabemos de dónde procede; quizás haya una nube de tales objetos ahí fuera, en alguna parte más allá de Neptuno.

“Y de todos modos nadie estaba mirando especialmente hacia aquel lado. Incluso la Vigilancia Espacial se concentra en el espacio cerca de la Tierra, los objetos que tienen probabilidades de chocar con nosotros en un futuro próximo. El Ajenjo fue hallado por una red de observadores del cielo aficionados”.

—Hummm —dijo Hiram—. Y ahora está de camino hacia aquí.

—Sí. Llegará en quinientos años.

Bobby agitó una fuerte mano manicurada.

—Pero eso todavía está muy lejos. Tiene que haber planes de contingencia.

—¿Qué planes de contingencia? Bobby, el Ajenjo es un gigante. No conocemos ninguna forma de empujar esa maldita cosa lejos, ni siquiera en principio. Y cuando esa roca nos caiga encima, no habrá ningún lugar donde ocultarse.

—¿No conocemos ninguna forma? —dijo Bobby secamente.

—Quiero decir los astrónomos...

—Por la forma en que hablaba casi imaginé que usted lo había descubierto. —La estaba agujijoneando, respondiendo a su anterior agujijonazo—. Es tan fácil mezclar los logros de uno con los de la gente en quien uno confía, ¿verdad?

La risa de Hiram era casi un cloqueo.

—Puedo decirlos, chicos, que lo estáis llevando muy bien. Basta con argumentar un poco... Y usted, señorita Manzoni, ¿cree que la gente tiene derecho a saber que el mundo va a terminar irremediablemente dentro de quinientos años?

—¿Usted no?

—¿Y no le preocupan las consecuencias? —dijo Bobby—. ¿Los suicidios, el aumento del índice de abortos, el abandono de varios proyectos de conservación del medio ambiente?

—Yo traje la mala noticia —dijo ella tensamente—, no traje al Ajenjo. Mire, si no estamos informados no podremos actuar, para bien o para mal; no podremos tomar la responsabilidad sobre nosotros mismos en el tiempo que nos queda. No es que nuestras acciones sean prometedoras. Probablemente lo mejor que podremos hacer

será enviar un puñado de gente a alguna parte donde estén seguros, la Luna o Marte o un asteroide. Incluso eso no garantiza la salvación de la especie, a menos que podamos establecer una población procreadora. Y —dijo intensamente— aquellos que escaparán serán sin duda los que nos gobiernan y su descendencia, a menos que nos desprendamos de nuestra anestesia electrónica.

Hiram echó hacia atrás su silla y estalló en una risotada.

—Anestesia electrónica. Qué cierto es. Siempre que yo sea quien venda la anestesia, por supuesto. —La miró directamente—. Me gusta usted, señorita Manzoni.

Mentiroso.

—Gracias...

—¿Por qué está usted aquí?

Hubo un largo silencio.

—Usted me invitó.

—Hace seis meses y siete días. ¿Por qué ahora? ¿Está trabajando para mis rivales?

—No. —Se puso a la defensiva ante aquello—. Soy una *free-lance*.

Él asintió.

—Sin embargo, desea usted algo de aquí. Una historia, por supuesto. El Ajenjo ya está retrocediendo en su pasado, y necesita usted nuevos triunfos, un nuevo objetivo. De eso es de lo que vive la gente como usted. ¿No es así, señorita Manzoni? Pero, ¿qué puede ser? Nada personal, por supuesto. Hay poco en mí que no sea del dominio público.

—Oh, me atrevería a decir que hay unas cuantas cosas —dijo ella con cuidado. Inspiró profundamente—. La verdad es que oí que tiene usted un nuevo proyecto. Una nueva aplicación a los agujeros de gusano, mucho más allá de la simple Transmisión de Datos que...

—Ha venido usted aquí para desenterrar hechos —dijo Hiram.

—Vamos, Hiram. Todo el mundo se está conectando a sus agujeros de gusano. Si puedo saber el resto...

—Pero usted no sabe nada.

Aquello la irritó. *Le mostraré lo que sé.*

—Nació usted Hirdamani Patel. Antes de que usted naciera la familia de su padre se vio obligada a huir de Uganda. Limpieza étnica, ¿no?

Hiram la miró con ojos furiosos.

—Esto es del dominio público. En Uganda mi padre era un director de banco. En Norfolk conducía autobuses, y nadie reconocía sus cualificaciones...

—Usted no era feliz en Inglaterra —siguió atacando Kate—. Descubrió que era incapaz de superar las barreras de raza y clase. Así que se marchó a Norteamérica. Abandonó su verdadero nombre, adoptó una versión anglicada. Se ha convertido en una especie de modelo para los asiáticos en Norteamérica. Y sin embargo se desgajó

por completo de sus orígenes étnicos. Cada una de sus esposas ha sido blanca, anglosajona y protestante.

Bobby pareció sobresaltado.

—¿Esposas? Papá...

—La familia lo es todo para usted —prosiguió Kate con voz llana, requiriendo su atención—. Parece que está intentando establecer una dinastía a través de Bobby. Quizá sea porque abandonó a su propia familia, a su propio padre, allá en Inglaterra.

—Ah. —Hiram juntó sus manos, forzando una sonrisa—. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que papá Sigmund se nos uniera en la mesa. Así que ésta es su historia. ¡Hiram Patterson está edificando NuestroMundo porque se siente culpable respecto a su padre!

Bobby tenía el ceño fruncido.

—Kate, ¿de *qué* nuevo proyecto está hablando?

¿Era posible que Bobby realmente no lo supiera? Sostuvo la mirada de Hiram, recreándose en su repentino poder sobre él.

—Lo bastante significativo para él como para llamar a su hermano de vuelta de Francia.

—Mi *hermano*...

—Lo bastante significativo para él como para aceptar a Billybob Meeks como socio inversor. Meeks, el fundador de TierraRevelación. ¿Ha oído hablar usted de eso, Bobby? La última perversión religiosa sorbementes y vaciábolos que aflige a la desdichada población crédula norteamericana...

—Esto es irrelevante —restalló Hiram—. Sí, estoy trabajando con Meeks. Trabajaré con cualquiera. Si la gente desea comprar mi equipo RV para poder ver a Jesús y sus apóstoles bailando un zapateado, se lo venderé. ¿Quién soy yo para juzgar? No todos somos tan mojigatos como usted, señorita Manzoni. No todos disponemos de ese lujo.

Pero Bobby no dejaba de mirar a Hiram.

—¿Mi *hermano*?

Kate estaba sorprendida, y revisó de nuevo mentalmente la conversación.

—Bobby..., usted no sabía *nada* de eso, ¿verdad? No sólo acerca del proyecto, sino acerca de la otra esposa de Hiram, el otro hijo... —Miró a Hiram, impresionada—. ¿Cómo puede alguien mantener un secreto así?

Hiram frunció los labios; su mirada a Kate estaba llena de odio.

—Un *hermanastro*, Bobby. Tan sólo un hermanastro.

—Su nombre es David —dijo Kate clínicamente. Lo pronunció con entonación francesa—. Su madre era francesa. Tiene treinta y dos años, siete años más que usted, Bobby. Es físico. Se desenvuelve muy bien; ha sido descrito como el Hawking de su generación. Oh, y es católico. Devoto, al parecer.

Bobby parecía, no furioso, sino más bien desconcertado. Le preguntó a Hiram:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No necesitabas saberlo —respondió Hiram.

—Y el nuevo proyecto, ¿de qué se trata? ¿Por qué no me has hablado de él?

Hiram se puso en pie.

—Su compañía ha sido encantadora, señorita Manzoni. Los zánganos le mostrarán la salida.

Kate se puso en pie.

—No puede impedir que publique lo que sé.

—Publique lo que le plazca. No tiene nada importante. —Y, sabía ella, era verdad.

Se dirigió hacia la puerta, sintiendo que su euforia se disipaba rápidamente. Lo he estropeado, se dijo. Pretendía congraciarme con Hiram, y en vez de ello lo he convertido en mi enemigo.

Miró hacia atrás. Bobby estaba todavía sentado. La miraba, con aquellos extraños ojos de ventanal de iglesia muy abiertos. *Nos veremos de nuevo*, pensó. Quizá no todo había terminado todavía.

La puerta empezó a cerrarse. Su último atisbo fue de Hiram posando su mano sobre la de su hijo, muy tiernamente.

3

Los talleres del gusano

Hiram aguardaba a David Curzon en la sala de llegadas del SeaTac.

Hiram estaba simplemente abrumador. Agarró de inmediato a David por los hombros y lo atrajo hacia él. David pudo oler la intensa colonia, el tabaco sintético, un rastro de especias. Hiram tenía casi setenta años pero no los demostraba, sin duda gracias a los tratamientos antienvjecimiento y al sutil modelado cosmético. Era alto y moreno, mientras que David, que había salido a su madre, era más recio, rubio, tendiendo a rollizo.

Y ahí estaba aquella voz que David no había oído desde que tenía cinco años, el rostro —ojos azules, nariz recia— que recordaba gravitando sobre él como una luna gigantesca.

—Muchacho. Ha pasado tanto tiempo. Ven. Tenemos mucho que recuperar...

David había pasado la mayor parte del vuelo desde Inglaterra preparándose para este encuentro. Tienes treinta y dos años, se dijo. Tienes una buena posición en Oxford. Tus artículos, y tu libro de divulgación sobre las matemáticas exóticas de la física cuántica, han sido extremadamente bien recibidos. Este hombre puede que sea tu padre. Pero te abandonó, y no tiene ningún poder sobre ti.

Ahora eres un adulto. Tienes tu fe. No tienes nada que temer.

Pero Hiram, como seguramente pretendía, había roto todas las defensas de David en los primeros cinco segundos de su encuentro. David, desconcertado, se dejó llevar.

Hiram condujo a su hijo directamente a sus instalaciones de investigación —los Talleres del Gusano, como las llamaba— al norte de Seattle. El trayecto, en un Rolls de Conducción Automática, fue rápido y alarmante. Controlados por posicionamiento por satélite y software inteligente integrado en los coches, los vehículos fluían a lo largo de las carreteras a más de 150 kilómetros por hora, a unos meros centímetros de parachoques a parachoques; todo era mucho más agresivo de lo que David estaba acostumbrado en Europa.

Pero la ciudad, lo que vio de ella, le impresionó como completamente europea, un lugar de espléndidas y bien conservadas casas con amplias vistas a las colinas y al mar, con los más modernos desarrollos integrados de forma razonablemente graciosa con el ambiente general del lugar. La zona del centro parecía muy concurrida, como si las Navidades hubieran llegado una vez más.

Recordaba poco del lugar excepto fragmentos de su infancia; el pequeño bote con el que Hiram acostumbraba a salir del Sound, viajes por encima de la línea de la nieve en invierno. Había vuelto a Norteamérica muchas veces antes, por supuesto; la física teórica era una disciplina internacional. Pero nunca había regresado a Seattle, no desde el día en que su madre lo había agarrado de una forma tan memorable y había salido violentamente de casa de Hiram.

Hiram no dejaba de hablar, inundando a su hijo con preguntas.

—¿Te sientes bien afincado en Inglaterra?

—Bueno, ya conoces los problemas del clima. Pero pese a las condiciones, Oxford es un lugar espléndido para vivir. En especial desde que abolieron los coches particulares dentro del anillo urbano y...

—¿Esos presumidos pisaverdes británicos no han conseguido quitarte ese acento francés?

—Padre, soy francés. Ésa es mi identidad.

—Pero no tu ciudadanía. —Hiram le dio a su hijo una palmada en el muslo—. Eres norteamericano. No olvides eso. —Miró a David más cautelosamente—. ¿Y sigues practicando?

David sonrió.

—¿Quieres decir si todavía soy católico? Sí, padre.

Hiram gruñó.

—Esa maldita madre tuya. El mayor error que he cometido nunca fue unirme a ella sin tener en cuenta su religión. Y ahora te ha transmitido el virus de Dios.

David sintió que las aletas de su nariz vibraban.

—Tu lenguaje es ofensivo.

—... Sí. Lo siento. ¿Así que Inglaterra es un buen lugar para ser católico hoy?

—Desde que separaron la iglesia del estado, Inglaterra ha adquirido una de las más saludables comunidades católicas del mundo.

Hiram gruñó.

—No se oyen a menudo las palabras “saludable” y “católico” en la misma frase... Ya hemos llegado.

Habían alcanzado un enorme aparcamiento. El coche se detuvo. David salió detrás de su padre. Estaban cerca del océano allí, y David se sintió inmerso de inmediato en un helado y salino aire.

El aparcamiento orillaba un gran edificio abierto, toscamente construido de cemento y metal corrugado, como un hangar de aviación. Había una gigantesca puerta corrugada a un extremo, parcialmente abierta, y camiones robots estaban transportando cajas de cartón al interior del edificio de un enorme montón que había fuera.

Hiram condujo a su hijo a una pequeña puerta de tamaño humano abierta en una pared; se veía empujada por la escala de la estructura.

—Bienvenido al centro del universo. —Hiram pareció bruscamente avergonzado

—. Mira, te he arrastrado hasta aquí sin pensar. Sé que acabas de llegar de tu vuelo. Si necesitas descansar un poco, una ducha...

Parecía realmente preocupado por su bienestar, y David no pudo resistir una sonrisa.

—Quizás algo de café, un poco más tarde. Muéstrame tu nuevo juguete.

El espacio en el interior era frío, cavernoso. Mientras cruzaban el polvoriento suelo de cemento sus pasos resonaron con mil ecos. El techo estaba envigado, y tiras de luces colgaban por todas partes, llenando el vasto volumen de aire con una fría y penetrante luz gris. Había una sensación de placidez, de calma, que le recordó a David más una catedral que unas instalaciones tecnológicas.

En el centro del edificio se alzaba un montón de equipo por encima del puñado de técnicos que trabajaban allí. David era un teórico, no un experimentalista, pero reconoció la parafernalia de un equipo experimental de alta energía. Había detectores de partículas subatómicas —hileras de bloques de cristal apilados alto y profundo— y cajas electrónicas de control montadas unas sobre otras como ladrillos blancos, empequeñecidas por la instalación del propio detector, pero cada una del tamaño de una casa móvil.

Los técnicos, sin embargo, no eran los típicos de un establecimiento de física de alta energía. Por término medio parecían más bien viejos, quizás alrededor de los sesenta años, teniendo en cuenta lo difícil que resultaba estimar la edad en esos días.

Planteó esto a Hiram.

—Sí. NuestroMundo sigue una política de contratar a trabajadores maduros. Son concienzudos, generalmente más listos de lo que eran antes gracias a los productos químicos para el cerebro que nos administran ahora, y agradecidos por tener un trabajo. Y en este caso, la mayoría de ellos son víctimas de la cancelación del SSC.

—¿El SSC, el Super Superconductor Colisionador? —Un proyecto de acelerador de partículas multicientmillonario en dólares que hubiera debido construirse bajo un campo de maíz en Texas, si no hubiera sido congelado por el Congreso en los años 1990.

—Toda una generación de físicos de partículas norteamericanos se vio afectada por esa decisión. Sobrevivieron: encontraron trabajo en la industria y en Wall Street y en otros lugares. Sin embargo, la mayoría de ellos nunca superaron su decepción...

—Pero el SSC hubiera sido un error. La tecnología del acelerador lineal puesta en práctica unos pocos años más tarde demostró ser mucho más efectiva y barata. Y además los resultados más fundamentales en física de partículas desde el 2010 o así han procedido del estudio de los acontecimientos cosmológicos de alta energía.

—Eso no importa. No para esa gente. El SSC puede que fuera un error. Pero hubiera sido *su* error. Cuando rastree a toda esa gente y les ofrecí la posibilidad de venir a trabajar en física de alta energía de primera línea se agarraron a ella como locos. —Miró de reojo a su hijo—. ¿Sabes?, eres un chico listo, David...

—Ya no soy ningún chico.

—Tuviste el tipo de educación en la que yo nunca hubiera soñado. Pero, aún así, hay mucho que puedo enseñarte. Como la forma de manejar a la gente. —Hizo un gesto con la mano hacia los técnicos—. Mira a esos hombres. Están trabajado por una promesa: por los sueños, las aspiraciones, la autorrealización de su juventud. Si puedes hallar alguna forma de aprovechar *eso*, puedes conseguir que la gente trabaje como acémilas por unos centavos.

David le siguió, con el ceño fruncido.

Llegaron junto a una barandilla, y un técnico de pelo gris —con una corta y casi asombrada inclinación de cabeza hacia Hiram— les tendió unos cascos protectores. David encajó torpemente el suyo sobre su cabeza.

Se inclinó sobre la barandilla. Podía oler a aceite de máquina, a aislante, a disolventes de limpieza. Desde allí podía ver que la hilera de detectores se extendía realmente una cierta distancia por debajo de la superficie del suelo. En el centro del pozo había un apretado nudo de maquinaria, oscura y no familiar. Una nubecilla de vapor, como un delgado chorro, ascendía desde el núcleo de la maquinaria: criogenia, quizá. Había un zumbido en alguna parte arriba. Alzó la vista para ver en acción una grúa móvil montada sobre una viga, una larga viga de acero que se extendía sobre la hilera de detectores, con un brazo sujetador al extremo.

Hiram murmuró:

—La mayor parte de todo esto no son más que detectores de uno u otro tipo, a fin de que podamos imaginar lo que ocurre..., en particular cuando algo va mal. — Señaló hacia el nudo de maquinaria en el núcleo del conjunto—. *Eso* es el final del asunto. Un racimo de imanes superconductores.

—Por eso la criogenia.

—Sí. Creamos nuestros grandes campos electromagnéticos ahí dentro, los campos que usamos para crear nuestros mecanismos Casimir. —Había orgullo en su voz..., justificable, pensó David—. Éste es el lugar donde abrimos nuestro primero agujero de gusano, allá en primavera. Voy a hacer colocar una placa, ¿sabes?, uno de esos recuerdos conmemorativos históricos. Llámame inmodesto si quieres. Ahora estamos usando este lugar para hacer avanzar más la tecnología, hasta tan lejos y tan rápido como podamos.

David se volvió a Hiram.

—¿Por qué me has traído aquí?

—... Justo la pregunta que yo iba a hacer.

La tercera voz, absolutamente inesperada, sobresaltó claramente a Hiram.

Una figura surgió de las sombras de la masa del detector y se acercó hasta situarse al lado de Hiram. Por un momento el corazón de David latió acelerado, porque hubiera podido pasar por el gemelo de Hiram..., o su fantasma prematuro. Pero una segunda mirada permitió a David detectar las diferencias: el segundo hombre era considerablemente más joven, menos recio, quizás un poco más alto, y su pelo era todavía denso y relucientemente negro.

Pero aquellos ojos azul hielo, tan poco habituales dada la descendencia asiática, eran indudablemente los de Hiram.

—Te conozco —dijo David.

—¿De la televisión?

David forzó una sonrisa.

—Tú eres Bobby.

—Y tú debes de ser David, el hermanastro que no sabía que tuviera hasta que tuve que averiguarlo por una periodista. —Bobby estaba claramente furioso, pero su autocontrol era gélido.

David se dio cuenta de que había aterrizado en medio de una complicada familia..., peor aún, aquella era *su* familia.

Hiram miró del uno al otro de sus hijos. Suspiró.

—David, quizá sea el momento de tomar ese café.

El café era de los peores que David había probado nunca. Pero el técnico que sirvió a los tres hombres flotó junto a la mesa hasta que David dio su primer sorbo. Esto es Seattle, se recordó David; aquí, la calidad del café se había convertido en un fetiche entre las clases sociales que se ocupaban de las instalaciones como aquella durante una generación. Forzó una sonrisa.

—Maravilloso —dijo.

El técnico se alejó radiante.

La cafetería de las instalaciones estaba metida en la esquina de la “contaduría”, el centro de cálculo donde eran analizados los datos de los distintos experimentos. La contaduría en sí, característica de las operaciones de Hiram siempre preocupadas por el coste, era mínima, sólo un módulo de oficina temporal con su suelo de baldosas de plástico, sus paneles fluorescentes en el techo, sus particiones de plástico imitando madera. Estaba atestada de terminales de ordenador, Pantallas Blandas, osciloscopios y otro equipo electrónico. Cables y conductos de fibra óptica serpenteaban por todos lados, haces de ellos estaban clavados a las paredes y al suelo y al techo. Había un complejo olor a ozono del equipo eléctrico, a café rancio y a sudor.

La cafetería en sí resultó ser una deprimente estancia con mesas de plástico y máquinas expendedoras automáticas, todo ello mantenido por un destartado robot zángano. Hiram y sus dos hijos se sentaron a una mesa, con los brazos cruzados, evitándose mutuamente mirarse a los ojos.

Hiram rebuscó en un bolsillo y extrajo una Pantalla Blanda del tamaño de un pañuelo y la alisó plana. Dijo:

—Vayamos al asunto. Conexión. Repetición. Cairo.

David contempló la Pantalla. Vio, a través de una sucesión de breves escenas, algún tipo de emergencia médica que se desarrollaba en el soleado El Cairo, Egipto: camilleros transportando cuerpos desde edificios, un hospital atestado de cadáveres y

familiares desesperados y abrumado personal médico, madres aferrando los cuerpos inertes de niños, gritando.

—Dios mío.

—Dios parece que estaba mirando hacia otro lado —dijo Hiram hoscamente—. Esto ocurrió esta mañana. Otra guerra del agua. Uno de los países vecinos de Egipto arrojó una toxina al Nilo. Las primeras estimaciones son de dos mil muertos, diez mil enfermos, muchas más muertes esperadas.

“Ahora —tabaleó en la pequeña Pantalla— observa la calidad de la imagen. Algunas de estas imágenes son de cámaras manejadas a mano, algunas desde zánganos. Todas tomadas dentro de los *diez minutos* siguientes a la primera noticia informada por la agencia de noticias local. Y aquí está el problema. —Hiram tocó el borde de la imagen con su uña. Llevaba un logotipo: NOT, la red Noticias online de la Tierra, uno de los más acerbos rivales de Hiram en el campo de la difusión de información—. Intentamos llegar a un acuerdo con la agencia local, pero la NOT se nos adelantó. —Miró a sus hijos—. Esto ocurre constantemente. De hecho, cuanto más crezco, más fuertemente me muerden los talones esas pequeñas criaturas rastreras como la NOT”.

“Mantengo equipos de cámaras y corresponsales por todo el mundo, con unos gastos considerables. Poseo agentes locales en cada esquina de cada calle de todo el planeta. Pero no podemos estar en todas partes. Y si no estamos allí en el momento en que ocurre algo puede tomarnos horas, días incluso, situar a un equipo en el lugar. En el negocio de noticias las veinticuatro horas del día, creedme, llegar un minuto tarde es fatal”.

David frunció el ceño.

—No comprendo. ¿Estás hablando de ventajas competitivas? Hay gente muriendo ahí, delante mismo de tus ojos.

—La gente muere constantemente —dijo Hiram con voz seca—. La gente muere en guerras por la obtención de recursos, como en El Cairo aquí, o por diferencias religiosas o étnicas, o porque algún maldito tifón o inundación o sequía les golpea cuando el clima se vuelve loco, o simplemente mueren. No puedo cambiar eso. Si yo no lo muestro, algún otro lo hará. No estoy aquí para discutir sobre moralidad. Lo que me preocupa es el futuro de mi negocio. Y precisamente en estos momentos estoy perdiendo. Y por eso te necesito. Os necesito a ambos.

—Primero hablemos de nuestras madres —dijo Bobby con brusquedad.

David contuvo el aliento.

Hiram bebió su café de un trago. Dijo con lentitud:

—De acuerdo. Pero realmente no hay mucho que decir. Eve, la madre de David, fue mi primera esposa.

—Y tu primera fortuna —dijo David secamente.

Hiram se encogió de hombros.

—Usamos la herencia de Eve como semilla para iniciar el negocio. Es importante

que lo comprendas, David. Nunca despojé de nada a tu madre. En los primeros días fuimos socios. Teníamos una especie de plan para un negocio a largo plazo. Recuerdo que lo escribimos todo en el dorso de un menú de nuestro banquete de bodas... Cumplimos con cada uno de esos malditos objetivos, y más. Multiplicamos por diez la fortuna de tu madre. Y te tuvimos a ti.

—Pero también tuviste una aventura, y tu matrimonio se rompió —dijo David.

Hiram miró de soslayo a David.

—Te gusta hacer juicios. Como a tu madre.

—Simplemente cuéntanos, papá —presionó Bobby.

Hiram asintió.

—Sí. Tuve una aventura. Con tu madre, Bobby. Heather, se llamaba. Nunca quise que las cosas ocurrieran de ese modo... David, mi relación con Eve llevaba deteriorándose desde hacía mucho tiempo. Esa maldita religión suya.

—Así que la echaste por la borda.

—Ella intentó echarme *a mí* por la borda. Yo deseaba que llegáramos a un acuerdo, que fuéramos civilizados al respecto. Al final ella se marchó de mi lado..., llevándote a ti con ella.

David se inclinó hacia adelante.

—Pero la apartaste del negocio. Un negocio que habías edificado con *su* dinero.

Hiram se encogió de hombros.

—Te he dicho que yo quería llegar a un acuerdo. Ella lo quería *todo*. No podíamos comprometernos. —Sus ojos se endurecieron—. No iba a renunciar a todo lo que había construido. No por el capricho de una loca de la religión. Aunque fuera mi esposa, tu madre. Cuando perdió el juicio de todo o nada, se fue a Francia contigo y desapareció de la faz de la Tierra. O lo intentó. —Sonrió—. No fue difícil rastrearos. —Hiram adelantó la mano en busca de su brazo, pero David lo retiró—. David, tú nunca lo supiste, pero siempre he estado ahí para ti. Encontré formas de, hum, ayudarte, sin que tu madre lo supiera. No llegaré hasta tan lejos como a decir que me debes todo lo que tienes, pero...

David sintió llamear la furia.

—¿Qué te hace pensar que deseaba tu ayuda?

—¿Dónde está tu madre ahora? —quiso saber Bobby.

David intentó calmarse.

—Murió. Cáncer. Hubiera podido ser más sencillo para ella. No podíamos permitirnos...

—Ella nunca dejó que la ayudara —dijo Hiram—. Incluso al final me rechazó.

—¿Qué esperabas? —dijo David—. Le quitaste todo lo que tenía.

Hiram sacudió la cabeza.

—Se llevó algo mucho más importante. *A ti*.

—Y así —dijo Bobby fríamente—, enfocaste tu ambición en mí.

Hiram se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Bobby, te lo di todo..., os lo he dado todo a ambos. Os preparé de la mejor manera que pude.

—¿Nos *preparaste*? —David se echó a reír, divertido—. ¿Qué tipo de palabra es ésa?

Hiram dio un golpe a la mesa.

—Si Joe Kennedy puede hacerlo, ¿por qué no Hiram Patterson? ¿No lo veis, muchachos? No hay límite a lo que podemos conseguir, si trabajamos juntos...

—¿Estás hablando de política? —David observó el desconcertado rostro de Bobby—. ¿Es eso lo que pretendías para Bobby? ¿Quizá la propia presidencia? —Se echó a reír—. Eres exactamente igual a como te imaginaba, padre.

—¿Y cómo es eso?

—Arrogante. Manipulador.

Hiram se estaba poniendo furioso.

—Y tú eres tal como esperaba. Tan pomposo y piadoso como tu madre.

Bobby miraba a su padre, pensativo.

David se puso en pie.

—Quizá ya hemos dicho lo suficiente.

La furia de Hiram se disipó de inmediato.

—No. Espera. Lo siento. Tienes razón. No te he arrastrado todo el camino hasta aquí para pelearme contigo. Siéntate y escúchame. Por favor.

David permaneció en pie.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Hiram se echó hacia atrás en su silla y lo estudió.

—Quiero que construyas un agujero de gusano más grande para mí.

—¿Cuánto más grande?

Hiram inspiró profundamente.

—Lo bastante grande como para mirar a su través.

Hubo un largo silencio.

David se sentó y sacudió la cabeza.

—Eso es...

—¿Imposible? Lo sé. Pero déjame decírtelo de todos modos. —Hiram se puso en pie y empezó a caminar por la cafetería, gesticulando mientras hablaba, animado, excitado—. Supón que puedo abrir inmediatamente un agujero de gusano desde mi sala de prensa en Seattle directamente a este acontecimiento histórico en El Cairo..., y supón que el agujero de gusano es lo bastante ancho como para transmitir imágenes del acontecimiento. Podría traer imágenes de cualquier parte del mundo directamente a la red, virtualmente sin ningún retraso. ¿Correcto? Piensa en ello. Podría despedir a mis corresponsales y mis equipos remotos, reducir mis costes a una fracción. Podría incluso establecer alguna especie de instalación de búsqueda automatizada, que vigilara constantemente a través de agujeros de gusano de corta vida, aguardando la llegada de la siguiente historia, cuándo y dónde se produjera. Realmente no hay

límite.

Bobby sonrió débilmente.

—Papá, nunca se te adelantarán de nuevo.

—Malditamente correcto. —Hiram se volvió hacia David—. *Ése* es el sueño. Ahora dime por qué es imposible.

David frunció el ceño.

—Resulta difícil saber por dónde empezar. En este momento puedes establecer Canales de Transmisión de Datos metaestables entre dos puntos fijos. Eso es un logro considerable en sí mismo. Pero necesitas una enorme maquinaria a cada extremo para anclar la boca de cada agujero de gusano. ¿Correcto? Ahora quieres abrir una boca de agujero de gusano estable en el extremo remoto, en la localización de donde se produce la noticia, *sin* el beneficio de ningún tipo de ancla.

—Correcto.

—Bien, ésa es la primera cosa que es imposible, como estoy seguro de que tus técnicos te habrán dicho ya.

—Lo han hecho. ¿Qué más?

—Deseas usar esos agujeros de gusano para transmitir fotones de luz visible. Ahora, los agujeros de gusano de espuma cuántica aparecen en la longitud de Planck-Wheeler que es de diez a la menos treinta y cinco metros. Has conseguido expandirlos a través de veinte órdenes de magnitud para hacerlos lo suficientemente grandes como para permitir el paso de fotones de rayos gamma. Frecuencia muy alta, longitud de onda muy baja.

—Ajá. Usamos los rayos gamma para transportar flujos de datos digitalizados, que...

—Pero la longitud de onda de tus rayos gamas es aproximadamente *un millón* de veces más pequeña que la longitud de onda de la luz visible. Las bocas de tus agujeros de gusano de segunda generación deberían de tener como mínimo alrededor de un micrón de diámetro. —David miró a su padre—. Supongo que has tenido a tus ingenieros intentando conseguir exactamente eso. Y no ha funcionado.

Hiram suspiró.

—En realidad hemos conseguido bombear suficiente energía Casimir para abrir agujeros de gusano de ese ancho. Pero obtienes algún tipo de efecto de realimentación que causa que las malditas cosas se colapsen.

David asintió.

—Lo llaman inestabilidad de Wheeler. Los agujeros de gusano no son estables por naturaleza. La gravedad de la boca de un agujero de gusano empuja hacia dentro sus fotones, los acelera a alta energía, y esa radiación energizada bombardea la garganta y hace que se cierre. Es el efecto que tienes que contrarrestar con la energía negativa del efecto Casimir para mantener abiertos incluso los agujeros de gusano más pequeños.

Hiram se dirigió a la ventana de la pequeña cafetería. Más allá, David pudo ver la

masiva forma del complejo detector en el corazón de las instalaciones.

—Tengo algunas buenas mentes aquí. Pero esa gente son experimentalistas. Todo lo que saben hacer es atrapar y medir lo que ocurre cuando todo va mal. Lo que necesitamos es alimentar la teoría, ir más allá de lo último. Y por eso te he traído aquí. —Se volvió—. David, quiero que te tomes un año sabático de Oxford y vengas a trabajar conmigo sobre esto. —Hiram rodeó los hombros de David con su brazo; su carne era fuerte y cálida, su presión abrumadora—. Piensa en lo que puede dar como resultado. Quizá consigas el premio Nobel de física, al tiempo que yo devoro simultáneamente la NOT y todos esos otros perros que no dejan de ladrar a mis talones. Padre e hijo juntos. *Hijos*. ¿Qué opinas?

David fue consciente de los ojos de Bobby posados en él.

—Supongo...

Hiram unió sus manos.

—Sabía que dirías que sí.

—Todavía no lo he dicho.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero lo harás. Lo capto. ¿Sabes?, es estupendo cuando los planes a largo plazo funcionan.

David sintió frío.

—¿Qué planes a largo plazo?

Hablando rápida y ansiosamente, Hiram dijo:

—Puesto que ibas a trabajar en física, me mostré ansioso de que te quedaras en Europa. Investigué el campo. Obtuviste un sobresaliente en matemáticas, ¿correcto? Luego hiciste tu doctorado en un departamento de matemáticas aplicadas y física teórica.

—En Cambridge, sí. En el departamento Hawking...

—Ésa es la ruta típica europea. Como resultado estás bien versado en matemáticas de última hornada. Es una diferencia de cultura. Los norteamericanos hemos liderado el mundo en física práctica, pero utilizamos unas matemáticas que datan de la Segunda Guerra Mundial. Así que si buscas algún desarrollo *teórico*, no se lo pidas a nadie formado en Norteamérica.

—Y aquí estoy yo —dijo David fríamente—. Con mi conveniente educación europea.

—Papá —dijo lentamente Bobby—, ¿nos estás diciendo que *arreglaste* las cosas de modo que David tuviera una educación europea en física, justo para asegurarte la posibilidad de que pudiera llegar a serte útil? ¿Y todo eso sin su conocimiento?

Hiram se envaró.

—No sólo útil para mí. Más útil para sí mismo. Más útil para el mundo. Con más posibilidades de conseguir el éxito. —Miró de un hijo al otro, y apoyó sus manos sobre sus cabezas, como si les bendijera—. Todo lo que he hecho ha sido en vuestro mejor interés. ¿Todavía no lo veis?

David miró a los ojos de Bobby. Bobby desvió la mirada, con una expresión

ilegible.

4

El Ajenjo

Extraído de El Ajenjo: cuando se funden las montañas, de Katherine Manzoni, publicado por Shiva Press, Nueva York, 2033; disponible también como archivo de datos flotante en Internet:

... Nos enfrentamos a grandes retos como especie si debemos sobrevivir los próximos siglos.

Ha resultado claro que los efectos del cambio climático son mucho peores que lo imaginado hace unas pocas décadas: de hecho, las predicciones sobre esos efectos de, digamos, los años 1980 parecen ahora ridículamente optimistas.

Ahora sabemos que el rápido calentamiento del último par de siglos ha causado que una serie de sistemas naturales metastables en todo el planeta cambien a nuevos estados. Miles de millones de toneladas de metano y otros gases de invernadero están siendo ya liberados de debajo del permafrost en fusión de Siberia. Las calentadas aguas oceánicas están desestabilizando más enormes depósitos de metano alrededor de las plataformas continentales. El norte de Europa está entrando en un período de extremo frío debido a la suspensión de la Corriente del Golfo. Parece que sobre los océanos y las grandes masas de tierra están emergiendo nuevos modos atmosféricos —tormentas permanentes—. La muerte de los bosques tropicales está lanzando enormes cantidades de dióxido de carbono a la atmósfera. La lenta fusión de las capas de hielo del Antártico Occidental parece estar liberando la presión sobre un archipiélago de islas sumergidas debajo, y es probable que la actividad volcánica conduzca a su vez a una catastrófica fusión adicional de las capas. La elevación del nivel del mar se prevé ahora que será mucho mayor de lo que se había imaginado hace sólo unas décadas.

Y así sucesivamente.

Todos estos cambios se hallan interrelacionados. Puede ser que la estabilidad climática que ha gozado la Tierra durante miles de años —una estabilidad que en primer lugar permitió emerger a la civilización humana— está llegando ahora a su fin, quizás a causa de nuestras propias acciones. Lo peor del caso es que nos encaminamos a alguna irreversible transformación climática, por ejemplo un efecto invernadero desbocado, que nos matará a todos.

Pero todos esos problemas palidecen en comparación con lo que nos ocurrirá

si el cuerpo conocido como el Ajenjo impacta contra la Tierra..., aunque es una estremecedora coincidencia que la palabra rusa para “ajenjo” sea “*Chernobil*”...

Buena parte de las especulaciones sobre el Ajenjo y sus probables consecuencias son tristemente mal informadas..., de hecho, complacientes. Déjenme reiterar aquí algunos hechos básicos.

Hecho: el Ajenjo *no* es un asteroide.

Los astrónomos piensan que el Ajenjo pudo haber sido en su tiempo una luna de Neptuno o Urano, o quizás estuvo anclado en un punto estable en la órbita de Neptuno y luego resultó perturbado de alguna forma. Pero resultó perturbado, y ahora se halla en un rumbo de colisión, dentro de quinientos años, con la Tierra.

Hecho: El impacto del Ajenjo *no* será comparable al impacto de Chicxulub que causó la extinción de los dinosaurios.

El impacto fue suficiente para causar una muerte en masa, y para alterar —drásticamente, y para siempre— el curso de la evolución de la vida sobre la Tierra. Pero fue causado por un cuerpo de unos diez kilómetros de diámetro. El Ajenjo es *cuarenta veces* más grande, y su masa es en consecuencia unas *sesenta mil veces* mayor.

Hecho: el Ajenjo *no* causará simplemente una extinción en masa, como Chicxulub.

Será mucho peor que eso.

El calor esterilizará la Tierra hasta una profundidad de cincuenta metros. La vida podrá sobrevivir, pero sólo si se entierra en lo más profundo de las más profundas cuevas. No conocemos ninguna forma, ni siquiera en principio, de que una comunidad humana pueda resistir el impacto. Es posible que puedan establecerse poblaciones viables en otros mundos: en órbita, en Marte o en la Luna. Pero incluso con cinco siglos de margen sólo una pequeña fracción de la actual población del mundo podrá ser albergada fuera de nuestro planeta.

Así pues, la Tierra no puede ser evacuada. Cuando llegue el Ajenjo, casi todo el mundo morirá.

Hecho: el Ajenjo *no puede* ser desviado con ninguna tecnología previsible.

Es posible que podamos desviar cuerpos pequeños —unos pocos kilómetros de diámetro, típico de la población de asteroides cercana a la Tierra— con medios tales como cargas nucleares estratégicamente colocadas o cohetes termonucleares. El desafío de desviar el Ajenjo es superior en muchos órdenes de magnitud. Aunque se han propuesto experimentos para mover tales cuerpos, usando por ejemplo una serie de ayudas gravitatorias —no disponibles en este caso— o usando tecnología avanzada como las máquinas nanotecnológicas de von Neumann para desmantelar y dispersar el cuerpo. Pero tales tecnologías se hallan mucho más allá de nuestras actuales capacidades.

Dos años después de que yo diera a la luz pública la conspiración para ocultar del público en general la existencia del Ajenjo, la atención se está ya moviendo, aunque todavía tenemos que empezar a trabajar en el gran proyecto de nuestra supervivencia.

De hecho, el propio Ajenjo está dejando sentir ya sus efectos por anticipado. Es una cruel ironía que justo cuando, por primera vez en nuestra historia, estamos empezando a enfrentarnos conjuntamente a nuestras futuras responsabilidades, la perspectiva del Día del Ajenjo parezca convertir estos esfuerzos en algo sin significado. Hemos visto ya el abandono de varios planes voluntarios de control de emisión de desechos, el cierre de reservas naturales, una intensificación de la búsqueda de fuentes de combustibles no renovables, un avance hacia la extinción de especies en peligro. Si la casa va a ser demolida mañana, parece pensar la gente, podemos muy bien quemar los muebles hoy.

Ninguno de nuestros problemas es insoluble..., *ni siquiera el Ajenjo*. Pero parece claro que para prevalecer nosotros los humanos tendremos que actuar con un buen juicio y una falta de egoísmo que hasta ahora nos ha eludido a lo largo de nuestra larga y enmarañada historia.

De todos modos, mis esperanzas se centran en la humanidad y la ingeniosidad. Es significativo, creo, que el Ajenjo fuera descubierto, no por profesionales, que no estaban mirando hacia aquel lado, sino por una red de observadores aficionados del cielo, que instalaron telescopios robot en sus patios traseros y usaron rutinas compartidas para escanear las imágenes ópticas del detector en busca de cambiantes intensidades de luz, y se negaron a aceptar el manto de secreto que nuestro gobierno intentó imponerles. Es en grupos como éstos —serios, inteligentes, cooperativos, testarudos, negándose a someterse a impulsos hacia el suicidio o el hedonismo o el egoísmo, buscando nuevas soluciones para desafiar la complacencia de los profesionales— donde puede que residan nuestras mejores y más brillantes esperanzas de sobrevivir al futuro...

5

Cielo virtual

Bobby llegó tarde a TierraRevelación. Kate todavía le aguardaba en el aparcamiento cuando los enjambres de maduros seguidores empezaron a entrar tumultuosamente por las puertas de la gigantesca catedral de cemento y cristal de Billybob Meeks.

Aquella “catedral” había sido en sus tiempos un estadio de rugby; se vieron obligados a sentarse cerca de la parte de atrás de una de las tribunas, con su visión impedida por las columnas. Vendedores de perritos calientes, cacahuètes, refrescos y drogas recreativas recorrían la multitud, y la música ambiental resonaba por toda la megafonía. “Jerusalén”, reconoció: basada en el gran poema de Blake acerca de la legendaria visita de Cristo a Gran Bretaña, ahora el himno de la nueva Inglaterra post Reino Unido.

Todo el suelo del estadio era un espejo, que lo convertía en un suelo de cielo azul sembrado con hinchadas nubes de diciembre. En el centro había un gigantesco trono, cubierto de piedras que brillaban verdes y azules, probablemente cuarzo impuro, pensó. El agua rociaba el aire, y lámparas de arco creaban un arco iris que se arqueaba espectacularmente. Más lámparas flotaban en el aire delante del trono, sostenidas por robots zánganos, y tronos más pequeños daban vueltas, ocupados por hombres y mujeres ancianos vestidos de blanco con coronas doradas en sus descarnadas cabezas.

Y había bestias del tamaño de camiones merodeando por el campo. Eran grotescas, con todas las partes de sus cuerpos cubiertas con ojos parpadeantes. Una de ellas abrió unas alas gigantescas y voló, como un águila, unos cuantos metros.

Las bestias rugieron a la multitud, y sus llamadas fueron amplificadas por la retumbante megafonía. La multitud se puso en pie y vitoreó, como si celebrara un touchdown.

Bobby se mostraba extrañamente nervioso. Llevaba un ajustado traje de una pieza de color escarlata brillante, con un pañuelo colormórfico rodeando su cuello. Era un espléndido dandi del siglo XXI, pensó Kate, tan fuera de lugar entre la deslustrada y madura multitud que lo rodeaba como un diamante en la colección de guijarros de playa de un niño.

Tocó su mano.

—¿Se encuentra bien?

—No pensé que todos fueran tan *viejos*.

Tenía razón, por supuesto. La congregación reunida allí era una poderosa ilustración del envejecimiento de Norteamérica. De hecho, muchos de los asistentes llevaban implantes intensificadores de la cognición claramente visibles en sus nuca, puestos allí para combatir el asalto de las enfermedades relacionadas con la edad como el Alzheimer estimulando la producción de neurotransmisores y moléculas de adhesión celular.

—Vaya a cualquier iglesia del país y verá lo mismo, Bobby. Lamentablemente, la gente se siente atraída hacia la religión cuando se aproximan a la muerte. Y ahora hay más gente vieja, y con el Ajenjo acercándose todos sentimos quizás el roce de esa oscura sombra. Billybob está simplemente cabalgando en la ola demográfica. De todos modos, esa gente no muere.

—Quizá no. Pero *huele*. ¿No lo nota?

Ella se echó a reír.

—“Uno nunca debería ponerse sus mejores pantalones para ir a la batalla por la libertad y la verdad.”

—¿Eh?

—Henrik Ibsen.

Un hombre se puso en pie en el gran trono central. Era bajo, gordo, y su rostro brillaba de sudor. Su voz amplificada retumbó:

—¡Bienvenidos a TierraRevelación! ¿Sabéis por qué estáis aquí? —Su dedo apuñaló el aire—. ¿Lo sabéis? ¿Lo *sabéis*? Escuchadme ahora: *En el día del Señor yo estaba ensimismado, y oí detrás de mí una voz fuerte como una trompeta que decía: “Escribe en un pergamino lo que ves...”* —Y alzó un resplandeciente pergamino.

Kate se inclinó hacia Bobby.

—Le presento a Billybob Meeks. Simpático, ¿verdad? Aplausos. Coloración protectora.

—¿Qué está ocurriendo, Kate?

—Evidentemente nunca ha leído usted el Libro de la Revelación. La ingeniosa y trastornada culminación de la Biblia. —Señaló—. Siete lámparas flotantes. Veinticuatro tronos alrededor del grande. La Revelación está llena de números mágicos: tres, siete, doce. Y su descripción del final de las cosas es muy literal. Aunque al menos Billybob utiliza las versiones tradicionales, no las ediciones modernas que han sido reescritas para mostrar cómo la fecha del 2534 del Ajenjo estaba allí desde un principio... —Suspiró—. Los astrónomos que descubrieron el Ajenjo no hicieron ningún favor a nadie llamándolo así. Capítulo ocho, versículo diez: *Y tocó la trompeta el tercer ángel, y una gran estrella, llameante como una antorcha, cayó del cielo sobre un tercio de los ríos y sobre las fuentes de las aguas..., y el nombre de la estrella es “el Ajenjo”...*

—No comprendo por qué me ha invitado usted aquí hoy. De hecho, no sé cómo consiguió hacerme llegar el mensaje. Después de que mi padre la echara...

—Hiram todavía no es omnipotente, Bobby —dijo ella—. Ni siquiera con *usted*. En cuanto al porqué..., alce la vista.

Un robot zángano flotaba sobre sus cabezas, etiquetado con una simple palabra: GRANOS. Picó hacia la multitud, en respuesta a las llamadas de los miembros de la congregación.

—¿Granos? —dijo Bobby—. ¿El acelerador mental?

—Sí. La especialidad de Billybob. ¿Conoce a Blake? *Ver un Mundo en un Grano de Arena, / y un Cielo en una Flor Silvestre, / albergar el Infinito en la palma de tu mano, / y la Eternidad en una hora...* La propaganda dice que si toma usted Granos su percepción del tiempo se acelerará. Subjetivamente, será capaz de pensar en más pensamientos, tener más experiencias, en el mismo tiempo externo. Una vida más larga..., disponible tan sólo a través de Billybob Meeks.

Bobby asintió.

—¿Pero qué hay de malo en ello?

—Bobby, mire a su alrededor. La gente mayor tiene miedo a la muerte. Eso la hace vulnerable a este tipo de trucos.

—¿Qué truco? ¿Acaso no es cierto que Granos funciona?

—En cierto modo. El reloj interno del cerebro se mueve realmente de forma más lenta para la gente mayor. Y ése es el mecanismo con el que Billybob da su vuelta de tuerca.

—Y el problema es...

—Los efectos secundarios. Lo que hace Granos es estimular la producción de dopamina, el principal mensajero químico del cerebro. Para intentar conseguir que el cerebro de un viejo funcione tan aprisa como el de un niño.

—Lo cual es malo —dijo él, inseguro—. ¿Correcto?

Ella frunció el ceño, desconcertada por la pregunta; no por primera vez, tuvo la sensación de que había algo que faltaba en Bobby.

—Por supuesto que es malo. Es una forma maligna de trastear con el cerebro. Bobby, la dopamina está implicada en una gran cantidad de funciones cerebrales fundamentales. Si los niveles de dopamina son demasiado bajos, puedes sufrir temblores, una incapacidad de iniciar movimientos voluntarios, la enfermedad de Parkinson por ejemplo..., todo el camino hasta la catatonía. *Demasiada* dopamina, y puedes sufrir agitación, desórdenes obsesivo-compulsivos, habla y movimientos incontrolados, adicción, euforia. La congregación de Billybob, debería decir sus víctimas, no van a alcanzar la Eternidad en su última hora. Billybob está quemándoles cínicamente el cerebro.

”Algunos médicos están sumando dos más dos. Pero nadie ha sido capaz de demostrar nada. Lo que necesito realmente es una prueba extraída de sus propios laboratorios de que Billybob sabe exactamente lo que está haciendo. Junto con pruebas de sus otros trucos.

—¿Como cuáles?

—Como timarles millones de pavos a las compañías de seguros vendiéndoles listas falsas de miembros de la iglesia. Como embolsarse una gran donación de la Liga Antidifamación. Todavía sigue estafando, aunque ha recorrido un largo camino desde el dinero de sus bautismos. — Miró a Bobby—. ¿No ha oído hablar nunca de eso? Durante el bautismo entregas un billete. De esta forma la bendición de Dios pasa al dinero antes que al niño. Lugo pones el billete en circulación, y se supone que regresa a ti con intereses..., y para asegurarte de que funciona, por supuesto, entregas el dinero a tu predicador. Se dice que Billybob adquirió esta interesante costumbre en Colombia, donde trabajaba como intermediario de la droga.

Bobby pareció impresionado.

—No tiene usted ninguna prueba de eso.

—Todavía no —dijo ella hoscamente—. Pero la conseguiré.

—¿Cómo?

—De eso es de lo que quiero hablar con usted...

Él pareció ligeramente sorprendido.

—Lo siento —dijo ella—. Le estoy dando un sermón, ¿verdad?

—Un poco.

—Suelo hacerlo cuando estoy furiosa.

—Kate, está usted furiosa muy a menudo...

—Me siento con derecho a ello. Llevo meses tras el rastro de este tipo.

Un robot zángano flotó sobre sus cabezas, llevando conjuntos de Gafas-y-Guantes virtuales.

—Esas Gafas-y-Guantes han sido diseñadas por TierraRevelación Inc., en conjunción con la compañía NuestroMundo, para la experiencia total de TierraRevelación. Su tarjeta de crédito o cuenta personal recibirán automáticamente el cargo por cada minuto online. Esos Gafas-y-Guantes...

Kate alzó la mano y tomó dos juegos.

—Es hora del espectáculo.

Bobby sacudió la cabeza.

—Llevo implantes. No necesito...

—Billybob tiene su forma especial de anular las tecnologías rivales. —Se llevó las Gafas a la cabeza—. ¿Está preparado?

—Supongo...

Kate sintió una sensación húmeda alrededor de sus órbitas cuando las Gafas emitieron membranas contra su piel para hacerse estancas a la luz; tuvo la impresión como de húmedas y frías bocas sorbiendo su rostro.

Instantáneamente se vio suspendida en la oscuridad y el silencio.

Bobby se materializó a su lado, flotando en el espacio, sujetando su mano. Sus Gafas-y-Guantes eran, por supuesto, invisibles.

Y pronto su visión se aclaró más. La gente flotaba a todo su alrededor, hasta tan lejos como podía ver, como una nube de motas de polvo. Todos iban vestidos con

ropas blancas y sujetaban grandes y alegres hojas de palma..., incluso Bobby y ella misma, observó. Y estaban brillando a la luz que brotaba del objeto que colgaba ante ellos.

Era un cubo: enorme, perfecto, brillando con una luz solar, empequeñeciendo absolutamente el conjunto de gente que flotaba.

—Huau —dijo Bobby de nuevo.

—Revelación, Capítulo veintiuno —murmuró ella—. Bienvenidos a la Nueva Jerusalén. —Intentó arrojar a un lado su hoja de palma, pero simplemente otra apareció en su mano—. Tan sólo recuerde —dijo— que la única cosa real aquí es el firme flujo de dinero de sus bolsillos a los de Billybob.

Cayeron juntos hacia la luz.

La pared delante de ellos estaba puntuada con ventanas y una hilera de tres puertas en arco. Podía ver luz dentro, brillando más intensamente aún que el exterior del edificio. A escala con las dimensiones del edificio, las paredes parecían tan delgadas como papel.

Y seguían cayendo hacia el cubo, hasta que gravitó ante ellos, gigantesco, como algún inmenso transatlántico.

—¿Qué tamaño *tiene* esta cosa? —dijo Bobby.

—San Juan nos habla de un cubo de doce mil estadios de lado —murmuró ella.

—Y doce mil estadios son...

—Unos dos mil kilómetros. Bobby, esta ciudad de Dios es del tamaño de una luna pequeña. Va a tomar *mucho* tiempo caer hasta ella. Y, por supuesto, nos cobrarán cada segundo.

—En ese caso desearía tener un perrito caliente. ¿Sabe?, mi padre la menciona mucho.

—Está furioso conmigo.

—Hiram es, hum, mercurial. Creo que a un cierto nivel la encuentra estimulante.

—Supongo que debería sentirme halagada.

—Le gustó la frase que usó usted. *Anestesia electrónica*. Tengo que admitir que no la entendí por completo.

Ella frunció el ceño hacia él, mientras derivaban juntos hacia la pálida luz gris.

—¿Realmente ha llevado usted una vida superprotegida, Bobby?

—La mayor parte de lo que usted llama “trastear con el cerebro” es beneficioso, seguro. Como las conexiones para el Alzheimer. —La miró—. Quizá no esté tan ajeno a todo eso como cree que estoy. Hace un par de años abrí un ala de hospital financiada por NuestroMundo. Ayudaban a los obsesivos-compulsivos eliminando un bucle de realimentación destructiva entre dos zonas del cerebro...

—El núcleo caudado y la amígdala. —Kate sonrió—. Es notable como todos nos volvemos expertos en anatomía cerebral. No estoy diciendo que todo sea perjudicial.

Pero hay una compulsión a trastear. Las adicciones son anuladas mediante cambios en los circuitos de recompensa del cerebro. La gente propensa a la ira es pacificada quemando partes de su amígdala cerebral, esenciales para las emociones. Los trabajohólicos, los jugadores, incluso la gente habitualmente endeudada es “diagnosticada” y “curada”. Hasta la agresión ha sido relacionada con un desorden de la corteza cerebral.

—¿Qué hay de terrible en todo ello?

—Esos curanderos, esos médicos reprogramadores, no comprenden la máquina con la que están trastear. Es como intentar imaginar las funciones de una pieza de software quemando los chips del ordenador que está procesando. *Siempre* hay efectos secundarios. ¿Por qué cree que fue tan fácil para Billybob hallar un estadio de rugby que ocupar? Porque el deporte de espectáculo organizado lleva declinando desde el 2015: los jugadores ya no luchan lo suficiente.

Bobby sonrió.

—Eso no parece demasiado serio.

—Entonces considere esto otro. La calidad y cantidad de la investigación científica original ha estado cayendo en picado desde hace dos décadas. “Curando” a los autistas marginales, los médicos han extirpado la capacidad de nuestra gente más brillante de aplicarse a las disciplinas difíciles. Y la zona del cerebro relacionada con la depresión, la corteza subgenual, se halla asociada también a la creatividad..., la percepción del significado. La mayoría de los críticos están de acuerdo en que las artes han sufrido una reversión. ¿Por qué cree que las bandas de rock virtuales de su padre son tan populares, setenta años después de que las originales alcanzaran su mayor éxito?

—Pero, ¿cuál es la alternativa? De no ser por la reprogramación, el mundo sería un lugar violento y salvaje.

Ella apretó su mano.

—Puede que no sea evidente para usted en su jaula dorada, pero el mundo ahí fuera sigue siendo violento y salvaje. Lo que *necesitamos* es una máquina que nos permita ver el punto de vista del otro. Si no podemos conseguir eso, entonces toda la reprogramación del mundo es inútil.

—Realmente es usted una persona furiosa, ¿eh? —dijo él irónicamente.

—¿Furiosa? ¿Ante charlatanes como Billybob? ¿Ante frenólogos y lobotomizadores y doctores nazis de moda que están hurgando en nuestras cabezas, quizás incluso amenazando el futuro de la especie, mientras el mundo se hace pedazos a nuestro alrededor? Por supuesto que estoy furiosa. ¿Usted no?

Él le devolvió la mirada, desconcertado.

—Supongo que tengo que pensar en ello... Hey. Estamos acelerando.

La Ciudad Santa gravitaba ante ellos. La pared era como una gran llanura vertical, con las puertas brillando como rectangulares cráteres ante ella.

El enjambre de personas estaba cayendo en flujos separados hacia las grandes

puertas en arco, como atraídos hacia maelstroms. Bobby y Kate fueron sorbidos hacia la puerta central. Kate sintió un estimulante empuje hacia la puerta en arco abierta de par en par ante ella..., pero no había una genuina sensación de movimiento allí. Si pensaba en ello, todavía podía sentir su cuerpo, sentado tranquilamente en su asiento de respaldo rígido del estadio.

Pero pese a todo era como un viaje.

En un latido de corazón habían cruzado la puerta, un resplandeciente túnel de luz blanco grisácea, y estaban deslizándose sobre una superficie de resplandeciente oro.

Kate miró a su alrededor, buscando paredes que debían de estar a cientos de kilómetros de distancia. Pero había una inesperada cualidad artística allí. El aire era brumoso —incluso había nubes encima de ella, diáfanas y dispersas, reflejando el brillante suelo dorado—, y no podía ver más allá de unos pocos kilómetros de la dorada llanura.

... Y entonces miró hacia arriba, y vio las brillantes paredes de la ciudad alzándose *fuera* de la capa de atmósfera que se aferraba al suelo. Los definidos bordes rectos se fundían en un distante cuadrado, inesperadamente claro, muy arriba en el aire.

Había un techo sobre la atmósfera.

—Huau —dijo Bobby—. Es la caja dentro de la que entró la Luna.

La mano de Bobby alrededor de la suya era cálida y suave.

—Admítalo. Está impresionada.

—Billybob sigue siendo un estafador.

—Pero un estafador lleno de arte.

Ahora la gravedad estaba empezando a actuar. La gente a su alrededor estaba descendiendo como copos de nieve humanos; y Kate cayó con ellos. Pudo ver un río, brillantemente azul, que cruzaba la llanura dorada allá abajo. Sus orillas estaban flanqueadas con un denso bosque verde. Se dio cuenta de que había gente *por todas partes*, dispersa por la orilla y las zonas despejadas más allá y cerca de los edificios. Y miles más estaban cayendo del cielo a su alrededor. Seguramente había más gente allí de la que estaba presente en el estadio deportivo; sin duda muchos de ellos eran proyecciones virtuales.

Los detalles parecieron cristalizar a medida que caía; árboles y gente e incluso manchas moteadas de luz en el agua del río. Finalmente los árboles más altos se alzaron a su alrededor.

Se posó suavemente en el suelo con un movimiento indistinto. Cuando miró al cielo vio una nevada de gente con sus ropas impolutamente blancas, cayendo con suavidad, sin miedo aparente.

Había oro *por todas partes*: bajo sus pies, en las paredes de los edificios más cercanos. Estudió los rostros que tenía más próximos. Parecían excitados, felices, llenos de anticipación. Pero el oro llenaba el aire con una luz amarilla que hacía que la gente pareciera como si estuvieran sufriendo alguna deficiencia mineral. Y sin

duda aquellas expresiones felices eran simulaciones virtuales pintadas sobre rostros desconcertados.

Bobby se encaminó hacia un árbol. Kate observó que sus pies desnudos se hundían uno o dos centímetros en la herbosa superficie. Bobby dijo:

—Los árboles tienen más de un tipo de fruta. Mire. Manzanas, naranjas, limas...

—*En cada lado del río se alzaba el árbol de la vida, conteniendo doce cosechas de frutos, ofreciendo sus frutos cada mes. Y las hojas del árbol son para la curación de las naciones...*

—Me siento impresionado por la atención al detalle.

—No se impresione por esto. —Se inclinó para tocar el suelo. No pudo sentir las hojas de hierba, ni el rocío, ni la tierra, sólo una elástica uniformidad plástica—. Billybob es un showman —dijo—. Pero es un showman barato. —Se enderezó—. Esto ni siquiera es una auténtica religión. Billybob tiene especialistas en marketing y analistas comerciales trabajando para él, no monjes. Predica un evangelio de prosperidad; es lo adecuado en un ser codicioso y mezquino. Háblele a su hermano de esto. Es un fetichismo de los productos, derivado directamente del truco del dinero del bautismo.

—Parece como si a usted le importara realmente la religión.

—Créame, no —dijo ella con vehemencia—. La raza humana podría pasarse perfectamente sin ella. Mi queja es hacia Billybob y los que son como él. Le traje aquí para mostrarle lo poderoso que es, Bobby. Necesitamos detenerle.

—¿Y cómo se supone que puedo ayudar?

Ella se le acercó un poco.

—Sé lo que su padre está intentando construir. Una extensión de su tecnología de Transmisión de Datos. *Un visor remoto.*

Él no dijo nada.

—No espero ni que lo confirme ni que lo niegue. Y yo *no* voy a decirle cómo obtuve la información. En lo que quiero que piense es en lo que podríamos conseguir con una tecnología así.

Él frunció el ceño.

—Acceso instantáneo a nuevas historias, allá donde se produzcan...

Ella desechó aquello con un gesto de la mano.

—*Mucho* más que eso. Piense en ello. Si se puede abrir un agujero de gusano a *cualquier lugar*, entonces no habrá más barreras. No habrá paredes. Podremos ver a cualquiera, en cualquier momento, en cualquier lugar. Y estafadores como Billybob no tendrán ningún sitio donde ocultarse.

El ceño de Bobby se frunció más profundamente.

—¿Está hablando de espionaje?

Ella se echó a reír.

—Oh, vamos, Bobby..., todos estamos ya bajo vigilancia durante todo el tiempo. Es usted una celebridad desde los veintiún años; tiene que saber cómo se siente uno

siendo *observado*.

—No es lo mismo.

Ella sujetó su brazo.

—Si Billybob no tiene nada que ocultar, no tendrá nada que temer —dijo—. Mírelo de este modo.

—A veces suena usted como mi padre —dijo él con voz neutra.

Ella guardó silencio, inquieta.

Caminaron hacia adelante con la multitud. Ahora se acercaban a un gran trono, con siete globos danzantes y veinticuatro tronos auxiliares más pequeños, una versión a escala de la exhibición en el mundo real que Billybob había montado en el estadio.

Y delante del gran trono central se erguía Billybob Meeks.

Pero no era el hombre gordo y sudoroso que habían visto en el campo de deportes. Este Billybob era más alto, joven, delgado, con mucho mejor aspecto, como un joven Charlton Heston. Aunque debía de hallarse al menos a un kilómetro de donde ella estaba, dominaba la congregación. Y parecía estar creciendo.

Se inclinó hacia adelante, las manos en las caderas, su voz como un trueno modulado.

—*La ciudad no necesita el sol o la luna para brillar en ellos, porque la gloria de Dios le proporciona su luz, y el Cordero es su lámpara...* —Billybob siguió creciendo, sus brazos como troncos de árbol, su rostro un disco impresionante que estaba ya por encima de las nubes más bajas. Kate pudo ver a la gente huir como hormigas de debajo de aquellos pies gigantes.

Y Billybob apuntó un poderoso dedo directamente *a ella*, sus inmensos ojos grises destellantes, las irritadas arrugas de su frente como canales marcianos.

—*Nada impuro lo alcanzará nunca, y tampoco nadie que haga lo que es vergonzoso o engañoso, sino sólo aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero. ¿Está tu nombre en ese libro? ¿Lo está? ¿Eres digna?*

Kate gritó, bruscamente abrumada.

Y se vio aferrada por una mano invisible y arrastrada al brillante aire.

Hubo una sorbente sensación en sus ojos y oídos. Luz, ruido, el mundano olor de los perritos calientes la inundó.

Bobby estaba arrodillado delante de ella. Kate pudo ver las marcas que las Gafas habían dejado alrededor de sus ojos.

—La agarró, ¿no?

—Billybob tiene una forma especial de hacer llegar su mensaje —jadeó ella, aún desorientada.

En hilera tras hilera de los maltratados asientos del viejo estadio deportivo, la gente estaba bamboleándose y gimiendo, con las lágrimas fluyendo de los negros sellos oculares de las Gafas. En una zona unos enfermeros estaban atendiendo a gente

inconsciente, quizá víctimas de desvanecimientos, epilepsia, incluso ataques cardíacos, especuló Kate; había tenido que firmar varios formularios de descargo cuando compró sus entradas, y no imaginaba que la seguridad de aquellos fieles fuera una alta prioridad para Billybob Meeks.

Estudió con curiosidad a Bobby, que no parecía perturbado.

—¿Y qué ha pasado con usted?

Él se encogió de hombros.

—He jugado a juegos de aventuras más interesantes. —Alzó la vista al lodoso cielo de diciembre—. Kate..., sé que simplemente me está usando como una forma de llegar a mi padre. Pero me cae bien pese a eso. Y quizá retorcerle un poco la nariz a Hiram sea bueno para mi alma. ¿Qué opina?

Kate contuvo el aliento. Dijo:

—Opino que eso es casi la cosa más humana que le he oído decir nunca.

—Entonces hagámoslo.

Ella forzó una sonrisa. Había conseguido lo que deseaba.

Pero el mundo a su alrededor todavía parecía irreal, comparado con lo vívido de aquellos momentos finales dentro de la mente de Billybob.

No dudaba de que —si los rumores acerca de lo que Hiram estaba construyendo eran remotamente exactos, y si podía tener acceso a ello— podría ser capaz de destruir a Billybob Meeks. Sería un gran golpe, un triunfo personal.

Pero sabía que una parte de ella, no importaba lo profundo que la enterrara, lamentaría siempre hacerlo. Una parte de ella ansiaría siempre que se le permitiera regresar a aquella resplandeciente ciudad de oro, con paredes que se extendían hasta medio camino a la luna, donde gente sonriente y resplandeciente aguardaba para darle la bienvenida.

Billybob había conseguido penetrar en ella, sus tácticas de choque la habían alcanzado incluso a ella. Y eso, por supuesto, era lo importante. El motivo por el cual Billybob tenía que ser detenido.

—Sí —dijo—. Hagámoslo.

6

La perla de mil millones de dólares

David, con Hiram y Bobby, estaba sentado delante de una gigantesca Pantalla Blanda situada en la pared de la contaduría de los Talleres del Gusano. La imagen de la pantalla —devuelta por una cámara de fibra óptica que había sido introducida hasta el corazón del nido del superconductor magnético de los Talleres del Gusano— no era más que oscuridad, alterada por algún ocasional pixel extraviado, un destello de color y luz.

Un contador digital en un monitor en un rincón desgranaba su camino descendente hacia el cero.

Hiram caminaba impaciente por la atestada contaduría; los técnicos ayudantes de David le rehuían, evitando sus ojos. Hiram restalló:

—¿Cómo sabes que el maldito agujero de gusano está siquiera abierto?

David reprimió una sonrisa.

—No necesitas susurrar. —Señaló al monitor en el rincón. Al lado del reloj de cuenta atrás había un pequeño encabezamiento numérico, una secuencia de números primos que ascendía de dos a treinta y uno, una y otra vez—. Ésta es la señal de prueba, enviada a través del agujero de gusano por el equipo de Brisbane a las longitudes de onda normales de los rayos gamma. Así sabemos que hemos conseguido hallar y estabilizar una boca de agujero de gusano *sin* un ancla remota, y los australianos han sido capaces de localizarla. —Durante sus tres meses de trabajo allí, David había descubierto rápidamente una forma de usar las modulaciones de los pulsos de materia exótica para luchar contra la inestabilidad inherente de los agujeros de gusano. Convertir eso en una ingeniería práctica y repetible, por supuesto, había sido algo inmensamente difícil..., pero al final coronado por el éxito—. Nuestro emplazamiento de la boca remota todavía no es demasiado preciso. Me temo que nuestros colegas australianos tienen que perseguir nuestras bocas de agujero de gusano por el polvo ahí fuera. Perseguir siseantes de una forma farfullante, como dicen ellos... Pero sea como sea, ahora podemos abrir un agujero de gusano *a cualquier parte*. Lo que todavía no sabemos es si vamos a conseguir expandir los agujeros hasta las dimensiones de la luz visible.

Bobby estaba relajadamente apoyado contra la mesa, las piernas cruzadas, relajado como si acabara de salir de una pista de tenis..., como quizás había hecho, meditó David.

—Creo que deberíamos proporcionarle a David todo el crédito que necesite, papá.

Después de todo ya ha resuelto la mitad del problema.

—Sí —dijo Hiram—, pero no veo nada excepto rayos gamma jeringados por algún australiano de nariz rota. A menos que podamos hallar una forma de expandir esas malditas cosas, estamos malgastando mi dinero. ¡Y no puedo soportar toda esta espera! ¿Por qué sólo un test al día?

—Porque —dijo David con voz llana— tenemos que analizar los resultados de cada test, desguarnecer el equipo Casimir, reajustar el equipo de control y los detectores. Tenemos que comprender cada fallo antes de que podamos seguir adelante hacia el éxito. —Es decir, añadió en silencio, antes de que pueda arrancarme fuera de la maraña de esta compleja familia y regresar a la comparativa calma de Oxford, las luchas por la financiación, las feroces rivalidades académicas y todo lo demás.

—¿Qué es exactamente lo que estamos buscando? —preguntó Bobby—. ¿A qué se parece una boca de agujero de gusano?

—Puedo responder a eso —dijo Hiram, sin dejar de caminar para uno y otro lado—. Crecí con los suficientes programas de televisión sobre ciencia pop. Un agujero de gusano es un atajo a través de una cuarta dimensión. Tienes que cortar un pedazo de nuestro espacio tridimensional aquí y juntarlo a otro pedazo allá en Brisbane.

Bobby alzó una ceja a David.

David dijo cuidadosamente:

—Es un poco más complicado. Pero lo que dices es más cierto que erróneo. La boca de un agujero de gusano es una esfera que flota libre en el espacio. Una extirpación tridimensional. Si tenemos éxito con la expansión, seremos capaces por primera vez de *ver* nuestra boca de agujero de gusano, con una lupa de mano al menos... —El reloj de cuenta atrás estaba llegando a un solo dígito. David dijo—: Arriba las cabezas, todo el mundo. Ahí vamos.

Todas las conversaciones cesaron en la habitación, y todo el mundo se volvió hacia el reloj digital.

El contador alcanzó el cero.

Y no ocurrió nada.

Hubo algo, por supuesto. El contador de huellas alcanzó una cifra respetable, mostrando que partículas pesadas y energéticas habían pasado a través de los detectores, los restos de un agujero de gusano que había estallado. Cada uno de los pixels de los detectores, activado individualmente cuando una partícula pasaba a su través, podría ser usado más tarde para rastrear las trayectorias de los fragmentos de restos en tres dimensiones..., trayectorias que podrían ser reconstruidas y analizadas.

Montones de datos, montones de buena ciencia. Pero la gran Pantalla Blanda de la pared siguió vacía. Ninguna señal.

David reprimió un suspiro. Abrió el diario y entró los detalles del test con su redonda y clara caligrafía; a su alrededor sus técnicos iniciaron el diagnóstico del equipo.

Hiram miró al rostro de David, a la vacía pantalla, a los técnicos.

—¿Es eso? ¿Funcionó?

Bobby apoyó una mano en el hombro de su padre.

—Por todo lo que puedo decir no funcionó, papá. —Señaló la secuencia de prueba de los números primos. Se había inmovilizado en el trece—. Desafortunado trece —murmuró.

—¿Tiene razón? David, ¿lo estropeaste de nuevo?

—*No fue* un fallo. Sólo otro test. Tú no comprendes la ciencia, padre. Ahora, cuando realicemos los análisis y aprendamos de ellos...

—¡Jesucristo en bicicleta! Hubiera debido dejar que te pudieras en el maldito Oxford. Llámame cuando tengas algo. —Hiram sacudió la cabeza y salió a largas zancadas de la habitación.

Cuando se hubo ido, la sensación de alivio en la habitación fue palpable. Los técnicos —todos físicos de partículas de pelo canoso, muchos de ellos más viejos que Hiram, algunos de ellos con distinguidas carreras fuera de NuestroMundo— empezaron sus comprobaciones.

Cuando se marcharon, David se sentó delante de la Pantalla Blanda para iniciar su propio trabajo.

Empleó su metáfora favorita del ordenador de sobremesa. Era como una ventana a un estudio atestado, con libros y documentos apilados en montones irregulares sobre el suelo y los estantes y las mesas, y con complejos modelos de desintegración de partículas colgando como móviles del techo. Cuando miró a la “habitación” a su alrededor, el punto que era el foco de su atención se expandió, abriendo más detalles, mientras el resto de la habitación se convertía en una imagen confusa de fondo. Pudo “escoger” documentos y modelos con la punta de un dedo, rebuscando entre ellos hasta que encontró lo que deseaba, exactamente donde lo había dejado la última vez.

Primero tenía que comprobar posibles de fallos en los pixels del detector. Empezó pasando las huellas del detector de vértices por el bus de señales analógicas, y extrajo una vista general ampliada de varias placas detectoras. Siempre había fallos al azar de pixels cuando alguna partícula especialmente potente golpeaba un elemento del detector. Pero, aunque algunos de los detectores habían sufrido los suficientes daños a causa de la radiación como para requerir su reemplazo, no había nada serio por el momento.

Canturreando, inmerso en el trabajo, se preparó para seguir adelante...

—Tu interface de usuario es un lío.

Sorprendido, David se volvió. Bobby todavía estaba allí; de hecho, todavía estaba inclinado sobre su mesa.

—Lo siento —dijo David—. No tenía intención de darte la espalda. —Qué extraño que ni siquiera se hubiera dado cuenta de la continuada presencia de su hermano.

—La mayoría de la gente utiliza el Mecanismo de Búsqueda.

—Que es irritantemente lento, propenso a malas interpretaciones, y que de todos

modos enmascara un sistema de almacenamiento de datos jerárquico de la era victoriana. Puros archivadores. Bobby, soy demasiado estúpido para el Mecanismo de Búsqueda. Sólo soy un mono no evolucionado al que le gusta usar sus manos y sus ojos para descubrir las cosas. Esto puede parecer un lío, pero yo sé *exactamente* donde está cada cosa.

—Pero aún así, podrías estudiar estas trayectorias de partículas mucho mejor como virtual. Déjame hacerte una prueba de mi último prototipo de Ojo Mental para ti. Podemos alcanzar más zonas del cerebro, conectar más rápidamente...

—Y todo ello sin necesidad de una trepanación.

Bobby sonrió.

—Muy bien —dijo David—. Te lo agradezco.

La mirada de Bobby vagó por la habitación de aquella forma ausente, desconcertante, tan propia suya.

—¿Es cierto? ¿Lo que le dijiste a papá..., que esto no es un fallo, sino tan sólo otro paso?

—Puedo comprender la impaciencia de Hiram. Al fin y al cabo, está pagando por todo esto.

—Y está trabajando bajo presión comercial —añadió Bobby—. Algunos de sus competidores ya están diciendo que poseen Transmisores de Datos de calidad comparable al de Hiram. Seguro que no pasará mucho tiempo antes de que a uno de ellos se le ocurra la idea de un visor remoto..., independientemente, si nadie ha filtrado ya algo.

—Pero la presión comercial es irrelevante —dijo David, irritado—. Un estudio como éste tiene que proceder a su propio paso. Bobby, no sé cuánto sabes de física.

—Calcula que nada. Una vez tienes un agujero de gusano, ¿cuál es la dificultad para expandirlo?

—No es como si estuviéramos construyendo un coche más grande y mejor. Estamos intentando empujar el espaciotiempo hacia una forma que naturalmente no adoptaría. Mira..., los agujeros de gusano son intrínsecamente inestables. Ya sabes que sólo para mantenerlos abiertos tenemos que fijarlos con materia exótica.

—Antigravedad.

—Sí. Pero la tensión en la garganta de un agujero de gusano es gigantesca. Estamos equilibrando constantemente una enorme presión contra otra. —David cerró los puños y los apretó el uno contra el otro, fuertemente—. Mientras permanezcan equilibrados, estupendo. Pero la más pequeña perturbación, y lo pierdes todo. —Dejó deslizar un puño encima del otro, rompiendo el equilibrio que había establecido—. Y esa inestabilidad fundamental se hace peor con el tamaño. Lo que intentamos hacer es monitorizar las condiciones dentro del agujero de gusano, y ajustar el bombeo de energía-materia exótica para compensar las fluctuaciones. —Apretó de nuevo los puños uno contra el otro; esta vez, mientras agitaba el izquierdo hacia atrás y hacia adelante, lo compensó con movimientos del derecho, de modo que sus nudillos

permanecieron constantemente apretados juntos.

—Lo he captado —dijo Bobby—. Como si estuvieras fijando el agujero de gusano con software.

—O con un gusano listo —sonrió David—. Sí. Es *muy* procesointensivo. Y hasta ahora, las inestabilidades han sido demasiado rápidas y catastróficas para ocuparse de ellas.

”Mira esto. —Tendió la mano hacia su ordenador y, con el toque de la punta de un dedo, suscitó una nueva visión de una cascada de partículas. Tenía un fuerte tronco púrpura —el color mostraba una fuerte ionización—, con racimos de chorros rojos, anchos y estrechos, algunos rectos, otros curvados. Pulsó, y el chorro rotó en tres dimensiones; el software suprimió los elementos de primer plano para permitir que los detalles de la estructura interior del chorro se hicieran visibles. El chorro central estaba rodeado por números que mostraban la energía, el impulso y las lecturas de carga—. Estamos buscando alta energía, un suceso complejo aquí, Bobby. Toda esta basura exótica es vomitada antes de que el agujero de gusano desaparezca por completo. —Suspiró—. Es como intentar imaginar cómo arreglar un coche haciéndolo saltar por los aires y luego peinando los restos.

“Bobby, fui honesto con padre. Cada prueba es una exploración de otro rincón de lo que llamamos espacio paramétrico, mientras intentamos diferentes formas de hacer los visores de nuestro agujero de gusano amplios y estables. No son pruebas malgastadas; cada vez que actuamos aprendemos algo. De hecho, muchos de mis tests son negativos..., en realidad los diseño para que fallen. Un solo test que demuestre que alguna pieza de la teoría es errónea es más valioso que un centenar de tests que muestren que una idea *puede* ser cierta. Finalmente llegaremos allí..., o de otro modo demostraremos que el sueño de Hiram es imposible con nuestra tecnología actual”.

—La ciencia exige paciencia.

David sonrió.

—Sí. Siempre ha sido así. Pero para algunos resulta difícil ser paciente, frente al meteoro negro que se acerca a todos nosotros.

—¿El Ajenjo? Pero eso está a siglos de distancia.

—Pero los científicos no son los únicos en verse afectados por el conocimiento de su existencia. Hay un impulso a apresurarse, a reunir tantos datos como se pueda y a formular nuevas teorías, a aprender tanto como sea posible en el tiempo que nos queda..., porque ya no estamos seguros de que haya alguien que construya sobre nuestro trabajo, como siempre hemos supuesto en el pasado. Y así la gente toma atajos, el proceso de revisión se halla bajo presión...

De pronto una luz roja de alerta empezó a destellar arriba en la pared de la contaduría, y varios técnicos empezaron a entrar de nuevo en la habitación.

Bobby miró interrogadoramente a David.

—¿Vais a hacer una nueva prueba? Le dijiste a papá que sólo hacíais un test al

día.

David le guiñó un ojo.

—Una pequeña mentira inocente. Creí útil hallar una forma de librarnos de él.

Bobby se echó a reír.

Resultó que era el momento de tomar un poco de café antes de iniciar la nueva prueba. Se dirigieron juntos a la cafetería.

Bobby se está demorando, pensó David. Como si desee implicarse. Captó una necesidad allí, una necesidad que no comprendía..., quizás incluso envidia. ¿Era eso posible?

Era un pensamiento perversamente delicioso. Quizá Bobby Patterson, fabulosamente rico, este dandi de última moda, me *envidie*..., este hermano serio como un zángano.

O quizá sólo sea rivalidad fraterna por mi parte.

Mientras regresaban a la contaduría, intentó entablar conversación.

—¿Así que fuiste un estudiante graduado, Bobby?

—Seguro. Pero en la ECH.

—¿La ECH? Oh, Harvard...

—La Escuela de Comercio. Sí.

—Hice algunos estudios comerciales como parte de mi primer grado —dijo David. Hizo una mueca—. Los cursos estaban orientados a “equiparnos para el mundo moderno”. Todas esas matrices dos por dos, la manía hacia esta o esa otra teoría, hacia este guru de la dirección o ese otro...

—Bueno, el análisis comercial no es ninguna ciencia de cohetes, como solíamos decir —murmuró Bobby con voz llana—. Pero nadie en Harvard era estúpido. Me gané mi lugar allí por mis méritos. Y la competencia era feroz.

—Estoy seguro de que sí. —David estaba asombrado por el llano tono de voz de Bobby, su falta de fuego. Sondeó suavemente—. Tengo la impresión de que te sientes... subestimado.

Bobby se encogió de hombros.

—Quizá. La división VR de NuestroMundo es un negocio de miles de millones por derecho propio. Si fracaso, papá dejó muy claro de que no va a sacarme del apuro. Pero incluso Kate piensa que de alguna forma estoy aferrado a mi sillón. —Sonrió—. Disfruto intentando convencerla de lo contrario.

David frunció el ceño. ¿Kate?... Ah, la chica periodista que Hiram había intentado excluir de la vida de su hijo. Sin éxito, parecía. Interesante.

—¿Quieres que me mantenga discreto?

—¿Acerca de qué?

—Kate. La periodista...

—En realidad no hay nada sobre lo que debas mantenerte discreto.

—Quizá. Pero padre no la aprueba. ¿Le has dicho que todavía sigues viéndola?

—No.

Y aquello puede que fuese la única cosa en su joven vida, pensó David, que Hiram *no* supiera de él. Bueno, dejémoslo así. David se sintió complacido de haber establecido aquel pequeño vínculo entre ellos.

Ahora el reloj del contador se acercaba a su final. Una vez más la Pantalla Blanda montada en la pared mostró una oscuridad de tinta, rota tan sólo por destellos de pixels al azar, y con el monitor numérico en el ángulo repitiendo monótonamente su lista de prueba de números primos. David observó regocijado cómo los labios de Bobby formaban silenciosamente los números del contador: *Tres. Dos. Uno.*

Y entonces la boca de Bobby colgó flácida, impresionada, mientras una luz parpadeante se reflejaba en su rostro.

David volvió su mirada hacia la Pantalla Blanda.

Esta vez había una imagen, un disco de luz. Era una extraña y onírica construcción de cajas y franjas de luces y cables, distorsionada más allá de todo reconocimiento, como vista a través de alguna grotesca lente ojo de pez.

David se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Cuando la imagen se estabilizó durante dos segundos, tres, inspiró deliberadamente.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Bobby.

—La boca del agujero de gusano. O más bien, la luz que está entrando desde sus inmediaciones, *aquí*, los Talleres del Gusano. Mira, puedes ver los indicadores electrónicos. Pero la fuerte gravedad de la boca está arrastrando al interior la luz del espacio tridimensional a todo su alrededor. La imagen está siendo distorsionada.

—Como lentes gravitatorias.

David miró sorprendido a Bobby.

—Exactamente eso. —Comprobó los monitores—. Estamos yendo más allá de nuestras anteriores y mejores...

Ahora la distorsión de la imagen se hizo más fuerte, mientras las formas del equipo y los puntos de luz se emborronaban hasta formar círculos que rodeaban el punto central de visión. Algunos de los colores parecían estar derivando bajo el efecto Doppler, una viga de apoyo verde empezando a verse azul, el resplandor de los fluorescentes adquiriendo un tono violeta.

—Estamos adentrándonos en el agujero de gusano —susurró David—. No me falles ahora.

La imagen se fragmentó más, sus elementos se desmoronaron y multiplicaron en un esquema repetido alrededor de la imagen en forma de disco. Era un caleidoscopio tridimensional, pensó David, formado por múltiples imágenes de la iluminación del laboratorio. Miró las lecturas de los contadores, que le dijeron que buena parte de la energía de la luz que caía al interior del agujero de gusano había sido desviada al ultravioleta y más allá, y la radiación energizada estaba golpeando las paredes curvas de aquel túnel espaciotemporal.

Pero el agujero de gusano estaba resistiendo.

Habían llegado hasta mucho más allá del punto donde todos los anteriores

experimentos se habían colapsado.

Ahora la imagen del disco empezó a encogerse cuando la luz, cayendo desde tres dimensiones al interior de la boca del agujero de gusano, se vio comprimida por su garganta a un conducto que se estrechaba cada vez más. El revuelto y progresivamente encogido charco de luz alcanzó la cumbre de su distorsión.

Y entonces la calidad de la luz cambió. La estructura de imagen múltiple se volvió más simple y se expandió, pareció definirse poco a poco, y David empezó a captar elementos de un nuevo campo visual: una mancha de azul que podía ser cielo, un pálido blanco que podía ser una caja del instrumentos.

—Llama a Hiram —dijo.

—¿Qué estamos buscando? —quiso saber Bobby.

—Simplemente llama a padre, Bobby.

Hiram llegó a la carrera una hora más tarde.

—Será mejor que valga la pena. Interrumpí una reunión de inversores...

David, sin una palabra, le tendió una placa de cristal de sosa del tamaño y forma de una baraja de cartas. Hiram dio la vuelta a la placa, inspeccionándola.

La superficie superior de la placa estaba pulida en una lente de aumento, y cuando Hiram miró a su interior, vio toda una serie de elementos electrónicos miniaturizados: detectores fotomultiplicadores de luz para recibir señales, un diodo emisor de luz capaz de emitir destellos de prueba, una pequeña fuente de energía, electromagnetos en miniatura. Y, en el centro geométrico de la placa, había una pequeña esfera perfecta, justo al límite de la visibilidad. Parecía plateada, reflexiva, como una perla; pero la calidad de la luz que devolvía no era en absoluto el duro gris de los fluorescentes de la contaduría.

Hiram se volvió hacia David.

—¿Qué es lo que estoy mirando?

David señaló con la cabeza la gran Pantalla Blanda de la pared. Mostraba una mancha redonda de luz, azul y parda.

Un rostro apareció en la imagen: un rostro humano, un hombre de quizá unos cuarenta y tantos años. La imagen estaba fuertemente distorsionada —era exactamente igual que si hubiera acercado su rostro a una lente ojo de pez—, pero David pudo distinguir un mechón de rizado pelo negro, una piel curtida por el sol, unos dientes blancos en una amplia sonrisa.

—Es Walter —dijo Hiram, desconcertado—. El jefe de nuestra estación en Brisbane. —Se acercó más a la Pantalla Blanda—. Está diciendo algo. Sus labios se están moviendo. —Se quedó de pie allí, moviendo su propia boca por pura simpatía—. *Le... veo. Le Veo. Dios mío.*

Detrás de Walter podía verse ahora a otros técnicos australianos, sombras fuertemente distorsionadas, aplaudiendo en silencio.

David sonrió y se sometió a las exclamaciones y los abrazos de oso de Hiram, todo ello sin dejar de mantener sus ojos fijos en la placa de cristal de sosa que contenía la boca del agujero de gusano, aquella perla de mil millones de dólares.

La GusanoCámara

Eran las 3 A. M. En el corazón de los desiertos Talleres del Gusano, en una burbuja de luz de Pantalla Blanda, Kate y Bobby estaban sentados uno al lado del otro. Bobby trabajaba en una simple sesión de pregunta-y-respuesta en la Pantalla Blanda. Esperaban una larga noche; detrás de ellos había un montón de equipo apresuradamente reunido, jarras de café y mantas y colchones de espuma.

... Hubo un crujido. Kate se sobresaltó y aferró el brazo de Bobby.

Bobby siguió trabajando en el programa.

—Tranquila. Es sólo una pequeña contracción térmica. Te lo dije, me aseguré de que todos los sistemas de vigilancia tuvieran un punto ciego precisamente aquí, precisamente ahora.

—No lo dudo. Es sólo que no estoy acostumbrada a deslizarme así en la oscuridad.

—Pensé que eras la dura reportera.

—Sí. Pero lo que hago es generalmente legal.

—¿Generalmente?

—Lo creas o no.

—Pero *esto* —agitó una mano hacia la imponente y misteriosa maquinaria en la oscuridad— ni siquiera es equipo de vigilancia. Es tan sólo un anillo experimental de física de alta energía. No hay nada parecido en el mundo; ¿cómo puede existir alguna legislación que cubra su uso?

—Esto es engañoso, Bobby. Ningún juez en todo el planeta aceptaría esta argumentación.

—Engañoso o no, te digo que te tranquilices. Estoy intentando concentrarme. El Control de Misión aquí podría ser un poco más amistoso con el usuario. David ni siquiera utiliza la activación por la voz. Quizá todos los físicos sean igual de conservadores..., o todos los católicos.

Ella lo estudió mientras él seguía trabajando en el programa. Parecía más vivo de lo que nunca lo había visto, totalmente enfrascado por una vez en el momento. Y sin embargo no parecía perturbado en absoluto por ninguna duda moral. Era realmente una persona compleja..., o más bien, pensó tristemente, incompleta.

El dedo de Bobby flotó unos instantes sobre el botón de *start* en la Pantalla Blanda.

—Listos. ¿Lo hago?

—¿Estamos grabando?

Él dio unos golpecitos a la Pantalla Blanda.

—Todo lo que venga a través de ese agujero de gusano quedará atrapado directamente aquí.

—... De acuerdo.

—Tres, dos, uno. —Pulsó.

La pantalla se volvió negra.

Oyó un profundo zumbido bajo desde la oscuridad a su alrededor cuando la gigantesca maquinaria de los Talleres del Gusano entró en línea, y enormes fuerzas se unieron para desgarrar un agujero en el espaciotiempo. Creyó oler a ozono, sentir un hormiguelo de electricidad. Pero quizás era su imaginación.

Poner en marcha aquella operación había sido la simplicidad misma. Mientras Bobby trabajaba para obtener acceso clandestino al equipo de los Talleres del Gusano, Kate se había abierto camino a la mansión de Billybob, un chillón palacio barroco situado en medio de los bosques junto al Parque Nacional del monte Rainier. Había tomado suficientes fotografías para elaborar un tosco mapa externo del lugar, y lecturas del Sistema de Posicionamiento Global en varios puntos de referencia. Eso —y la información que Billybob había proporcionado orgullosamente a las revistas de moda acerca del lujoso interior de su mansión— había sido suficiente para construir un detallado mapa interior del edificio, completo con una parrilla de referencias GPS.

Ahora, si todo iba bien, esas referencias serían suficientes para establecer un enlace agujero de gusano entre el sanctasanctórum interior de Billybob y este improvisado puesto de escucha.

... La Pantalla Plana se iluminó. Kate se inclinó hacia adelante.

La imagen estaba fuertemente distorsionada, una mancha circular de luz, naranja y parda y amarilla, como si estuviera mirando a través de un túnel plateado. Había una sensación de movimiento, retazos de luz yendo y viniendo a través de la imagen, pero no podía precisar ningún detalle.

—No puedo ver una maldita cosa —dijo irritadamente.

Bobby dio unos golpecitos a la Pantalla Blanda.

—Paciencia. Ahora tengo que ocuparme de las rutinas de descircunvolución.

—¿Las qué?

—La boca del agujero de gusano no es la lente de una cámara, recuérdalo. Es una pequeña esfera en la que incide la luz desde todo su alrededor, en tres dimensiones. Y esa imagen global se ve muy polucionada por su paso a través del propio agujero de gusano. Pero podemos usar rutinas de software para remodelarlo todo. Es interesante. El software se basa en los programas que utilizan los astrónomos para eliminar la distorsión, centelleo, borrosidad y refracción atmosféricas cuando estudian las estrellas...

La imagen se aclaró bruscamente, y Kate jadeó.

Vieron un enorme escritorio con una lámpara-globo flotando encima. Había papeles y Pantallas Blandas esparcidos encima de él. Detrás del escritorio había una silla vacía, corrida casualmente hacia atrás. En las paredes había cuadros estadísticos y gráficos de barras, que parecían registros contables.

Había lujo allí. El papel de la pared parecía inglés pintado a mano, probablemente el más caro del mundo. Y en el suelo, tiradas también casualmente, había un par de pieles de rinoceronte, con sus bocas abiertas y sus vidriosos ojos mirando, y sus cuernos orgullosos incluso en la muerte.

Y había un simple monitor animado, un contador que ascendía firmemente. Estaba etiquetado **CONVERSOS**: almas humanas siendo contadas como las ventas de sushiburguesas en una cadena de comida rápida.

La imagen distaba mucho de ser perfecta. Era oscura, granujienta, a veces inestable, propensa a congelarse o descomponerse en nubes de pixels. Pero aún así...

—No puedo creerlo —jadeó Kate—. Funciona. Es como si todas las paredes del mundo simplemente se hubieran vuelto de cristal. Bienvenidos a la pecera...

Bobby seguía trabajando en su Pantalla Blanda, haciendo que la imagen reconstruida girara sobre sí misma.

—Pensaba que los rinocerontes se habían extinguido.

—Ahora sí. Billybob estuvo implicado en un consorcio que compró la última pareja a un zoo privado en Francia. Los genetistas intentaron retener los rinocerontes para almacenar su material genético, quizás óvulos y esperma e incluso cigotos, con la esperanza de restaurar la especie en el futuro. Pero Billybob llegó primero. Y así es el propietario de las últimas pieles de rinoceronte que hayan existido nunca. Fue un buen negocio, si lo miras de esta forma. Esas pieles han alcanzado ahora un precio inconcebiblemente alto.

—Pero ilegal.

—Sí. Pero nadie tendrá los redaños de plantear una demanda contra alguien tan poderoso como Billybob. Al fin y al cabo, cuando llegue el Día del Ajenjo, todos los rinocerontes se extinguirán de todos modos, así que, ¿que diferencia representa?... ¿Puedes emplear el zoom con esta cosa?

—Metafóricamente. Puedo ampliar y ganar nitidez selectivamente.

—¿Podemos ver esos papeles sobre el escritorio?

Bobby marcó con una uña cuadrados para zoom en la pantalla, y el enfoque del software avanzó progresivamente por encima del montón de papeles sobre el escritorio. La boca del agujero de gusano pareció situarse a un metro del suelo, a unos dos metros del escritorio —Kate se preguntó si sería visible, una pequeña cuenta reflexiva flotando en el aire—, de modo que los papeles quedaron en escorzo a causa de la perspectiva. Y además no estaban situados para una fácil lectura; algunos estaban boca abajo o quedaban oscurecidos por otros. De todos modos, Bobby consiguió captar suficientes secciones —invirtió las imágenes y corrigió la distorsión

de la perspectiva, las limpió con rutinas de nitidez del software inteligente— como para que Kate tuviera una idea del contenido general del material.

En su mayor parte era pura rutina empresarial —una estremecedora evidencia de la forma en que Billybob explotaba a escala industrial la credulidad de los norteamericanos—, pero nada ilegal. Hizo que Bobby siguiera escaneando, examinando rápidamente el disperso material.

Y entonces, al fin, encontró lo que buscaba.

—Aquí —dijo—. Amplía... Bien, bien. —Era un informe, técnico, apretadamente impreso, repleto de cifras, sobre los efectos adversos de la estimulación con dopamina sobre sujetos de edad avanzada—. Eso es —jadeó—. Lo que buscábamos. —Se puso en pie y empezó a caminar por la habitación, incapaz de contener su inquieta energía—. Qué estúpido. Farmacéutico una vez, farmacéutico siempre. Si podemos conseguir una imagen de Billybob leyendo eso, mejor aún firmándolo... Bobby, necesitamos encontrarle.

Bobby suspiró y se echó hacia atrás en su silla.

—Entonces pregúntale a David. Yo puedo hacer girar esa cosa y ampliar la imagen, pero en estos momentos no sé cómo hacer evolucionar esa GusanoCámara.

—¿“GusanoCámara”? —Kate no pudo evitar una sonrisa.

—Papá hace trabajar a su gente de marketing más duro todavía que sus ingenieros. Mira, Kate, son las tres y media de la madrugada. Ten paciencia. Tengo margen de seguridad aquí hasta mañana al mediodía. Seguramente podremos atrapar a Billybob en esta oficina antes de entonces. Si no, podemos intentarlo de nuevo otro día.

—Sí —asintió ella, tensa—. Tienes razón. Es sólo que estoy acostumbrada a trabajar rápido.

Él sonrió.

—¿Antes de que algún otro periodista ansioso se te adelante?

—Ocurre a veces.

—Hey. —Bobby adelantó una mano y sujetó su barbilla. Su moreno rostro era invisible en la cavernosa penumbra de los Talleres del Gusano, pero su contacto era cálido, confiado—. No tienes que preocuparte. Simplemente piensa en ello. En estos momentos nadie en el planeta, *nadie*, tiene acceso a la tecnología de la GusanoCámara. No hay forma alguna de que Billybob pueda detectar lo que estamos haciendo, o nadie pueda ganarte la mano. ¿Qué son unas cuantas horas?

La respiración de ella era somera, su corazón latía fuertemente; parecía sentirle, delante de ella en la oscuridad, a un nivel más intenso que la vista o el olor o incluso el tacto, como si algo muy profundo dentro de ella estuviera respondiendo a la cálida presencia de su cuerpo.

Alzó una mano, cubrió la de él y la besó.

—Tienes razón. Tenemos que esperar. Pero de todos modos estoy ardiendo de energía. Así que hagamos algo constructivo con ella.

Él pareció vacilar, como si intentara desentrañar lo que ella quería decir.

Bien, Kate, se dijo a sí misma, no eres como las demás chicas que ha conocido en su regalada vida. Quizá necesite un poco de ayuda.

Rodeó el cuello de él con su mano libre, lo atrajo hacia ella, y sintió su boca sobre la suya. Su lengua, cálida e inquisitiva, se abrió camino entre los labios de él y recorrió el puente de sus perfectos dientes inferiores; los labios de él respondieron ansiosos.

Al principio fue tierno, incluso cariñoso. Pero, a medida que aumentaba la pasión, ella se dio cuenta de un cambio en su postura, su actitud. Mientras respondía a sus no formuladas exigencias fue consciente de que le estaba dejando tomar el control e — incluso mientras él la llevaba a un profundo clímax con una habilidad de experto— se dio cuenta de que estaba distraído, perdido en los misterios de su extraña mente herida, atento al acto físico y no a ella.

Sabe cómo hacer el amor, pensó, quizá mejor que nadie que yo conozca. Pero no sabe cómo amar. Vaya cliché que era eso. Pero era cierto. Y terriblemente triste.

Y, mientras el cuerpo de él se cerraba sobre el de ella, sus dedos, hundiéndose en el pelo de la nuca de Bobby, hallaron algo redondo y duro bajo la cobertura del pelo, aproximadamente del tamaño de una moneda, metálico y frío.

Era un implante cerebral.

David estaba sentado ante el resplandor de su Pantalla Blanda en el silencio de una mañana de primavera de los Talleres del Gusano.

Estaba contemplando la parte superior de su propia cabeza, desde una altura de dos o tres metros. No era una vista confortable: parecía tener exceso de peso, y había una pequeña mancha calva en su coronilla que no había apreciado antes, una pequeña moneda rosada entre su no peinada masa de pelo.

Alzó la mano para localizarla.

La imagen en la pantalla alzó también su mano, como una marioneta esclavizada a sus acciones. Saludó infantilmente y miró hacia arriba. Pero por supuesto no había nada que ver, ningún signo del pequeño desgarrón en el espaciotiempo que transmitía aquellas imágenes.

Dio un golpecito a la pantalla y el punto focal giró, mirando directamente al frente. Otro golpecito, vacilante, y empezó a moverse hacia adelante, a través de las oscuras estancias de los Talleres del Gusano: al principio con ligeras sacudidas, luego más suavemente. Enormes máquinas, de aspecto más bien siniestro, flotaron junto a él como masivas nubes.

Con el tiempo, supuso, las versiones comerciales de su cámara agujero de gusano dispondrían de controles más intuitivos, un joystick quizá, palancas y mandos para

hacer girar el punto focal hacia este lado y hacia ese otro. Pero esta simple configuración de controles táctiles en su pantalla era suficiente para permitirle controlar el punto focal, dándole la oportunidad de concentrarse en la propia imagen.

Y, por supuesto, un rincón de su mente le recordó que en realidad el punto focal no se estaba moviendo en absoluto: en su lugar, los mecanismos Casimir estaban creando y colapsando una serie de agujeros de gusano, a longitudes de Planck de distancia unos de otros, situados en línea en la dirección hacia la que deseaba moverse. Las imágenes regresaban a través de agujeros sucesivos lo suficientemente cercanos unos de otros como para proporcionarle la ilusión de movimiento.

Pero nada de eso era importante ahora, se dijo seriamente. Por ahora sólo quería jugar.

Con una decidida palmada a la pantalla hizo girar el punto focal y lo envió volando directamente a la pared de hierro corrugado de los Talleres del Gusano. No pudo evitar el retroceder instantáneamente cuando la barrera voló hacia él.

Hubo un instante de oscuridad.

Y luego la había atravesado, y se vio de pronto inmerso en una cegadora luz solar.

Frenó el punto focal y lo hizo descender al nivel del ojo. Estaba en los terrenos que rodeaban los Talleres del Gusano: hierba, arroyos, pequeños y encantadores puentes. El sol estaba bajo, arrojando largas sombras nítidas, y había un rastro de rocío que resplandecía en la hierba.

Dejó que su punto focal se deslizara hacia adelante, al principio a ritmo de paseo, luego un poco más aprisa. La hierba se alejó tras él, y los árboles replantados por Hiram retrocedieron a ambos lados.

La sensación de velocidad era excitante.

Todavía no dominaba los controles, y de tanto en tanto su punto focal atravesaba torpemente un árbol o una roca: unos momentos de oscuridad, teñidos de pardo oscuro o gris. Pero estaba adquiriendo práctica, y la sensación de velocidad y libertad y claridad eran sorprendentes. Era como tener de nuevo diez años, pensó, con los sentidos frescos y agudos, un cuerpo tan lleno de energía que parecía liviano como una pluma.

Llegó al sendero de acceso de la planta. Alzó el punto focal dos o tres metros, descendió por el sendero y llegó a la carretera. Voló más alto y se deslizó siguiendo la calzada, observando el flujo de brillantes coches parecidos a escarabajos allá abajo. El tráfico se iba haciendo intenso, preparándose para la hora punta que no tardaría en llegar, y avanzaba denso y rápido. Pudo ver esquemas en el fluir, nudos de densidad que se acumulaban y dispersaban a medida que la invisible red del software de control optimizaba el río de vehículos automatizados.

Impaciente de pronto, se elevó aún más, hasta el punto que la carretera se convirtió en una cinta gris que serpenteaba sobre el suelo, con los parabrisas de los coches destellando como una hilera de diamantes.

Ahora pudo ver la ciudad abrirse ante él. Los suburbios eran una nítida parrilla

rectangular extendida sobre las colinas, difuminada hasta el gris por la bruma. Los altos edificios del centro se alzaban hacia el cielo, un puño compacto de cemento y cristal y acero.

Se elevó más todavía, atravesó una diáfana capa de nubes hacia un brillante sol más allá, y luego se volvió de nuevo para contemplar el brillo del océano, manchado, lejos de la costa, por la ominosa oscuridad de otra tormenta en ciernes. La curva del horizonte se hizo evidente, mientras tierra y mar se doblaban sobre sí mismos y la Tierra se convertía en un planeta.

David reprimió el deseo de gritar de alegría. Siempre había deseado volar como Superman. Esto, pensó, iba a venderse como tortitas calientes.

Una luna creciente colgaba, baja y delgada, en el azul del cielo. David hizo girar el punto focal hasta que su campo de visión se centró en aquella astilla de ósea luz.

Detrás de él pudo oír una conmoción, voces fuertes, pies que corrían. Quizá se había producido una brecha de seguridad, allá en los Talleres del Gusano. No era cosa suya.

Impulsó con determinación el punto focal hacia adelante. La mañana azul se hizo más profunda, hacia el violeta. Empezó a ver las primeras estrellas.

Durmieron durante un tiempo.

Cuando se agitó, Kate sintió frío. Alzó su muñeca y su tatuaje se iluminó. Las seis de la mañana. En su sueño, Bobby se había apartado de ella, destapándola. Tiró de la manta que compartían, cubriendo su desnudo torso.

Los Talleres del Gusano, carentes de ventanas, eran un lugar tan oscuro y cavernoso como cuando habían llegado. Pudo ver que la imagen de la GusanoCámara del estudio de Billybob todavía estaba allá donde antes: el escritorio y las pieles de rinoceronte y los papeles. Todo, desde que habían establecido el enlace de la GusanoCámara, había sido grabado. Se dio cuenta con un estremecimiento de excitación de que tal vez tuviera ya material suficiente para crucificar al fin a Meeks...

—Estás despierta.

Volvió la cabeza. El rostro de Bobby, con los ojos abiertos, descansaba sobre un pliegue de la manta.

Acarició la mejilla de ella con el dorso de un dedo.

—Creo que has estado llorando —dijo.

Aquello la sobresaltó. Resistió la tentación de apartar su mano, de ocultar su rostro.

Él suspiró.

—Hallaste el implante. Así que ahora sabes que has jodido con un circuitado. ¿No es ése tu prejuicio? No te gustan los implantes. Quizá pienses que sólo los criminales y los mentalmente deficientes deberían someterse a una modificación de sus

funciones cerebrales...

—¿Quién lo puso ahí?

—Mi padre. Quiero decir, fue iniciativa suya. Cuando yo era pequeño.

—¿Lo recuerdas?

—Tenía tres o cuatro años. Sí, lo recuerdo. Y recuerdo comprender por qué lo hizo. No los detalles técnicos, por supuesto, pero sí el hecho de que me quería y que deseaba lo mejor para mí. —Sonrió humildemente—. No soy en absoluto tan perfecto como parezco. Era un tanto hiperactivo, y también ligeramente disléxico. El implante arregló esas cosas.

Ella tendió la mano hacia su nuca y exploró el perfil del implante. Intentando no hacerlo demasiado obvio, se aseguró de que el tatuaje de su muñeca pasara por encima de la superficie metálica. Forzó una sonrisa.

—Tendrías que actualizar tu hardware.

Él se encogió de hombros.

—Funciona todo lo bien que necesito.

—Si me dejaras traer algo de equipo de análisis microelectrónico, podría efectuar un estudio.

—¿Para qué?

Ella contuvo el aliento.

—Para saber lo que hace.

—Ya te he dicho lo que hace.

—Me has dicho lo que Hiram *te* dijo que hace.

Él se alzó sobre los codos y la miró fijamente.

—¿Qué quieres dar a entender?

Sí, ¿qué, Kate? ¿Estás simplemente dolida porque él no muestra signos de enamorarse de ti, como evidentemente te estás enamorando tú de este complejo hombre lleno de imperfecciones?

—Pareces tener... lagunas. Por ejemplo, ¿nunca te preguntas acerca de tu madre?

—No —dijo él—. ¿Se supone que debería hacerlo?

—No es una cuestión de que se *suponga*, Bobby. Es sólo que la mayoría de la gente lo *hace*..., sin que se le impulse a ello.

—¿Y tú crees que esto tiene algo que ver con mi implante? Mira, confío en mi padre. Sé que todo lo que ha hecho ha sido por mi bien.

—De acuerdo. —Ella se inclinó para besarle—. No es asunto mío. No volveremos a hablar de ello.

Al menos, pensó con un ligero estremecimiento de culpabilidad, no hasta que consiga un análisis de los datos que ya he recogido de esa tachuela en tu cabeza, sin tu conocimiento ni tu permiso. Se acercó más a él y pasó un brazo sobre su pecho, protectoramente. Quizá soy yo quien tiene lagunas en el alma, pensó.

Con sobresaltante brusquedad, los focos se encendieron sobre ellos.

Kate se cubrió rápidamente el pecho con la manta, sintiéndose absurdamente

desnuda y vulnerable. La luz en sus ojos era cegadora, enmascarando al grupo de gente que había más allá. Eran dos, tres personas. Llevaban uniformes oscuros.

Y estaba la figura inconfundible de Hiram, las manos en las caderas, mirándola con ojos furiosos.

—No podéis ocultaros de mí —dijo Hiram con voz tranquila. Hizo un gesto hacia la imagen de la GusanoCámara—. Apagad esa maldita cosa.

La imagen se disolvió cuando el enlace del agujero de gusano a la oficina de Billybob fue cortado.

—Señorita Manzoni, por el simple hecho de entrar aquí sin permiso ha quebrantado todo un puñado de leyes. Sin mencionar el intentar violar la intimidad de Billybob Meeks. La policía está ya de camino. Dudo que consiga que la metan en prisión, aunque puede estar segura de que lo intentaré con todas mis fuerzas..., pero lo que sí puedo asegurarle es que nunca volverá a trabajar de nuevo en su campo.

Kate mantuvo su desafiante mirada. Pero sintió que su resolución se desmoronaba; sabía que Hiram tenía el poder de hacer precisamente aquello.

Bobby estaba tendido de espaldas, relajado.

Le clavó un codo en las costillas.

—¿No lo comprendes, Bobby? Te está espiando. ¿No te preocupa eso?

Hiram se erguía sobre ella.

—¿Por qué debería preocuparle? —Pudo ver a través de la deslumbrante luz el sudor que relucía en su calva, su único signo de furia—. Soy su padre. Lo que me importa es *usted*, señorita Manzoni. Es evidente que está envenenando la mente de mi hijo. Exactamente igual que... —se interrumpió bruscamente.

Kate le devolvió la furia en su mirada.

—¿Igual que quién, Hiram? ¿Que su madre?

Pero Bobby apoyó una mano en su brazo.

—Ya basta, papá. Kate, era inevitable que se imaginara esto en algún momento. Mirad, los dos: encontremos a esto una solución en la que todos salgamos ganando. ¿No es eso lo que siempre me has dicho, papá? —Impulsivamente, dijo—: No eches fuera a Kate. Dale un trabajo. Aquí, en NuestroMundo.

Hiram y Kate hablaron simultáneamente.

—¿Estás loco?...

—Bobby, eso es absurdo. Si piensas que voy a trabajar para ese...

Bobby alzó las manos.

—Papá, piensa en ello. Para explotar la técnica vas a necesitar los mejores periodistas de investigación que puedas encontrar. ¿Correcto? Ni siquiera con la GusanoCámara puedes desenterrar una historia sin alguien que la conduzca.

Hiram bufó.

—¿Me estás diciendo que *ella* es la mejor?

Bobby alzó las cejas.

—Está aquí, papá. Descubrió por sí misma lo de la GusanoCámara. Incluso ha

empezado a usarla. Y en cuanto a ti, Kate...

—Bobby, cuando el infierno se congele...

—*Sabes lo de la GusanoCámara*. Hiram no va a dejarte marchar con este conocimiento. Así que... no te vayas. Ven a trabajar aquí. Tienes ventaja sobre todos los demás malditos periodistas del planeta. —Miró del uno al otro.

Hiram y Kate se miraron con furia en los ojos.

—Insisto en terminar mi investigación sobre Billybob Meeks —dijo Kate—. No me importan las relaciones que tenga usted con él, Hiram. Ese hombre es una vergüenza, es potencialmente letal, un traficante de drogas. Y...

Hiram se echó a reír.

—¿Está poniendo usted *condiciones*?

—Papá, por favor —dijo Bobby—. Simplemente piensa en ello. Por mí.

Hiram gravitó sobre Kate con rostro salvaje.

—Quizá tenga que aceptar eso. Pero no va a apartar a mi hijo de mi lado. Espero que comprenda esto. —Se envaró, y Kate no pudo reprimir un estremecimiento—. Por cierto —dijo a Bobby—, tenías razón.

—¿Acerca de qué?

—De que te quiero. De que debes confiar en mí. De que todo lo que te he hecho ha sido por tu bien.

Kate jadeó.

—¿Le oyó decir eso? —Pero por supuesto que lo había oído; probablemente Hiram lo había oído todo.

Los ojos de Hiram estaban clavados en Bobby.

—Me crees, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

8

Primicias

De La hora de las noticias internacionales de NuestroMundo, 21 de junio del 2036:

Kate Manzoni (a la cámara):

... La auténtica posibilidad, revelada en exclusiva aquí, de un conflicto armado entre Escocia e Inglaterra —y en consecuencia, por supuesto, implicando a los Estados Unidos como un todo— es el desarrollo más significativo en que se está convirtiendo la historia central de nuestro siglo: la batalla por el agua.

Las cifras son claras. Menos de un uno por ciento de la provisión de agua de nuestro mundo es adecuada y accesible para uso humano. A medida que las ciudades se expanden, y queda menos tierra disponible para la agricultura, la demanda de agua se hace cada vez más aguda. En partes de Asia, OrienteMedio y África, la superficie de agua disponible se halla ya completamente utilizada, y los niveles de las aguas freáticas han estado disminuyendo desde hace décadas.

En el cambio de siglo, el diez por ciento de la población mundial no tenía agua suficiente para beber. Ahora esa cifra se ha triplicado, y se espera que alcance un abrumador setenta por ciento en el 2050.

Nos hemos acostumbrado a ver sangrientos conflictos a causa del agua —por ejemplo en China, y sobre las aguasdel Nilo, del Éufrates, del Ganges y del Amazonas—, lugares donde el recurso cada vez más disminuido tiene que ser compartido, o donde un vecino es considerado, cierta o equivocadamente, como que posee más agua de la que necesita.

En este país se han producido interpelaciones en el Congreso para que la Administración presione más a los gobiernos canadiense y quebequés para que cedan más agua a los Estados Unidos, en particular al cada vez más desertizado Medio Oeste.

De todos modos, la idea de que tales conflictos puedan llegar al desarrollado mundo occidental —sólo para repetir nuestra revelación en exclusiva, la de que una incursión armada a Escocia para asegurar el aprovisionamiento de agua ha sido seriamente considerada por el gobierno inglés— es realmente un shock...

Angel McKie (voz en off): Es de noche, y no se mueve nada.

Esta pequeña isla, incrustada como una joya en el mar de las Filipinas, mide sólo medio kilómetro de ancho. Y sin embargo, hasta ayer, más de mil personas vivían aquí, apiñadas en sus cabañas que cubrían esas tierras bajas hasta la misma línea de la marea alta. Incluso ayer, los niños jugaban en la playa que pueden ver aquí. Ahora no queda nada. Ni siquiera los cuerpos de los niños.

El huracán Antony —el último desgajado de la al parecer permanente tormenta de El Niño que continúa causando estragos en la costa del Pacífico— tocó la isla sólo brevemente, pero lo suficiente para destruir todo lo que esa gente había construido a lo largo de generaciones.

El sol todavía tiene que salir sobre esta devastación. Ni siquiera los equipos de rescate han llegado todavía. Estas imágenes son traídas hasta ustedes como una primicia por la unidad de recogida de noticias de NuestroMundo, una vez más en la escena de la última noticia muy por delante de todos los demás.

Regresaremos a esta escena cuando lleguen los primeros helicópteros de ayuda —se esperan del continente en cualquier momento—, y mientras tanto les llevaremos a una vista subacuática del arrecife de coral de este lugar. Éste era el último resto de una gran comunidad de arrecifes que se alineaban desde el estrecho de Tanon hasta el sur de la isla de Negros, la mayoría de los cuales fueron destruidos por la práctica de la pesca con dinamita. Ahora este último superviviente, preservado durante una generación por devotos expertos, ha sido devastado...

Willoughby Cott (voz en off):... ahora podemos ver ese gol de nuevo mientras cabalgamos en el hombro de Staedler en la exclusiva especial de NuestroMundo Tal-Como-Lo-Ve-El-Deportista.

Pueden ver la línea de defensas frente a Staedler empujando hacia adelante mientras se acerca, esperando que haga un pase que deje a Cramer de lado. Pero en vez de ello Staedler se aleja del ala hacia medio campo, bate a un defensa, luego a un segundo..., el guardameta no sabe en quién enfocarse, si en Staedler o en Cramer..., Y *ahí* pueden ver el hueco que Staedler ha divisado, abriéndose hacia el poste más cercano, y pone la directa, aprieta el acelerador ¡y *tira!*

Y ahora, gracias a la tecnología de imágenes en acción exclusiva de NuestroMundo, avanzamos con la pelota mientras traza su arco hacia la esquina de la portería, y la multitud de Beijing se queda extasiada...

Simón Alcalá (voz en off):... a continuación les ofrecemos más imágenes en exclusiva entre bastidores de la visita de la zarina rusa Irina a una de las principales boutiques de Johannesburgo..., ¿y no *era* ésa la hija de Madonna haciéndose operar la nariz en esta exclusiva clínica de cirugía estética de Los

Ángeles?

Los paparazzi de NuestroMundo les llevan *a ustedes* al interior de las vidas de los famosos..., ¡lo quieran ellos o no!

Pero primero: ¡He aquí una Asamblea General de la que nos gustaría saber algo más! Ayer, a la hora del almuerzo, la secretaria general de las Naciones Unidas Halliwell se tomó un descanso de la conferencia de la Iniciativa Hidrológica Mundial de la UNESCO en Cuba. Halliwell pensó que el jardín de su tejado era seguro. Y tenía razón. Bueno, casi razón. El tejado está cubierto por un espejo de un solo sentido..., deja entrar los rayos del sol, pero mantiene fuera los ojos espía. Es decir, todos los ojos espía ¡menos los nuestros!

Atravesemos ahora el tejado —sí, *atradesemos* el tejado—, y ahí está ella, ciertamente todo un espectáculo para nuestros doloridos ojos, mientras disfruta *au naturel* de la filtrada luz del sol del Caribe. Pese al espejo del tejado Halliwell es cautelosa —pueden verla aquí cómo se cubre cuando una avioneta pasa por encima—, ¡pero debería saber que no puede ocultarse de NuestroMundo!

Como pueden ver, el señor Gravedad ha sido considerado con nuestra secretaria general. Halliwell es tan impresionante como cuando se paseaba por los escenarios de todo el mundo hace cuarenta años. Pero la pregunta es: ¿sigue siendo toda ella la Halliwell original, o ha aceptado un poco de ayuda?...

9

El agente

Cuando el FBI llegó hasta Hiram, Kate sintió una oleada de alivio.

Se había sentido bastante feliz recorriendo el mundo con sus primicias, pero eso era lo que había estado haciendo siempre de todos modos, con o sin GusanoCámara. Y cada vez se había sentido más incómoda con la idea de que una tecnología tan poderosa estuviera solamente en manos de un capitalista megalomaniaco barato como Hiram Patterson.

Tal como fueron las cosas, estaba en la oficina de Hiram el día que ocurrió todo. Pero las cosas no fueron de la forma que ella esperaba.

Kate caminaba arriba y abajo. Estaba discutiendo con Hiram, como de costumbre.

—Por el amor de Dios, Hiram. ¿Hasta qué punto quiere ser trivial?

Hiram se reclinó en su silla de imitación de cuero y miró fuera de la ventana al centro de Seattle, meditando su respuesta.

En una ocasión, sabía Kate, aquella había sido la suite presidencial de uno de los mejores hoteles de la ciudad. Aunque la gran ventana panorámica subsistía, Hiram no había conservado ninguno de los adornos de la habitación; fueran cuales fuesen sus fallos, Hiram Patterson no era pretencioso. La habitación se había convertido en una oficina de trabajo normal, cuyo único mobiliario era la gran mesa de conferencias y su conjunto de sillas de respaldo alto, una cafetera y una fuente de agua. Corría el rumor de que Hiram mantenía una cama allí, encajada en un compartimento construido en una de las paredes. Y sin embargo faltaba el toque humano, pensó Kate. Ni siquiera había una sola imagen de un miembro de la familia..., sus dos hijos, por ejemplo.

Pero quizá no necesite imágenes, pensó hoscamente Kate. Quizá sus propios hijos ya son un trofeo suficiente.

—Así pues —dijo Hiram lentamente—, ahora apunta usted a mi maldita conciencia, señorita Manzoni.

—Oh, vamos, Hiram. No es una cuestión de conciencia. Mire, tiene usted un monopolio tecnológico que es la envidia de todas las demás organizaciones de noticias del planeta. ¿No puede ver cómo lo está malgastando? Chismorreos acerca de la realeza rusa y espectáculos de cámara indiscreta y retransmisiones de partidos de fútbol desde el mismo campo..., no me metí en este negocio para fotografiar las

tetas de la secretaria general de las Naciones Unidas.

—Esas tetas, como usted las describe —dijo él secamente— atrajeron a una audiencia de mil millones. Mi primera preocupación es batir a la competencia. Y eso es lo que estoy haciendo.

—Pero se está convirtiendo en el paparazzo definitivo. ¿Es ése el límite de su visión? Tiene usted tanto... *poder...* para hacer el bien.

Él sonrió.

—¿“El bien”? ¿Qué tiene que ver el bien con esto? Tengo que darle a la gente lo que quiere, Manzoni. Si no lo hago, algún otro bastardo lo hará por mí. De todos modos, no veo de qué se está quejando. Pasé su historia de Inglaterra invadiendo Escocia. Eso fue una genuina noticia dura.

—¡Pero la trivializó envolviéndola en basura sensacionalista! Del mismo modo que trivializa todas las consecuencias de la guerra del agua. Mire, la convención hidrológica de las Naciones Unidas ha sido un chiste...

—No necesito otra conferencia sobre los temas del día, Manzoni. ¿Sabe?, es usted tan pomposa, pero comprende tan poco. ¿No se da cuenta? La gente no quiere saber nada de *las consecuencias*. Debido a usted y su maldito Ajenjo, la gente se da cuenta de que *las consecuencias* no importan. No importa cómo bombeamos agua de un lado para otro por todo el planeta, o ningún otro de los demás temas, porque el Ajenjo va a acabar con todo de todos modos. Lo único que quiere la gente es entretenimiento. Distracción.

—¿Y ése es el límite de su ambición?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa se puede hacer?

Ella bufó disgustada.

—¿Sabe?, su monopolio no durará para siempre. Hay muchas especulaciones en la industria y en los medios de comunicación acerca de cómo consigue usted todas sus primicias. No puede transcurrir mucho tiempo antes de que alguien lo imagine y repita sus investigaciones.

—Tengo patentes...

—Oh, seguro, *eso* le protegerá. Si mantiene usted así las cosas no le quedará nada que dejarle a Bobby.

Los ojos de Hiram se entrecerraron.

—No hable de mi hijo. ¿Sabe?, cada día que paso lamento haberla traído aquí, Manzoni. Ha proporcionado usted algunas buenas historias, pero no tiene sentido del equilibrio, no tiene sentido en absoluto.

—¿Equilibrio? ¿Así es como lo llama? ¿Usando la GusanoCámara solamente para sensacionalismos más o menos baratos?

Sonó un suave campanilleo. Hiram alzó la cabeza al aire.

—Dije que no quería ser interrumpido.

Los tonos inofensivos del Mecanismo de Búsqueda flotaron en el aire.

—Me temo que tengo una emergencia, señor Patterson.

—¿Qué tipo de emergencia?

—Hay aquí un tal Michael Mavens que quiere verle. A usted también, señorita Manzoni.

—¿Mavens? No conozco a ningún...

—Es del FBI, señor Patterson. La Oficina Federal de...

—Sé lo que es el FBI. —Hiram dio un puñetazo sobre la mesa, frustrado—. Una maldita cosa después de otra.

Al fin, pensó Kate.

Hiram la miró furioso.

—Simplemente vigile lo que le dice a ese tonto del culo.

Ella frunció el ceño.

—¿Ese tonto del culo del FBI respaldado por el gobierno y dedicado a hacer cumplir la ley, quiere decir? No importa como responda usted a la ley, Hiram, yo diré lo que crea mejor.

Él crispó un puño, pareció a punto de decir algo más, luego se limitó a sacudir la cabeza. Se dirigió a largas zancadas a su ventana panorámica, donde la luz azul del cielo, filtrada por el cristal tintado, evocó reflejos en su calvo cráneo.

—Maldita sea —dijo—. Maldita, maldita sea.

Michael Mavens, agente especial del FBI, llevaba el traje estándar gris carbón, una camisa sin cuello y corbata de cordón. Era rubio, delgado como un látigo, y parecía como si hubiera jugado mucho al squash, sin duda en alguna academia ultracompetitiva del FBI.

A Kate le pareció notablemente joven: veintitantos años, quizá a punto de cumplir los treinta. Y era nervioso, sentándose torpemente en la silla que Hiram le ofreció, trasteando con su cartera portadocumentos mientras la abría y extraía de ella una Pantalla Blanda.

Kate miró de soslayo a Hiram. Vio cálculo en su ancho y moreno rostro; Hiram había captado también la sorprendente incomodidad del agente.

Tras mostrarles sus credenciales, Mavens dijo:

—Me alegra encontrarles a los dos aquí, señor Patterson, señorita Manzoni. Estoy investigando una aparente violación de seguridad...

Hiram se lanzó al ataque.

—¿Qué autorización tiene?

Mavens vaciló.

—Señor Patterson, espero que todos seamos un poco más constructivos que eso.

—¿“Constructivos”? —restalló Hiram—. ¿Qué tipo de respuesta es ésa? ¿Está actuando usted sin autorización? —Tendió la mano hacia el icono de un teléfono en su escritorio.

—Conozco su secreto —dijo Mavens calmadamente.

La mano de Hiram flotó sobre el brillante símbolo, luego se retiró.

Mavens sonrió.

—Mecanismo de Búsqueda. Cobertura de seguridad FBI nivel tres cuatro, autorización Mavens M. K. Confirme, por favor.

A los pocos segundos, el Mecanismo de Búsqueda informó:

—Cobertura en su lugar, agente especial Mavens.

Mavens asintió.

—Podemos hablar abiertamente.

Kate se sentó frente a Mavens, intrigada, desconcertada, nerviosa.

Mavens abrió su Pantalla Blanda y la extendió plana sobre el escritorio. Mostró una imagen de un gran helicóptero militar de fuselaje blanco. Mavens dijo:

—¿Reconoce usted esto?

Hiram se inclinó hacia la imagen.

—Es un Sikorski, creo.

—En realidad un VH-3D —dijo Mavens.

—Es el *Marine One* —dijo Kate—. El helicóptero de la presidenta.

Mavens la miró de reojo.

—Correcto. Como estoy seguro de que ambos saben, la presidenta y su esposo han pasado el último par de días en Cuba en la conferencia de hidrología de las Naciones Unidas. Han estado usando el *Marine One* ahí fuera. Ayer, durante un corto vuelo, tuvo lugar una conversación breve y privada entre la presidenta Juárez y el primer ministro inglés Huxtable. —Dio unos golpecitos a la pantalla, y ésta reveló un esquema del interior del helicóptero—. El Sikorski es un gran pájaro para algo tan antiguo, pero está repleto de equipo de comunicación. Sólo tiene diez plazas. Cinco están ocupadas por los agentes del servicio secreto, un médico, y los ayudantes militares y personales de la presidenta.

Hiram pareció intrigado.

—Supongo que uno de esos ayudantes tiene la pelota de fútbol.

Mavens pareció apenado.

—Ya no usamos “pelota de fútbol”, señor Patterson. En esta ocasión los otros pasajeros, además de la propia presidenta Juárez, eran el señor Juárez, el jefe de estado mayor, el primer ministro Huxtable y un agente de seguridad inglés.

“Toda esa gente, y los pilotos, poseen las más altas cualificaciones de seguridad posibles, que en el caso de los agentes y el resto del personal son verificadas diariamente. El señor Huxtable, por supuesto, pese a su título de estilo antiguo, tiene un cargo equivalente al de gobernador de un estado. El *Marine One* en sí es chequeado varias veces al día. Pese a sus melodramas virtuales acerca de espías y agentes dobles, señor Patterson, las medidas antivigilancia modernas son a toda prueba. Y además, la presidenta y el señor Huxtable estuvieron aislados dentro de una cortina de seguridad incluso dentro del Sikorski. No conocemos ninguna forma en

que puedan violarse todos estos modelos de seguridad”. —Volvió sus pálidos ojos castaños a Kate—. Y sin embargo, al parecer, lo han sido.

“La información que dio usted en las noticias era exacta, señorita Manzoni. Juárez y Huxtable sostuvieron una conversación acerca de la posibilidad de una solución militar a la disputa de Inglaterra con Escocia sobre el aprovisionamiento de agua”.

”Pero tenemos el testimonio del señor Huxtable de que esta especulación acerca de invadir Escocia es, era, privada y personal. La idea es suya, no la sometió a ningún registro electrónico o sobre papel, ni la discutió con nadie, ni con su gabinete ni siquiera con su pareja. Esta conversación con la presidenta Juárez fue de hecho la primera vez que expresó la idea en voz alta, para calibrar la extensión del apoyo de la presidenta a una proposición así, si era formulada.

“Y cuando usted divulgó la noticia, ni el primer ministro ni la presidenta habían discutido el asunto con nadie más. —Miró intensamente a Kate—. Señorita Manzoni, puede ver usted la situación. *La única fuente posible para su historia es la propia conversación Juárez-Huxtable*”.

Hiram se puso en pie al lado de Kate.

—Ella no va a revelar sus fuentes a un mequetrefe como usted.

Mavens se pasó una mano por el rostro y se echó hacia atrás en su silla.

—Debo decirle, señor, que espiar a la presidenta va a dar como resultado el que termine usted con una lista de acusaciones federales tan larga como su brazo. Un equipo interagencias está investigando ya este asunto. Y la presidenta está comprensiblemente furiosa. NuestroMundo puede ser cerrada. Y usted, señorita Manzoni, tendrá suerte si no termina en la cárcel.

—Primero tendrá que probarlo —estalló Hiram—. Puedo atestiguar que ningún operador de NuestroMundo ha estado en ningún momento cerca del *Marine One* para plantar un dispositivo de escucha o hacer alguna otra cosa semejante. Este equipo investigador interagencias que usted dirige...

Mavens tosió.

—Yo no lo dirijo. Formo parte de él. De hecho, el propio director de la Agencia...

Hiram abrió mucho la boca.

—¿Y sabe él que está usted aquí? ¿No? ¿Qué *está* intentando hacer usted aquí, Mavens? ¿Tenderme una trampa? ¿O... chantaje? ¿Es eso?

Mavens parecía cada vez más incómodo, pero permaneció sentado sin moverse.

Kate apoyó una mano en el brazo de Hiram.

—Creo que será mejor que le escuchemos, Hiram.

Hiram sacudió la mano de ella de su brazo. Se volvió hacia la ventana, las manos crispadas juntas a su espalda, los hombros agitados por la furia.

Kate se inclinó hacia Mavens.

—Dijo usted que conocía el secreto de Hiram. ¿Qué quiso decir con eso?

Y Michael Mavens empezó a hablar de los agujeros de gusano.

El mapa que extrajo de su cartera portadocumentos y abrió sobre la mesa estaba dibujado a mano sobre un papel sin ningún membrete. Evidentemente, pensó Kate, Mavens se había dedicado a una serie de especulaciones que no había querido compartir con sus colegas del FBI, o siquiera confiar a la dudosa seguridad de una Pantalla Blanda.

—Esto es un mapa de la ruta que tomó ayer el *Marine One* por encima de los suburbios de La Habana —dijo—. He marcado las referencias de tiempo con esas cruces. Pueden ver que cuando tuvo lugar la conversación clave Juárez-Huxtable a bordo, que sólo duró un par de minutos, el helicóptero estaba *aquí*.

Hiram frunció el ceño y golpeó con el dedo un cuadrado marcado y realizado en el mapa, inmediatamente debajo de la posición del Sikorski al inicio de la conversación.

—¿Y eso qué es?

Manzoni sonrió.

—Eso es usted, señor Patterson. Eso es un terminal de Transmisión de Datos de NuestroMundo. Una boca de agujero de gusano, enlazada con sus instalaciones centrales aquí en Seattle. Creo que el terminal de Transmisión de Datos debajo del *Marine One* es el mecanismo que usaron ustedes para obtener su información de la historia.

Hiram entrecerró los ojos.

Kate escuchó con creciente abstracción mientras Mavens especulaba —un poco alocadamente— acerca de micrófonos direccionales y los efectos amplificadores de los campos gravitatorios de las bocas de los agujeros de gusano. Su teoría, a medida que emergía, era que Hiram debía de estar usando las anclas fijas de Transmisión de Datos para realizar su espionaje.

Era obvio que Mavens había topado con algunos aspectos de la verdad, pero todavía no la tenía toda.

—Tonterías —dijo Hiram llanamente—. En su teoría hay agujeros a través de los cuales podría hacer volar un 7A7.

—Como por ejemplo —dijo Kate suavemente— la capacidad de NuestroMundo de llevar cámaras hasta lugares donde *no hay* terminal agujero de gusano de Transmisión de Datos. Como esas islas de las Filipinas golpeadas por el huracán. O el canalillo de la secretaria general Halliwell.

Hiram fulminó a Kate con una mirada de advertencia. *Cállese*.

Mavens pareció confuso, pero terco.

—Señor Patterson, no soy físico. Todavía no he elaborado todos los detalles. Pero estoy convencido de que del mismo modo que su tecnología de los agujeros de gusano es su ventaja competitiva en transmisión de datos, también es la clave de sus nuevas operaciones de obtención de noticias.

—Oh, vamos, Hiram —dijo Kate—. Ya casi lo tiene todo.

Hiram se encendió.

—Maldita sea, Manzoni. Le dije que deseaba negativas plausibles en cada

estadio.

Mavens miró interrogadoramente a Kate.

—Quiere decir cubrir la existencia de las GusanoCámaras —explicó ella.

Mavens sonrió.

—*GusanoCámaras*. Puedo adivinar lo que significa. Lo sabía.

—Pero no siempre es posible negar las cosas —siguió Kate—. Y no en este caso. Usted lo sabía, Hiram, antes de que aprobara la historia. Sólo que era algo demasiado bueno para dejarlo pasar... Creo que debería contarle lo que quiere saber.

Hiram la miró furioso.

—¿Por qué demonios debería?

—Porque —dijo Mavens— creo que puedo ayudarles.

Mavens contempló con ojos muy abiertos la primera boca de agujero de gusano de David, ya una pieza de museo, la perla de espaciotiempo encajada aún en su bloque de cristal.

—Y no necesitan anclajes. Pueden plantar el ojo de una GusanoCámara *en cualquier parte*, observar *cualquier cosa*... ¿Y también pueden captar sonidos?

—Todavía no —dijo Hiram—. Pero el Mecanismo de Búsqueda es un buen lector de labios. Y tenemos hombres expertos en ello también. Ahora, agente especial, dígame cómo puede ayudarme.

Reluctante, Mavens depositó el bloque de cristal sobre la mesa.

—Como la señorita Manzoni dedujo, el resto de mi equipo se halla sólo a un par de pasos detrás de mí. Probablemente mañana efectúen un registro de sus instalaciones.

Kate frunció el ceño.

—Entonces seguro que usted no debería de estar aquí, advirtiéndonos.

—No, no debería —dijo Mavens seriamente—. Miren, señor Patterson, señorita Manzoni. Seré franco. Soy lo bastante arrogante como para creer que en este asunto puedo ver un poco más claro que mis superiores, y por eso precisamente estoy haciendo lo que hago. Su tecnología de la GusanoCámara, incluso lo que fui capaz de deducir de ella por mí mismo, es fantásticamente poderosa. Y podría hacer una gran cantidad de bien: desenmascarando criminales para la justicia, en el contraespionaje, como vigilancia...

—Si cayera en las manos correctas —dijo Hiram enérgicamente.

—Si cayera en las manos correctas.

—Lo cual significa ustedes. El FBI.

—No sólo nosotros. Pero dentro del dominio público, sí. No puedo estar de acuerdo con que airearan la conversación Juárez-Huxtable. Pero su puesta a la luz de la ciencia fraudulenta detrás del proyecto de desalinización de Galveston, por ejemplo, fue una pieza maestra de periodismo. Poniendo al descubierto ese fraude en

particular salvaron ustedes al erario público miles de millones de dólares. Me gustaría ver que la emisión de ese tipo de noticias responsables continúe. Pero soy un servidor del pueblo. Y el pueblo, *nosotros*, necesitamos también la tecnología, señor Patterson.

—¿Para invadir la intimidad de los ciudadanos? —preguntó Kate.

Mavens agitó la cabeza.

—Cualquier tecnología está abierta al abuso. Habría controles. Pero, puede que usted no lo crea, señorita Manzoni, pero en su conjunto todos los servidores públicos son inherentemente decentes.

”Y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Los tiempos son cada vez más difíciles..., como usted debe saber muy bien, señorita Manzoni.

—El Ajenjo.

—Sí. —Frunció el ceño, con aspecto turbado—. La gente parece reacia a tomar responsabilidades para sí misma, y no digamos para los demás, su comunidad. El aumento de la criminalidad está siendo igualado por el aumento en la apatía respecto a ella. Presumiblemente esto no hará más que empeorar a medida que el Ajenjo se vaya acercando.

Hiram pareció intrigado.

—Pero, ¿qué diferencia hay si de todos modos el Ajenjo va a terminar barriéndonos a todos? Cuando era un niño en Inglaterra, creíamos creyendo que cuando estallara la guerra nuclear sólo seríamos advertidos con cuatro minutos de anticipación. Acostumbrábamos a hablar sobre ello. ¿Qué haríamos con *nuestros* cuatro minutos? Yo decía que me emborracharía hasta quedarme ciego y...

—Tenemos siglos —dijo Mavens—. No sólo minutos. Tenemos el deber de mantener la sociedad funcionando de la mejor manera que nos sea posible, durante tanto tiempo como sea posible. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Y mientras tanto, como ha ocurrido a lo largo de las décadas, este país tiene más enemigos que ninguna otra nación en el mundo. Puede que la seguridad nacional tenga una prioridad más alta que los derechos individuales.

—Díganos lo que nos propone —indicó Kate.

Mavens inspiró profundamente.

—Quiero intentar establecer un trato. Señor Patterson, ésta es su tecnología. Tiene usted derecho a sacar beneficios de ella. Propongo que mantenga usted las patentes y el monopolio de la industria. Pero que licencie su tecnología al gobierno, para ser usada en interés del público, bajo una legislación adecuadamente redactada.

—Usted no tiene ninguna autoridad para ofrecer un trato así —restalló Hiram.

Mavens se encogió de hombros.

—Por supuesto que no. Pero éste es evidentemente un compromiso sensato, donde todos los implicados saldremos ganando..., incluso el pueblo de este país. Creo que podría vendérselo a mi inmediato superior, y entonces...

Kate sonrió.

—Realmente lo ha arriesgado usted todo por esto, ¿verdad? ¿Tan importante es?

—Sí, señorita, creo que sí.

Hiram sacudió la cabeza, inseguro.

—Esos malditos tipos con su idealismo sentimental.

Mavens le observó fijamente.

—Bien, ¿qué dice, señor Patterson? ¿Quiere ayudarme a vender esto? ¿O prefiere aguardar al registro de mañana?

—Se mostrarán agradecidos, Hiram —dijo Kate—. En público, al menos. Quizás el *Marine One* venga a recogerle a la helipista de su jardín para que la presidenta pueda clavar una medalla en su pecho. Es un paso más hacia el centro del poder.

—Para mí y para mis hijos —dijo Hiram.

—Sí.

—¿Y mantendré mi monopolio comercial?

—Sí, señor.

Bruscamente, Hiram sonrió. Su talante cambió de inmediato mientras aceptaba su derrota y empezaba a revisar sus planes.

—Hagámoslo, agente especial. —Tendió la mano por encima de la mesa y estrechó la de Mavens.

Así que el secreto había terminado; el poder que la GusanoCámara le había concedido a Hiram sería contrapesado. Kate sintió un inmenso alivio.

Pero entonces Hiram se volvió hacia Kate y la miró con ojos furiosos.

—Todo esto ha sido culpa suya, Manzoni. Una traición por su parte. No lo olvidaré.

Y Kate —sobresaltada, inquieta— supo que hablaba en serio.

10

Los guardianes

Extraído del Diario de Inteligencia Nacional, producido por la CIA, receptores Autorización Top Secret y Superior, 12 de diciembre del 2036:

... La tecnología GusanoCámara ha demostrado ser capaz de penetrar entornos donde es impráctico o imposible enviar observadores humanos o incluso cámaras robot. Por ejemplo, los puntos focales de la GusanoCámara han proporcionado a los científicos una forma completamente segura de inspeccionar el interior de los depósitos de residuos de la Reserva Nuclear de Hanford, donde durante décadas el plutonio se ha estado derramando al suelo, aire y río. Se están usando también GusanoCámaras (operadas bajo estricta supervisión operativa federal) para inspeccionar depósitos de residuos nucleares profundos junto a la costa de Escocia, y para estudiar los núcleos de los reactores sepultados de la época de Chernobil que, aunque desde hace mucho tiempo inactivos, todavía siguen sembrando de radiactividad las tierras de la antigua Unión Soviética, inspecciones que han dado algunos alarmantes resultados (Apéndices F-H)...

... Los científicos están buscando la aprobación al uso de una GusanoCámara para examinar sin intrusión un nuevo y gigantesco lago de agua dulce hallado helado en las profundidades del hielo antártico. Una antigua y frágil biota ha permanecido sepultada en tales lagos durante millones de años. En una completa oscuridad, en agua mantenida líquida por la presión de cientos de metros de hielo, las especies atrapadas siguen sus propios caminos evolutivos, completamente distintos de los de las formas de la superficie. Los argumentos científicos parecen fuertes: quizás esta investigación demuestra ser realmente no intrusiva, y así preserve las antiguas y frágiles formas de vida de la destrucción inmediata aunque su hábitat sea violado, como ocurrió notablemente a principios de siglo, cuando una serie de científicos llenos de un celo excesivo persuadieron a las comisiones internacionales de abrir el lago Vostok, el primero de tales mundos helados en ser descubierto. Una comisión que informa directamente al consejero científico del presidente está considerando si el asunto puede progresar y sus resultados dados a conocer al mundo científico, *sin* dar a conocer la existencia de la GusanoCámara fuera de los actuales círculos restringidos...

... El reciente rescate del rey Harry de Australia y su familia de entre los restos de su yate durante las tormentas del golfo de Carpentaria ha demostrado la

promesa de la GusanoCámara de transformar la eficacia de los servicios de emergencia. Las operaciones de búsqueda y rescate en el mar, por ejemplo, ya no requerirán flotas de helicópteros barriendo grandes áreas de gris y tormentosa agua con gran riesgo para sus tripulantes; equipos de B&R trabajando en la seguridad de centros de monitorización en tierra firme serán capaces de localizar las víctimas de accidentes en unos pocos minutos, y enfocar inmediatamente los esfuerzos de rescate —y los inevitables riesgos— allá donde son requeridos...

... Esta secta cristiana fundamentalista pretendía “conmemorar” el dos mil aniversario (tal como ellos lo calculaban) de la expulsión de Cristo de los prestamistas del templo lanzando una cabeza nuclear de pulso electromagnético contra el corazón de todos los principales distritos financieros del planeta, entre ellos Nueva York, Londres, Frankfurt y Tokio. Los analistas de la Agencia se muestran de acuerdo con los titulares de los periódicos en que, de haber tenido éxito, el ataque hubiera sido un Pearl Harbor electrónico. El caos financiero subsiguiente —con las redes de transferencias bancarias, mercados de acciones, mercados de bonos, sistemas de intercambio, redes de crédito, líneas de comunicación de datos, fatalmente dañadas o destruidas— podría, según los analistas, haber causado un shock lo suficientemente profundo a los interdependientes sistemas financieros globales como para desencadenar una recesión mundial. Principalmente gracias al uso de la GusanoCámara de Inteligencia, ese desastre fue evitado. Sólo con este éxito, el despliegue de la GusanoCámara en interés público ha salvado unos estimados billones de dólares y ha ahorrado incontable miseria y pobreza humanas, incluso hambre...

Extraído de “GusanoInteligencia: la GusanoCámara Patterson como herramienta para la inteligencia personal de precisión y otras aplicaciones”, por Michael Mavens, FBI; publicado en Actas del Grupo de procesado de información avanzada y análisis de orientaciones (Comunidad de Inteligencia), Tyson’s Corner, Virginia, 1214 de diciembre del 2036:

Las GusanoCámaras fueron introducidas por primera vez como prueba en las agencias federales bajo el paraguas de un grupo interagencias de orientación y evaluación en el cual serví. El grupo de orientación contenía representantes de la Administración de Alimentos y Medicamentos, el FBI, la CIA, la Comisión Federal de Comunicaciones, el Servicio de Rentas Públicas y los Institutos Nacionales de Sanidad. El poder de la tecnología se ha hecho rápidamente evidente, sin embargo, y en sólo seis meses, antes de completarse el programa piloto, las capacidades de la GusanoCámara han sido aplicadas a todas las columnas principales de nuestro sistema de inteligencia, es decir la Oficina Federal de Investigación, la Agencia Central de Inteligencia, la Agencia de

Inteligencia de la Defensa, la Agencia de Seguridad Nacional y la Oficina Nacional de Reconocimiento.

¿Qué significa la GusanoCámara para nosotros?

La GusanoCámara —una tecnología de vigilancia que no puede ser detectada o bloqueada— termina con la carrera de vigilancia y codificación que se ha estado desarrollando desde, conservadoramente, los años 1940. Esencialmente la GusanoCámara traza de forma directa un puente a través del espacio hasta su sujeto, y es capaz de proporcionar imágenes de incuestionable autenticidad, imágenes, por ejemplo, que pueden ser reproducidas en la sala de un tribunal. En comparación, ninguna imagen fotográfica, por relevante que sea, ha sido admitida como prueba en un tribunal de justicia de los Estados Unidos desde el 2010, debido a la facilidad de manipular tales imágenes.

A nivel interno, las GusanoCámaras han sido usadas en aduanas e inmigración, pruebas e inspección de alimentos y medicamentos, verificación de oposiciones a cargos federales, y toda una variedad de otros propósitos. Respecto a la justicia criminal, aunque el redactado de un marco legal relativo al derecho a la intimidad que cubra el uso de la GusanoCámara en investigaciones criminales todavía está pendiente, el FBI y los equipos policiales han podido ya anotarse un cierto número de éxitos espectaculares, por ejemplo descubrir los planes del anarquista solitario Subiru, F. (que incidentalmente afirma ser un clon de segunda generación del músico del siglo xx Michael Jackson) de volar el monumento a Washington.

Déjenme señalar que en el 2035 sólo era denunciado un tercio estimado de todas las felonías, y de ese tercio, sólo un quinto terminaba con un arresto y presentación de cargos. Un quinto de un tercio: eso es alrededor de un siete por ciento. El balance de la ecuación de disuasión de delitos apuntaba hacia la ineffectividad. Ahora, aunque las cifras completas del período de prueba todavía no se hallan disponibles, podemos decir ya que los índices de aprehensión se han visto mejorados en varios órdenes de magnitud. Damas y caballeros, puede que nos estemos aproximando a una era en la que, por primera vez en la historia humana, pueda decirse realmente que el crimen no paga...

Ahora con referencia a los asuntos externos: en el 2035 la recopilación y análisis de datos de Inteligencia Extranjera costaba 75.000 millones de dólares. Pero buena parte de esta Inteligencia era de escaso valor: nuestros sistemas de recopilación de datos eran sistemas electrónicos de succión, que recogían mucha paja junto con el trigo. Y en una época en la cual las amenazas a las que nos enfrentamos —que emanan en general de estados belicosos o células terroristas— apuntan con precisión a sus objetivos, se ha hecho evidente desde hace mucho que nuestra Inteligencia necesita apuntar también con precisión. Simplemente cartografiar las capacidades militares de un enemigo, por ejemplo, no nos dice nada de su modo estratégico de pensar, y menos aún de sus intenciones.

Pero muchos de nuestros oponentes poseen una tecnología tan sofisticada como la nuestra, y ha demostrado ser difícil o imposible penetrar con medios electrónicos convencionales hasta el corazón de sus operaciones. La solución a esto ha sido una renovada confianza en la IntelHum, la Inteligencia Humana, el uso de espías humanos. Pero éstos, por supuesto, resultan difíciles de situar, son notablemente poco fiables, y altamente vulnerables.

Pero ahora tenemos la GusanoCámara.

Una GusanoCámara nos permite esencialmente situar una cámara remota (en términos técnicos un “punto focal”) *en cualquier parte*, sin necesidad de intervención física. La Inteligencia con GusanoCámara —la “GusanoIntel”, como se la conoce ya a nivel interno— está demostrando ser tan valiosa que se han instalado puestos de GusanoCámaras para monitorizar la mayor parte de los líderes políticos mundiales, amistosos o no, los líderes religiosos y de grupos fanáticos, muchas de las principales empresas mundiales, etc.

La tecnología de la GusanoCámara es íntima y personal. Podemos observar a un oponente en sus actos más privados, si es necesario. El potencial de exposición de actividades ilícitas, incluso el chantaje si así lo decidimos, es obvio. Pero lo más importante es la imagen que ahora somos capaces de elaborar de las intenciones de un enemigo. La GusanoCámara nos proporciona información sobre los contactos de un oponente —por ejemplo tratantes de armas—, y podemos evaluar factores de conocimiento como su orientación religiosa, cultura, nivel de educación y entrenamiento, sus fuentes de información, los medios de comunicación que usa.

Damas y caballeros, en el pasado la geografía del campo de batalla físico era el blanco crucial de la Inteligencia. Con la GusanoCámara, la geografía de la mente de nuestro enemigo se nos abre de par en par...

Antes de que pase a algunos primeros éxitos específicos de los equipos de GusanoCámara, quiero tocar un poco el futuro.

La tecnología actual nos ofrece una GusanoCámara capaz de dar imágenes de espectro visual de alta resolución. Nuestros científicos están trabajando con la gente de NuestroMundo para mejorar esta tecnología de modo que permita capturar datos del espectro no visual —particularmente infrarrojos, para operaciones nocturnas— y sonido, convirtiendo el punto focal de la GusanoCámara en sensible a los subproductos físicos de las ondas de sonido, reduciendo así nuestra actual dependencia a la lectura de los labios. Además, apuntamos a conseguir que los puntos focales remotos sean plenamente móviles, de modo que podamos seguir a un blanco en movimiento.

Los puntos focales de la GusanoCámara son en principio detectables, y los mejores equipos federales/NuestroMundo están investigando hipotéticas “anticámaras”, formas en las cuales un enemigo pueda detectar y quizá cegar una GusanoCámara. Concebiblemente es algo que puede hacerse, por ejemplo

inyectando partículas de alta energía a un punto focal, causando que el agujero de gusano implusione. Pero no creemos que esto pueda llegar a ser un obstáculo serio. Recuerden, el emplazamiento de una GusanoCámara no es un acontecimiento puntual que se pierda al ser detectado. De hecho, podemos situar tantos puntos focales de GusanoCámara como queramos en un lugar determinado, sean detectados o no.

Y además, en la actualidad las agencias de los Estados Unidos poseen el monopolio de esta tecnología. Nuestros oponentes saben que hemos conseguido un notable impulso en nuestra capacidad de reunir información, pero ni siquiera saben cómo lo hacemos. Lejos de desarrollar capacidades para obstruir una GusanoCámara, dan palos de ciego sin saber siquiera lo que están buscando.

Pero, por supuesto, nuestra ventaja en la tecnología de la GusanoCámara no va a durar siempre, del mismo modo que dicha tecnología no seguirá siendo siempre secreta. Debemos empezar a hacer planes para un futuro transformado en el cual la GusanoCámara sea del dominio público, y nuestros centros de poder y de mando se hallen tan abiertos a nuestros oponentes como los suyos lo están ahora para nosotros...

De la Hora de las noticias internacionales de NuestroMundo, 28 de enero del 2037:

Kate Manzoni (a la cámara):

En un extraño regreso al escándalo del Watergate de hace sesenta años, personal de la Casa Blanca allegado a la presidenta María Juárez ha sido públicamente acusado de robar con allanamiento en el cuartel general de la campaña del partido republicano, considerado el máximo oponente de Juárez en las próximas elecciones presidenciales del 2040.

Los republicanos han declarado que las revelaciones hechas por la gente de Juárez —relativas a un posible quebrantamiento de las reglas de financiación de la campaña entre el partido republicano y varios importantes empresarios— sólo pueden basarse en información obtenida por medios ilegales, como grabación de conversaciones telefónicas o un robo.

Como respuesta, la Casa Blanca ha desafiado a los republicanos a presentar pruebas tangibles de tal intrusión. Hasta ahora, el partido republicano no ha conseguido presentar nada...

El implante cerebral

Mientras Kate observaba, John Collins voló al aeropuerto de Moscú.

En el aeropuerto Collins se reunió con un hombre más joven que él. El Mecanismo de Búsqueda reconoció rápidamente su esquema y lo identificó como Andrei Popov. Popov, ruso de nacimiento, tenía vínculos con grupos insurgentes armados que operaban en los cinco países que bordeaban el mar de Aral: Kazajstán, Uzbekistán, Turkmenistán, Tajikistán y Kirguizistán.

Kate se estaba acercando.

Con una creciente sensación de entusiasmo, hizo volar el punto focal de la GusanoCámara siguiendo a Collins y Popov mientras recorrían Moscú en autobús, en metro, en coche y a pie, incluso en medio de una nevada. Tuvo un atisbo del Kremlin y del viejo y feo edificio de la KGB, como si fuera alguna aventurera turista virtual.

Pero la pobreza del lugar era impresionante. Pese a la elección de su profesión, Collins era un norteamericano arquetípico en el extranjero: Kate vio su creciente frustración ante los fallos del teléfono móvil, su sorpresa al ver a los taquilleros del metro utilizar ábacos para calcular el cambio, su disgusto ante la suciedad que encontró en los servicios públicos, su incrédula impaciencia cuando intentó llamar al Mecanismo de Búsqueda y no recibió respuesta.

Sintió un profundo alivio cuando Collins alcanzó un pequeño aeropuerto suburbano de Moscú y abordó un aparato ligero, y pudo conectarse con el sistema que imaginó que era el piloto automático.

Allá en la semioscuridad de los Talleres del Gusano, sentada frente a una Pantalla Blanda, estaba manejando el punto focal utilizando un joystick y un poco de software de apoyo inteligente. Por ingenioso que fuera el sistema, seguir los movimientos de una persona a través de una ciudad extranjera era una obra intensa, agotadora; un simple desliz de concentración podía estropear horas de trabajo.

Pero la tecnología de rastreo de la GusanoCámara había avanzado hasta el punto en que se podía conectar el punto focal remoto a diversas firmas electrónicas, por ejemplo el piloto automático del aparato de Collins. Así que ahora el punto focal de su GusanoCámara flotaba, totalmente invisible, en la cabina del avión —todavía por encima del hombro de Collins— mientras el aparato se alzaba en la progresiva oscuridad del atardecer ruso, rastreando su presa sin necesidad de su intervención.

Y cada vez sería más fácil. Los técnicos de los Talleres del Gusano estaban trabajando en formas de conseguir que un punto focal rastreara a una persona

determinada sin necesidad de conducción humana..., en un próximo futuro.

Echó hacia atrás su silla, se puso en pie y se despezó. Estaba más cansada de lo que creía; no podía recordar cuándo había hecho su última pausa.

Escaneó de forma ausente la continuidad de las imágenes de la GusanoCámara. Caía la noche sobre Asia central, y a través de las pequeñas ventanillas del avión pudo ver un paisaje lleno de cicatrices, extensiones de pardos páramos, aún inhabitables cuatro décadas después de la caída de la Unión Soviética con su enorme desdén hacia el paisaje y su gente...

Sintió una mano sobre su hombro, unos fuertes pulgares que masajearan un nudo de músculos allí. Se sobresaltó, pero el contacto era familiar, y no pudo hacer otra cosa más que relajarse.

Bobby besó su coronilla.

—Sabía que te encontraría aquí. ¿Sabes la hora que es?

Kate miró el reloj de la Pantalla Blanda.

—¿Última hora de la tarde?

Él se echó a reír.

—Sí, hora de Moscú. Pero esto es Seattle, Washington, en el hemisferio occidental, y en este lado del planeta sólo son un poco después de las diez de la mañana. Trabajaste toda la noche. De nuevo. Tengo la sensación de que me estás evitando.

—Bobby, tú no lo entiendes —dijo ella irritadamente—. Estoy rastreando a ese tipo. Es un trabajo de veinticuatro horas. Collins es un operador de la CIA que parece estar abriendo líneas de comunicación entre nuestro gobierno y varios oscuros insurreccionistas en la zona del mar de Aral. Está ocurriendo algo ahí fuera de lo que la administración no quiere decirnos nada.

—Pero —dijo Bobby con burlona solemnidad— la GusanoCámara lo ve todo... —Llevaba un atuendo informal de esquí, brillante, multicolor, termoadaptable, muy caro; en el calor de aquella esquina de los Talleres del Gusano, Kate podía ver cómo sus poros artificiales se habían abierto, revelando un débil lustre pardo de piel bronceada. Se inclinó hacia la Pantalla Blanda, estudió la imagen y las notas que había garabateado—. ¿Cuánto tiempo tomará el vuelo de Collins?

—Resulta difícil decirlo. Horas.

Bobby se enderezó.

—Entonces tómame un poco de tiempo libre. Tu blanco está metido en este avión hasta que aterrice o se estrelle, y la GusanoCámara puede rastrearlo tranquilamente por sí misma. Y además está dormido.

—Pero está con Popov. Si despierta...

—Entonces los sistemas de grabación recogerán todo lo que diga y haga, Vamos. Concédete una pausa. Y estáte conmigo.

... Pero no quiero estar contigo, Bobby, pensó ella. Porque hay cosas que prefiero no discutir.

Y sin embargo...

Y sin embargo todavía se sentía atraída hacia él, pese a lo que ahora sabía de él.

Te estás volviendo demasiado complicada, Kate. Demasiado introvertida. Una pausa de este frío lugar sin vida te hará bien.

Hizo un esfuerzo por sonreír y tomó su mano.

Era un día espléndido, un bienvenido intervalo entre los sistemas de tormentas que ahora golpeaban habitualmente la costa del Pacífico.

Con sendas jarras de hojalata en la mano, caminaron a través de las zonas ajardinadas que Hiram había construido alrededor de sus Talleres del Gusano. Había terraplenes bajos, estanques, puentes sobre arroyos, e impracticablemente grandes y viejos árboles, todo ello importado e instalado a la manera típica de Hiram, pensó Kate, con enorme gasto y poca discriminación o gusto. Pero el cielo estaba despejado, brillantemente azul, el sol del invierno proporcionaba realmente un poco de calor a su rostro, y ambos dejaban un rastro de oscuras pisadas en la densa capa plateada de aún persistente rocío.

Hallaron un banco. Era térmico y se había calentado lo suficiente para secar el rocío. Se sentaron, sorbiendo café.

—Todavía pienso que me estás ocultando algo —dijo Bobby suavemente. Ella vio que sus implantes retinales se habían polarizado a la luz del sol y se habían vuelto plateados, insectoides—. Es la GusanoCámara, ¿verdad? Todas las implicaciones éticas que hallas tan inquietantes.

Con una ansiedad que la avergonzó, saltó sobre el tema.

—Por supuesto que son inquietantes. Una tecnología con tanto poder...

—Pero estabas aquí cuando llegamos a nuestro acuerdo con el FBI. Un acuerdo que puso la GusanoCámara en manos de la gente.

—Oh, Bobby..., *la gente* ni siquiera sabe que esa maldita cosa existe, y menos que las agencias del gobierno la están usando contra ella. Mira todos los defraudadores fiscales que han sido atrapados de pronto, los padres engañando acerca de las ayudas para los hijos, la ley Brady sobre los compradores de armas, los delincuentes sexuales en serie.

—Pero todo eso es para el bien general, ¿no? ¿Qué estás diciendo, que no confías en el gobierno? Esto no es el siglo xx.

Ella gruñó.

—Recuerda lo que dijo Jefferson: “Todos los gobiernos degeneran cuando son confiados únicamente a los gobernantes del pueblo. En consecuencia el propio pueblo es el único depositario seguro...” ¿Qué me dices del robo con allanamiento republicano? ¿Como puede ser *eso* en interés del pueblo?

—No puedes decir seguro que la Casa Blanca usó la GusanoCámara para eso.

—¿Qué otra cosa fue, pues? —Kate sacudió la cabeza—. Quise que Hiram me

dejara bucear en ello. Me echó inmediatamente fuera del caso. Hemos hecho un trato fáustico, Bobby. Esos tipos de la administración y las agencias del gobierno no son necesariamente estafadores, pero sólo son humanos. Y proporcionándoles un arma tan poderosa y secreta... Bobby, no confiaría *en mí misma* con un poder así. El incidente del espionaje republicano es sólo el inicio de la pesadilla orwelliana que estamos a punto de soportar.

“Y en cuanto a Hiram..., ¿tienes *alguna* idea de cómo trata Hiram a sus empleados aquí en NuestroMundo? Los solicitantes de un trabajo son examinados incluso hasta el nivel de su secuencia de ADN. Traza los perfiles de todos sus empleados buscando bases de datos de crédito, registros policiales, incluso registros federales. Tenía ya un centenar de formas de medir la productividad y la actuación y de controlar a su gente. Ahora que tiene la GusanoCámara, Hiram puede mantenernos bajo vigilancia las veinticuatro horas del día si lo desea. Y no hay una maldita cosa que ninguno de nosotros podamos hacer al respecto. Ha habido toda una cadena de casos judiciales que han establecido que los empleados no tienen protección constitucional contra la vigilancia intrusiva por parte de sus empleadores”.

—Pero él necesita todo eso para mantener a la gente trabajando —dijo secamente Bobby—. Desde que revelaste el Ajenjo a la luz pública, el absentismo ha ascendido como un cohete, y el uso del alcohol y otras drogas en el trabajo, y...

—Esto no tiene nada que ver con el Ajenjo —dijo ella severamente—. Esto es una cuestión de derechos básicos. Bobby, ¿acaso no lo ves? *NuestroMundo es una visión del futuro para todos nosotros...*, si monstruos como Hiram siguen manteniendo la GusanoCámara. Y *por eso* es importante que la tecnología se disemine, tanto y tan rápido como sea posible. Reciprocidad: al menos seremos capaces de observarlos observándonos... —Buscó su plateada mirada como de insecto.

—Gracias por la conferencia —dijo él con voz llana—. ¿Y es por eso que me estás abandonando?

Ella desvió la mirada.

—No tiene nada que ver con la GusanoCámara, ¿verdad? —Bobby se inclinó hacia adelante, desafiándola—. Hay algo que no quieres decirme. Llevas así días. Semanas incluso. ¿De qué se trata, Kate? No temas hacerme daño. No me lo harás.

Probablemente no, pensó ella. Y eso, pobre, querido Bobby, es todo el problema. Se volvió para mirarle de frente.

—Bobby, el implante. El que Hiram puso en tu cabeza cuando eras un niño...

—¿Sí?

—Hallé para lo que es. Para lo que *realmente* es.

El momento se dilató, y ella sintió la luz del sol hormiguear en su rostro, cargada con rayos ultravioleta incluso tan poco avanzado el año.

—Cuéntame —dijo él suavemente.

El especialista en rutinas del Mecanismo de Búsqueda se lo había explicado todo sucintamente. Era una pieza clásica de manipulación mental neurobiológica de principios del siglo XXI.

Y no tenía nada que ver con ninguna dislexia o hiperactividad, como Hiram había afirmado.

Primero, Hiram había suprimido la estimulación neural de zonas en el lóbulo temporal del cerebro de Bobby relacionadas con sentimientos de trascendencia espiritual y presencia mística. Y sus médicos manipularon partes de la región caudada, intentando asegurarse de que Bobby no sufriera síntomas relacionados con el desorden obsesivo-compulsivo que conduce a algunas personas a la necesidad de una seguridad, orden, predecibilidad y ritual excesivos..., una necesidad satisfecha en algunas circunstancias por la pertenencia como miembro a alguna comunidad religiosa.

Hiram había pretendido evidentemente proteger a Bobby de los impulsos religiosos que tanto habían distraído a su hermano. El mundo de Bobby tenía que ser mundano, terrenal, despojado de todo lo trascendente y espiritual. Y ni siquiera debía saber qué era lo que le faltaba. Era, pensó Kate lúgubrementemente, una Diosectomía.

El implante de Hiram había manipulado también la elaborada interacción de las hormonas, neurotransmisores y regiones cerebrales que eran estimuladas cuando Bobby hacía el amor. Por ejemplo, el implante suprimía la hormona oxitocina parecida al opiato, producida por el hipotálamo, que inundaba el cerebro durante el orgasmo, produciendo las cálidas, flotantes, vinculantes sensaciones que seguían a tales actos.

Gracias a una serie de relaciones de alto perfil —que Hiram había establecido y alentado discretamente e incluso había publicitado—, Bobby se había convertido en algo parecido a un atleta sexual, y derivaba un gran placer físico del acto en sí. Pero su padre lo había hecho incapaz de amar..., y así, parecía haber planeado Hiram, libre de lealtades a nadie excepto a su padre.

Había más. Por ejemplo, un enlace con la parte profunda del cerebro de Bobby llamada la amígdala podía ser un intento de controlar su propensión a la ira. Una misteriosa manipulación de la corteza orbitofrontal de Bobby podía incluso ser un intento de reducir su libre albedrío. Y así sucesivamente.

Hiram había reaccionado a su decepción con David convirtiendo a Bobby en un hijo perfecto: es decir, perfectamente adaptado a las metas de Hiram. Pero haciendo esto Hiram le había robado a su hijo buena parte de lo que lo hacía humano.

Hasta que Kate Manzoni había descubierto el implante en su cabeza.

Llevó a Bobby al pequeño apartamento que había alquilado en el centro de Seattle. Allí hicieron el amor, por primera vez en semanas.

Después, Bobby permaneció entre sus brazos, acalorado, su piel húmeda bajo la

de ella allá donde ambas se tocaban; tan cercano como podía estar, y sin embargo tan remoto. Era como intentar amar a un extraño.

Pero al menos, ahora, ella comprendía por qué.

Alzó una mano y tocó su nuca, los duros bordes del implante bajo su piel.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

Él dudó.

—Lo que me turba es que no sé cómo sentiré después... ¿Seguiré siendo yo?

—Te sentirás vivo —susurró ella en su oído—. Te sentirás *humano*.

Él contuvo el aliento, luego dijo, tan suavemente que ella apenas lo pudo oír:

—Hazlo.

Ella volvió la cabeza.

—Mecanismo de Búsqueda.

—Sí, Kate.

—Desconéctalo.

... y para Bobby, aún acalorado con los residuos del orgasmo, fue como si la mujer en sus brazos se hubiera vuelto de pronto tridimensional, sólida y entera, hubiera nacido a la vida. Todo lo que podía ver, sentir, oler —el cálido aroma de su pelo, la exquisita línea de su mejilla allá donde la tenue luz incidía en ella, la lisa suavidad de su vientre—, todo era exactamente igual a como había sido antes. Pero era como si él hubiera tendido la mano a través de aquella textura superficial hasta el calor de la propia Kate. Vio sus ojos, atentos, llenos de preocupación..., preocupados por *él*, se dio cuenta con una repentina sacudida. Ya no estaba solo. Y, antes de ahora, ni siquiera había sabido que lo estaba.

Deseó sumergirse en el calor oceánico de ella.

Acarició su mejilla. Sus dedos se retiraron húmedos.

Y entonces pudo sentir los grandes sollozos estremecidos que sacudían su cuerpo, una incontrolable tormenta de llanto. Amor y dolor se apoderaron de él, exquisitos, cálidos, insoportables.

12

Espaciotiempo

El caos interior no disminuyó.

Intentó distraerse. Reanudó las actividades con las que había gozado antes. Pero incluso la más extravagante aventura virtual le parecía anodina, obviamente artificial, predecible, no interesante.

Parecía que necesitaba a la gente, aunque se escudó de aquellos más cercanos a él..., era una polilla temiendo la llama de la vela, pensó, incapaz de soportar el brillo de las emociones implicadas. Así que aceptó invitaciones que de otro modo ni siquiera hubiera tomado en consideración, habló con gente a la que nunca antes había necesitado.

El trabajo ayudó, con sus constantes y rutinarias demandas a su atención, su implacable lógica de reuniones y calendarios y adjudicación de recursos.

Y era un tiempo lleno de actividad. Las nuevas bandas de cabeza VR del Ojo Mental estaban saliendo de los laboratorios de pruebas y acercándose al status de producción. Sus equipos de técnicos habían resuelto de pronto la última dificultad técnica: una tendencia de las bandas de cabeza a causar sinestesia a sus usuarios, una confusión de los inputs sensoriales causados por el cruce de comunicaciones entre sus centros cerebrales. Era motivo para una larga celebración. Sabían que el renombrado laboratorio de investigación Watson de IBM había estado trabajando exactamente en el mismo problema; el primero que solucionara el problema de la sinestesia sería el primero en alcanzar el mercado, y tendría una clara ventaja competitiva durante largo tiempo. Ahora parecía como si NuestroMundo hubiera ganado aquella carrera en particular.

Así que el trabajo era absorbente. Pero no podía trabajar veinticuatro horas al día, y tampoco podía dormir el resto del tiempo. Y cuando estaba despierto, su mente, liberada por primera vez, se lanzaba fuera de control.

Mientras su coche le conducía guiado por el control automático a los Talleres del Gusano, se asustó ante la gran velocidad del tráfico. Una noticia sin importancia de un diario sensacionalista —acerca de varios horribles crímenes y violaciones en la naciente guerra del agua del mar de Aral— lo inundó de lágrimas. Un atardecer en Puget Sound, atisbado a través de un desgarrón en las esponjosas nubes negras, lo llenó de maravilla simplemente por el hecho de estar vivo.

Cuando se reunió con su padre, miedo, odio, amor, admiración, lo desgarraron..., todo ello por encima de un profundo vínculo irrompible.

Pero podía enfrentarse a Hiram. Kate era diferente. La creciente necesidad que sentía —de adorarla, poseerla, de alguna forma consumirla— era completamente abrumadora. En su compañía se volvía incapaz de expresarse, tan fuera de control de su mente como de su cuerpo.

De alguna forma ella sabía como se sentía; y, discretamente, lo dejó solo. Él sabía que ella estaría allí cuando estuviera preparado para enfrentarse a ella y reanudar su relación.

Pero al menos con Hiram y Kate podía imaginar *por qué* se sentía como se sentía, rastrear una relación casual, poner etiquetas tentativas a las violentas emociones que lo agitaban. Lo peor de todo eran los cambios de humor que parecía sufrir sin causa discernible.

Despertaba llorando sin ninguna razón. O, en medio de un día mundano, se descubría lleno de una alegría indescriptible, como si todo tuviera sentido de pronto.

Su vida *antes* parecía remota, sin textura, como un boceto a lápiz, plano y sin color. Ahora estaba inmerso en un nuevo mundo de color y textura y luz y sentimiento, donde las cosas más simples —el enroscar de una temprana hoja de primavera, el resplandor de la luz del sol sobre el agua, la suave curva de la mejilla de Kate— podían verse inundadas de una belleza que nunca antes había sabido que existiera.

Y Bobby —el frágil ego que navegaba por la superficie de aquel oscuro océano interior— tendría que aprender a vivir con la nueva, compleja, desconcertante personalidad en que de pronto se había convertido.

Era por eso por lo que había acudido en busca de su hermano.

Sintió un gran consuelo ante la imparable, paciente presencia de David: su figura de oso con su abundante pelo rubio, inclinada sobre su Pantalla Blanda, inmerso en su trabajo, satisfecho con su lógica y su consistencia interna, garabateando notas con una sorprendente delicadeza. La personalidad de David era tan masiva y sólida como su cuerpo; a su lado Bobby se sentía evanescente, un suspiro, pero sutilmente calmado.

Una tarde irrazonablemente fría se sentaron calentándose las manos en sus tazas de café, aguardando los resultados de otro test de rutina: un nuevo agujero de gusano extraído de la espuma cuántica, que se extendía más allá que ningún otro antes.

—Puedo comprender a un teórico deseando estudiar los límites de la tecnología de los agujeros de gusano —dijo Bobby—. Tirando de la envoltura hasta tan lejos como se pueda. Pero ya hemos conseguido el gran avance. Seguro que lo importante ahora es la aplicación.

—Por supuesto —dijo David con voz blanda—. De hecho la aplicación lo es todo. Hiram tiene como meta convertir la generación de agujeros de gusano de un asunto de física de alta energía, disponible tan sólo para gobiernos y grandes

corporaciones, en algo mucho más pequeño, fácilmente fabricable, miniaturizado.

—Como los ordenadores —dijo Bobby.

—Exactamente. No fue hasta la miniaturización y el desarrollo de los PC que los ordenadores fueron capaces de saturar el mundo: hallando nuevas aplicaciones, creando nuevos mercados..., de hecho transformando nuestras vidas.

“Hiram sabe que no podremos conservar nuestro monopolio para siempre. Más pronto o más tarde va a aparecer alguien con un diseño independiente de GusanoCámara. Quizás uno mejor. Y seguro que entonces seguirá la miniaturización y la reducción de costes”.

—Y el futuro de NuestroMundo —dijo Bobby— es seguramente ser el líder del mercado de todos esos generadores de agujeros de gusano.

—Ésa es la estrategia de Hiram —admitió David—. Tiene una visión de las GusanoCámaras reemplazando *todos* los demás instrumentos de registro de datos: cámaras, micrófonos, sensores científicos, incluso sondas médicas. Aunque no puedo decir que yo ansíe ver una endoscopia agujero de gusano...

“Pero ya te dije que también estudié un poco de empresariales, Bobby. Las GusanoCámaras producidas en masa serán un artículo común, y nosotros podremos competir sólo en el precio. Pero creo que con nuestra primacía técnica Hiram puede abrir oportunidades mucho más grandes para él con una gran diferencia: ideando aplicaciones que *nadie más* en el mercado pueda ofrecer. Y eso es lo que me interesa explorar. —Sonrió—. Al menos, en eso es en lo que le digo a Hiram que se está gastando su dinero aquí abajo”.

Bobby lo estudió, intentando enfocarse en su hermano, en Hiram, en la GusanoCámara, intentando comprender.

—Tú simplemente deseas *saber*, ¿verdad? Ésa es la línea del fondo para ti.

David asintió.

—Supongo que sí. La mayor parte de la ciencia es sólo trabajo de base. Operaciones repetitivas: interminables pruebas y comprobaciones. Y puesto que hay que podar las falsas hipótesis, buena parte del trabajo es en realidad más destructivo que constructivo. Pero, ocasionalmente, sólo unas pocas veces probablemente, en la más afortunada de las vidas, hay un momento de trascendencia.

—¿Trascendencia?

—No todo el mundo lo expresará de esta forma. Pero así es como yo lo siento.

—¿Y no importa que puede que no haya nadie que lea tus ensayos dentro de quinientos años?

—Espero que eso no sea cierto. Quizá sí. Pero lo importante es la revelación en sí, Bobby. Siempre lo ha sido.

En la pantalla detrás de él hubo un estallido de pixels, y sonó un campanilleo de tono bajo.

David suspiró.

—Pero no hoy, parece.

Bobby miró por encima del hombro de su hermano a la pantalla, por la que estaban desfilando una serie de números.

—¿Otra inestabilidad? Es como en los primeros días de los agujeros de gusano.

David tecleó algo, poniendo en marcha otra prueba.

—Bueno, ahora somos un poco más ambiciosos. Nuestras GusanoCámaras pueden alcanzar ya cualquier parte de la Tierra, cruzando distancias de unos cuantos miles de kilómetros. Lo que estoy intentando ahora es extraer y estabilizar agujeros de gusano que marquen intervalos significativos en el espaciotiempo de Minkowski..., de hecho decenas de minutos luz.

Bobby alzó las manos.

—Ya me he perdido. Un minuto luz es la distancia que viaja la luz en un minuto..., ¿correcto?

—Sí. Por ejemplo, el planeta Saturno se halla aproximadamente a ciento cincuenta mil millones de kilómetros de distancia. Y eso es aproximadamente ochenta minutos luz.

—Y queremos ver Saturno.

—Por supuesto que sí. ¿No sería maravilloso disponer de una GusanoCámara que pudiera explorar el espacio profundo? No más sondas espaciales, no más misiones que duren años... Pero la dificultad es que los agujeros de gusano que se extienden hasta intervalos tan grandes son extremadamente raros en el hervidero probabilístico de la espuma cuántica. Y estabilizarlos presenta desafíos de un orden de magnitud mucho más grande que antes. Pero no es imposible.

—¿Por qué “intervalos”, no distancias?

—Jerga de físicos. Lo siento. Un intervalo es como una distancia, pero en el espaciotiempo. Lo cual es el espacio más el tiempo. En realidad no es más que el teorema de Pitágoras. —Tomó un taco de notas adhesivas amarillas y empezó a escribir en él—. Supón que vas al centro de la ciudad y caminas unas cuantas manzanas al este, unas cuantas manzanas al norte. Entonces puedes imaginar la distancia que has recorrido de esta forma.

Tendió el taco:

(distancia) al cuadrado = (este) al cuadrado + (norte) al cuadrado

—Caminaste alrededor de un triángulo rectángulo. El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de...

—Sé esto.

—Pero nosotros los físicos pensamos en el espacio y el tiempo como en una sola entidad, con el tiempo como una cuarta coordenada, además de las tres del espacio.

Escribió de nuevo en el taco:

(intervalo) al cuadrado = (separación temporal) al cuadrado —(separación espacial) al cuadrado

—Esto recibe el nombre de métrica para un espaciotiempo de Minkowski. Y...

—¿Cómo puedes hablar acerca de una separación en el *tiempo* de la misma forma que una separación en el *espacio*? Mides el tiempo en minutos, pero el espacio en kilómetros.

David asintió aprobadoramente.

—Buena pregunta. Tienes que usar unidades en las cuales tiempo y espacio se conviertan en equivalentes. —Estudió a Bobby, evidentemente buscando su comprensión—. Digamos solamente que si mides el tiempo en minutos y el espacio en minutos luz, la cosa funciona perfectamente.

—Pero hay algo improbable aquí. ¿Por qué ese signo menos en vez de un por?

David se frotó su carnosa nariz.

—Un mapa del espaciotiempo no funciona en absoluto como un mapa del centro de Seattle. La métrica está diseñada de modo que la trayectoria de un fotón, una partícula que viaja a la velocidad de la luz, es un intervalo nulo. El intervalo es cero, porque los términos espacio y tiempo se cancelan mutuamente.

—Eso es relatividad. Algo que tiene que ver con la dilatación del tiempo, y las reglas de medir encogiéndose, y...

—Sí. —David palmeó el hombro de Bobby—. Exactamente eso. Esta métrica es invariable bajo la transformación de Lorentz... No importa. Lo importante es, Bobby, que éste es el tipo de ecuación que tengo que usar cuando trabajo en un universo relativista, y por supuesto si quiero obtener un agujero de gusano que llegue hasta Saturno y más allá.

Bobby meditó sobre la sencilla ecuación escrita a mano. Con su propio torbellino emocional girando todavía a su alrededor, sintió que una fría lógica lo atravesaba, números y ecuaciones e imágenes que evolucionaban, como si estuviera sufriendo algún tipo de sinestesia intelectual. Dijo lentamente:

—David, me estás diciendo que las distancias en el espacio y en el tiempo son de algún modo equivalentes, ¿no? Tus agujeros de gusano se extienden por intervalos de espaciotiempo en vez de simplemente distancias. Y eso significa que si tienes éxito en estabilizar un agujero de gusano lo bastante grande como para alcanzar Saturno, a través de ochenta minutos luz...

—¿Sí?

—Entonces podría cruzar ochenta *minutos*, quiero decir a través del tiempo. —Miró fijamente a David—. ¿Estoy siendo realmente estúpido?

David permaneció sentado en silencio durante unos largos segundos.

—Buen Dios —dijo lentamente—. Ni siquiera había considerado esa posibilidad. He estado configurando el agujero de gusano para que atravesara un intervalo espacial sin siquiera pensar en ello. —Empezó a pulsar febrilmente su Pantalla Blanda—. Puedo reconfigurarlo desde aquí. Si restrinjo el intervalo espacial a un par de metros, entonces el resto de la extensión del agujero de gusano se verá obligada a

convertirse en temporal...

—¿Qué significa eso? ¿David?

Sonó un zumbador, dolorosamente fuerte, y el Mecanismo de Búsqueda dijo:

—Hiram quiere verte, Bobby.

Bobby miró a David, inundado por un repentino y absurdo miedo.

David asintió secamente, absorto ya en la nueva dirección de su trabajo.

—Te llamaré más tarde, Bobby. Esto puede ser significativo. Muy significativo.

No había ninguna razón para quedarse. Bobby se adentró en la oscuridad de los Talleres del Gusano.

Hiram paseaba arriba y abajo por su oficina del centro de la ciudad, visiblemente furioso, los puños apretados. Kate estaba sentada a la gran mesa de conferencias de Hiram, con aspecto pequeño, acobardado.

Bobby vaciló en la puerta, físicamente incapaz durante unos momentos de obligarse a entrar en la habitación, tan fuertes eran las emociones que hervían allí. Pero Kate le estaba mirando..., de hecho forzando una sonrisa.

Entró en la habitación. Alcanzó la seguridad de una silla, en el lado opuesto de la mesa con respecto a Kate.

Aguardó, incapaz de hablar.

Hiram le miró furioso.

—Me has decepcionado, pequeño pedazo de mierda.

—Por el amor de Dios, Hiram... —restalló Kate.

—Usted manténgase fuera de esto. —Hiram golpeó con un dedo el sobre de la mesa, y una Pantalla Blanda se encendió delante de Bobby en la superficie de plástico. Empezó a emitir fragmentos de una noticia: imágenes de Bobby, un Hiram más joven, una muchacha agraciada, de aspecto tímido, vestida de una forma pasada de moda con un traje de color apagado—, y una imagen de la misma mujer dos décadas más tarde, inteligente, cansada, hermosa. Cada imagen tenía impreso el logotipo de las Noticias de la Tierra en directo.

—La encontraron, Bobby —dijo Hiram—. Gracias a ti. Debido a que no pudiste mantener tu maldita boca cerrada.

—¿Emcontraron a quién?

—A tu madre.

Kate estaba accionando la Pantalla Blanda delante de ella, pasando rápidamente la información.

—*Heather Mays*. ¿Es ése su nombre? Se casó de nuevo. Tiene una hija..., tienes una hermanastra, Bobby.

La voz de Hiram era un gruñido.

—Manténgase fuera de esto, maldita zorra manipuladora. Sin usted nada de esto hubiera ocurrido.

—¿Nada de *qué*? —exclamó Bobby, intentando mantener el control.

—Tu implante hubiera seguido haciendo lo que estaba haciendo. Mantenerte firme y feliz. Cristo, desearía que alguien me hubiera puesto una cosa así en mi cabeza cuando tenía tu edad. Me hubiera ahorrado un maldito montón de problemas. Y tú no hubieras abierto tu boca delante de Dan Schirra.

—¿Schirra? ¿De la NOT?

—Excepto que no dijo llamarse así cuando te vio la semana pasada. ¿Qué es lo que hizo, emborracharte y dejar que te pusieras sentimental, balbuceando acerca de tu malvado padre y tu madre perdida hacía mucho tiempo?

—Lo recuerdo —dijo Bobby—. Se llama Mervyn. Mervyn Costa. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Por supuesto que sí. Ha estado cultivando tu amistad en beneficio de la NOT para llegar hasta *mí*. Tú no sabías quién era, pero mantenías tus reservas..., *antes*, cuando tenías el implante para ayudarte a conservar la mente clara. Y ahora *esto*. Se ha abierto la veda sobre Hiram Patterson. Y todo es maldita culpa suya, Manzoni.

Kate estaba pasando todavía la noticia y sus hiperenlaces.

—Yo no jodí y abandoné a esa mujer hace dos décadas. —Golpeó con el dedo su Pantalla Blanda, y una zona de la mesa delante de Hiram se iluminó—. Schirra tiene pruebas corroborativas. Mire.

Bobby miró por encima del hombro de su padre. La pantalla mostraba a Hiram sentado ante una mesa —aquella mesa, se dio cuenta Bobby con un sobresalto, *aquella* habitación—, y estaba trabajando sobre un montón de papeles, haciendo correcciones y firmando. La imagen era granulosa, vacilante, pero bastante clara. Hiram llegó a un documento en particular, sacudió la cabeza como disgustado, y lo firmó rápidamente, volviéndolo boca abajo sobre un montón a su derecha.

Después de eso la imagen se repitió más lentamente, y el punto focal amplió el documento. Tras algunos enfoques y aumentos de la imagen fue posible leer algo del texto.

—¿Lo ve? —dijo Kate—. Hiram, lo pillaron firmando una actualización del acuerdo económico que estableció con Heather hace más de veinte años.

Hiram miró a Bobby, casi suplicante.

—Eso fue hace mucho tiempo. Llegamos a un acuerdo. La ayudé a desarrollar su carrera. Hace documentales. Ha tenido éxito.

—Fue una yegua de cría, Bobby —dijo Kate fríamente—. Él ha seguido pagándole para mantenerla en silencio. Y para asegurarse de que nunca intentaría acercarse a ti.

Hiram fue de un lado a otro de la habitación, golpeando las paredes, mirando furioso al techo.

—Hago barrer esta suite tres veces al día en busca de cámaras o micrófonos. ¿Cómo obtuvieron esas imágenes? Esos incompetentes de Seguridad del Edificio la han jodido de nuevo.

—Vamos, Hiram —dijo Kate con voz llana, evidentemente gozando con la situación—. Piense en ello. No hay forma alguna en que la NOT pueda pinchar su cuartel general. No más de lo que usted puede pinchar el suyo.

—Pero yo no necesito pincharlo —dijo Hiram lentamente—. Tengo la GusanoCámara... *Oh*.

—Bien hecho —sonrió Kate—. Lo ha captado. *NOT debe de tener también una GusanoCámara*. Es la única forma en que pueden haber conseguido esta primicia. Ha perdido usted el monopolio, Hiram. Y lo primero que han hecho con su GusanoCámara ha sido volverla hacia usted. —Echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una carcajada.

—Dios mío —dijo Bobby—. Qué desastre.

—Oh, tonterías —restalló ella—. Vamos, Bobby. Muy pronto todo el mundo sabrá que existe la GusanoCámara; no será posible seguir manteniéndolo oculto. Será una buena cosa que la GusanoCámara sea arrancada de las manos de este enfermizo duopolio, el gobierno federal e Hiram Patterson, por el amor de Dios.

—Si Noticias de la Tierra posee la tecnología de la GusanoCámara —dijo Hiram fríamente—, es obvio quién se la ha proporcionado.

Kate pareció desconcertada.

—¿Está insinuando que yo...?

—¿Quién si no?

—Soy periodista —llameó Kate—. No espía. Al diablo con usted, Hiram. Es evidente lo que ha ocurrido. La NOT simplemente imaginó que usted había hallado una forma de adaptar sus agujeros de gusano como visores remotos. Con esa intuición básica, duplicaron sus investigaciones. No tuvo que ser difícil; la mayor parte de la información es del dominio público. Hiram, su control sobre la GusanoCámara siempre ha sido frágil. Sólo se necesitó una persona para imaginarlo todo de forma independiente.

Pero Hiram no parecía estar escuchándola.

—La perdoné, la acepté a mi lado. Tomó mi dinero. Traicionó mi confianza. Dañó la mente de mi hijo y lo envenenó contra mí.

Kate se puso en pie y se enfrentó a Hiram.

—Si realmente cree eso, es más retorcido de lo que nunca pensé que fuera.

El Mecanismo de Búsqueda llamó suavemente:

—Disculpe, Hiram. Michael Mavens está aquí y pide verle. El agente especial Mavens de...

—Dile que espere.

—Me temo que no es una opción, Hiram. Y debo llamar a David. Dice que es urgente.

Bobby miró de uno a otro rostro, asustado, desconcertado, como si su vida se estuviera haciendo pedazos a su alrededor.

Mavens se sentó y abrió su cartera portadocumentos.

—¿Qué es lo que quiere, Mavens? —restalló Hiram—. No esperaba verle de nuevo. Creí que el trato que firmamos lo abarcaba todo.

—Yo también lo creí, señor Patterson. —Mavens parecía genuinamente decepcionado—. Pero el problema es que usted no se ha atendido a él. NuestroMundo como corporación. Un empleado específicamente. Y es por eso por lo que estoy aquí. Cuando supe que este caso había salido a la luz, pregunté si podía ocuparme de él. Supongo que tengo un interés especial.

—¿Qué caso? —preguntó Hiram con voz densa.

Mavens tomó de su cartera lo que parecía ser una hoja de denuncia.

—La última línea dice que se ha presentado una denuncia por apropiación ilegal de secretos comerciales, amparándose en la Ley de Espionaje Económico de 1996, contra NuestroMundo, por parte de IBM, específicamente por el director de su laboratorio de investigación Thomas J. Watson. Señor Patterson, creemos que se ha usado la GusanoCámara para obtener acceso ilegal a los resultados de las investigaciones de IBM. Algo llamado serie de software de supresión de sinestesia, asociada con tecnología de realidad virtual. —Alzó la vista—. ¿Tiene eso algo de sentido para ustedes?

Hiram miró a Bobby.

Bobby siguió sentado, inmóvil, abrumado por conflictivas emociones, sin una auténtica idea de cómo debía reaccionar, de lo que debía decir.

—Tiene usted un sospechoso, ¿no es así, agente especial? —dijo Kate.

El hombre del FBI la miró fijamente, tristemente.

—Creo que ya conoce usted la respuesta a esta pregunta, señorita Manzoni.

Kate pareció confusa.

—¿Quiere decir Kate? —exclamó Bobby—. Eso es ridículo.

Hiram se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

—Lo sabía. Sabía que ella era el problema. Pero no pensé que fuera tan lejos.

Mavens suspiró.

—Me temo que hay un rastro probatorio muy claro que conduce hasta usted, señorita Manzoni.

Kate se indignó.

—Si es así, alguien lo puso deliberadamente.

—Será puesta usted bajo arresto —dijo Mavens—. Espero que no cause problemas. Si sigue sentada sin alterarse el Mecanismo de Búsqueda le leerá sus derechos.

Kate pareció sobresaltarse cuando una voz —inaudible para los demás— empezó a sonar en sus oídos.

Hiram estaba al lado de Bobby.

—Tómatelo con calma, hijo. Pasaremos juntos a través de toda esta mierda. ¿Qué estaba intentando hacer, Manzoni? ¿Hallar otra forma de llegar hasta Bobby? ¿Era

esto en definitiva? —El rostro de Hiram era una máscara lúgubre, vacía de emociones: no había ni rastro de furia, piedad, alivio... o triunfo.

Y la puerta se abrió entonces de par en par. David estaba allí, sonriente, con su cuerpo parecido al de un oso llenando el hueco; sujetaba una Pantalla Blanda enrollada en una mano.

—Lo hice —exclamó—. Por Dios, lo hice... ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Doctor Curzon —dijo Mavens, será mejor que...

—No importa. Sea lo que sea lo que estén haciendo, no importa. No comparado con *esto*. —Desplegó su Pantalla Blanda sobre la mesa—. Tan pronto como lo conseguí vine directamente aquí. *Miren esto*.

La Pantalla Blanda mostró lo que superficialmente parecía un arco iris, reducido a blanco y negro y gris, bandas irregulares de luz que se arqueaban y distorsionaban, cruzando un fondo negro.

—Por supuesto es algo granulosa —dijo David—. Pero pese a todo esta imagen es el equivalente a la calidad de las imágenes devueltas por las primeras sondas de inspección de la NASA allá en los años 1970.

—Eso es Saturno —dijo Mavens, casi interrogativamente—. El planeta Saturno.

—Sí. Estamos contemplando los anillos —sonrió David—. Establecí un punto focal de GusanoCámara a mil quinientos millones de kilómetros de distancia. Estupendo, ¿no? Si miran atentamente podrán ver incluso un par de sus lunas, aquí en el plano de los anillos.

Hiram se echó a reír a carcajadas y abrazó a David.

—Dios mío, esto es malditamente estupendo.

—Sí. Sí, lo es. Pero eso no es importante. Ya no.

—¿*No es importante?* ¿Estás bromeando?

David empezó a pulsar febrilmente en su Pantalla Blanda; la imagen de los anillos de Saturno se disolvió.

—Puedo reconfigurarlo desde aquí. Es tan fácil como eso. Fue Bobby quien me dio la clave. Yo simplemente no había pensado en ello como él. Si restrinjo el intervalo espacial a un par de metros, entonces el resto del agujero de gusano se vuelve temporal...

Bobby se inclinó hacia adelante para ver. Ahora la pantalla mostraba una imagen igualmente granulosa de una escena mucho más mundana. Bobby la reconoció de inmediato: era el cubículo de trabajo de David en los Talleres del Gusano. David estaba sentado allí, de espaldas al punto focal, y Bobby estaba de pie a su lado, mirando por encima de su hombro.

—Tan fácil como eso —dijo David de nuevo, con un hilo de voz, abrumado por la maravilla—. Por supuesto, tendremos que efectuar toda una serie de repeticiones de la prueba, cuidadosamente cronometradas...

—Eso sólo son los Talleres del Gusano —dijo Hiram—. ¿Y qué?

—No lo entiendes. Este nuevo agujero de gusano tiene la misma, hum, *longitud*

que el otro.

—El que alcanzó Saturno.

—Exacto. Pero en vez de recorrer ochenta minutos luz...

—Lo capto —terminó Mavens por él—. Ese agujero de gusano recorre ochenta minutos.

—Sí —dijo David—. *Ochenta minutos hacia el pasado*. Mira, padre. Nos estás viendo a mí y a Bobby justo antes de que lo llamas.

La boca de Hiram colgó flácida.

Bobby sintió que el mundo giraba a su alrededor, cambiaba, se configuraba en algo extraño y desconocido, como si otro chip en su cabeza hubiera sido desconectado. Miró a Kate, que parecía encogida, aterrada, perdida en el shock.

Pero Hiram, olvidados todos sus problemas, captó de inmediato las implicaciones. Miró furioso al aire.

—Me pregunto cuántos de ellos nos estarán mirando en este momento —exclamó.

—¿Quiénes? —dijo Mavens.

—En el futuro. ¿No lo ve? Si él tiene razón, éste es un punto crucial en la historia, este momento, justo aquí y ahora, la invención de este, este... *visor del pasado*. Probablemente el aire a nuestro alrededor hierve con puntos focales de GusanoCámaras, enviadas hacia atrás por historiadores del futuro. Biógrafos. Hagiógrafos. —Alzó la cabeza y mostró los dientes—. ¿Me estáis mirando? ¿Realmente? ¿Recordáis mi nombre? ¡Soy Hiram Patterson! ¡Ja! ¡Ved lo que hice, tontos del culo!

Y, en los corredores del futuro, innumerables observadores se enfrentaron a su desafiante mirada.

Dos

Los ojos de Dios

La historia... de hecho es poco más que una crónica de los crímenes, locuras y desventuras de la humanidad.

—Edward Gibbon (1737-1794)

Paredes de cristal

Kate estaba bajo custodia, aguardando su juicio. Tardaría un tiempo en tener que presentarse ante los tribunales, puesto que se trataba de un caso complejo..., y los abogados de Hiram habían argumentado, en secreto a través del FBI, que el juicio tenía que ser postergado de todos modos mientras se estabilizaban las nuevas capacidades de ver el pasado de la tecnología de la GusanoCámara.

De hecho, había sido tanta la publicidad que rodeó el caso de Kate que la resolución fue tomada como precedente. Incluso antes de que sus posibilidades de ver el pasado fueran plenamente comprendidas, se esperaba que la GusanoCámara tuviera un fuerte impacto inmediato en casi todos los casos criminales dudosos. Muchos juicios importantes habían sido retrasados o dejados en suspenso mientras se aguardaban nuevas pruebas, y en general sólo los casos menores o muy claros seguían siendo procesados en los tribunales.

Durante largo tiempo, fuera cual fuese el resultado del caso, Kate no iba a poder ir a ninguna parte.

Así que Bobby decidió encontrar a su madre.

Heather Mays vivía en un lugar llamado Thomas City, cerca de la frontera estatal Utah-Arizona. Bobby voló hasta Cedar City y recorrió en coche el resto del camino. En Thomas, detuvo el vehículo a unas pocas manzanas del hogar de Heather y caminó hasta la casa.

Un coche de la policía pasó silenciosamente por su lado, y el corpulento agente que conducía miró a Bobby. El rostro del policía era una amplia luna hostil, repleta de los pozos de los múltiples carcinomas de células basales. Pero su mirada se ablandó con el reconocimiento. Bobby pudo leer sus labios: *Buenos días, señor Patterson.*

Mientras el coche se alejaba, Bobby sintió un estremecimiento de timidez. La GusanoCámara había convertido a Hiram en la persona más famosa del planeta y en el foco de atención de todo el público. Y Bobby estaba siempre a su lado.

De hecho, sabía que ahora, mientras se acercaba al hogar de su madre, un centenar de puntos focales de GusanoCámaras debían de flotar junto a su hombro, contemplando su rostro en aquel difícil momento, invisibles vampiros emocionales.

Intentó no pensar en ello: era la única defensa posible contra las GusanoCámaras. Cruzó el corazón de la pequeña ciudad.

Una desacostumbrada nieve de abril caía sobre los tejados y jardines de las casas de tablas de tingladillo amorosamente conservadas a lo largo de un centenar de años. Pasó un pequeño estanque donde patinaban unos niños, trazando apretados círculos, riendo en voz alta. Incluso bajo el pálido sol invernal, los niños llevaban gafas de sol y plateadas protecciones reflexivas en sus rostros.

Thomas era un lugar tranquilo, pacífico, anónimo, uno de los muchos centenares como él, supuso, allá en el enorme corazón vacío de Norteamérica. Era un lugar que, hacía tres meses, hubiera considerado mortalmente aburrido; si alguna vez se hubiera encontrado allí hubiera partido de inmediato hacia Las Vegas. Y, sin embargo, ahora se descubría preguntándose cómo hubiera sido crecer allí.

Mientras observaba al coche de la policía pasar lentamente por la calle, observó tras su estela una extraña sucesión de insignificantes quebrantamientos de la ley. Un hombre que salía de un sushiburger hizo una pelota con el papel que había envuelto su comida y lo dejó caer al suelo delante mismo de las narices de los agentes. En un cruce, una mujer vieja atravesó imprudentemente la calle, mirando desafiante a los policías a través del parabrisas. Y así sucesivamente. Los policías observaban tolerantes. Y tan pronto como el coche hubo pasado, la gente, después de burlarse de esa pequeña manera de la autoridad, reanudó su vida aparentemente legal.

Esto era un fenómeno general. Había habido una sorprendentemente amplia, aunque muda, rebelión contra el nuevo régimen de invisibles GusanoCámaras vigilantes. La idea de que las autoridades tuvieran unos poderes tan inmensos de vigilancia no parecía caer bien a los instintos de muchos norteamericanos, y había habido un aumento de los pequeños delitos e infracciones por todo el país. Gente por otro lado cumplidora de la ley parecía afectada de pronto por un deseo de realizar pequeños actos ilegales —ensuciar, no respetar las normas de tráfico—, como si con ello quisieran demostrar que todavía seguían libres, pese al supuesto escrutinio de las autoridades. Y la policía local estaba aprendiendo a ser tolerante con ello.

Era sólo una defensa simbólica de las libertades. Pero Bobby suponía que era saludable.

Llegó a la calle principal. Las imágenes animadas encima de las máquinas de venta de revistas le animaban a descargar sus últimas noticias por sólo diez dólares la descarga. Observó los seductores titulares. Había algunas noticias serias, locales, nacionales e internacionales: parecía que la ciudad estaba superando una epidemia de cólera relacionada con el aprovisionamiento de agua y estaba teniendo algunos problemas en asimilar su cuota de refugiados de la isla de Galveston que habían tenido que abandonarla por la subida del nivel del mar, pero los temas serios se veían en general ahogados por las trivialidades.

Una miembro local del Congreso se había visto obligada a abandonar su cargo a causa de sus pecados sexuales puestos al descubierto por la GusanoCámara. Había sido atrapada acosando a un héroe del fútbol universitario, enviado a Washington como recompensa por sus logros deportivos, para que realizara otro tipo de

atletismo... Pero el muchacho tenía edad suficiente para elegir sus propios actos; por lo que a Bobby se refería, el delito principal de la representante, en aquella naciente era de las GusanoCámaras, era la estupidez.

Bueno, no era la única. Se decía que un veinte por ciento de los miembros del Congreso, y casi un tercio del Senado, habían anunciado que no se presentarían a la reelección, o que se retirarían antes de tiempo, o simplemente habían renunciado a su cargo. Algunos comentarios estimaban que más de la mitad de todos los cargos públicos elegidos podían verse obligados a abandonarlos antes de que las GusanoCámaras se integraran definitivamente en la consciencia nacional e individual.

Algunos decían que esto era bueno..., que la gente se vería obligada a la decencia por puro temor. Otros señalaban que la mayoría de seres humanos tenían momentos que preferían no compartir con el resto de la humanidad. Quizás en un par de ciclos electorales los únicos supervivientes entre los cargos públicos, o los únicos preparados para desempeñarlos, fueran los patológicamente obtusos, sin vidas personales de las que se pudiera hablar.

Sin duda la verdad, como siempre, estaría en alguna parte entre esos dos extremos.

Todavía había una cierta cobertura de la gran historia de la semana pasada: el intento por parte de algunos ayudantes poco escrupulosos de la Casa Blanca de desacreditar a un potencial oponente de la presidenta Juárez en la siguiente campaña para las elecciones. Lo habían pillado con la GusanoCámara en el baño, con los pantalones a la altura de los tobillos, hurgándose la nariz y extrayendo pelusa de su ombligo.

Pero el intento había rebotado en los voyeurs y no había causado ningún daño al gobernador Beaucham. Al fin y al cabo, todo el mundo tenía que usar el baño; y probablemente nadie, no importaba lo oscuro que fuera, lo hacía ahora sin preguntarse si habría el punto focal de alguna GusanoCámara mirándole (a él o a ella) desde arriba, o peor aún, desde *abajo*.

Incluso Bobby se había acostumbrado a usar el váter en la oscuridad. No era fácil, ni siquiera con las nuevas tazas y mecanismos de fácil utilización por el tacto que se estaban poniendo rápidamente de moda. A veces se preguntaba si habría alguien todavía en el mundo desarrollado que hiciera el amor con las luces encendidas...

Dudaba de que ni siquiera los vendedores de revistas de supermercado persistieran en esta línea a medida que desapareciera la primera impresión. Era revelador que esas imágenes, que habían sido impresionantemente reveladoras hacía tan sólo unos pocos meses, llameaban ahora multicolores en los stands a media tarde en la calle principal de esta comunidad mormona, sin que casi nadie, jóvenes y viejos, niños y gente que iba a la iglesia, les prestara la menor atención.

Bobby tenía la impresión de que la GusanoCámara estaba forzando a la raza humana a desprenderse de unos cuantos tabúes, a crecer un poco más.

Siguió caminando.

La casa de los Mays fue fácil de hallar. Delante de aquella por lo demás indefinida casa, en una indefinida calle residencial, allí en medio de una indefinida ciudad norteamericana de tamaño medio, halló el símbolo clásico de la fama y la notoriedad: una docena o así de periodistas, reunidos delante de la valla de madera pintada de blanco que rodeaba el jardín. Pese a la tecnología de acceso instantáneo de las GusanoCámaras, iba a necesitarse mucho tiempo antes de que el público que veía las noticias se acostumbrara a prescindir de la presencia interpretativa de un periodista interpuesto ante la historia que iba a contar.

La llegada de Bobby, por supuesto, era un acontecimiento por sí mismo. Los periodistas acudieron corriendo hacia él, con sus cámaras zángano oscilando sobre ellos como angulares globos metálicos, lanzando preguntas. *Bobby, por aquí, por favor... Bobby... Bobby, ¿es cierto que ésta es la primera vez que ve usted a su madre desde que tenía tres años?... ¿Es cierto que su padre no lo quiere aquí, o esa escena en la sala de juntas de NuestroMundo fue sólo un montaje para las GusanoCámaras? ... Bobby... Bobby...*

Bobby sonrió, tan relajadamente como pudo conseguir. Los periodistas no intentaron seguirle cuando abrió la pequeña puerta y cruzó la verja. Después de todo, no había ninguna necesidad; sin duda tenía detrás al menos un millar de puntos focales de GusanoCámaras.

Sabía que no serviría de nada pedir respeto hacia su intimidad. Al parecer, no había otra elección más que soportarlo. Pero sentía aquella invisible mirada como una presión tangible en su nuca.

Y el más extraño de todos los pensamientos era que entre aquella multitud invisible que se arracimaba tras él debía de haber observadores de un inimaginable futuro, mirando hacia atrás a lo largo de los túneles del tiempo hasta este momento. *¿Y si él mismo, un Bobby futuro, estaba entre ellos?...*

Pero debía vivir el resto de su vida, pese a este supuesto escrutinio.

Llamó a la puerta y aguardó, con creciente nerviosismo. Ninguna GusanoCámara, supuso, podía observar la forma en que latía su corazón; pero seguramente los millones que miraban podrían ver lo encajado de su mandíbula, las gotas de transpiración que podía sentir perlar su frente pese al frío.

La puerta se abrió.

Bobby necesitó algo de persuasión para conseguir que Hiram bendijera aquel encuentro.

Hiram había estado sentado a solas ante su gran escritorio de imitación de caoba, ante un montón de papeles y Pantallas Blandas. Estaba sentado encogido sobre sí mismo, a la defensiva. Había desarrollado la costumbre de mirar a su alrededor, fijando sus ojos en el aire, buscando puntos focales de GusanoCámaras como un

ratón temeroso de un depredador.

—Quiero verla —había dicho Bobby—. Heather Mays. Mi madre. Quiero visitarla.

Hiram parecía más cansado e inseguro de lo que nunca podría recordar Bobby.

—Sería un error. ¿Qué bien puede hacerte?

Bobby dudó.

—No lo sé. No sé lo que se siente teniendo una madre.

—Ella no es tu madre. No en ningún sentido real. No te conoce, y tú no la conoces a ella.

—Tengo la sensación de que sí. La veo en todos los programas sensacionalistas...

—Entonces sabes que tiene una nueva familia. Una nueva vida que no tiene nada que ver contigo. —Hiram le miró fijamente—. Y sabes también lo del suicidio.

Bobby frunció el ceño.

—Su esposo.

—Se suicidó, debido a la intrusión de los medios de comunicación. Todo porque tu amiguita reveló la GusanoCámara a los más ruines reptiles periodísticos del planeta. Ella es responsable...

—Papá.

—Sí, sí, lo sé. Ya hemos discutido esto antes. —Hiram se levantó de su silla, fue a la ventana y se masajeó la nuca—. Cristo, estoy cansado. Mira, Bobby, en cualquier momento que creas que deseas volver al trabajo, podría usar malditamente un poco de ayuda.

—No creo que esté preparado en estos momentos...

—Todo se ha ido al infierno desde que se hizo público lo de la GusanoCámara. Toda la seguridad extra es un grano en el culo...

Bobby sabía que aquello era cierto. La reacción a la existencia de la GusanoCámara, hostil casi en su totalidad, había venido desde todo un espectro de grupos de protesta, desde venerables militantes de las organizaciones de Derecho a la Intimidad y a lo largo de todo el camino hasta intentos de ataque a la sede central de la compañía, los Talleres del Gusano e incluso la casa de Hiram. Una sorprendente cantidad de gente, a ambos lados de la ley, tenía la sensación de que habían resultado dañados por la implacable exposición de la verdad por parte de las GusanoCámaras. Muchos de ellos parecían necesitar a alguien a quien culpar..., ¿y quién mejor que Hiram?

—Estamos perdiendo una gran cantidad de buena gente, Bobby. Muchos de ellos no tienen los redaños de quedarse conmigo ahora que me he convertido en el enemigo público número uno, el hombre que destruyó la intimidad. No puedo decir que les culpe; no es su lucha.

“E incluso aquellos que se han quedado no pueden apartar sus manos de la GusanoCámara. El uso ilícito es increíble. Y puedes adivinar para qué: espiar a sus vecinos, a sus esposas, a sus compañeros de trabajo. Tenemos interminables trifulcas,

peleas a puñetazos, incluso un intento de tiroteo, a medida que la gente descubre lo que sus amigos piensan de ellos, lo que hacen cuando ellos les vuelven la espalda... Y ahora puedes ver el pasado, es imposible ocultarlo. Es adictivo. Y supongo que es sólo una muestra de lo que podemos esperar cuando la GusanoCámara con proyección al pasado llegue al público en general. Vamos a vender millones de unidades, eso es seguro. Pero por ahora es un grano en el culo; tengo que prohibir el uso ilícito y guardar bajo llave los terminales... —Clavó la vista en su hijo—. Mira, hay mucho que hacer. Y el mundo no va a aguardar hasta que tu preciosa alma se cure”.

—Creía que los negocios iban bien..., aunque hemos perdido el monopolio de la GusanoCámara.

—Todavía vamos por delante en el juego. —La voz de Hiram se estaba haciendo más fuerte, observó Bobby, su modo de hablar más fluido; incluso ahora estaba hablando a la audiencia invisible que suponía que le estaba observando—. Ahora que podemos revelar la existencia de la GusanoCámara, hay un montón de nuevas aplicaciones que podemos desarrollar. Videofonos, por ejemplo: una línea directa a través de un agujero de gusano entre emisor y receptor; podemos ver abrirse ante nosotros un mercado sin techo, con modelos para un mercado masivo a continuación. Por supuesto, eso tendrá un impacto en el negocio de Transmisión de Datos, aunque siempre habrá la necesidad de una tecnología de rastreo e identificación..., pero eso no es nuestro problema. Bobby, tenemos una asamblea general la próxima semana. Tengo que enfrentarme a mis accionistas.

—No van a darte ningún problema. Las finanzas son soberbias.

—No es eso. —Miró cautelosamente a su alrededor—. ¿Como puedo decirlo? Antes de la GusanoCámara el negocio era un juego cerrado. Nadie conocía mis cartas: ni mis competidores, ni mis empleados, ni siquiera mis inversores y accionistas, si yo así lo quería. Y eso me proporcionaba una gran palanca; para hacer un bluff, un contrabluff...

—¿Mentir?

—Eso nunca —dijo Hiram firmemente, como Bobby sabía que haría—. Es una cuestión de postura. Puedo minimizar mis debilidades, hacer publicidad de mis fortalezas, sorprender a la competencia con una nueva estrategia, lo que sea. Pero ahora las reglas han cambiado. Ahora el juego es más como el ajedrez..., y lo mío es el póquer. Ahora, por un precio, cualquier accionista, o competidor, o regulador, ahora que estamos en ello, puede revisar cualquier aspecto de mi operativa. Pueden ver todas mis cartas, antes incluso de que yo las juegue. Y no es una sensación confortable.

—Tú puedes hacerles lo mismo a tus competidores —dijo Bobby—. He leído multitud de artículos que dicen que la nueva orientación libro abierto será una buena cosa. Si estás abierto a la inspección, incluso de tus empleados, eres auditable. Y es más probable que las críticas válidas lleguen hasta ti, y cometerás menos errores...

Los economistas argumentaban que esta apertura traería muchos beneficios al mundo de los negocios. Sin ningún grupo reteniendo el monopolio de la información, había más posibilidades de cerrar un trato dado: con la información sobre los auténticos costes disponible para todo el mundo, sólo era aceptable un nivel razonable de beneficios. Un mejor flujo de la información conducía a una competencia más perfecta: los monopolios y los cártels y otros manipuladores del mercado estaban hallando imposible sustentar sus actividades. Con unos cash flows abiertos y auditables, criminales y terroristas no podían extorsionar ninguna cantidad. Y así sucesivamente.

—Jesús —gruñó Hiram—. Cuando oigo patrañas como éstas me gustaría vender libros de texto sobre dirección de empresa. Me forraría. —Hizo un gesto con la mano hacia los edificios del centro de la ciudad al otro lado de la ventana—. Pero ahí fuera no hay ningún grupo de discusión de escuela de negocios.

”Es como lo que les ocurrió a las leyes de copyright con el advenimiento de Internet. ¿Lo recuerdas?... No, eres demasiado joven. La Infraestructura Global de Información, la cosa que se suponía que debía reemplazar a la convención del copyright de Berna, se colapsó en la nada más absoluta. De pronto Internet se vio llena de basura no editada. Todas las malditas editoriales se vieron forzadas fuera del negocio, y todos los autores volvieron a ser programadores de ordenador, todo ello porque de pronto alguien estaba ofreciendo gratis lo mismo que hasta entonces ellos vendían para ganarse la vida.

“Ahora estamos pasando otra vez por lo mismo. Tienes una poderosa tecnología que conduce a una revolución en la información, una nueva apertura. Pero eso entra en conflicto con los intereses de la gente que originó o añadió valor a esa información en primer lugar. Yo sólo puedo extraer beneficio de lo que NuestroMundo crea, y eso deriva principalmente de la propiedad de las ideas. Pero las leyes de la propiedad intelectual van a convertirse muy pronto en indefendibles”.

—Papá, es lo mismo para todo el mundo.

Hiram bufó.

—Quizá. Pero no todo el mundo va a prosperar. Hay revoluciones y luchas por el poder en todas las salas de consejo de esta ciudad. Lo sé..., he presenciado la mayoría de ellas. Del mismo modo que *ellos* han presenciado las mías. Lo que te estoy diciendo es que me hallo aquí en un mundo completamente nuevo. Y te necesito conmigo.

—Papá, ya he tomado mi decisión.

—Olvida a Heather. Estoy intentando advertirte de que vas a resultar lastimado.

Bobby sacudió la cabeza.

—Si tú fueras yo, ¿no querrías conocerla? ¿No sentirías curiosidad?

—No —dijo brutalmente Hiram—. Nunca deseé volver a Uganda para conocer a la familia de mi padre. Y nunca lo he lamentado. Ni una sola vez. ¿Qué bien me hubiera hecho? Tenía mi propia vida que construir. El pasado es el pasado; no hace

ningún maldito bien examinarlo demasiado de cerca. —Miró al aire, desafiante—. Y todos vosotros, sanguijuelas que estáis poniendo al descubierto el alma de Hiram Patterson, podéis escribir eso también.

Bobby se puso en pie.

—Bien, si eso me duele demasiado, puedo simplemente conectar de nuevo el implante que pusiste en mi cabeza, ¿no?

Hiram pareció apenado.

—Lo único que te pido es que no olvides dónde está tu auténtica familia, hijo.

Abrió la puerta una chica: delgada, no más alta que su hombro, vestida de azul eléctrico, con un llamativo dibujo de Pink Lincoln. Miró a Bobby con el ceño fruncido.

—Sé quién eres —dijo Bobby—. Tú eres Mary. —La hija de Heather de su segundo matrimonio. Otro hermanastro que recién acababa de descubrir. Parecía más joven que sus quince años. Llevaba el pelo brutalmente corto y un tatuaje blando en su mejilla. Era hermosa, con sus pómulos altos y sus cálidos ojos; pero su rostro estaba crispado en un fruncimiento que parecía habitual.

Forzó una sonrisa.

—Tu madre está...

—Esperándote. Lo sé. —Miró más allá de él, al grupo de periodistas—. Será mejor que entres.

Bobby se preguntó si debía decir algo acerca del padre de ella, expresar su simpatía. Pero no pudo hallar las palabras, y el rostro de ella era duro e inexpresivo, y el momento pasó.

Entró en la casa. Estaba en un estrecho vestíbulo lleno de zapatos de invierno y abrigos; divisó una cocina de aspecto cálido, un salón con grandes Pantallas Blandas envolviendo las paredes, lo que parecía un estudio casero.

Mary tiró de su brazo.

—Observa esto. —Avanzó unos pasos, miró a los reporteros y alzó su vestido por encima de la cabeza. Llevaba bragas, pero sus pequeños pechos estaban desnudos. Volvió a bajarse el vestido y cerró la puerta de golpe. Bobby pudo ver puntos de color en sus mejillas. ¿Furia, embarazo?

—¿Por qué has hecho eso?

—Me miran todo el tiempo de todos modos. —Y giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba, y sus zapatos resonaron sobre las desnudas tablas de madera, y él se quedó anclado allí en el vestíbulo.

—... Lamento esto. No se está ajustando demasiado bien.

Y allí, al fin, estaba Heather, avanzando lentamente por el vestíbulo hacia él.

Era más baja de lo que había esperado. Parecía delgada, incluso nervuda, con los hombros un poco redondeados. Su rostro debió de compartir en su tiempo el aspecto

élfico de Mary, pero ahora aquellos pómulos eran prominentes bajo la piel envejecida por el sol, y sus ojos castaños, muy hundidos en pozos de arrugas, estaban cansados. Su pelo, estriado de gris, estaba recogido atrás en un apretado moño.

Le estaba mirando interrogativamente.

—¿Te encuentras bien?

Bobby fue incapaz de hablar durante algunos latidos de su corazón.

—... Sí. Sólo que no estoy segura de cómo llamarte.

Ella sonrió.

—¿Qué tal “Heather”? Las cosas ya son lo bastante complicadas.

Y, sin ninguna advertencia, avanzó unos pasos más y rodeó su torso con sus brazos.

Él había intentado imaginar aquel momento, había intentado pensar en cómo manejaría la tormenta de emociones que había esperado. Pero ahora el momento estaba allí, y todo lo que sentía era...

Vacío.

Y durante todo el tiempo era consciente, dolorosamente consciente, de un millón de ojos posados en él, en cada uno de sus gestos y expresiones.

Ella se apartó de él.

—No te he visto desde que tenías cinco años, y así tenía que ser. Bien, creo que ya hemos dado suficiente espectáculo.

Lo condujo a la habitación que él había identificado tentativamente como un estudio. En una mesa de trabajo había una gigantesca Pantalla Blanda del tipo de grano fino empleada por artistas y diseñadores gráficos. Las paredes estaban cubiertas con listados, imágenes de gente, lugares, recortes de papel amarillento cubiertos con una aracnoide escritura incomprensible. Había manuscritos y libros de referencia abiertos en todas las superficies, incluido el suelo. Heather, bruscamente, retiró una masa de papeles de una silla giratoria y los dejó caer al suelo. Él aceptó la invitación implícita y se sentó.

Ella le sonrió.

—Cuando eras pequeño te gustaba el té.

—¿De veras?

—No bebías otra cosa. Ni siquiera soda. Así que..., ¿te gustaría un poco?

Pensó en rechazarlo. Pero probablemente ella lo había preparado especialmente. Y es tu madre, estúpido.

—Por supuesto —dijo—. Gracias.

Ella fue a la cocina, regresó con una humeante jarra de lo que resultó ser té de jazmín. Se inclinó sobre él para servirse.

—No puedes engañarme —susurró—. Pero gracias por complacerme.

Un incómodo silencio. Bobby bebió su té.

Señaló la gran Pantalla Blanda, los montones de papeles.

—Eres cineasta, ¿verdad?

Ella suspiró.

—Solía serlo. Documentales. Me considero como una periodista de investigación. —Sonrió—. Gané premios. Deberías estar orgulloso. No es que a nadie le importe ya este aspecto de mi vida, comparado con el hecho de que en una ocasión me acosté con el gran Hiram Patterson.

—¿Todavía sigues trabajando? —preguntó Bobby—. ¿Incluso...?

—¿Incluso después de que mi vida se haya convertido en mierda? Intento hacerlo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No quiero ser definida por Hiram. No es que sea fácil. Todo ha cambiado tan aprisa.

—¿La GusanoCámara?

—¿Qué otra cosa?... Ya nadie desea documentales de pensamiento. Y el drama ha sido barrido por completo. Todos estamos fascinados por este nuevo poder que tenemos de espiarnos los unos a los otros. Así que no hay trabajo en nada excepto en los docuculebrones: seguir a la gente real viviendo sus vidas reales..., con su consentimiento y aprobación, por supuesto. Lo cual resulta irónico considerando mi propia posición, ¿no crees? Mira. —Trajo una imagen a la Pantalla Blanda, una mujer joven de uniforme—. Anna Petersen. Recién salida de la academia de la Marina en Annapolis.

Él sonrió.

—¿Anna de Annapolis?

—Puedes ver por qué fue elegida. Tenemos una rotación de equipos que siguen a Anna las veinticuatro horas del día. Seguiremos su carrera en sus primeras asignaciones, sus triunfos y sus desastres, sus amores y sus pérdidas. La noticia es que va a ser enviada con las fuerzas de choque a los puntos calientes de la guerra del agua en el mar de Aral, de modo que esperamos algún buen material. Por supuesto, la Marina *sabe* que estamos siguiendo a Anna. —Alzó la vista hacia el vacío aire—. ¿No es así, amigos? De modo que no es una sorpresa que le hayan dado una misión como ésa, y sin duda obtendremos gran cantidad de emotivo e interesante metraje bélico.

—Eres cínica.

—Bueno, espero que no. Pero no resulta fácil. La GusanoCámara está convirtiendo mi carrera en un revoltijo. Oh, por ahora hay demanda de interpretadores: analistas, comentaristas, montadores. Pero incluso eso va a desaparecer cuando las desaseadas masas de ahí fuera puedan apuntar sus propias GusanoCámaras hacia donde quieran.

—¿Crees que eso va a ocurrir?

Ella dejó escapar un bufido.

—Oh, por supuesto que sí. Lo hemos visto antes, con los ordenadores personales. Es sólo cuestión de cuán rápido. Dada la presión competitiva y las fuerzas sociales, las GusanoCámaras van a hacerse más baratas y más potentes y más ampliamente disponibles, hasta que todo el mundo tenga una.

Y quizá —pensó Bobby intranquilo, recordando los experimentos de David de visión a través del tiempo— más poderosas de lo que imaginas.

—... Háblame de ti y de Hiram.

Ella sonrió, con aspecto cansado.

—¿Estás seguro de que quieres eso? ¿Aquí, con la Cámara Indiscreta conectada a todo el planeta?

—Por favor.

—¿Qué te dijo Hiram de mí?

Lentamente, vacilando en ocasiones, Bobby le repitió lo que Hiram le había contado.

Ella asintió.

—Entonces eso es lo que ocurrió. —Y sostuvo su mirada durante unos largos segundos—. Escúchame. Soy algo más que un apéndice de Hiram, una especie de anexo a tu vida. Y lo mismo Mary. Somos gente, Bobby. ¿Sabes que perdí un hijo, un hermano pequeño de Mary?

—... No. Hiram no me lo dijo.

—Estoy segura de que no. Porque no tenía nada que ver con él. Gracias a Dios, nadie puede contemplar *eso*.

Todavía no, pensó sombríamente Bobby.

—... Quiero que comprendas esto, Bobby. —Miró al aire—. Quiero que todo el mundo lo comprenda. Mi vida está siendo destruida, pieza a pieza, por el hecho de ser *observada*. Cuando perdí a mi hijo me oculté. Cerré las puertas, corrí las cortinas, incluso me oculté bajo la cama. Al menos aquí había *momentos* en los que podía estar sola. No ahora. Ahora es como si cada pared de mi casa se hubiera convertido en un espejo de un solo sentido. ¿Puedes imaginar cómo hace *sentirse* a una eso?

—Creo que sí —dijo Bobby suavemente.

—En unos pocos días el foco de la atención se moverá hacia otro lado, para quemar a alguna otra persona. Pero nunca sabré cuando algún obsesivo, en alguna parte del mundo, estará atisbando en mi dormitorio, curioso todavía incluso después de los años. Y aunque la GusanoCámara desapareciera mañana, eso nunca me devolvería a Desmond.

“Mira, ha sido bastante malo para mí. Pero al menos sé que todo esto es por algo que yo hice, hace años. Mi esposo y mi hija no tuvieron nada que ver con ello. Y sin embargo se han visto sometidos a la misma despiadada mirada. Y Desmond...”

—Lo siento.

Ella bajó la mirada. Su taza de té temblaba, con un delicado sonido de porcelana, en su platillo.

—Yo también lo siento. No acepté verte para que te sintieras mal.

—No te preocupes. Ya me sentía mal antes. Y yo traje la audiencia. He sido egoísta.

Ella sonrió con un esfuerzo.

—Estaban ahí de todos modos. —Agitó la mano en el aire alrededor de su cabeza —. A veces imagino que puedo dispersar a los observadores, como quien ahuyenta insectos. Pero supongo que no sirve de nada. Me alegra que vinieras, fueran cuales fuesen las circunstancias... ¿Quieres un poco más de té?

... *Tenía los ojos castaños.*

Fue sólo cuando emprendió el largo camino de vuelta en coche a Cedar City que ese simple detalle le golpeó.

—Mecanismo de Búsqueda —llamó—. Genética básica. Genes dominantes y recesivos. Por ejemplo, los ojos azules son recesivos, los castaños dominantes. Así que si un padre tiene ojos azules y una madre castaños, los hijos tendrán...

—¿Ojos castaños? No es tan sencillo como eso, Bobby. Si los cromosomas de la madre llevan un gen de ojos azules, entonces algunos de los hijos tendrán también ojos azules.

—Azul-azul del padre; azul-castaño de la madre. Cuatro combinaciones...

—Sí. De modo que uno de cada cuatro hijos tendrá ojos azules.

—... Hummm. —Yo tengo ojos azules, pensó. Heather los tiene castaños.

El Mecanismo de Búsqueda era lo bastante listo como para interpolar su auténtica pregunta.

—No poseo información sobre los antecedentes genéticos de Heather, Bobby. Si quieres que lo averigüe...

—No importa. Gracias.

Se reclinó en su asiento. Sin duda era una cuestión estúpida. En los antecedentes familiares de Heather debían de figurar unos ojos azules.

Sin duda.

El coche aceleró en medio de la creciente noche.

Hiram recorría a largas zancadas la pequeña habitación de David, silueteado por el horizonte nocturno de los edificios de Seattle al otro lado de la ventana panorámica. Tomó un papel al azar, una ajada fotocopia, y leyó su título. “Agujeros de gusano lorentzianos del vacío gravitatoriamente comprimido.” ¿Más teoría estrujacerebros?

David estaba sentado en su sofá, irritado e inquieto por la no anunciada visita de su padre. Comprendía la necesidad de compañía de Hiram, de quemar su adrenalina, de escapar de la intensamente escrutada pecera en que se había convertido su vida. Simplemente deseaba que no tuviera que ser en su espacio.

—Hiram, ¿quieres una copa? ¿Un café o...?

—Un vaso de vino sería espléndido. *No francés.*

David fue a la nevera.

—Tengo un chardonnay. Uno de los pocos vinos californianos que todavía son aceptables. —Trajo los vasos al sofá.

—¿Así que agujeros de gusano lorentzianos? —dijo Hiram.

David se echó hacia atrás en el sofá y se rascó la cabeza.

—A decir verdad, nos estamos acercando a un callejón sin salida. La tecnología Casimir parece tener limitaciones inherentes. El equilibrio de las dos placas superconductoras del condensador, un equilibrio entre las fuerzas Casimir y la repulsión eléctrica, es inestable y se pierde fácilmente. Y las cargas eléctricas que tenemos que emplear son tan grandes que hay frecuentes descargas violentas a los alrededores. Tres personas han resultado muertas ya en las operaciones con la GusanoCámara, Hiram. Como sabes muy bien por las demandas de las aseguradoras, La próxima generación de GusanoCámaras va a requerir algo más robusto. Y si tuviéramos *eso* podríamos construir equipos de GusanoCámara mucho más pequeños y baratos, propagar la tecnología mucho más lejos.

—¿Y hay alguna forma?

—Bien, quizá. Los inyectores Casimir son más bien toscos, una forma muy siglo XIX de elaborar energía negativa. Pero resulta que tales regiones pueden producirse de forma natural. Si el espacio se halla lo suficientemente distorsionado, el vacío cuántico y otras fluctuaciones pueden ser amplificadas hasta... Bien. Éste es un efecto cuántico sutil. Se le llama *vacío comprimido*. El problema es que la mejor teoría que

tenemos dice que necesitas un agujero negro cuántico para que te proporcione un campo gravitatorio lo bastante fuerte. Y así...

—Y así, estás buscando una teoría mejor. —Hiram hojeó los papeles, contempló las notas escritas a mano de David, las ecuaciones unidas por curvadas flechas. Paseó su vista por la habitación—. Y ninguna Pantalla Blanda a la vista. ¿Sales mucho? ¿Alguna vez? ¿O te limitas a conectar la Conducción Automática de aquí al trabajo y viceversa, con la cabeza enterrada en algún polvoriento ensayo u otro? Desde el momento que llegaste aquí has tenido tu cabeza franconorteamericana metida en tu amplia y acogedora espalda como un pájaro, y ahí es donde ha permanecido.

David se erizó.

—¿Es eso un problema para ti, Hiram?

—Sabes lo mucho que confío en tu trabajo. Pero no puedo evitar el sentir que te estás perdiendo algo aquí.

—¿Me estoy perdiendo algo? ¿Acerca de qué?

—De la GusanoCámara. Lo realmente significativo acerca de la GusanoCámara es lo que está haciendo ahí fuera. —Hizo un gesto hacia la ventana.

—¿En Seattle?

Hiram se echó a reír.

—En todas partes. Y esto antes de que eso de ver el pasado empiece realmente a causar impacto. —Pareció llegar a una decisión. Depositó su vaso—. Escucha. Ven conmigo mañana.

—¿Adónde?

—A la planta Boeing. —Entregó a David una tarjeta; llevaba el código de barras de una dirección para Conducción Automática—. ¿A las diez?

—De acuerdo. Pero...

Hiram se puso en pie.

—Me considero responsable de completar tu educación, hijo. Te mostraré la diferencia que está creando la GusanoCámara.

Bobby llevó a Mary, su hermanastra, al abandonado cubículo de Kate en los Talleres del Gusano.

Mary rodeó el escritorio, tocando la vacía Pantalla Blanda que había allí, las particiones acústicas. Todo era clínicamente limpio, impoluto, vacío.

—¿Eso es todo?

—Sus objetos personales han sido retirados. La policía se llevó algunas cosas de trabajo. El resto lo empaquetamos para su familia. Y desde entonces los forenses han estado merodeando por todos lados.

—Es como un cráneo que los carroñeros hayan dejado mondo.

Bobby hizo una mueca.

—Una hermosa imagen.

—Estoy en lo cierto, ¿no?

—Sí, pero...

Pero, pensó, todavía había algo indefiniblemente de Kate en aquel anónimo escritorio, aquella silla, como si en los meses que ella había pasado allí hubiera dejado de alguna forma su huella en aquel apagado trozo de espaciotiempo. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en desaparecer aquella sensación.

Mary le estaba mirando.

—Esto te altera, ¿verdad?

—Eres observadora. Y excesivamente franca.

Ella sonrió, mostrando unos diamantes —presumiblemente falsos— incrustados en sus dientes delanteros.

—Tengo quince años. Ése es mi trabajo. ¿Es cierto que las GusanoCámaras pueden mirar al pasado?

—¿Dónde has oído eso?

—Bueno, ¿es cierto?

—... Sí.

—Muéstramela.

—¿A quién?

—A Kate Manzoni. Nunca la he visto. Muéstramela. Tienes GusanoCámaras aquí, ¿no?

—Por supuesto. Esto son los Talleres del Gusano.

—Todo el mundo sabe que puedes ver el pasado con una GusanoCámara. Y sabes cómo manejar una. ¿O tienes miedo? Como tenías miedo de venir aquí...

—Está bien, tú ganas. Ven conmigo.

Irritado, la condujo a la jaula del ascensor que los llevaría al lugar de trabajo de David un par de niveles más abajo.

David no estaba allí hoy. El técnico supervisor dio la bienvenida a Bobby y le ofreció su ayuda. Bobby se aseguró de que el equipo estaba online y declinó más asistencia. Se sentó en la silla giratoria delante del escritorio de David e inició el proceso, con sus dedos tanteando las poco familiares teclas manuales que resplandecían en la Pantalla Blanda.

Mary había acercado un taburete a su lado.

—Esa interface es asquerosa. Ese David tiene que ser algún tipo de jodido fenómeno retro.

—Deberías ser más respetuosa. Es mi hermanastro.

Ella se echó a reír.

—¿Por qué debería ser respetuosa, sólo porque el viejo Hiram no pudo impedir el vaciar su saco? De todos modos, ¿qué hace David todo el día?

—David está trabajando en una nueva generación de GusanoCámaras. Es algo llamado tecnología del vacío comprimido. Mira. —Tomó un par de referencias del escritorio de David y se las mostró; ella hojeó las páginas de ecuaciones apretadamente impresas—. El sueño es que pronto seremos capaces de abrir agujeros de gusano sin necesidad de unas instalaciones llenas de imanes superconductores.

Mucho más baratos y pequeños...

—Pero seguirán estando en manos del gobierno y de las grandes corporaciones, ¿no?

La gran Pantalla Blanda fijada a la partición delante de ellos se iluminó con una serie de pixels chisporroteantes. Pudo oír el zumbido de los generadores alimentando los grandes y toscos inyectores Casimir en el pozo de abajo, captó el agudo olor del ozono de los poderosos campos eléctricos; a medida que la maquinaria acumulaba sus enormes energías, sintió, como siempre, una oleada de excitación, de anticipación.

Y Mary permanecía, para alivio de Bobby, en silencio, al menos temporalmente.

La tormenta de nieve de la estática se aclaró, y una imagen —un poco amazotada, pero inmediatamente reconocible— llenó la Pantalla Blanda.

Estaban viendo el cubículo de Kate, un par de plantas por encima de ellos allí mismo en los Talleres del Gusano. Pero lo que veían ahora no era un cascarón vacío. Ahora el cubículo estaba lleno de vida. Había una Pantalla Blanda encajada en ángulo en el escritorio, y una serie de datos desfilaban por ella, anónimos, mientras un recuadro en una esquina exhibía lo que parecía un noticiario, un busto parlante con gráficos en miniatura. Había más signos de trabajo en progreso: una lata de soda con la parte superior cortada adaptada como portalápices, bolígrafos y lápices esparcidos por todo el escritorio junto con tacos de papel amarillo para notas, un par de periódicos impresos doblados por la mitad.

Pero lo más revelador —y desgarrador— eran los detalles personales que definían aquel lugar como el espacio de Kate y de nadie más: el humeante café en la taza térmica, envoltorios de comida arrugados, un calendario, un feo y anguloso reloj digital estilo años 1990, una foto souvenir —Bobby y Kate contra el exótico fondo de TierraRevelación— pegada irónicamente a una partición.

La silla estaba separada del escritorio y todavía giraba lentamente. No la hemos encontrado por unos segundos, pensó.

Mary miraba intensamente la imagen, con la boca abierta, fascinada por aquella ventana al pasado..., como le ocurría a todo el mundo la primera vez.

—Acabamos de estar ahí. Es tan diferente. Es increíble.

... Y ahora Kate apareció en la imagen desde un lado, como Bobby había sabido que haría. Llevaba una simple y práctica bata, y un mechón de pelo colgaba sobre su frente, cubriendo casi sus ojos. Tenía el ceño fruncido, concentrada, y sus dedos estaban ya en el teclado antes siquiera de sentarse.

Le costó hablar.

—Lo sé —dijo.

Las instalaciones Boeing VR resultaron ser una cámara dotada con hilera tras hilera de jaulas abiertas de acero, quizás un centenar de ellas, especuló David. Más

allá de paredes de cristal, ingenieros vestidos de blanco se movían entre bancadas brillantemente iluminadas de equipo de ordenador.

Las jaulas podían moverse en tres dimensiones, y cada una de ellas contenía un esquelético traje de caucho y acero, dotado con sensores y manipuladores. David fue sujetado prietamente a uno de ellos, y tuvo que luchar contra la sensación de claustrofobia mientras sus miembros eran atados a sus respectivos lugares. Rechazó la fijación genital, que era absurdamente enorme, como un frasco de vacío.

—No creo que necesite *eso* en este viaje...

Una técnico bajó un casco sobre su cabeza. Era una masa hueca de equipo electrónico. Antes de que descendiera buscó a Hiram. Su padre estaba en una jaula al otro extremo de una hilera unas pocas filas por delante de él.

—Parece como si estuvieras muy lejos.

Hiram alzó una mano enguantada, flexionó los dedos.

—No significará nunca diferencia una vez estemos inmersos. —Su voz resonó en la cavernosa sala—. ¿Qué piensas de estas instalaciones? Impresionantes, ¿no? —Le guiñó un ojo.

David pensó en el Ojo de la Mente, la simple banda de cabeza de Bobby, unos pocos cientos de gramos de metal que, actuando directamente como interface con el sistema nervioso central, podía reemplazar toda esa parafernalia de Boeing de contacto total. Una vez más, parecía, Hiram tenía un ganador.

Dejó que la técnico deslizara el casco sobre su cabeza, y se vio suspendido en la oscuridad...

... que se aclaró lenta, lodosamente. Vio el rostro de Hiram flotar delante de él. Estaba iluminado por una suave luz roja.

—Primeras impresiones —restalló Hiram. Se echó hacia atrás, revelando un paisaje.

David miró a su alrededor. Agua, un terreno pedregoso en pendiente, un cielo rojo. Cuando movió la cabeza demasiado rápidamente la imagen se desmoronó, parpadeando en pixels, y pudo sentir el pesado impulso del casco.

El horizonte se curvó, muy bruscamente, como si lo estuviera contemplando desde una gran altitud. Y en ese horizonte había bajas colinas erosionadas, cuyos lomos se reflejaban en el agua.

El aire parecía tenue, y sintió frío.

—¿Primeras impresiones? —dijo—. Una playa al atardecer... Pero no he visto nunca ningún sol como éste.

El "sol" era una esfera de luz roja que se desvanecía a amarillo anaranjado en su centro. Estaba como apoyado en el nítido horizonte libre de bruma, y su aspecto era aplanado hasta una forma de lente, presumiblemente por la refracción. Pero era inmenso: mucho más grande que el sol de la Tierra, una cúpula rojo brillante que cubría quizás una décima parte del cielo. Tal vez fuera una estrella gigante, meditó, hinchada y vieja.

El cielo era más profundo también que un cielo de atardecer: carmesí intenso por encima de su cabeza, escarlata alrededor de aquel gigantesco sol, negro más allá. Pero incluso alrededor del sol brillaban las estrellas..., de hecho, se dio cuenta, podía distinguir las brillantes estrellas incluso *a través* de la difusa masa del propio sol.

Justo a la derecha del sol había una compacta constelación que era obsesivamente familiar: esa forma en W era seguramente Casiopea, una de las configuraciones de estrellas más fácilmente reconocibles, pero había una estrella extra a la izquierda del conjunto que convertía la constelación en un tosco zigzag.

Dio un paso hacia adelante. La grava crujió convincentemente y pudo sentir afiladas piedras bajo sus pies, aunque se preguntó si los puntos de presión sobre sus suelas coincidían con lo que veía en el suelo.

Caminó los pocos pasos que lo separaban del borde del agua. El hielo brillaba en las rocas, y había témpanos en miniatura que se extendían un metro o así dentro del agua. El agua era plana, casi inmóvil, sólo agitada por un blando y lánguido y lento movimiento. Se inclinó e inspeccionó los guijarros. Eran duros, negros, muy desgastados. ¿Basalto? Debajo había un destello de depósito cristalino, sal quizá. Alguna brillante estrella detrás de él proporcionaba reflejos blancoamarillentos a la piedra, incluso arrojando una sombra.

Se enderezó y lanzó una piedra horizontalmente sobre el agua. Voló larga pero lentamente —¿baja gravedad?—, golpeando por fin el agua con un débil chapoteo; amplias ondulaciones se extendieron en lánguidos círculos alrededor del punto de impacto.

Hiram estaba de pie a su lado. Llevaba un simple mono de ingeniero con el logotipo de Boeing en la espalda.

—¿Todavía no has imaginado dónde estás?

—Es una escena de una novela de ciencia ficción que leí una vez. Una visión del fin del mundo.

—No —dijo Hiram—. No es ciencia ficción. No es un juego. Esto es real..., al menos el escenario lo es.

—¿Una visión de la GusanoCámara?

—Ajá. Con gran cantidad de intensificación e interpolación VR, de modo que la escena responde convincentemente si intentas interactuar con ella, por ejemplo cuando recogiste esa piedra.

—Me pregunto si seguimos estando en el Sistema Solar. ¿Es respirable el aire?

—No. En su mayor parte es dióxido de carbono. —Hiram señaló hacia las redondeadas colinas—. Todavía hay algo de vulcanismo allí.

—Pero éste es un planeta pequeño. Puedo ver la forma en que se curva el horizonte. Y la gravedad es baja; esa piedra que lancé... Así que, ¿por qué este pequeño planeta no ha perdido todo su calor interno, como la Luna? Ah..., la estrella. —Señaló hacia el resplandeciente cascarón en el horizonte—. Debemos de estar lo bastante cerca como para que las mareas mantengan en fusión el núcleo de este

pequeño mundo. Como Io orbitando Júpiter. De hecho, eso debe de significar que la estrella no es la gigante que pensé que era. Es una enana. Y muy cercana..., lo bastante como para que persista el agua en estado líquido. Si este lago o mar de aquí es agua.

—Oh, sí. Aunque no te recomendaría que la bebieras. Sí, estamos en un pequeño planeta que orbita una estrella enana roja. El “año” aquí dura sólo unos nueve de nuestros días.

—¿Hay vida?

—Los científicos que estudian este lugar no han encontrado ninguna, ni ninguna reliquia del pasado. Una lástima. —Hiram se inclinó y recogió otro guijarro de basalto. Arrojó dos sombras en su palma, una gris y difusa de la hinchada estrella roja frente a ellas, y otra, más débil pero más nítida, de la fuente de luz detrás de ellos.

¿... Qué fuente de luz?

David se volvió. Había una estrella doble en el cielo: más brillante que cualquier estrella o planeta visto desde la Tierra, y sin embargo reducida a dos puntos de luz por la distancia. Los puntos de luz hirieron sus ojos, y alzó la mano para protegerse el rostro.

—Es hermoso —dijo.

Se volvió de nuevo y alzó la vista hacia la constelación que había identificado tentativamente como Casiopea, con aquella brillante estrella adicional unida a su extremo.

—Sé donde estamos. Las brillantes estrellas detrás de nosotros son las binarias Alfa del Centauro: las estrellas más cercanas a nuestro sol, a unos cuatro años luz de distancia...

—Cuatro coma tres, me han dicho.

—Y así *éste* tiene que ser un planta de Próxima del Centauro, la estrella más cercana de todas. Alguien ha enviado una GusanoCámara hasta tan lejos como Próxima del Centauro. *A través de cuatro años luz*. Es increíble.

—Bien hecho. Te lo dije, no estás al corriente. *Ésto* es lo último en la tecnología de la GusanoCámara. Este *poder*. Por supuesto, las constelaciones no han cambiado mucho; cuatro años luz son un cambio pequeño a escala interestelar. Pero ese brillante intruso en Casiopea es el Sol. Nuestro sol.

David miró al sol: sólo un punto de pálida luz amarilla, brillante pero no de forma excepcional..., y sin embargo aquella chispa de luz era la fuente de toda la vida sobre la Tierra. Y el sol, la Tierra y todos los planetas, y todos los lugares que el ser humano había visitado nunca, podían verse eclipsados por un grano de arena.

—Es hermosa —dijo Mary.

Bobby no respondió.

—Es realmente una ventana al pasado.

—No es tan mágico —dijo Bobby—. Cada vez que ves una película estás mirando al pasado.

—Oh, vamos —susurró ella—. Todo lo que ves en una película es lo que algún cámara o montador decide mostrarte. Y en su mayor parte, incluso en un noticiario, la gente a la que estás mirando *sabe* que la cámara está allí. Ahora, con *esto*, puedes mirar a todo el mundo, en cualquier momento, en cualquier lugar, esté o no presente una cámara. Has observado esta escena antes, ¿verdad?

—He tenido que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque en este momento y lugar es cuanto se supone que ella cometió su crimen.

—¿Robar secretos de realidad virtual a IBM? No me parece que esté cometiendo ningún crimen.

Aquello irritó a Bobby.

—¿Qué esperabas que hiciera, ponerse una máscara negra?... Lo siento.

—Está bien. Sé que es difícil. ¿Por qué debería hacerlo? Sé que estaba trabajando para Hiram, pero no le quería exactamente... Oh. Ella te quería a ti.

Él desvió la vista.

—El FBI piensa que ella quería obtener algo de crédito a los ojos de Hiram. Entonces Hiram quizás aceptara su relación conmigo. Esos fueron sus motivos, dice el FBI. Y así, eso. En algún punto ella va a decirle a él lo que ha hecho.

—¿Y tú no lo crees?

—Mary, tú no conoces a Kate. Eso no está en su agenda. —Sonrió—. Créeme, si ella me desea simplemente me tomará, piense lo que piense Hiram. Pero hay pruebas contra ella. Los técnicos han revisado todo el equipo que usó. Restauraron archivos borrados que mostraban que había datos de los tests de IBM presentes en la memoria que usó.

Mary hizo un gesto hacia la pantalla.

—*Pero podemos mirar al pasado*. ¿A quién le importan las huellas en un ordenador? ¿Alguien la ha *visto* realmente abrir un gran y rollizo archivo con el logotipo de IBM?

—No. Pero eso no prueba nada. No a los ojos de la acusación, al menos. Kate conocía la GusanoCámara. Quizás incluso sospechó que finalmente se descubrirían sus capacidades de ver el pasado, y que podía ser monitorizada retrospectivamente. Así que se cubrió las espaldas.

Mary dejó escapar un bufido.

—Tendría que ser un retorcido genio para actuar de ese modo.

—Tú no has conocido a Kate —repitió él secamente.

—Y de todos modos, todo es circunstancial... ¿No es ésa la palabra correcta?

—Sí. Si no fuera por la GusanoCámara, a estas alturas se habría salido de ésta. Pero ni siquiera ha sido sometida a juicio todavía. El Tribunal Supremo está elaborando un nuevo marco legal que contemple la admisibilidad de las pruebas de la GusanoCámara, y mientras tanto un montón de casos, entre ellos el de Kate, se hallan

pendientes de juicio.

Borró la pantalla con un impulsivo golpe de su dedo.

—¿Te preocupa eso? —preguntó Mary—. ¿La forma en que ellos están usando las GusanoCámaras?

—¿Ellos?

—Las grandes compañías espiándose unas a otras. El FBI espiándonos a todos. Creo que Kate es inocente. Pero *alguien* de aquí espió con toda seguridad a IBM... con una GusanoCámara. —Con la certeza de la juventud, añadió—: O todo el mundo debería tener una GusanoCámara, o no debería tenerla nadie.

—Quizá tengas razón —murmuró él—. Pero eso no va a ocurrir.

—Pero lo que me has mostrado, la nueva generación de GusanoCámaras, el enfoque del vacío comprimido...

—Tendrás que encontrar a algún otro con quien discutir.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato. Luego ella dijo:

—Si yo tuviera un visor del tiempo lo usaría constantemente. Pero no lo usaría para mirar una y otra vez cosas escabrosas. Miraría cosas hermosas. ¿Por qué no miras hacia atrás a los momentos en que fuiste feliz con ella?

De alguna forma, aquello no se le había ocurrido a Bobby.

—Bien, ¿por qué no? —insistió ella.

—Porque ha desaparecido. En el pasado. ¿De qué sirve mirar hacia atrás?

—Si el presente es una mierda y el futuro es peor, el pasado es todo lo que te queda.

Él frunció el ceño. El rostro de ella, tan parecido al de su madre, estaba pálido, compuesto, sus francos ojos azules miraban firmes.

—Echas en falta a tu padre.

—Por supuesto que lo echo en falta —dijo ella con un destello de furia—. Quizá las cosas sean diferentes en el planeta de donde vienes. —Ahora su mirada se ablandó—. Me *gustaría* verle. Sólo por un momento.

No hubiera debido traerla aquí, pensó él.

—Quizá más tarde —dijo suavemente—. Vamos. El tiempo es espléndido. Vayamos al Sound. ¿Has navegado a vela alguna vez?...

Necesitó largos minutos de persuasión para conseguir alejarla de allí.

... Y más tarde, después de una llamada de David, supo que algunas de las referencias y notas escritas a mano sobre los agujeros de gusano del vacío comprimido habían desaparecido del lugar de trabajo de David.

—En realidad ha sido Disney —dijo Hiram en tono prosaico, de pie allí a la luz de Próxima—. En sociedad con Boeing, han montado una gigantesca instalación de GusanoCámara en el viejo edificio de ensamblaje de vehículos en Cabo Cañaveral. En su tiempo montaban allí los cohetes que iban a la Luna. Ahora envían cámaras

espía a las estrellas. Algo grande, ¿no? Por supuesto, en general alquilan sus instalaciones virtuales a los científicos; pero la dirección de Boeing deja al personal que juegue allí durante sus pausas para comer. Ya han curioseado en todos los malditos planetas y lunas del Sistema Solar, sin abandonar en ningún momento el aire acondicionado de sus laboratorios.

“Y Disney está ingresando montones de dinero. Parece que la Luna y Marte son auténticos parques temáticos para los viajeros virtuales de la GusanoCámara. Me han dicho que los lugares de alunizaje del Apolo y del Viking son particularmente populares, aunque los viejos emplazamientos soviéticos son una atracción muy competitiva”.

Y, pensó David, sin duda NuestroMundo tenía su participación en el asunto.

Hiram sonrió.

—Estás muy silencioso, David.

David exploró sus emociones: maravilla, supuso, pero mezclada con decepción. Recogió un puñado de piedras, las dejó caer; su lento rebotar a causa de la baja gravedad no era completamente auténtico.

—*Esto es real*. Debo de haber leído un centenar de ficciones al respecto, miles de estudios especulativos, acerca de misiones a Próxima. Y ahora estamos aquí. Es el sueño de un millón de años permanecer de pie aquí y ver esto. Probablemente es un sueño lo suficientemente intenso como para terminar matando el vuelo espacial. Lástima. Pero en el fondo todo no es más que eso: un sueño. Seguimos todavía en ese helado hangar en las afueras de Seattle. Mostrándonos el *destino* sin exigirnos el enervante *viaje*, la GusanoCámara nos lleva a un planeta de sofá y patatas fritas.

—¿No crees que estás siendo un poco excitable?

—No, en absoluto. Hiram, antes de la GusanoCámara dedujimos la existencia de este planeta de Próxima por los minúsculos desplazamientos de la trayectoria de la estrella. Calculamos cuáles debían ser las condiciones de su superficie; hurgamos los análisis espectroscópicos de su confusa luz para ver si podíamos deducir de qué estaba hecho; nos esforzamos en construir nuevas generaciones de telescopios que pudieran proporcionarnos algún mapa de su superficie. Incluso soñamos en construir naves que pudieran llevarnos hasta aquí. Ahora tenemos la GusanoCámara, y ya no necesitamos deducir más, luchar, *pensar*.

—¿No es eso una buena cosa?

—¡No! —restalló David—. Es como un niño recurriendo a las respuestas al final de su libro de ejercicios. Lo importante, ¿entiendes?, no son las respuestas en sí, sino el desarrollo mental que ejercitamos luchando por esas respuestas. La GusanoCámara va a dominar toda la gama de las ciencias: planetología, geología, astronomía. Durante las próximas generaciones nuestros científicos se limitarán a contar y clasificar, como un coleccionista de mariposas del siglo XVIII. La ciencia se convertirá en taxonomía.

—Has olvidado la historia —dijo Hiram taimadamente.

—¿La historia?

—Tú fuiste el que descubrió que una GusanoCámara puede alcanzar cuatro años luz de distancia tan fácilmente como puede alcanzar cuatro años en el pasado. Nuestra comprensión del tiempo es ridícula comparada con la del espacio, pero seguramente se desarrollará. Y entonces se va a desatar el infierno.

“Piensa en ello. En estos momentos podemos ir hacia atrás días, semanas, meses. Podemos espiar a nuestras esposas, vernos a nosotros mismos en el lavabo, la policía puede rastrear a los criminales en el acto de cometer sus crímenes. Enfrentarnos a nuestro propio pasado ya es bastante duro. Pero no es nada, pura trivialidad personal. Cuando podamos alcanzar años en el pasado, estás hablando de abrir la historia. Y eso es lo que una lata de gusanos va a hacer”.

”Hay gente ahí fuera que ya está preparando el terreno. Debes de haber oído hablar de los 12.000 Días. Un proyecto de los jesuitas, siguiendo órdenes del Vaticano: completar una historia de primera mano del desarrollo de la Iglesia..., todo el camino hasta el propio Cristo. —Hiram hizo una mueca—. Mucho de eso no va a ser agradable de ver. Pero el Papa es listo. Mejor que lo haga la Iglesia que algún otro. Aún así, va a hacer que el cristianismo se derrumbe como un castillo de arena. Y las demás religiones le seguirán.

—¿Estás seguro?

—Infiernos, sí. —Los ojos de Hiram brillaban a la rojiza luz—. ¿Acaso Bobby no puso al descubierto TierraRevelación como un fraude soñado por un criminal?

En realidad, pensó David, aunque Bobby ayudó, aquello fue un triunfo de Kate Manzoni.

—Hiram, Cristo no es Billybob Meeks.

—¿Estás seguro? ¿Crees que podrás soportar el descubrirlo? ¿Podrá soportarlo la Iglesia?

... Quizá no, pensó David. Pero debemos pensar fervientemente que sí.

Se dio cuenta de que Hiram había tenido razón en arrastrarle fuera de su monjil celda académica para ver todo aquello. Era un error por su parte ocultarse, trabajar en la GusanoCámara sin pensar en sus más amplias implicaciones. Tomó la resolución de sumergirse en las aplicaciones de la GusanoCámara además de en su teoría.

Hiram alzó la vista hacia el cascarón del sol.

—Creo que empieza a hacer frío. A veces nieva aquí. Vámonos. —Empezó a manejar los invisibles botones de abortar en su casco.

David contempló el destello de luz que era el distante Sol, e imaginó su alma regresando a casa, volando desde aquella desolada playa hasta aquel primigenio calor.

Bobby halló la sala de interrogatorios, en las entrañas del viejo tribunal, profundamente depresiva. Parecía como si las sucias paredes no hubieran sido pintadas desde el cambio de siglo, e incluso entonces sólo en el verde pálido gubernamental.

Y era en esa sala donde la intimidación de Kate iba a ser deshojada, capa a capa.

Kate y su abogada —una mujer con sobrepeso que no sonreía nunca— se sentaban en duras sillas de plástico detrás de una arañada mesa de madera, sobre la cual había dispuesta toda una batería de dispositivos de grabación. El propio Bobby estaba perchado en un duro banco en la parte de atrás de la sala, allí a petición de Kate, el único testigo en aquel extraño cuadro.

Clive Manning, el psicólogo nombrado por el tribunal para el caso de Kate, estaba de pie en la parte delantera de la habitación, tecleando en una Pantalla Blanda fijada a la pared. Imágenes de GusanoCámara, débilmente iluminadas y sufriendo una ligera distorsión ojo de pez, parpadearon mientras Manning buscaba su punto de arranque. Finalmente halló el lugar que deseaba. Era una imagen congelada de Kate con un hombre. Estaban de pie en una atestada sala de estar, evidentemente en medio de una acalorada discusión, gritándose el uno al otro.

Manning —alto, delgado, calvo, de unos cincuenta años— se quitó las gafas de montura de alambre y golpeó la montura contra sus dientes, un amaneramiento que Bobby empezaba a encontrar crispadamente irritante, empezando con la anticuada afectación de las propias gafas.

—¿Qué es la memoria humana? —preguntó Manning. Miró al aire mientras hablaba, como si diera una conferencia a una invisible audiencia..., y quizá lo estuviera haciendo—. Ciertamente no es un mecanismo de grabación pasivo, como un disco o una cinta digitales. Es más parecido a una máquina de contar historias. La información sensorial se descompone en fragmentos de percepción, que se descomponen a su vez para ser almacenados como fragmentos de memoria. Y por la noche, mientras el cuerpo descansa, esos fragmentos salen de su almacenamiento, son reunidos de nuevo y ejecutados. Cada uno de estos procesos los graba más profundamente cada vez en la estructura neural del cerebro.

“Y cada vez que un recuerdo es revivido o recordado, es elaborado. Podemos añadirle algo, perder algo, trastear con la lógica, llenar secciones que se han difuminado, quizás incluso combinar acontecimientos distintos”.

“En casos extremos, nos referimos a esto como confabulación. El cerebro crea y recrea el pasado, produciendo al final una versión de los acontecimientos que puede tener muy poco parecido con lo que realmente ocurrió. En principio, creo que puedo decir que todo lo que recuerdo es falso”. —Bobby pensó que una nota de admiración penetraba en la voz de Manning.

—Y eso lo asusta —dijo Kate, interrogativamente.

—Sería un estúpido si no me asustara. Todos somos criaturas complejas e imperfectas, Kate, que tanteamos en la oscuridad. Quizá nuestras mentes, como burbujas transitorias de conciencia a la deriva en este universo abrumadoramente hostil, necesitamos un sentido hinchado de su propia importancia, de la lógica del universo, a fin de apelar a la voluntad de sobrevivir. Pero ahora la GusanoCámara, sin piedad, no nos permitirá evadirnos nunca de la verdad. —Guardó silencio por un momento, luego le sonrió—. Quizá todos nos volvamos locos a causa de la verdad. O quizá, despojados al fin de toda ilusión, nos volvamos todos cuerdos, y yo me quede sin trabajo. ¿Qué es lo que piensa?

Kate, que llevaba un traje negro de una sola pieza, estaba sentada con las manos metidas entre sus muslos, los hombros hundidos.

—Creo que debería usted seguir adelante con su muestre-y-hable.

Manning suspiró y volvió a ponerse las gafas. Tabaleó en la esquina de la Pantalla Blanda, y el fragmento de vida desvanecida de Kate empezó a actuar.

En la pantalla, Kate arrojó algo al otro hombre. Éste se agachó: el proyectil se estrelló contra la pared.

—¿Qué fue eso? ¿Un melocotón?

—Por todo lo que recuerdo —dijo Kate— era un quinoto. Un poco maduro.

—Una buena elección —murmuró Manning—. De todos modos, necesita practicar su puntería.

... estúpido. Todavía sigues viéndola, ¿verdad?

¿Qué tiene que ver eso contigo?

Tiene que verlo todo conmigo, pedazo de mierda. No sé por qué piensas que voy a pasar por esto...

El hombre de la pantalla se llamaba Kingsley, había sabido Bobby. Él y Kate habían sido amantes durante varios años, y habían vivido juntos durante tres..., hasta este punto, el momento en el cual Kate lo había echado definitivamente de su lado.

Observar aquello le resultaba difícil a Bobby. Tenía la sensación de estar participando en una sesión de voyeurismo con aquella mujer más joven, distinta, que por aquel entonces ni siquiera sabía que existiera, contemplando unos acontecimientos de los que ella nunca le había dicho nada. Y, como la mayor parte de las lonchas de vida grabadas por las GusanoCámaras, resultaba difícil de seguir, la conversación era ilógica, confusa y repetitiva, las palabras estaban destinadas a

expresar las emociones antes que reflejar el progreso del encuentro de una forma racional.

Un siglo y más de guiones de cine y televisión habían sido un pobre entrenamiento para la realidad de la GusanoCámara. Pero este drama de la vida real era típico de la vida: confuso, desestructurado, aleatorio, con los participantes tanteando como gente en una habitación a oscuras hacia una comprensión de lo que les estaba ocurriendo, de cómo se sentían.

La acción cambió de la sala de estar a un catastróficamente revuelto dormitorio. Ahora Kingsley estaba metiendo ropa en una maleta de cuero, y Kate agarraba más ropa y la arrojaba fuera de la habitación. Durante todo el tiempo mantenían su diálogo a gritos.

Finalmente, Kingsley salió hecho una furia del apartamento. Kate cerró de golpe la puerta tras él. Permaneció rígida por unos instantes, contemplando la puerta cerrada, antes de enterrar el rostro entre sus manos.

Manning adelantó una mano y pulsó la pantalla. La imagen se congeló en un primer plano del rostro de Kate, oculto por sus manos, con las lágrimas brotando visiblemente entre sus dedos, su pelo una maraña alrededor de su frente, todo el conjunto rodeado por un débil halo de distorsión ojo de pez.

—Creo que este incidente es la clave de su historia, Kate —dijo Manning—. La historia de su vida, de lo que es.

La auténtica Kate, pálida y apagada, contempló inexpresiva su yo más joven.

—Me tendieron una trampa —dijo con voz llana—. Respecto al espionaje de IBM. Fue sutil, más allá del alcance incluso de las GusanoCámaras. Pero es así. Y en eso deberían enfocarse. No en este psicoanálisis de bar.

Manning se echó hacia atrás.

—Puede que sí. Pero la búsqueda de pruebas se halla más allá de mi competencia. El juez me ha pedido que elabore un marco para su estado mental en el momento del crimen. Motivo e intención: una verdad más profunda incluso que la que la GusanoCámara puede ofrecernos. Y —dijo con un rastro acerado en su voz— déjeme recordarle que no tiene usted más elección que cooperar.

—Pero eso no altera mi opinión —dijo ella.

—¿Qué opinión?

—La de que, como cualquier hurgacabezas que he conocido en mi vida, es usted un imbécil inhumano. —La abogada apoyó su mano en el brazo de Kate, pero Kate se desprendió del contacto.

Los ojos de Manning brillaron, duros detrás de sus gafas; Bobby se dio cuenta de que Manning iba a disfrutar ejerciendo su poder sobre aquella voluntariosa mujer.

Manning se volvió hacia su Pantalla Blanda y recorrió de nuevo la breve escena.

—Déjeme recordarle que fue usted quien me habló de este período de su vida. Vivió tres años con Kingsley Roman cuando decidió intentar tener un hijo. Sufrió un aborto.

—Estoy segura de que disfrutó usted contemplando eso —dijo Kate desoladamente.

—Por favor —dijo Manning, apenado—. Al parecer había decidido usted, junto con Kingsley, intentarlo de nuevo.

—Nunca decidimos eso. Ni siquiera hablamos de ello.

Manning parpadeó con mirada de búho y contempló su bloc de notas.

—Pero lo hizo. 24 de febrero del 2032 es el ejemplo más claro. Puedo mostrárselo si quiere. —Alzó la vista hacia ella por encima de sus gafas—. No se alarme si su memoria difiere de los registros de la GusanoCámara. Es algo muy común. De hecho, llegaría a decir incluso que es normal. Confabulación, recuerde. ¿Sigo?

“Pese a esa declarada decisión, no concibió de nuevo. De hecho, volvió a su uso regular de anticonceptivos, de modo que la concepción era imposible. Seis meses después del aborto, Kingsley inicia su aventura con una colega de su lugar de trabajo. Una mujer llamada Jodie Morris. Y unos pocos meses después de eso, se muestra lo bastante descuidado como para que usted se entere de todo el asunto”. —La estudió de nuevo—. ¿Recuerda lo que me dijo al respecto?

—Le conté la verdad —dijo Kate, reluctante—. Creo que Kingsley decidió, a algún nivel, que lo del bebé era culpa mía. Y así empezó a mirar hacia otros lados. Y además, después del aborto, el trabajo empezó a absorberme. El Ajenjo... Creo que Kingsley se sintió celoso.

—Y así empezó a buscar en otro lado la atención que ansiaba.

—Algo así. Cuando lo descubrí, lo eché.

—Él afirma que él se fue.

—Entonces es un maldito mentiroso.

—Pero acabamos de ver el incidente —dijo Manning con voz suave—. No he visto ninguna evidencia de una clara toma de decisión, de acción unilateral, por ninguna de las dos partes.

—No importa lo que muestre la GusanoCámara. Sé lo que es cierto.

Manning asintió.

—No estoy negando que diga usted la verdad tal como la ve, Kate. —Le dedicó una sonrisa, cada vez más parecido a un búho—. No está usted mintiendo. Ése no es en absoluto el problema. ¿Acaso no lo ve?

Kate contempló sus enjauladas manos.

Hicieron una pausa. A Bobby no se le permitió estar con ella.

El tratamiento de Kate era uno de los muchos experimentos que se estaban realizando mientras los políticos, expertos legales, grupos de presión y ciudadanos implicados trabajaban febrilmente en busca de una forma de acomodar el sorprendente alcance de la GusanoCámara al pasado —aún no ampliamente conocido

por el público— en algo parecido a los procesos legales existentes y, aún más difícil, en una justicia natural.

En esencia, se había vuelto de pronto radicalmente más fácil establecer la verdad física.

Era muy probable que los procesos legales se vieran radicalmente transformados. Los juicios se volverían a todas luces menos aleatorios, más justos, mucho menos dependientes del comportamiento de un sospechoso en el tribunal o la calidad de sus representantes legales. Cuando la GusanoCámara estuviera disponible a nivel federal, estatal y nacional, algunos comentaristas anticipaban un ahorro anual de miles de millones de dólares: los juicios serían más cortos, se llegaría a mejores acuerdos, las decisiones se tomarían más rápido.

Y en el futuro los grandes juicios se enfocarían quizás en lo que había detrás de los hechos desnudos: motivo e intención..., de ahí la asignación de un psicólogo como Manning en el caso de Kate.

Mientras tanto, al tiempo que los hombres de la ley trabajaban diligentemente, armados con GusanoCámaras, en los casos aún no resueltos, una enorme masa de nuevos casos se encaminaba hacia los tribunales. Algunos congresistas habían propuesto que para maximizar la rapidez de la justicia se declarara una amnistía general para los crímenes de menor importancia cometidos hasta el año anterior al invento de la GusanoCámara, una amnistía, es decir, a cambio de renunciar a la protección de la Quinta Enmienda en los casos relevantes. De hecho, la obtención de pruebas, gracias a la GusanoCámara, se había hecho tan poderosa que los derechos de la Quinta Enmienda se habían convertido en la práctica en papel mojado. Pero esto estaba demostrando ser muy controvertido. La mayoría de norteamericanos no parecían sentirse seguros perdiendo esa protección.

Los desafíos a la intimidad eran aún más controvertidos, sobre todo por el hecho de que ni siquiera ahora existía una definición aceptada de los derechos a la intimidad, ni siquiera dentro de los Estados Unidos.

La intimidad no era mencionada en la Constitución. La Cuarta Enmienda a la Declaración de Derechos hablaba del derecho contra la intrusión por parte del estado, pero eso dejaba un gran espacio para la maniobra para aquellas personas dotadas de autoridad que deseaban investigar a ciudadanos, y además no ofrecía virtualmente a esos ciudadanos ninguna protección contra otros cuerpos, como las grandes compañías o la prensa o incluso otros ciudadanos. A partir de un conjunto de leyes dispersas de nivel estatal y federal, así como una masa de casos de la ley común que sentaban precedente, había ido emergiendo poco a poco una cierta aceptación común del significado de intimidad: por ejemplo, el derecho a ser “dejado tranquilo”, a verse libre de la irrazonable interferencia de fuerzas exteriores.

Pero todo esto se había visto desafiado por la GusanoCámara.

Una serie de agencias defensoras de la ley y de investigación como el FBI y la policía estaban promoviendo una serie de salvaguardias legales que rodearan el uso

de la GusanoCámara como un equilibrio compensador a la pérdida de intimidad y otros derechos. Por ejemplo, las grabaciones de la GusanoCámara previstas para propósitos legales tenían que ser recogidos en circunstancias controladas — probablemente por observadores entrenados—, y notarizadas formalmente. Esto no iba a representar ningún problema, puesto que cualquier observación a través de una GusanoCámara podía repetirse tantas veces como se precisara simplemente preparando un nuevo enlace agujero de gusano al incidente en cuestión.

Incluso hubo sugerencias de que la gente debería prepararse a verse sometida a una forma de “vida documentada”. Esto garantizaría con efectividad a las autoridades el acceso legal a cualquier incidente en el pasado de un individuo sin la necesidad de procedimientos formales por anticipado, y también sería un fuerte escudo contra las falsas acusaciones y la apropiación de identidades.

Pero pese a las protestas de los manifestantes contra la erosión de los derechos, todo el mundo parecía aceptar que, en lo que a su uso en investigaciones criminales y persecución del delito se refería, la GusanoCámara debía permanecer; simplemente era una herramienta demasiado poderosa para ignorarla.

Algunos filósofos argumentaron que no era una mala cosa. Después de todo, los seres humanos habían evolucionado para vivir en pequeños grupos en los cuales todo el mundo conocía a todo el mundo, y raras veces se encontraban con desconocidos; tan sólo recientemente, en términos evolutivos, la gente se había visto obligada a vivir en grandes comunidades como las ciudades, apretujadas junto con amigos y desconocidos a la vez. El GusanoCámara traía un regreso a las antiguas formas de vida, de pensar acerca de otra gente e interactuar con ella.

Pero eso era poco consuelo para aquellos que temían que su percibida necesidad de cercar su propiedad —crear un espacio definido dentro del cual pudieran conseguir la soledad, el anonimato, la reserva y la intimidad con los seres queridos— ya no pudiera conseguirse.

Y ahora, a medida que las posibilidades de la GusanoCámara de bucear en la historia se profundizaban, ni siquiera el pasado era un refugio.

Mucha gente había resultado herida, de una u otra forma, por la revelación de la verdad. Muchos de ellos culpaban no a la verdad o a ellos mismos, sino a la GusanoCámara, y a aquellos que la habían infligido al mundo.

Hiram era el blanco más evidente.

Al principio, sospechaba Bobby, casi gozó con su notoriedad. Cualquier celebridad es buena para los negocios. Pero el rastro de amenazas e intentos de asesinato y sabotaje había erosionado eso. Incluso hubo acusaciones de libelo, cuando la gente empezó a afirmar que Hiram tenía que estar fabricando de alguna forma lo que las GusanoCámaras estaban mostrando de ellos, sus seres queridos, sus enemigos o sus héroes.

Hiram decidió vivir en la luz. Su mansión de la Costa Oeste estaba inundada de luz procedente de focos accionados por múltiples generadores. Incluso dormía bajo

una brillante iluminación. Ningún sistema de seguridad era a toda prueba, pero al menos Hiram se aseguraría de que cualquiera que consiguiera atravesar los suyos sería visible a las GusanoCámaras del futuro.

Así vivía Hiram, bañado por una despiadada luz, solo, escrutado, odiado.

El horrible procedimiento prosiguió.

Manning consultó su bloc de notas.

—Déjeme establecer algunos de los hechos: incontrovertibles verdades históricas, todas ella adecuadamente observadas y notarizadas. Primero, la aventura de Kingsley con la señorita Morris no fue la primera durante el tiempo que estuvo con usted. Tuvo una corta y al parecer insatisfactoria relación con otra mujer, que empezó un mes después de que la conociera a usted. Y otra seis meses más tarde...

—No.

—En total, parece que tuvo seis relaciones consumadas con otras mujeres *antes* de que usted lo desafiara a causa de Jodie. —Sonrió—. Si esto le sirve de algún consuelo, también engañó a sus otras parejas, antes y después. Parece que en el fondo es un adúltero en serie.

—Esto es ridículo. Lo hubiera sabido.

—Pero es usted humana. Puedo mostrarle incidentes donde las pruebas de la infidelidad de Kingsley le gritaban a usted, aunque usted las desechara racionalizándolas sin siquiera ser consciente de lo que estaba haciendo. Confabulación...

—Ya le he dicho como fue —dijo ella fríamente—. Kingsley empezó a engañarme debido a que el aborto arruinó nuestra relación.

—Ah, el aborto: el gran acontecimiento causal de su vida. Pero me temo que no fue así en absoluto. Los esquemas de comportamiento de Kingsley estaban bien establecidos mucho antes de que la conociera, y no se vieron alterados por el incidente del aborto. También ha dicho usted que el aborto la espoleó a trabajar más duro y a desarrollar su carrera.

—Sí. Eso es obvio.

—Esto es un poco más difícil de establecer, pero de nuevo puedo demostrarle que la trayectoria hacia arriba de su carrera empezó algunos meses *antes* del aborto. Usted ya estaba lanzada: en realidad el aborto no cambió nada. —La estudió—. Kate, ha construido usted toda una historia alrededor de ese aborto. Deseaba creer que era significativo más allá de sí mismo. El aborto fue una horrible prueba que tuvo que soportar. Pero en realidad cambió muy poco... Me doy cuenta de que no me cree.

Ella no dijo nada.

Manning unió sus dedos formando pirámide y los apoyó en su barbilla.

—Creo que tiene usted razón y a la vez está equivocada sobre sí misma. Creo que el aborto que sufrió cambió su vida. Pero no de la forma más bien superficial que

usted cree. No la hizo trabajar más duro o causó grietas en su relación con Kingsley. Pero la pérdida de su hijo la hirió profundamente. Y creo que ahora se siente impulsada por el miedo de que vuelva a ocurrir.

—¿Miedo?

—Por favor, créame, no la estoy juzgando. Simplemente estoy intentando explicar las cosas. Su actividad compensatoria es su trabajo. Quizás este profundo miedo la haya impulsado a un mayor logro, a un mayor éxito. Pero también la ha vuelto obsesiva. Sólo su trabajo la ha alejado de lo que ve usted como una terrible oscuridad en el centro de su ser. Y así la ha impulsado hasta muy, muy lejos...

—Correcto. Y *por eso* usé los agujeros de gusano de Hiram para espiar a sus competidores. —Sacudió la cabeza—. ¿Cuánto le pagan por todo esto, doctor?

Manning paseó lentamente delante de su Pantalla Blanda.

—Kate, es usted uno de los primeros seres humanos que tiene que soportar este... hum, este *shock de la verdad*..., pero no será el último. Todos vamos a tener que aprender sin las reconfortantes mentiras que nos susurramos a nosotros mismos en la oscuridad de nuestras mentes...

—Soy capaz de formar relaciones: incluso largas y estables. ¿Cómo encaja eso con su retrato de mí como una víctima del trauma del shock?

Manning frunció el ceño, como desconcertado por la pregunta.

—¿Se refiere al señor Patterson? Pero no hay ninguna contradicción ahí. —Se dirigió hacia Bobby y, con una murmurada disculpa, lo estudió—. De muchas formas, Bobby Patterson es uno de los adultos más infantiles que jamás haya conocido. En consecuencia encaja perfectamente en, hum, el vacío en forma de niño en el centro de su personalidad. —Se volvió hacia Kate—. ¿Entiende?

Ella se lo quedó mirando, con los colores encendidos.

La guerra del agua

Heather estaba sentada ante la Pantalla Blanda de su casa. Entró nuevos parámetros de búsqueda. PAÍS: Uzbekistán. CIUDAD: Nukús.

No le sorprendió ver aparecer ante ella un bloqueo de atractivo color turquesa. Después de todo, Nukús era zona de guerra.

Pero eso no detuvo a Heather mucho tiempo. En sus tiempos había hallado muchas veces antes razones para encontrar formas de superar el software censor. Y tener acceso a una GusanoCámara propia era una poderosa motivación.

Sonriendo, se puso a trabajar.

Cuando —tras mucha presión pública— las primeras compañías más emprendedoras empezaron a ofrecer el acceso a la GusanoCámara a ciudadanos privados vía Internet, Heather Mays se apresuró a suscribirse.

Incluso podía trabajar desde casa. Desde un menú directo seleccionaba un lugar que ver. Podía ser en cualquier parte del mundo, especificado por sus coordenadas geográficas o su dirección postal tan exactamente como podía detallarse. El software de mediación convertía su petición en coordenadas de latitud-longitud, y luego le ofrecía más opciones. La idea era ir precisando su selección hasta alcanzar una especificación de un volumen del tamaño de una habitación, en algún lugar en o cerca de la superficie de la Tierra donde pudiera establecerse la boca de un agujero de gusano.

Había también una opción al azar si una no tenía ninguna preferencia: por ejemplo, si deseaba ver algún remoto atolón de coral de postal turística, pero no le importaba cuál. Incluso se podía —con un coste adicional— seleccionar vistas intermedias, de modo que por ejemplo una podía ver una calle y luego seleccionar una casa a la cual “llamar”.

Una vez hecha la elección, se abría un agujero de gusano entre la localización del servidor local del proveedor y el lugar elegido por una. Las imágenes de la GusanoCámara eran entonces enviadas directamente a su terminal doméstico. Una podía incluso guiar el punto focal, dentro de un volumen limitado.

El interface comercial de las GusanoCámaras había hecho que parecieran un juguete, y cada imagen estaba marcada indeleblemente con intrusivos logotipos y publicidad de NuestroMundo. Pero Heather sabía que intrínsecamente la

GusanoCámara era *mucho* más poderosa de lo que había parecido en su primera encarnación pública.

Cuando dominó por primera vez el sistema se sintió abrumadoramente complacida, y llamó a Mary para que lo viera.

—Mira —le dijo, señalando. La imagen de la GusanoCámara era de una casa de aspecto anónimo, a la luz del sol de un atardecer de verano; el encuadre estaba lleno de irritantes logotipos publicitarios—. Ésta es la casa donde nací, en Boise, Idaho. De hecho, en esa misma habitación.

Mary se encogió de hombros.

—¿Vas a dejarme manejarla?

—Por supuesto. De hecho la pedí para ti, en parte. Para tus deberes...

—Sí, claro.

—Escucha, esto no es un juguete... —Bruscamente la pantalla se llenó con un bloqueo de color ceniza.

Mary frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?... Oh, ya entiendo. Viene con filtro tutelar. De modo que sólo vemos lo que *ellos* nos permiten ver.

La idea era que las GusanoCámaras no pudieran ser usadas con fines voyeurísticos, para espiar a la gente en sus casas o en otros lugares privados, o quebrantar la confidencialidad comercial, o examinar los edificios gubernamentales, dependencias militares, comisarías de policía y otros lugares sensibles. Se suponía también que el software tutelar monitorizaba los esquemas de uso y, en caso de un comportamiento morboso o excesivo, interrumpía el enlace y ofrecía servicios de consejo, bien por un sistema experto o por un agente humano.

Y, por ahora, sólo se ofrecía la capacidad de visión remota de la GusanoCámara. La visión del pasado estaba considerada, por todo un conjunto de expertos, como algo *demasiado* peligroso para ser puesto en manos del público..., de hecho, se argumentaba, sería peligroso incluso dar a conocer ampliamente la existencia de la posibilidad de ver el pasado.

Pero, por supuesto, toda esta envoltura de algodón sólo podía ser tan efectiva como la ingeniosidad de los diseñadores humanos que tenía detrás. Y, alimentado por los rumores a través de Internet y las fugas y especulaciones de la industria, se alzaba ya un clamor pidiendo un acceso mucho más amplio del público a todas las potencialidades de la GusanoCámara: a los propios observadores del pasado.

Heather tenía la sensación de que aquella nueva tecnología iba a ser por naturaleza propia difícil de contener...

Pero eso no era algo que estuviera dispuesta a compartir con su hija de quince años.

Heather canceló el agujero de gusano y se preparó para iniciar una nueva búsqueda.

—Necesito trabajar. Vete. Podrás jugar más tarde. Sólo una hora.

Mary se alejó con una expresión de desdén, y Heather volvió su atención a Uzbekistán.

Anna Petersen, de la Marina de los Estados Unidos —heroína de un docuculebrón de la GusanoCámara— se había visto fuertemente implicada en la intervención de los Estados Unidos en nombre de las Naciones Unidas en la guerra del agua que asolaba la zona del mar de Aral. Allí los aliados estaban luchando una guerra de precisión contra el principal agresor, Uzbekistán: un agresor que había amenazado los intereses occidentales en los depósitos de petróleo y azufre y lugares de producción de distintos minerales, entre ellos una importante fuente de cobre. Brillante y técnica, Anna había trabajado principalmente en operaciones de mando, control y comunicaciones.

La tecnología de la GusanoCámara estaba cambiando la naturaleza de la guerra, como había hecho con tantas otras cosas. Las GusanoCámaras habían reemplazado ya en gran medida la tecnología de vigilancia —satélites, aviones espía y estaciones en tierra— que había gobernado los campos de batalla durante décadas. Si hubiera habido ojos capaces de verlo, todos los blancos importantes de Uzbekistán hubieran destellado con evanescentes bocas de agujeros de gusano. Bombas con sistemas de guía de precisión, misiles de crucero y otras armas, muchas de ellas no más grandes que pájaros, habían llovido sobre los centros de defensa aérea, los mandos militares y las instalaciones de control de Uzbek, los búnkers que ocultaban tropas y tanques, las centrales hidroeléctricas y los gasoductos de gas natural, y los blancos en las ciudades como Samarcanda, Andizhán, Namangán y la capital, Tashkent.

La precisión no tenía precedentes..., y, por primera vez en tales operaciones, el éxito podía ser verificado.

Por supuesto, por el momento, las tropas aliadas tenían ventaja en el despliegue de GusanoCámaras. Pero las guerras futuras deberían lucharse bajo la suposición de que ambos bandos habían perfeccionado y actualizado la información sobre la estrategia, recursos y despliegue del otro. Heather suponía que era esperar demasiado el que un cambio así en la naturaleza de la guerra condujera a su cese. Pero al menos proporcionaba a los que luchaban una pausa para pensar, y eso podía conducir a menos derroche sin sentido.

De todos modos esta guerra —la guerra de Anna, la fría batalla de la información y la tecnología— era la guerra que el público norteamericano había presenciado, en parte gracias al punto focal de la GusanoCámara que la propia Heather había operado, volando al lado del bien proporcionado hombro de Petersen mientras ésta se movía de un clínico escenario incruento a otro.

Pero había habido rumores —la mayoría de los cuales habían circulado en los rincones de Internet que todavía seguían incontrolados— de otra guerra más primitiva que se desarrollaba en tierra, donde las tropas intentaban asegurar las conquistas

logradas por los ataques aéreos.

Luego un canal de noticias inglés había emitido un reportaje sobre un campo de prisioneros donde cautivos de las Naciones Unidas, entre ellos norteamericanos, estaban siendo retenidos por los uzbekos. También había rumores de que las prisioneras, incluidas las de las tropas aliadas, habían sido llevadas a campos de violación y burdeles en el interior del país.

Revelar todo esto había servido evidentemente a los propósitos de los gobiernos que estaban detrás de la alianza antiuzbeka. Los teóricos de la administración Juárez no estaban por encima de presentar la inquietante idea de la saludable Anna de Iowa cayendo en manos de atezados abusadores uzbekos.

Para Heather esto era prueba de un sucio conflicto a nivel rastrero muy lejos del limpio videojuego en el cual Anna Petersen se había integrado. A Heather se le había erizado el vello de la nuca ante la idea de que podía estar representando un papel en alguna enorme maquinaria propagandística. Pero cuando pidió permiso a sus empleadores, Noticias online de la Tierra, para averiguar la verdad de la guerra, le fue denegado; el acceso a los servicios corporados de la GusanoCámara les sería retirado si lo intentaban, argumentaron.

Mientras estaba bajo los focos de ser la ex esposa de Hiram tuvo que mantener la cabeza baja.

Pero luego los cegadores focos de la atención del público se retiraron de los Mays, y pudo permitirse su propio acceso a la GusanoCámara.

Abandonó la NOT, aceptó un nuevo trabajo independiente para escribir una biografía GusanoCámara de Abraham Lincoln, y se puso a trabajar.

Le tomó un par de días encontrar lo que buscaba.

Siguió a los prisioneros uzbekos siendo cargados en un camión abierto de las Naciones Unidas y llevados a través de la lluvia. Cruzaron la ciudad de Nukús, controlada por las tropas aliadas, y se adentraron en los campos más allá.

En aquel lugar, descubrió, las tropas aliadas habían establecido un campo de prisioneros propio.

Era un complejo abandonado de extracción de hierro. Los prisioneros eran mantenidos en jaulas de metal de tan sólo un metro de alto, apiladas en una cargadora de mena. Los prisioneros eran incapaces de estirar las piernas o la espalda. Eran mantenidos sin medidas sanitarias, sin comida adecuada, sin hacer ejercicio y sin acceso a la Cruz Roja o a su equivalente musulmán Merhamet. Toda la suciedad caía de las jaulas de arriba a través del enrejado a las de abajo.

Estimó que debía de haber allí al menos un millar de hombres. Recibían tan sólo un tazón de aguada sopa al día. La hepatitis era epidémica, y se estaban extendiendo otras enfermedades.

Día sí día no, eran seleccionados unos prisioneros, al parecer al azar, para ser

apaleados. Tres o cuatro soldados rodeaban a cada prisionero y lo golpeaban con barras de hierro, palos de madera, cachiporras. Al cabo de un rato paraban. Cualquier prisionero que aún podía andar era sometido a otro tratamiento y la paliza continuaba. Luego eran arrastrados de vuelta a sus jaulas por otros prisioneros.

Ése era el esquema general. Había algunos incidentes particulares, infligidos a los prisioneros casi con un espíritu de experimentación por los guardias: a un prisionero no se le permitía defecar; un prisionero era obligado a comer arena; otro era obligado a tragar sus propias heces.

Seis personas murieron mientras Heather monitorizaba el campo. Las muertes fueron resultado de palizas, exposición o enfermedad. Ocasionalmente un prisionero era muerto a tiros, por ejemplo cuando intentaba escapar o defenderse. Un prisionero fue realmente liberado, al parecer para transmitir la noticia de la determinación de aquellas tropas de cascos azules a sus camaradas.

Heather observó que los guardias eran muy cuidadosos en usar tan sólo armas capturadas, como si estuvieran decididos a no dejar ninguna huella de sus actividades. Evidentemente, pensó, el poder de la GusanoCámara no había llegado a la imaginación de aquellos soldados; todavía no estaban acostumbrados a la idea de que podían ser observados en cualquier lugar, en cualquier momento, incluso retrospectivamente desde el futuro.

Era casi insoportable contemplar aquellas sangrientas acciones, que hubieran sido invisibles, para el público al menos, tan sólo unos meses antes.

Esto sería dinamita en el culo de la presidenta Juárez, que en opinión de Heather ya había demostrado ser la persona más ruin que había polucionado la Casa Blanca desde el cambio de siglo (lo cual ya era decir mucho), sin mencionar, como el primer presidente femenino, un embarazo considerable para la mitad de la población.

Y quizá —se atrevió a esperar Heather— la conciencia de las masas se agitara una vez más cuando la gente viera la guerra tal como era realmente, en toda su sangrienta gloria, como lo había atisbado brevemente cuando Vietnam se había convertido en la primera guerra televisada, y antes de que los mandos hubieran restablecido el control sobre la cobertura de los medios de comunicación.

Incluso albergó esperanzas de que la aproximación del Ajenjo cambiara lo que la gente sentía los unos por los otros. Si todo iba a terminar tan sólo un puñado de generaciones más tarde, ¿qué importaban las antiguas enemistades? ¿Era la finalidad del tiempo que quedaba, los últimos días de la existencia humana, infligir dolor y sufrimiento a los demás?

Seguiría habiendo guerras, por supuesto. Pero ya no sería posible deshumanizar y demonizar a un oponente, no cuando cualquiera podía pulsar una Pantalla Blanda y ver por sí mismo a los ciudadanos de cualquier nación que fuera considerada el enemigo..., y no podría haber más mentiras incitadoras a la guerra acerca de la capacidad, intención y resolución de un oponente. Si la cultura del secreto se rompía al fin, ningún gobierno podría salirse nunca más con la suya con actos como esos.

O quizá simplemente estaba siendo una idealista.

Siguió adelante, decidida, motivada. Pero, no importaba lo mucho que intentara ser objetiva, descubrió que aquellas escenas eran insoportablemente horripilantes: la vista de hombres desnudos, quebrantados, agitándose en la agonía a los pies de soldados con cascos azules con limpios y duros rostros norteamericanos.

Hizo una pausa. Durmió un poco, se bañó, luego se preparó algo de comer (un desayuno, a las tres de la tarde).

Sabía que no era el único ciudadano que estaba usando de aquella manera aquellos nuevos medios.

Había oído que por todo el país se estaban formando patrullas de la verdad que utilizaban las GusanoCámaras e Internet. Algunas de las patrullas no eran más que grupos vecinales. Pero una organización, llamada VigilaPolicía, estaba diseminando instrucciones de cómo observar a la policía en su trabajo a fin de proporcionar “testigos justos” de toda actividad policial. Se decía que de hecho esta nueva actividad estaba teniendo un apreciable efecto en la calidad de las intervenciones policiales; los agentes brutales y corruptos —afortunadamente escasos de todos modos— estaban siendo puestos en evidencia de inmediato.

Los grupos de consumidores habían ganado repentinamente poder, y estaban poniendo diariamente al descubierto fraudes y engaños. En la mayoría de estados era dada a la luz pública información pormenorizada sobre las finanzas de las campañas políticas, en algunos casos por primera vez. Había un enfoque generalizado en las más oscuras actividades del Pentágono y su no menos oscuro presupuesto. Y así sucesivamente.

Heather se recreaba en la idea de ciudadanos privados preocupados, armados con GusanoCámaras y sus sospechas, cayendo sobre los criminales y los corruptos como los glóbulos blancos de la sangre. En su mente todo aquello no era más que una simple cadena causal detrás de las libertades fundamentales: un mayor control aseguraba la transparencia, lo cual a su vez mantenía la libertad. Y ahora un milagro —o accidente— tecnológico parecía estar proporcionando la más profunda herramienta para la más abierta divulgación imaginable en manos de ciudadanos privados.

A Jefferson y a Franklin probablemente les hubiera encantado, aunque hubiera significado el sacrificio de su propia intimidad...

Hubo un ruido en su estudio. Una risita ahogada.

Heather, descalza, se dirigió a la entreabierta puerta. Mary y una amiga estaban sentadas ante el escritorio de Heather.

—Míralo —estaba diciendo Mary—. Su mano no deja de moverse.

Heather reconoció a la amiga. Sasha, de la clase superior a la de Mary en el instituto, era conocida entre los padres locales como una Mala Influencia. El aire era

denso por el humo de un porro, probablemente uno de la propia reserva de Heather.

La imagen de la GusanoCámara era de un muchacho adolescente. Heather lo reconoció también como uno de los muchachos de la escuela: ¿Jack? ¿Jacques? Estaba en su dormitorio. Tenía los pantalones a la altura de los tobillos y, delante de una Pantalla Blanda, con más entusiasmo que competencia, se estaba masturbando.

—Felicidades —dijo con voz muy suave—. Os habéis abierto camino a través del filtro tutelar.

Mary y Sasha dieron un salto, sobresaltadas. Sasha agitó una mano intentando dispersar fútilmente el humo de la marihuana.

Mary se volvió de nuevo a la pantalla.

—¿Por qué no? *Tú* lo haces.

—Lo hago por una razón válida.

—Así que es correcto para ti pero no para mí. Eres una hipócrita tan grande, mamá.

Sasha se puso en pie.

—Yo me marchó.

—Sí, será mejor —dijo Heather mientras la otra se retiraba—. Mary, ¿es eso propio de *ti*? ¿Espiar a tus vecinos como un baboso voyeur?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Admítelo, mamá. Tú misma te estás volviendo un poco morbosa...

—Sal de aquí.

La risa de Mary se convirtió en una mueca teatral, y se marchó.

Heather, estremecida, se sentó delante de la pantalla y estudió al muchacho. La Pantalla Blanda que estaba mirando mostraba otra escena de una GusanoCámara. Había una muchacha en la imagen, desnuda, masturbándose también, pero sonriendo, murmurándole palabras al muchacho.

Heather se preguntó cuántos otros espectadores tendría aquella pareja. Quizá no habían pensado en ello. Una GusanoCámara no podía ser intervenida, pero resultaba difícil recordar que la GusanoCámara significaba acceso global para *todo el mundo...*, cualquiera podía estar observando los juegos eróticos de aquellos chicos.

Estaba dispuesta a apostar que en aquellos primeros meses, el noventa y nueve por ciento del uso de la GusanoCámara debía de ser para ese tipo de tosco voyeurismo. Quizá fuera como la repentina accesibilidad del porno hecha posible por Internet en casa, sin necesidad de entrar en ninguna tienda especializada. De todos modos todo el mundo había deseado ser un voyeur en algún momento de su vida —o eso se decía—, y ahora todos podían hacerlo sin riesgo de ser descubiertos.

Al menos eso era lo que *parecía*; la verdad era que todo el mundo podía mirar también a los que miraban. Cualquiera podía haber estado observando a Mary y Sasha, dos despiertas chicas adolescentes excitándose agradablemente. Y quizás incluso hubiera alguien que derivara algo de placer observándola a *ella*, una delgada mujer de mediana edad examinando analíticamente todo aquello.

Quizá, decían algunos, era la posibilidad del voyeurismo lo que estaba impulsando las primeras ventas de ese acceso personal a la GusanoCámara, e incluso su desarrollo tecnológico, del mismo modo que los proveedores del porno habían impulsado el primer desarrollo de Internet. A Heather le hubiera gustado creer que sus semejantes eran un poco más profundos que eso. Pero quizá, una vez más, estaba siendo simplemente idealista.

Y, después de todo, no todo el voyeurismo era para excitarse. Cada día había nuevas noticias acerca de gente que, por una u otra razón, habían espiado a otra gente cercana a ellos, y habían descubierto secretos y traiciones y actos inconfesables, ocasionando toda una oleada de divorcios, violencia doméstica, suicidios, guerras menores entre amigos, esposas, familiares, hijos y sus padres: toda una serie de problemas familiares y de relación que habría que eliminar, suponía, antes de que todo el mundo creciera lo suficiente como para acostumbrarse a la idea de que todas las paredes eran de cristal.

Observó que el muchacho tenía una espectacular imagen de la sonda espacial *Cassini* junto a los anillos de Saturno en la pared de su dormitorio. Por supuesto, la ignoraba; estaba mucho más interesado en su pene. Heather recordó cómo su propia madre —Dios, hacía casi cincuenta años— le hablaba del tipo de futuro en el que *ella* había crecido, aquellos años más expansivos y optimistas. En el año 2025, solía decir su madre, naves espaciales movidas por energía nuclear viajarían entre los planetas colonizados, llevando agua y minerales preciosos extraídos de los asteroides. Quizá la primera sonda interestelar hubiera sido lanzada ya. Y así muchas otras cosas.

Quizá los adolescentes de *aquel* mundo pudieran verse distraídos los unos de los cuerpos de los otros —¡al menos durante parte del tiempo!— por el espectáculo de los exploradores en el Valles Marineris de Marte, o en la gran cuenca de Caloris de Mercurio, o en los derivantes campos de hielo del satélite de Júpiter, Europa.

Pero, pensó, en *nuestro* mundo seguimos anclados aquí en la Tierra, e incluso el futuro parece terminar con el impacto de una enorme roca, y todo lo que *deseamos* es espiarnos los unos a los otros.

Cortó el enlace con el agujero de gusano y añadió nuevos protocolos de seguridad a su terminal. Eso no mantendría alejada indefinidamente a Mary, pero al menos la retrasaría un poco.

Una vez hecho eso —agotada, deprimida—, volvió a su trabajo.

La máquina antimitos

David Y Heather estaban sentados delante de una parpadeante Pantalla Blanda, los rostros iluminados por la intensa luz solar de un día desaparecido hacía mucho tiempo.

... Era un soldado raso del primero de infantería de Maryland. Era uno de una línea que se extendía en la distancia, con los mosquetes alzados. Se oía el sonido de un tambor, firme y ominoso.

Todavía no habían averiguado su nombre.

Su rostro estaba tiznado y sucio por el sudor, su uniforme manchado por la lluvia y muy remendado. Se estaba poniendo visiblemente nervioso a medida que se acercaba al frente.

El humo cubría las líneas en la distancia. Pero David y Heather podían oír ya el crepitar de armas de mano, el retumbar de un cañón.

Su soldado pasó ahora junto a un hospital de campaña, una serie de tiendas erigidas en el centro de un embarrado campo. Había hileras de cuerpos inmóviles, sin cubrir, tendidos fuera de la tienda más cercana y —de alguna forma algo mucho más horrible— un montón de brazos y piernas cortados, algunos cubiertos todavía por restos de ropa. Dos hombres estaban echando los miembros a un brasero. Los gritos de los heridos dentro de las tiendas eran secos, remotos, agónicos.

El soldado rebuscó en su chaqueta y sacó una baraja de cartas, estropeadas y atadas con un cordel, y una fotografía.

David, que era quien manejaba los controles de la GusanoCámara, congeló la imagen y activó el zoom sobre la pequeña fotografía, muy desgastada, con una imagen granulosa en blanco y negro.

—Es una mujer —dijo lentamente—. Y eso parece como una mula. Y... Oh.

Heather estaba sonriendo.

—Tiene miedo. Piensa que no vivirá cuando termine el día. No quiere que esto sea enviado a su casa con sus efectos personales.

David reanudó la secuencia. El soldado dejó caer sus posesiones al barro y las enterró con el tacón de su bota.

—Escucha —dijo Heather—. ¿Qué está cantando?

David ajustó los filtros de volumen y frecuencia. El acento del soldado era notablemente fuerte, pero las palabras eran reconocibles: ... *En el pabellón de limpias paredes encaladas / donde los muertos duermen y los agonizantes yacen / heridos*

por bayonetas, sables y balas / el amor de alguien nació un día...

Un oficial montado llegó desde detrás de la línea, su negro y sudoroso caballo visiblemente nervioso. *Más cerca. Cubrid, aquí... Más cerca.* Su acento era seco, extraño a los oídos de David...

Hubo una explosión, la tierra voló en todas direcciones. Los cuerpos de los soldados parecieron simplemente estallar en grandes y sangrantes fragmentos.

David se echó hacia atrás. Había sido un obús. De pronto, con una repentina inmediatez, la guerra estaba allí.

El nivel de ruido se elevó bruscamente: hubo gritos, maldiciones, el resonar de rifles-mosquetes y pistolas. El soldado alzó su mosquete, disparó rápidamente, y sacó otro cartucho de su cinturón. Lo mordió, dejando al descubierto la pólvora y la bala, y partículas de negra pólvora se pegaron a sus labios.

—Dicen que la pólvora tiene el mismo sabor de la pimienta —murmuró Heather.

Otro obús cayó cerca de la rueda de una pieza de artillería. Un caballo cerca del arma pareció reventar, y restos ensangrentados volaron por todas partes. Un hombre que caminaba cerca cayó, y se quedó contemplando con aparente sorpresa el muñón en que ahora terminaba su pierna.

A todo alrededor del soldado no había ahora más que horror: humo, fuego, cuerpos mutilados, muchos hombres tendidos en el suelo agitándose. Pero él parecía mostrarse cada vez más tranquilo. Siguió avanzando.

—No lo entiendo —dijo David—. Se halla en medio de una carnicería. ¿No sería más racional retirarse, ocultarse?

—Puede que ni siquiera comprenda de qué va la guerra —respondió Heather—. Eso ocurre a menudo con los soldados. En estos momentos es responsable de sí mismo; su destino está en sus propias manos. Quizá sienta el alivio de que el momento ha llegado. Y tiene su reputación, la estima de sus compañeros.

—Es una forma de locura —dijo David.

—Por supuesto que lo es...

No oyeron llegar la bala de mosquete.

Pasó a través de la órbita de un ojo y salió por la nuca del soldado, llevándose consigo un trozo de cráneo del tamaño de la palma de una mano. David pudo ver la materia cerebral dentro de él, roja y gris.

El soldado permaneció allí de pie unos segundos más, sujetando todavía su arma, pero su cuerpo temblaba, sus piernas estaban sacudidas por convulsiones. Luego cayó hecho un guiñapo.

Otro soldado dejó caer su mosquete y se puso de rodillas a su lado. Alzó la cabeza del soldado, suavemente, y pareció intentar volver a meter su cerebro en el destrozado cráneo...

David accionó su control. La Pantalla Blanda quedó vacía. Se arrancó los auriculares de los oídos.

Permaneció inmóvil unos momentos, dejando que imágenes y sonidos del horrible campo de batalla de la Guerra Civil se borrarán de su mente, para ser reemplazados por la calma científica de los Talleres del Gusano, el apagado murmullo de los investigadores.

En hileras de cubículos similares a todo su alrededor, la gente trasteaba con confusas imágenes de GusanoCámaras: manejando Pantallas Blandas, escuchando el murmullo de antiguas voces en sus auriculares, tomando notas en blocs de papel amarillo. La mayoría habían conseguido el acceso presentando proposiciones de investigaciones que eran cribadas por un comité que había establecido David, y luego seleccionadas por lotería. Otros habían llegado como invitados de Hiram, como Heather y su hija. Había periodistas, investigadores, académicos buscando resolver disputas históricas y gente con intereses especiales —incluidos algunos conspiradores teóricos— con algo que demostrar.

En alguna parte, alguien estaba silbando suavemente una canción de cuna. La melodía creaba un extraño contrapunto a los horrores que aún resonaban en la cabeza de David, pero supo de inmediato su significado. Uno de los más entusiastas investigadores que había allí estaba decidido a descubrir la simple melodía que había formado la base de las variaciones *Enigma* de 1899 de Edward Elgar. Se habían propuesto muchas candidatas, desde espirituales negros y éxitos olvidados de music-hall hasta “Twinkle Twinkle Little Star”. Ahora, sin embargo, sonaba como si el investigador hubiera descubierto la verdad, y David dejó que su mente proporcionara las palabras a la suave melodía: *María tenía un corderito...*

Los investigadores estaban allí porque NuestroMundo se hallaba aún muy por delante en la competencia por la tecnología de la GusanoCámara. La profundidad del pasado accesible al escrutinio moderno se estaba incrementando constantemente; algunos investigadores habían llegado a alcanzar incluso los tres siglos. Pero por ahora —para lo mejor o para lo peor—, el uso de las poderosas GusanoCámaras capaces de ver el pasado seguía rigurosamente controlado, ofrecido tan sólo en instalaciones como aquella, donde los usuarios eran seleccionados y priorizados y monitorizados, y sus resultados registrados cuidadosamente y objeto de interpretaciones antes de su divulgación al público.

Pero David sabía que, no importaba lo muy hacia atrás que mirara, lo que viera, cómo fueran analizadas y discutidas las imágenes, los cinco minutos de la Guerra Entre los Estados que acababa de soportar permanecerían con él para siempre.

Heather apoyó una mano en su brazo.

—No tienes un estómago muy fuerte, ¿verdad? Sólo hemos rascado la superficie de esta guerra..., apenas hemos empezado a estudiar el pasado.

—Pero es una carnicería enorme y estúpida.

—Por supuesto. ¿No lo es siempre? De hecho la Guerra Civil fue una de las primeras guerras auténticamente modernas. Más de seiscientos mil muertos, casi medio millón de heridos, en un país cuya población era de sólo treinta millones.

Como si, hoy, perdiéramos cinco millones. Es un triunfo peculiarmente norteamericano para un país joven ofrecer un conflicto tan enorme.

—Pero fue justo —observó él. Heather estaba trabajando en el período de la Guerra Civil como parte de su investigación para la primera Auténtica Biografía de Abraham Lincoln compilada a través de la GusanoCámara, financiada por una asociación histórica—. ¿Será ésa tu conclusión? Después de todo la guerra condujo a la erradicación de la esclavitud en los Estados Unidos.

—Pero la guerra no se desató por eso. Vamos a perder nuestras ilusiones románticas acerca de ella, para enfrentarnos a la realidad que los historiadores más valientes han proclamado todo el tiempo. La guerra fue un choque de intereses económicos, Norte contra Sur. Los esclavos eran un bien económico con un valor de miles de millones de dólares. Y fue una guerra sangrienta, surgida de una sociedad desigual marcada por las diferencias de clase. Tropas de Gettysburg fueron enviadas a Nueva York para sofocar disturbios antirreclutamiento. Lincoln encarceló a cerca de treinta mil prisioneros políticos, sin juicio...

David silbó suavemente.

—¿Crees que la reputación de Lincoln podrá sobrevivir a ver todo eso? — Empezó a preparar una nueva prueba.

Ella se encogió de hombros.

—Lincoln sigue siendo una figura impresionante. Aunque no era gay.

Aquello sobresaltó David.

—¿Qué? ¿Estás segura?

Ella sonrió.

—Ni siquiera era bisexual.

David pudo oír el débil sonido de un agudo grito procedente del cubículo contiguo.

Heather le sonrió con aire cansado.

—Mary. Está viendo de nuevo a los Beatles.

—¿Los Beatles?

Heather escuchó unos instantes.

—El Top Ten Club de Hamburgo. Abril de 1961, probablemente. Unas actuaciones legendarias, en las que los Beatles tocaron mejor de lo que nunca harían después. Jamás fueron filmadas, y así, por supuesto, nunca han sido vistas de nuevo hasta ahora. Mary está siguiendo las actuaciones que ofrecieron, noche tras noche.

—Hum. ¿Cómo están las cosas entre vosotras?

Ella miró hacia la partición, habló en un susurro casi inaudible.

—Me preocupa el que nuestra relación se encamina hacia una ruptura a plena escala. David, no sé lo que hace la mitad del tiempo, dónde va, a quién ve... Todo la pone furiosa. Sólo el soborno de usar una GusanoCámara de NuestroMundo la ha traído hoy aquí. Aparte los Beatles, ni siquiera sé para qué la está usando.

David dudó.

—Siento algunas dudas acerca de la ética de lo que estoy ofreciendo, pero..., ¿te gustaría que lo averiguara?

Ella frunció el ceño y se apartó un mechón gris de sus ojos.

—¿Podrías hacerlo?

—Hablaré con ella.

La imagen de la Pantalla Blanda se estabilizó.

El mundo no tomará mucha nota ni recordará durante mucho tiempo lo que decimos aquí, pero yo nunca podré olvidar lo que hicieron aquí...

La audiencia de Lincoln —con sus sombreros de copa y sus levitas negras, casi todos ellos hombres— parecían absolutamente extraños, pensó David. Y el propio Lincoln los dominaba a todos, tan alto y magro que parecía casi grotesco, su voz un gran e irritante plañido nasal. Y sin embargo...

—Y sin embargo —dijo— sus palabras todavía tienen el poder de emocionar.

—Sí —dijo Heather—. Creo que Lincoln sobrevivirá al juicio de la Auténtica Biografía. Era complejo, ambiguo, nunca directo. Les decía a sus audiencias lo que deseaban oír..., algunas veces pro abolición, algunas veces no. Ciertamente no fue el Abe de la leyenda. El viejo Abe, el honesto Abe, el padre Abe... Pero vivió tiempos difíciles. Pasó por una guerra infernal convirtiéndola en una cruzada. De no ser por Abe, quién sabe si la nación hubiera sobrevivido.

—Y no era gay.

—No.

—¿Qué hay del diario de Joshua Speed?

—Una hábil falsificación, elaborada después de la muerte de Lincoln por el círculo de simpatizantes confederados que estaban detrás de su asesinato. Todo ello destinado a ensombrecer el personaje, incluso después de que acabaran con su vida...

La sexualidad de Abraham Lincoln había sido sometida a escrutinio como consecuencia del descubrimiento de un diario supuestamente escrito por Joshua Speed, un comerciante de Springfield, Illinois, con el cual Lincoln, cuando era un joven abogado pobre, se había alojado durante algunos años. Aunque tanto Speed como Lincoln se habían casado más tarde —y de hecho ambos habían gozado de una reputación de mujeriegos—, habían surgido rumores de que habían vivido como amantes gays.

En los difíciles primeros años del siglo XXI, Lincoln había renacido como una figura de tolerancia y gran atractivo, un “Lincoln rosa”, un héroe dividido para una era dividida. En la Pascua del 2015, el 150 aniversario del asesinato de Lincoln, esto alcanzó su clímax en una celebración al aire libre alrededor del Lincoln Memorial en Washington, D. C.; por una sola noche, la gran figura de piedra se vio bañada por chillones focos rosas.

—... He notarizado unas grabaciones de GusanoCámara para probarlo —dijo Heather ahora—. He registrado a alta velocidad con sistemas expertos todos los encuentros sexuales de Lincoln. No hay ni una sola huella de comportamiento gay o

bisexual en ellos.

—Pero Speed...

—Él y Lincoln compartieron cama durante aquellos años en Illinois. Pero eso no era raro en aquellos tiempos..., ¡Lincoln no podía permitirse una cama propia!

David se rascó la cabeza.

—Esto —dijo— va a molestar a todo el mundo.

—¿Sabes? —dijo ella—, vamos a tener que acostumbrarnos a ello. No más héroes, no más cuentos de hadas. Los líderes de éxito son pragmáticos. Casi todas las elecciones que hacen se hallan entre malas opciones; los más listos de ellos, como Lincoln, eligen las menos malas, de una forma consistente. Y eso es casi todo lo que puedes pedirles.

David asintió con la cabeza.

—Quizá. Pero vosotros los norteamericanos sois felices porque ya habéis terminado con vuestra historia. A nosotros los europeos nos quedan miles de años más que verificar.

Guardaron silencio y contemplaron las rígidas imágenes de Lincoln y su audiencia, las agudas voces, el rumor de los aplausos de unos hombres muertos hacía mucho tiempo.

Al cabo de seis meses, el caso de Kate todavía seguía en suspenso.

Bobby llamaba cada pocos días para ver al agente especial del FBI Michael Mavens. Mavens se negaba firmemente a verle.

Luego, para su sorpresa, Mavens invitó a Bobby a acudir al cuartel general del FBI en Washington, D. C. Bobby se apresuró a tomar el primer vuelo.

Encontró a Mavens en su oficina, un pequeño cubículo anónimo, sin ventanas y atestado. Mavens estaba sentado tras su escritorio lleno de papeles —los pies apoyados sobre una pila de expedientes, sin chaqueta, la corbata suelta—, contemplando un noticiario en una pequeña Pantalla Blanda. Indicó a Bobby que guardara silencio.

La noticia hablaba de la extensión del alcance de las actividades ciudadanas de las patrullas de la verdad a los rincones más oscuros del pasado, ahora que —en respuesta a un poderoso e inmediato clamor— las GusanoCámaras visoras del pasado habían sido al fin puestas a disposición del uso privado.

En medio del escrutarse unos a otros el más sucio pasado, entre contemplarse a sí mismos más jóvenes entre la maravilla o la sorpresa o la vergüenza, la gente había dirigido la implacable mirada de las GusanoCámaras a los ricos y poderosos. Había habido una nueva y numerosa oleada de renuncias de cargos públicos y de prominentes organizaciones y corporaciones a medida que eran desenterrados diversos crímenes del pasado. Toda una serie de viejos ultrajes fueron puestos al descubierto. Las ascuas del antiguo escándalo del conocimiento, o de hecho manipulación, de las compañías tabaqueras, de los efectos adictivos y tóxicos de sus productos, fueron puestos de nuevo sobre la mesa. La implicación y los beneficios obtenidos por las más grandes compañías mundiales en la Alemania nazi —muchas de ellas aún operativas, algunas de ellas norteamericanas— había sido mucho más extensa que lo imaginado; la justificación de que la desnazificación había sido dejada incompleta a fin de ayudar a la recuperación económica tras la guerra parecía ahora, tras los nuevos datos, dudosa. La mayoría de los fabricantes de ordenadores habían efectuado realmente provisiones inadecuadas para proteger a sus clientes cuando los microchips con frecuencia de microondas aparecieron en el mercado en la primera década del siglo, conduciendo a un aumento en el número de cánceres...

—Bien por las predicciones alarmistas de que nosotros, la gente ordinaria, no somos lo bastante maduros como para manejar una tecnología tan poderosa como el visor del pasado —dijo Bobby—. Todo esto me parece muy responsable.

—Quizá —gruñó Mavens—. Aunque todos estamos usando las GusanoCámaras para ver cosas menos recomendables. Al menos esos cruzados no se limitan a darle palos al gobierno. Siempre he pensado que las grandes compañías eran una amenaza mayor para la libertad que cualquier otra cosa que *nosotros* pudiéramos hacer. De hecho, nosotros en el gobierno éramos los que las manteníamos a raya.

Bobby sonrió.

—Nosotros, NuestroMundo, hemos sido atrapados en la estela de las microondas. La reclamación de compensaciones todavía sigue siendo evaluada.

—Todo el mundo se disculpa con todo el mundo. Qué planeta... Bobby, tengo que decirle que todavía no creo que podamos hacer muchos progresos en el caso de la señorita Manzoni. Pero podemos hablar de ello, si quiere. —Mavens parecía exhausto, los ojos orlados de negro, como si llevara mucho tiempo sin dormir.

—Si no hay ningún progreso, ¿por qué estoy yo aquí?

Mavens parecía incómodo, a disgusto, de alguna forma fuera de lugar. Había perdido la valiente certidumbre juvenil que Bobby recordaba en él.

—Porque de repente tengo tiempo entre mis manos. No he sido suspendido, en caso que esté pensando usted eso. Llámelo más bien un sabático. Uno de mis viejos casos se halla bajo revisión. —Miró a Bobby—. Y...

—¿Qué?

—Quiero que vea usted lo que su GusanoCámara nos está haciendo realmente. Sólo un caso, un ejemplo. ¿Recuerda el asesinato Wilson?

—¿Wilson?

—En la ciudad de Nueva York, hace un par de años. Un joven adolescente de Bangladesh..., quedó huérfano en las inundaciones del treinta y tres.

—Ya recuerdo.

—La agencia de realojamiento de las Naciones Unidas halló para ese joven en particular, Mian Sharif, un hogar adoptivo en Nueva York. Una pareja de mediana edad, sin hijos, que habían adoptado a otro hijo antes, una chica, Bárbara, y que la habían criado con éxito. Al parecer.

”La historia parecía simple. Mian resulta muerto en casa. Mutilado, antes y después de la muerte, al parecer violado. El padre fue el primer sospechoso. —Hizo una mueca—. Los miembros de la familia siempre lo son.

“Yo trabajé en el caso. El examen forense fue ambiguo, y los mapas mentales de Wilson no presentaba ninguna propensión particular a la violencia, ni sexual ni de otro tipo. Pero teníamos suficiente para acusar al hombre. Philip George Wilson fue ejecutado con una inyección letal el 27 de noviembre del 2034”.

—Pero ahora...

—Debido a la demanda de la GusanoCámara temporal para nuevos casos sin

resolver, le revisión de casos cerrados como el de Wilson ha sido una baja prioridad. Pero ahora el público se ha situado online con las GusanoCámaras, mucha gente está mirando por sí misma, y empiezan a agitar algunos viejos casos para que sean reabiertos: amigos, familia, incluso los propios condenados.

—Y ahora el caso Wilson.

—Exacto. —Mavens sonrió ligeramente—. Quizá pueda comprender usted cómo me siento. Entienda: antes de la GusanoCámara, nadie podía estar seguro de la verdad en ningún caso dado. Ningún testigo es fiable en un cien por ciento. Los exámenes forenses son muchas veces engañosos. No era posible *saber* lo que había ocurrido, a menos que estuvieras allí.

“Wilson fue el primer criminal convicto que fue ejecutado a causa de mi investigación. Sabía que había hecho todo lo posible por establecer la verdad. Pero ahora, años después del caso, he podido *ver* el supuesto crimen de Wilson por primera vez. Y he descubierto la verdad acerca del hombre que envié a la aguja letal”.

—¿Está usted seguro de que debe mostrarme...?

—Muy pronto será del dominio público. —Mavens hizo girar la Pantalla Blanda para que Bobby pudiera ver, y empezó a teclear reproducción.

La pantalla se iluminó para mostrar un dormitorio. Había una amplia cama, un guardarropa y una cómoda, pósters animados de rock y de estrellas del deporte y de artistas de cine en la pared. Había un muchacho tendido boca abajo en la cama: delgado, vestido con una camiseta y unos tejanos, estaba apoyado sobre los codos delante de unos libros y una primaria Pantalla Blanda de color, chupando un lápiz. Era moreno, el pelo una densa masa negra.

—¿Ése es Mian? —dijo Bobby.

—Sí. Un chico brillante, que vivía tranquilo y trabajaba duro. Está haciendo sus deberes. Shakespeare. Tiene trece años, aunque parece un poco más joven. Bien, no crecerá más... Dígame si quiere que pare esto.

Bobby negó secamente con la cabeza, decidido a ver hasta el final. Esto era una prueba, pensó. Una prueba a su nueva humanidad.

La puerta se abrió hacia fuera, dejando entrar a un hombre recio de mediana edad.

—Aquí llega el padre. Philip George Wilson. —Wilson llevaba en la mano una botella de soda; la abrió y la depositó en una mesita auxiliar. El muchacho miró a su alrededor y dijo algo.

—Sabemos lo que dijeron —señaló Mavens—. Qué estás haciendo, a qué hora llegará mamá a casa, bla bla bla. Nada importante; sólo una conversación normal.

Wilson revolvió el pelo del muchacho y salió de la habitación. Mian volvió a alisarse el pelo y siguió con su trabajo.

Mavens congeló la imagen. El muchacho se convirtió en una estatua; su imagen parpadeó ligeramente.

—Déjeme decirle lo que pensamos que ocurrió a continuación, cuando reconstruimos los hechos allá en el treinta y cuatro.

”Wilson vuelve a la habitación. Hace algún tipo de avance al muchacho. El muchacho lo rechaza. Así que Wilson lo ataca. Quizás el muchacho se defiende; si es así, no le causa a Wilson ningún daño. Wilson tiene un cuchillo..., que, incidentalmente, no encontramos. Corta y rasga las ropas del muchacho. Lo mutila. Después de matarlo, degollándolo, puede que realice el acto sexual sobre el cadáver, o puede que se masturbe; hallamos restos de semen de Wilson sobre el cuerpo.

“Y entonces, abrazando el cadáver, cubierto por su sangre, grita 911 al Mecanismo de Búsqueda”.

—Está usted bromeando.

Mavens se encogió de hombros.

—La gente actúa de formas extrañas. Los hechos son que no había ninguna forma de entrar o salir del apartamento excepto por las ventanas y las puertas cerradas, ninguna de las cuales había sido forzada. Las cámaras de seguridad del vestíbulo no mostraron nada.

”No teníamos sospechosos excepto Wilson, y un montón de evidencias contra él. Él nunca negó que lo hiciera. Creo que quizás incluso llegó a creer que realmente lo había hecho, aunque no recordaba nada de ello.

”Nuestros expertos se mostraron divididos. Tenemos psicoanalistas que dijeron que el conocimiento de Wilson de lo que había hecho fue demasiado abrumador para que su ego pudiera soportarlo. Así que lo reprimió, se salió del episodio, volvió a algo que pareciera normal. Luego tenemos cínicos que dijeron que mintió, que sabía exactamente lo que estaba haciendo; cuando se dio cuenta de que no podría salirse con bien del crimen, fingió problemas mentales para asegurarse una sentencia más leve. Y tenemos neurólogos que dijeron que probablemente sufría alguna forma de epilepsia.

—Pero ahora tenemos la verdad —señaló Bobby.

—Sí. Ahora tenemos la verdad. —Mavens tocó la Pantalla Blanda, y la grabación se reanudó.

Había una rejilla del aire acondicionado en un rincón de la estancia. Se abrió de golpe. El muchacho, Mian, saltó bruscamente en pie, con aspecto sobresaltado, y retrocedió a un rincón.

—No llamó en ese momento —dijo Mavens con voz apenas audible—. Si lo hubiera hecho...

Una figura brotó de la abierta rejilla. Era una muchacha, vestida con un ajustado taje de esquí de spandex. Parecía tener unos dieciséis años, puede que fuese mayor. Sujetaba un cuchillo.

Mavens congeló de nuevo la imagen.

Bobby frunció el ceño.

—¿Quién demonios es?

—La primera hija adoptiva de los Wilson. Se llama Bárbara, recuerde que se la mencioné. Aquí tenía dieciocho años, y llevaba viviendo fuera de casa un par de

años.

—Pero todavía tenía el código de seguridad para entrar en el edificio.

—Exacto. Entró disfrazada. Luego se metió en los conductos del aire acondicionado, muy anchos en un edificio de esa antigüedad. Y así es como entró en el apartamento.

“Usamos la GusanoCámara para rastrearla un par de años más hacia atrás. Resulta que su relación con su padre era un poco más compleja de lo que nadie había imaginado”.

“Las cosas fueron bien mientras vivió en la casa. Después de que se marchara para la universidad, tuvo un par de malas experiencias. Quiso volver a casa. Los padres hablaron con ella y la convencieron de que siguiera viviendo por su cuenta, que se independizara. Quizá se equivocaron haciendo eso, quizá no. Pero sus intenciones eran buenas”.

“Ella volvió a casa de todos modos, una noche cuando su madre no estaba. Se arrastró a la cama junto a su dormido padre, y practicó el sexo oral con él. Ella fue la iniciadora. Pero él no la detuvo. Después se sintió lleno de culpa. El muchacho, Mian, estaba dormido en la habitación de al lado”.

—Así que luego...

—No. Wilson se sintió trastornado, avergonzado, pero intentó mantenerse sensato. La envió de vuelta a la universidad, después de decir que debían olvidar aquello, había sido algo que había pasado y punto. Quizá pensara realmente que el tiempo curaría las heridas. Bien, estaba equivocado.

“Lo que no comprendió fueron los celos de Bárbara. Ella había llegado a convencerse de que Mian la había desplazado en el afecto de sus padres, y ésa era la razón de que la hubieran echado, la mantuvieran lejos de casa”.

—Muy bien. Así que intenta seducir al padre, para hallar otra forma de volver...

—No exactamente. —Mavens palmeó la Pantalla Blanda, y el pequeño drama empezó a desarrollarse otra vez.

Mian, al reconocer a su hermana adoptiva, se sobrepuso de su shock y avanzó hacia ella.

Pero Bárbara se echó sobre él con una sorprendente rapidez. Le dio un codazo en la garganta y lo dejó aferrándose el cuello, jadeante.

—Muy hábil —dijo Mavens profesionalmente—. Así *no podrá* gritar.

Bárbara arrojó al muchacho de espaldas y se montó a horcajadas sobre él. Sujetó sus manos, las mantuvo sobre su cabeza y empezó a acuchillar sus ropas.

—No parece lo bastante fuerte como para hacer eso —dijo Bobby.

—No es la fuerza lo que cuenta. Es la determinación. Mian no puede creer, ni siquiera ahora, que esa muchacha, la muchacha a la que considera su hermana, vaya a hacerle ningún daño. ¿Se lo haría usted?

Ahora el pecho del muchacho estaba desnudo. Bárbara bajó su cuchillo...

—Ya basta —exclamó Bobby.

Mavens pulsó un botón y la Pantalla Blanda quedó vacía, para profundo alivio de Bobby.

—El resto es detalle —dijo Mavens—. Cuando Mian estuvo muerto lo apoyó contra la pared y llamó a su padre. Wilson llegó corriendo. Cuando abrió la puerta, el cuerpo aún cálido de su hijo cayó en sus brazos. Y él llamó al Mecanismo de Búsqueda.

—Pero el semen de Wilson...

—Ella lo guardó, tras la felación de aquella noche, en un pequeño criofrasco que había tomado de un laboratorio farmacéutico. Llevaba planeando aquello incluso entonces. —Se encogió de hombros—. Y funcionó. Venganza, la destrucción del padre que la había desdeñado, tal como ella lo veía. Funcionó, al menos hasta que apareció la GusanoCámara. Y así...

—Y así se condenó al hombre equivocado.

—Se ejecutó.

Mavens golpeó con un dedo la pantalla y suscitó una nueva imagen. Era de una mujer..., rubia, de unos cuarenta años. Estaba sentada en una destartada oficina. Su rostro estaba crispado por el dolor.

—Ésta es Mae Wilson —dijo Mavens—. La esposa de Philip, madre de los dos hijos adoptados. Tuvo que superar la muerte del muchacho, lo que creía que era el horrible crimen de su esposo. Incluso se reconcilió con Bárbara, halló consuelo en ella. Ahora, en este momento, tiene que enfrentarse a una realidad mucho más terrible aún.

Bobby se sentía incómodo, enfrentado a aquel horror, aquel desnudo dolor. Pero Mavens congeló la imagen.

—Exactamente aquí —murmuró—. *Aquí* es donde desgarramos en dos su corazón. Y es mi responsabilidad.

—Usted hizo todo lo que pudo.

—No. Hubiera podido hacerlo mejor. La muchacha, Bárbara, tenía una coartada. Pero en retrospectiva era una coartada que yo hubiera podido echar abajo. Había otros detalles pequeños: discrepancias en el tiempo, la distribución de la sangre. Pero no vi nada de eso. —Miró a Bobby con ojos brillantes—. No vi la verdad. Eso es en el fondo su GusanoCámara. Es una máquina de la verdad.

Bobby negó con la cabeza.

—No. Es una máquina retrospectiva.

—Tiene que ser justo el traer la verdad a la luz —dijo Mavens—. Todavía sigo creyendo eso. Por supuesto que sí. Pero a veces la verdad duele, más allá de todo lo imaginable. La pobre pequeña Mae Wilson, aquí. ¿Y sabe usted una cosa? La verdad no la va a ayudar *a ella*. No le traerá de vuelta a Mian, ni a su esposo. Todo lo que hará será quitarle también a su hija.

—Todos vamos a tener que pasar por esto, de una u otra forma; vamos a vernos obligados a enfrentarnos a todos los errores que cometimos.

—Quizá —dijo Mavens suavemente. Sonrió y pasó los dedos a lo largo del borde de su escritorio—. Eso es lo que la GusanoCámara ha hecho para mí. Mi trabajo ya no es un ejercicio intelectual, los rompecabezas de Sherlock Holmes. Ahora me siento aquí cada día y contemplo la determinación, el salvajismo, el... cálculo. Somos animales, Bobby. Bestias, bajo estos atildados trajes. —Sacudió la cabeza, aún sonriendo, y pasó su dedo a lo largo del escritorio, adelante y atrás, adelante y atrás.

A medida que la disponibilidad y el poder de la GusanoCámara se extendía imparable, invisibles ojos caían como copos de nieve sobre la historia humana, adentrándose más y más profundamente en el tiempo...

Princeton, Nueva Jersey, Estados Unidos, 17 de abril de 1955 d. C.

Su buen humor, a aquellas horas tardías, sorprendía a sus visitantes. Hablaba con perfecta calma, y bromeaba sobre sus médicos, y en general parecía contemplar su cada vez más cercano fin simplemente como un fenómeno natural esperado.

Y, por supuesto, incluso al final, emitió ceñudas órdenes. Estaba preocupado por no convertirse en un objeto de peregrinaje, y dio instrucciones de que su oficina en el Instituto no fuera conservada cuando él la abandonara, y que su hogar no se convirtiera en un santuario, y así sucesivamente.

El doctor Dean lo examinó por última vez a las once p. m., y lo halló durmiendo pacíficamente.

Pero un poco después de medianoche su enfermera —la señorita Alberta Roszel— observó un cambio en su respiración. Pidió ayuda y, con el auxilio de otra enfermera, levantó un poco la cabecera de la cama.

Estaba murmurando algo, y la señorita Roszel se acercó para escuchar.

Incluso mientras la mente más espléndida desde Newton empezaba al fin a deshilacharse, sus últimos pensamientos flotaron hasta la superficie de su consciencia. Quizá lamentó el gran proyecto de unificación de la física que había dejado inconcluso. Quizá se preguntó si su pacifismo habría sido después de todo el rumbo correcto..., si había sido correcto alentar a Roosevelt a entrar en la era nuclear. Quizá, simplemente, lamentó cómo siempre había puesto la ciencia primero, por delante incluso de aquéllos a quienes amaba.

Pero ya era demasiado tarde para todo aquello. Su vida, tan vívida y compleja en la juventud y en la mediana edad, se estaba reduciendo ahora, como hacen todas las vidas, a un simple hilo de absoluta simplicidad.

La señorita Roszel se acercó más para escuchar su apenas audible voz. Pero sus palabras eran en alemán, el idioma de su juventud, y no las comprendió.

... Y no vio, no pudo ver, el enjambre de motas espaciotemporales que, en

aquellos últimos momentos, se apiñaron alrededor de los temblorosos labios de Einstein para oír aquellas palabras finales: “...*Lieserl! Oh, Lieserl!*”

Extraído del testimonio del profesor Maurice Patefield, del Instituto de Tecnología de Massachusetts, presidente del grupo de la campaña “Semilla de Gusano”, al Comité del Congreso para el Estudio del Electorado Norteamericano, 23 de setiembre del 2037:

Tan pronto como se hizo evidente que la GusanoCámara podía alcanzar, no sólo el otro lado de las paredes, sino el pasado, se abrió una obsesión global de la especie humana hacia su propia historia.

Al principio todo fueron películas “factuales” hechas profesionalmente que mostraban grandes acontecimientos como guerras, asesinatos, escándalos políticos. Por ejemplo *Insumergible*, la reconstrucción desde múltiples puntos focales del desastre del *Titanic*, constituyó un espectáculo tremendamente emotivo que atrajo a millones de espectadores..., aunque demolió muchos mitos de la historia del mar propagados por divulgadores superficiales, y buena parte del suceso tuvo lugar en la oscuridad de la noche en pleno Atlántico Norte.

Pero pronto nos impacientamos con la intrusión de los profesionales. Queríamos ver por nosotros mismos.

La apresurada inspección de muchos momentos célebres del pasado reciente reveló a la vez banalidad y sorpresa. Las deprimentes verdades alrededor de Elvis Presley, O. J. Simpson o incluso las muertes de los Kennedy seguramente no impresionaron a nadie. Por otra parte, las revelaciones sobre los asesinatos de tantas mujeres prominentes —desde Marilyn Monroe y pasando por la Madre Teresa hasta Diana, princesa de Gales— causaron toda una onda de choque, incluso en una sociedad que empezaba a acostumbrarse a demasiada verdad. La existencia de una sombría e implacable cábala de hombres misóginos, cuyas actividades contra las mujeres demasiado poderosas (tal como ellos las veían) se prolongaban a lo largo de décadas, causó muchas reconsideraciones entre ambos sexos.

Pero muchas versiones de la auténtica historia de acontecimientos históricos —la crisis de los misiles de Cuba, Watergate, la caída del Muro de Berlín, el colapso del euro—, aunque de interés para los aficionados, han resultado confusas, desconcertantes y complejas. Resulta decepcionante darse cuenta de que incluso aquéllos que supuestamente se hallan en el centro del poder generalmente saben muy poco y comprenden menos de lo que ocurre a su alrededor.

Con todo respeto a las grandes tradiciones de esta Cámara, casi todos los incidentes clave de la historia humana son banalidades, parece, del mismo

modo que casi todas las grandes pasiones no son más que toscas y manipuladoras operaciones.

Y, peor que eso, la verdad resulta ser generalmente *aburrida*.

La falta de un esquema y una lógica en la abrumadora, casi irreconocible auténtica historia que nos está siendo revelada, está demostrando ser tan difícil y tediosa para todos excepto los más ardientes eruditos que los relatos de ficción están volviendo con toda fuerza: historias que proporcionan una estructura narrativa lo suficientemente simple como para atraer al espectador. Necesitamos historia y significado, no áridos hechos...

Toulouse, Francia, 14 de enero de 1636 d. C.:

En la polvorienta calma de su estudio, depositó su querido ejemplar de la *Aritmética* de Diofante. Acudió con gran excitación al Libro II, Problema 8, y tomó una pluma:

... Por otra parte, es imposible para un cubo ser representado como una suma de dos cubos o una cuarta potencia ser representada como una suma de dos cuartas potencias, o, en general, para cualquier número que sea una potencia más grande que la segunda ser representada como una suma de dos potencias semejantes. Tengo una demostración realmente maravillosa de esta proposición que este margen es demasiado estrecho para contener...

Bernadette Winstanley, una estudiante de catorce años de Harare, Zimbabwe, reservó tiempo en la GusanoCámara de su instituto y se dedicó a rastrear hacia atrás desde el momento en que Fermat escribió esa breve nota en el margen de aquel libro.

... Ahí era donde había empezado para él, y así era adecuado que ahí fuera donde terminara. Después de todo era el octavo problema de Diofante el que tanto lo había intrigado y lo había enviado a su viaje al descubrimiento matemático: *Dado un número que es un cuadrado, representarlo como una suma de otros dos cuadrados*. Ésta era la expresión algebraica del teorema de Pitágoras, por supuesto; y cualquier escolar conocía las soluciones: 3 al cuadrado más 4 al cuadrado, por ejemplo, es decir 9 más 16, sumaba 25, que era 5 al cuadrado.

Ah, pero ¿había alguna extensión a esa noción más allá de la trivialidad geométrica? ¿Había números que podían expresarse como sumas de potencias *más grandes*? 3 al cubo más 4 al cubo era 27 más 64, lo cual sumaba 91..., que no era un cubo. Pero, ¿existían *tales* tripletes? ¿Y qué decir de las potencias superiores, la cuarta, quinta, sexta...?

Resultaba claro que los antiguos no habían conocido tales casos..., como tampoco habían conocido ninguna prueba de su imposibilidad.

Pero ahora *él* —un abogado y magistrado, ni siquiera un matemático profesional

— había conseguido demostrar que no existía ningún triple de números para *ningún* índice más alto que dos.

Bernadette imaginó hojas de notas expresando la esencia de la prueba que Fermat creía que había encontrado y cuyo significado, con alguna ayuda de uno de sus maestros, había descifrado.

... Porque ahora estaba presionado por sus otros deberes, pero cuando tuviera tiempo reuniría una expresión formal de sus pruebas a partir de las notas garabateadas y los esbozos que había acumulado. Entonces se lo comunicaría a Desagues, Descartes, Pascal, Bernoulli y los demás..., ¡cómo se maravillarían de su trascendente elegancia!

Y luego podría explorar más los números: esas diáfanas y sin embargo testarudamente complejas entidades, que a veces parecían tan extrañas que imaginaba que debían de tener una existencia independiente de la mente humana que las había concebido...

Pierre de Fermat nunca puso por escrito la prueba de lo que llegaría a ser conocido como su Último Teorema. Pero esa breve nota al margen del libro de Diofante, descubierta tras la muerte de Fermat por su hijo, tentaría y fascinaría a posteriores generaciones de matemáticos. Se *halló* una prueba..., pero no hasta los años 1990, y era de una tal complejidad técnica, implicando abstractas propiedades de curvas elípticas y otras entidades matemáticas no familiares, que los estudiosos creyeron que era imposible que Fermat hubiera podido hallar una prueba en su época. Quizás estaba equivocado..., o incluso tal vez había perpetrado un enorme fraude a posteriores generaciones.

Luego, en el año 2037, para sorpresa general, armada tan sólo con las matemáticas de la escuela secundaria, Bernadette Winstanley, de catorce años, fue capaz de demostrar que Fermat había tenido razón.

Y cuando finalmente se publicó la prueba de Fermat se inició una revolución en las matemáticas.

Testimonio de Patefield: Por supuesto, la periferia de los excéntricos tuvieron que situarse inmediatamente en línea con la historia. Como científico y racionalista considero como una gran suerte el que la GusanoCámara haya demostrado ser la mayor destructora de mitos jamás descubierta.

Y así ahora es indisputable, por ejemplo, que no se estrelló ningún OVNI en Roswell, Nuevo México, en 1947. Como tampoco ningún incidente de abducción por alienígenas inspeccionado hasta ahora ha resultado ser más que una mala interpretación de algún fenómeno inocente, a menudo complicado por estados neurológicos alterados. De un modo similar, no ha emergido ningún asomo de evidencia de ningún fenómeno paranormal o sobrenatural, no importa lo notable que fuera.

Toda la industria de psíquicos, médiums, astrólogos, sanadores por la fe,

homeópatas y otros se ha visto sistemáticamente demolida. Debemos prever el día en que el alcance de la GusanoCámara llegue hasta tan lejos como a la construcción de las Pirámides, Stonehenge, los geoglifos de Nazca y otras fuentes de “sabiduría” o “misterio”. Y luego vendrá la Atlántida...

Puede que esté naciendo un nuevo día..., puede que en un futuro no demasiado distante la masa de la humanidad llegue finalmente a la conclusión de que la verdad es más interesante que las ilusiones.

Florenia, Italia, 12 de abril del 1506 d. C.:

Bernice admitía voluntariamente que no era más que una investigadora joven en la oficina de conservación del Louvre. Y así fue una sorpresa —¡y bienvenida!— cuando se le pidió que realizara la primera comprobación del origen de una de las más famosas pinturas del museo.

Aunque el resultado no fue tan bienvenido.

Al principio la búsqueda fue sencilla: de hecho, estuvo confinada al interior de las paredes del propio Louvre. Ante una confusión de visitantes, atendida por generaciones de conservadores, la vieja dama permanecía sentada en la semioscuridad detrás de sus paneles de cristal protector, contemplando silenciosamente cómo el tiempo se iba deshilvanando hacia atrás.

Los años anteriores a su transferencia al Louvre fueron más complejos.

Bernice atisbó una serie de espléndidas casas, generaciones de elegancia y poder puntuada por intervalos de guerra e inquietud social y pobreza. Buena parte de esto, hasta el siglo XVI, confirmaba los registros documentados de la pintura.

Luego —en los primeros años de ese siglo, más de un centenar de años después de la supuesta composición de la pintura— llegó la primera sorpresa. Bernice observó, asombrada, cómo un flaco pintor de aspecto famélico se plantaba delante de dos copias lado a lado de la famosa imagen y, a la inversa, pincelada tras pincelada, eliminaba la copia que durante siglos había permanecido al cuidado del Louvre.

Se apresuró a cambiar de sentido para rastrear hacia adelante en el tiempo, siguiendo el destino del antiguo “original” del cual se había hecho la copia —¡sólo una copia, una réplica!— del Louvre. Ese “original” iba a durar poco menos de dos siglos, vio, antes de perderse en el enorme incendio de una casa en plena Francia revolucionaria.

Los estudios de la GusanoCámara habían puesto en evidencia que muchas de las más conocidas obras de arte del mundo eran falsificaciones y copias, más de un *setenta por ciento* de los cuadros anteriores al siglo XX (y una proporción más pequeña de esculturas, más pequeña presumiblemente tan sólo debido al esfuerzo que requería hacer las copias). La historia era un peligroso y destructivo corredor a través del cual muy poco de auténtico valor había sobrevivido sin daños.

Pero nunca había habido ninguna indicación de que *este* cuadro, de entre todos,

fuera falso. Aunque se conocían al menos una docena de copias que habían circulado en varias épocas y lugares, el Louvre poseía un registro continuado de su propiedad desde que el artista había terminado de manejar su pincel. Y además había pruebas de cambios en la composición bajo la capa superior de la pintura: una indicación más de un original, cambiado y reelaborado, y no una copia.

Pero, reflexionó Bernice, las técnicas de composición y los registros podían ser falsificados también.

Desconcertada, regresó hacia atrás aquellas décadas hasta aquella miserable habitación y el ingenioso pintor falsificador. Y luego empezó a seguir el “original” que había copiado en las profundidades del pasado.

Más décadas parpadearon ante sus ojos, más transferencias de propiedad, todo ello una confusión carente de interés alrededor de la invariable pintura.

Finalmente llegó al principio del siglo XVI, y se fue acercando a *su* estudio en Florencia. Incluso ahora se hacían copias, por parte de los estudiantes del propio maestro. Pero todas las copias eran del “original” perdido que ella había identificado.

Quizá no hubiera más sorpresas.

Aquí también se equivocaría.

Oh, era cierto que *él* había participado en la composición, los esbozos preliminares y buena parte del diseño del cuadro. Iba a ser el retrato ideal, declaró grandilocuentemente, con los rasgos y simbólicos armónicos de su tema sintetizados en una unidad perfecta y con un estilo fluido que asombraría a sus contemporáneos y fascinaría a las generaciones posteriores. La concepción, de hecho, era *suya*, y también el triunfo.

Pero no la ejecución. El maestro —distráido por sus muchos encargos y sus intereses más amplios en ciencia y tecnología— dejó *eso* a los demás.

Bernice, con la sorpresa y el desánimo estrujando su corazón, contempló como un joven de provincias llamado Raphael Sanzio aplicaba cuidadosamente los últimos toques a aquella suave y desconcertante sonrisa...

Testimonio de Patefield: Es lamentable que tantos mitos adorados —e inofensivos—, hoy expuestos a la fría luz de nuestros días, se estén evaporando.

Betsy Ross es un reciente y notable caso.

Hubo realmente una Betsy Ross. Pero nunca fue visitada por George Washington; no se le pidió que hiciera una bandera para la nueva nación; no trabajó en su diseño con Washington; no hizo la bandera en la salita de atrás de su casa. Hasta tan lejos como puede determinarse, todo el asunto fue una imaginación de su nieto, casi un siglo más tarde.

El mito de Davy Crockett fue fabricado por él mismo, su leyenda de la piel de mapache cínicamente desarrollada para crear popularidad entre el partido whig en el Congreso. La GusanoCámara no pudo localizar ninguna

observación suya usando la frase “cazador de osos” en Capitol Hill.

Paul Revere, en cambio, vio su reputación incrementada por la GusanoCámara.

Durante muchos años Revere sirvió como el jinete principal del Comité de Seguridad de Boston. Su más famosa cabalgada —a Lexington para advertir a los líderes revolucionarios que los británicos estaban de camino— fue, irónicamente, más peligrosa, y el logro de Revere aún más heroico, de lo que cuenta la leyenda en el poema de Longfellow. Pero aún así, muchos norteamericanos modernos se sintieron decepcionados por el fuerte acento francés que Revere había heredado de su padre.

Y así sucesivamente, no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo. ¡Hay incluso algunas figuras famosas —los comentaristas los llaman “muñecos de nieve”— que demuestran no haber existido nunca! Lo que se está volviendo más interesante que los propios mitos es el estudio de cómo se construyeron esos mitos a partir de hechos dispersos y poco prometedores — en realidad, a veces de *no* hechos—, en una especie de muda conspiración de anhelos, muy raramente bajo control consciente de alguien.

Debemos preguntarnos a dónde nos conducirá esto. Del mismo modo que la memoria humana no es una grabadora pasiva sino una herramienta en la construcción del yo, también la historia nunca ha sido una simple grabación del pasado, sino un medio de modelar los pueblos.

Pero, del mismo modo que cada ser humano tendrá ahora que aprender a construir una personalidad bajo el resplandor de la despiadada inspección de la GusanoCámara, también las comunidades tendrán que llegar a un acuerdo con la verdad desnuda de su propio pasado..., y hallar nuevas formas de expresar sus valores e historia comunes, si tienen que sobrevivir al futuro.

Y cuanto más pronto lo hagamos, mejor.

Glaciar Similaun, Alpes. Abril del 2321 a. C.:

Era un mundo elemental: roca negra, cielo azul, duro hielo blanco. Aquél era uno de los pasos más altos de los Alpes. El hombre, solo, avanzaba a través de aquel letal entorno con absoluta confianza.

Pero Marcus sabía que el hombre al que observaba se estaba acercando ya al lugar donde, desplomado sobre un peñasco y con su herramienta neolítica limpiamente depositada a su lado, hallaría la muerte.

Al principio —mientras exploraba las posibilidades de la GusanoCámara, allá en el Instituto de Estudios Alpinos de la Universidad de Innsbruck—, Marcus Pinch había temido que la GusanoCámara iba a destruir la arqueología para reemplazarla con algo más parecido a la caza de mariposas: la tosca observación de “la verdad”, quizá por ojos no adiestrados. No habría más Schliemanns, no habría más Troyas, no

habría más paciente desentrañar del pasado a partir de huellas y fragmentos.

Pero tal como fueron las cosas todavía había un lugar para la sabiduría acumulada de la arqueología, como la mejor reconstrucción intelectual disponible del auténtico pasado. Simplemente había demasiado que ver..., y el horizonte de la GusanoCámara se expandía constantemente. Por el momento, el papel de la GusanoCámara consistía en complementar las técnicas arqueológicas convencionales: proporcionar pruebas clave para resolver disputas, reforzar o derribar hipótesis, a medida que una narración más correctamente consensuada emergía lentamente del pasado.

Y en este caso, para Marcus, la verdad que iba a revelarse —aquí y ahora, a través de las imágenes azules-blancas-negras transmitidas a través del tiempo y del espacio a su Pantalla Blanda— proporcionaría respuestas a las más intrigantes cuestiones en su propia carrera profesional.

Este hombre, este cazador, había sido desenterrado del hielo cincuenta y tres siglos después de su muerte. Las manchas de sangre, tejido, almidón, pelo y fragmentos de plumas en sus herramientas y en su ropa habían permitido a los científicos, Marcus incluido, reconstruir buena parte de su vida. Los investigadores modernos incluso le habían dadocaprichosamente un nombre: Ötzi, el Hombre de Hielo.

Sus dos flechas eran de particular interés para Marcus: de hecho, habían servido como base para su doctorado. Ambas flechas estaban rotas, y Marcus había conseguido demostrar que, antes de morir, el cazador había intentado dismantelarlas, con la intención de fabricar una flecha buena a partir de las dos rotas, encajando la mejor punta al ástil bueno.

Era este minucioso trabajo de detective lo que había atraído a Marcus a la arqueología. Marcus no veía límite al alcance de tales técnicas. Quizás en cierto sentido *cada* acontecimiento dejaba alguna marca en el universo, una marca que algún día podría ser decodificada mediante instrumentos suficientemente ingeniosos. En un cierto sentido la GusanoCámara era la cristalización de la intuición no expresada de cada arqueólogo: que el pasado es un país real, allá fuera en alguna parte, que puede ser explorado, huella a huella.

Pero se estaba abriendo un nuevo libro de verdad. Porque la GusanoCámara podía responder a preguntas que la arqueología tradicional no había respondido, no importaba lo poderosas que fueran lastécnicas..., ni siquiera acerca de este hombre, Ötzi, que se había convertido en el ser humano mejor conocido de todos aquellos que habían vivido la prehistoria.

Lo que nunca había sido respondido —lo que era imposible responder a partir de los fragmentos recuperados— era *por qué* había muerto el Hombre de Hielo. Quizás huía de una pelea, o perseguía a un amor. Quizás era un criminal que huía de la tosca justicia de su época.

Marcus había intuido que todas esas explicaciones eran estrechas de miras, proyecciones de un mundo moderno a un pasado más austero. Pero ansiaba, junto con

el resto del mundo, conocer la verdad.

Ahora sin embargo el mundo había olvidado a Ötzi, con sus ropas de pieles y sus herramientas de pedernal y cobre y el misterio de su solitaria muerte. Ahora, en un mundo donde *cualquier* figura del pasado podía ser devuelta a una vibrante vida, Ötzi ya no era una novedad, ni siquiera particularmente interesante. A nadie le preocupa saber cómo, después de todo, había muerto.

A nadie excepto a Marcus. Y así Marcus permanecía sentado en la helada habitación de las dependencias de su universidad, luchando en aquel paso alpino sobre el hombro de Ötzi, hasta que la verdad se hizo evidente.

Ötzi era un cazador alpino de alto status. Su hacha con pala de cobre y su sombrero de piel de oso eran evidencias de proezas en la caza y de prestigio. Y su presa, en aquella fatal expedición, había sido la más escurridiza de todas, el único animal alpino que se retira a las altas zonas rocosas por la noche: el íbex.

Pero Ötzi ya era viejo: a los cuarenta y seis años, había alcanzado ya una edad avanzada para un hombre de su período. Estaba afectado de artritis, y aquel día se veía afligido por una infección intestinal que le había producido una diarrea crónica. Quizás se había debilitado, se había vuelto más lento de lo que suponía... o quería admitir.

Había seguido su presa hasta las frías alturas de la montaña. Había establecido su sencillo campamento en aquel paso, con la intención de reparar las puntas de flecha que había roto y continuar su persecución al día siguiente. Había tomado una última comida, carne de cabra salada y ciruelas secas.

Pero la noche había sido helada, y el viento había aullado a través del paso, y entre ambos se habían llevado consigo el calor de Ötzi.

Había sido una muerte triste y solitaria, y Marcus, contemplándola, creyó que hubo un momento en el que Ötzi intentó levantarse, como si fuera consciente de su terrible error, como si supiera que se estaba muriendo. Pero no pudo levantarse; y Marcus no podía adelantar una mano a través de la GusanoCámara para ayudarle.

Y así Ötzi murió solo, sepultado en su hielo para permanecer allí cinco mil años. Marcus desconectó la GusanoCámara, y Ötzi descansó en paz una vez más.

Testimonio de Patefield: Muchas naciones —no sólo los Estados Unidos— se enfrentan a graves disputas internas acerca de las nuevas verdades reveladas sobre su pasado, verdades en muchos casos apenas reflejadas, si lo eran, en las historias convencionales.

En Francia, por ejemplo, ha habido mucho revuelo acerca de la inesperadamente amplia naturaleza de la colaboración con el régimen nazi durante la ocupación alemana de la Segunda Guerra Mundial. Mitos tranquilizadores acerca del significado de la Resistencia en tiempo de guerra se han visto seriamente dañados, como las nuevas revelaciones sobre David Moulin, un reverenciado líder de la Resistencia. Casi nadie que conociera la

leyenda de Moulin estaba preparado para enterarse de que había empezado su carrera como un topo nazi, aunque más tarde fuera persuadido a unirse a la causa nacional, y de hecho fue torturado y ejecutado por las SS en 1943.

Los belgas modernos parecen abrumados por su enfrentamiento a la brutal realidad del “Estado Libre del Congo”, una colonia fuertemente centralizada destinada a despojar al territorio de todas sus riquezas naturales — principalmente el caucho— y mantenida a través de la atrocidad, el asesinato, la miseria, la delación, la enfermedad y el hambre, que dio como resultado el levantamiento de comunidades enteras y la masacre, entre 1885 y 1906, de ocho millones de personas.

En el territorio de la antigua Unión Soviética, la gente está centrada en la era del terror estalinista. Los alemanes se enfrentan al holocausto una vez más. Los japoneses, por primera vez en generaciones, tienen que enfrentarse con la verdad de sus masacres en tiempo de guerra y otras brutalidades en Sechuán y en otros lugares. Los israelíes son incómodamente conscientes de sus propios crímenes contra los palestinos. La frágil democracia serbia amenaza con derrumbarse bajo la nueva exposición de los horrores en Bosnia y en otros lugares tras la descomposición de la antigua Yugoslavia.

Y así sucesivamente.

La mayoría de estos horrores del pasado ya eran muy conocidos desde antes de la GusanoCámara, por supuesto, y sobre ellos se habían escrito muchas historias honestas y escrupulosas. Pero la interminable y deprimente banalidad de todo ello, la realidad humana de tanta crueldad y dolor y malgasto, siguen siendo absolutamente desalentadoras.

Y se han agitado emociones más fuertes que el desaliento.

Disputas étnicas y religiosas con siglos de antigüedad han sido el desencadenante de muchos pasados conflictos. Y así ha sido esta vez: hemos visto furia interpersonal, disturbios, luchas interétnicas, incluso golpes de estado y guerras menores. Y buena parte de la furia todavía está dirigida contra NuestroMundo, el mensajero que ha entregado esa desalentadora verdad.

Pero hubiera podido ser peor.

Tal como han ido las cosas —aunque ha habido mucha furia expresada contra antiguos agravios, algunos nunca puestos al descubierto antes—, en general cada gran comunidad se ha vuelto demasiado consciente de sus propios crímenes, contra su propio pueblo y contra otros, como para buscar compensación a los de los otros. Ninguna nación está libre de pecado; ninguna parece preparada para arrojar la primera piedra, y casi todas las instituciones más importantes sobrevivientes —sean naciones, corporaciones, iglesias— se ven obligadas a disculparse por los crímenes cometidos en su nombre en el pasado.

Pero hay un shock mucho más profundo al que enfrentarse.

La GusanoCámara, después de todo, no entrega sus lecciones de historia en forma de resúmenes verbales o claros mapas animados. Como tampoco tiene mucho que decir de la gloria y el honor. Más bien nos muestra simplemente a nosotros mismos, los seres humanos, de uno en uno..., a menudo muriéndose de hambre o sufriendo o muriendo a manos de otros.

La grandeza ya no importa. Ahora vemos que cada ser humano que muere es el centro de un universo: un destello único de esperanza y desesperación, de odio y de amor, que penetra solo en la gran oscuridad. Es como si la GusanoCámara haya traído una nueva democracia a la forma de ver la historia. Como Lincoln hubiera podido observar, la historia que emerge de toda esta intensa inspección con la GusanoCámara será una nueva historia de la humanidad: una historia de la gente, por la gente, para la gente.

Ahora, lo que importa no es *mi* historia, o la de mi amor, o la de mis padres, o la de mis antepasados, que murieron la más mundana y sin significado de las muertes en el lodo de Stalingrado o en Passchendaele o en Gettysburg, o simplemente en algún campo implacable, rotos por una vida de intenso trabajo. Con el poder de la GusanoCámara, asistidos por grandes centros de registro genealógico como los de los mormones, todos hemos descubierto a nuestros antepasados.

Hay quienes argumentan que esto es peligroso y desestabilizador. Después de todo, el aluvión de divorcios y suicidios que siguieron al regalo de la primera apertura de la GusanoCámara se ha visto seguido ahora por una nueva oleada cuando hemos sido capaces de espiar a los demás no sólo en el tiempo real del presente sino en el pasado hasta tan lejos como nos hemos atrevido a mirar, y cada mala acción del pasado, abierta u oculta, se ha visto expuesta al escrutinio, y cada vieja herida ha sido reabierto. Pero esto es un proceso de ajuste, en el cual las relaciones más fuertes sobrevivirán. Y de todos modos, esas consecuencias comparativamente triviales de la GusanoCámara son a buen seguro insignificantes comparadas con el gran regalo de una verdad histórica más profunda que, por primera vez, se halla disponible para nosotros.

Así que no estoy de acuerdo con los agoreros. Digo: confiad en la gente. Dadnos las herramientas, y nosotros terminaremos el trabajo.

Hay un creciente clamor —trágicamente imposible de satisfacer— por hallar una forma, alguna forma, cualquier forma, de *cambiar* el pasado: de ayudar a los sufrientes muertos de hace mucho, incluso de redimirlos. Pero el pasado es inmutable; sólo el futuro se halla aún ahí para ser modelado.

Con todas las dificultades y peligros, tenemos el privilegio de estar vivos en este tiempo. Seguramente nunca volverá a haber un tiempo en el que la luz de la verdad y de la comprensión se extienda con una rapidez tan abrumadora

dentro de la oscuridad del pasado, nunca volverá a haber un tiempo en el cual la conciencia de masa de la humanidad se vea transformada tan espectacularmente. Las nuevas generaciones, nacidas a la omnipresente sombra de la GusanoCámara, crecerán con una visión muy diferente de su especie y de su pasado.

Para lo mejor o para lo peor.

Oriente Medio, c. 1250 a. C.:

Miriam era tutora de sistemas expertos de contabilidad: ciertamente, no una historiadora profesional. Pero, como casi todo el mundo al que conocía, había adquirido tiempo de GusanoCámara tan pronto como le fue posible, y empezó a hurgar en sus propias pasiones. Y, en el caso de Miriam, esa pasión se centraba en un solo hombre: un hombre cuya historia había sido la inspiración de toda su vida.

Pero cuanto más cerca llevaba la GusanoCámara a Miriam de su objetivo, más enloquecedoramente parecía disolverse éste. El acto mismo de observar lo estaba destruyendo, como si obedeciera a alguna forma no bienvenida de principio de incertidumbre histórico.

Pero ella persistió.

Al fin, tras haber pasado largas horas buscándole en la dura y confusa luz del sol de aquellos antiguos desiertos, empezó a consultar a los historiadores profesionales que habían ido antes que ella a aquellos páramos del tiempo. Y, pieza a pieza, confirmó por sí misma lo que ellos habían deducido.

La carrera del hombre —despojada de sus elementos sobrenaturales— era una mezcla más bien tosca de las biografías de varios líderes de aquella época, mientras la nación de Israel se coagulaba a partir de grupos de palestinos refugiados que huían del colapso de las ciudades-estado cananeas. El resto era invención o apropiación.

Ese asunto, por ejemplo, de ser ocultado en un cesto de mimbre y dejado flotar Nilo abajo, a fin de salvarlo del asesinato como primogénito israelita, no era más que una mezcla de leyendas más antiguas de Mesopotamia y Egipto —acerca del dios Horus, por ejemplo—, ninguna de las cuales estaba basada tampoco en hechos. Y nunca fue un príncipe egipcio. Ese fragmento parecía proceder de la historia de un sirio llamado Bay que había servido como tesorero jefe en Egipto y se había convertido en faraón como Ramosejayemnetjeru.

¿Pero era eso verdad?

Después de todo, incluso tal como lo había preservado el mito, había sido un hombre complejo, humano, inspirador. Estaba marcado por la imperfección: tartamudeaba, y a menudo se querelló con el propio pueblo al que condujo. Incluso discutió con Dios. Pero su triunfo sobre esas imperfecciones había sido una inspiración, a lo largo de tres mil años, para mucha gente, incluida la propia Miriam —llamada así por su querida hermana—, que había superado todos los obstáculos

puestos en su vida por su parálisis cerebral.

Era irresistible, tan vívidamente real como cualquier personaje de la historia “auténtica”, y Miriam sabía que seguiría viviendo en el futuro. Y, dado eso, ¿qué *importaba* que Moisés nunca hubiera existido realmente?

Bobby vio que era una nueva obsesión, a medida que millones de figuras de la historia —de renombre o no— volvían brevemente a la vida bajo la mirada de esta primera generación de testigos de la GusanoCámara.

El absentismo pareció alcanzar su punto máximo de todos los tiempos, a medida que la gente abandonaba su trabajo, sus vocaciones, incluso sus seres queridos, para dedicarse a la interminable fascinación de la GusanoCámara. Era como si la raza humana se hubiera vuelto repentinamente vieja y se contentara con ocultarse, alimentándose de sus recuerdos.

Y quizá así fuera, pensó Bobby. Después de todo, si el Ajenjo no podía ser desviado, no había ningún futuro del que hablar. Quizá la GusanoCámara, con su regalo del pasado, fuera exactamente lo que la raza humana necesitaba precisamente ahora: un agujero donde esconder la cabeza.

Y cada uno de esos testigos estaba empezando a comprender que también él o ella no sería más que una cosa de luz y sombra, embutida en el tiempo, quizás escrutada a su vez desde algún inimaginable futuro.

Pero a Bobby no era la masa de la humanidad lo que le preocupaba, no eran las grandes corrientes de la historia y del pensamiento que eran agitadas, sino el corazón roto de su hermano.

Bobby tenía la impresión de que David se había convertido en un recluso. Acudía a los Talleres del Gusano sin anunciarse, realizaba oscuros experimentos, y regresaba a su apartamento, donde —según los registros de NuestroMundo— seguía haciendo un uso extensivo de la tecnología de la GusanoCámara, persiguiendo sus propios oscuros y no declarados proyectos.

Al cabo de tres semanas, Bobby fue en su busca. David lo recibió en la puerta, pareció a punto de negarle la entrada. Luego se echó a un lado.

El apartamento estaba atestado, con libros y Pantallas Blandas por todas partes. Era un lugar donde un hombre vivía solo, con sus hábitos no alterados por la consideración hacia los demás.

—¿Qué demonios te ha ocurrido?

David consiguió esbozar una sonrisa.

—La GusanoCámara, Bobby. ¿Qué otra cosa?

—Heather dijo que la ayudaste en el proyecto Lincoln.

—Sí. Eso fue quizá lo que me contagió la afición. Pero ahora he visto demasiada historia... Pero soy un mal anfitrión. ¿Quieres beber algo, un poco de cerveza?

—Vamos, David. Habla conmigo.

David se rascó su rubio cuero cabelludo.

—A eso se le llama una crisis de fe, Bobby. No espero que lo entiendas.

De hecho Bobby, irritado, entendía, y se sintió decepcionado ante la mundanidad de la condición de su hermano. Cada día, adictos a la GusanoCámara, enganchados en la historia, llamaban a las puertas de NuestroMundo pidiendo más acceso aún a la GusanoCámara. Pero David se había aislado; quizá no sabía hasta qué punto seguía formando parte de la raza humana, lo común en que se había convertido su adicción.

Pero, ¿cómo decírselo?

—Sufres el shock de la historia —dijo cuidadosamente—. Es... una afección muy de moda ahora. Pasará.

—De moda, ¿eh? —David le miró furioso.

—Todos sentimos lo mismo. —Miró a su alrededor en busca de ejemplos—. Yo mismo asistí al estreno de la Novena de Beethoven: el teatro Karntnertor, Viena, 1824. ¿Lo viste? —El estreno de la sinfonía había sido grabado profesionalmente y retransmitido por una gran compañía de comunicación. Pero los índices de audiencia habían sido escasos—. Fue un batiburrillo. La interpretación fue mala, el coro

discordante. Shakespeare fue todavía peor.

—¿Shakespeare?

—Has estado realmente encerrado en tu madriguera, ¿eh? Fue el estreno de *Hamlet* en el Globe, en 1601. La actuación fue de aficionados, el vestuario ridículo, los espectadores una turba borracha, el teatro no mucho más que una letrina con techo. Y los acentos eran tan fuertes que la obra tuvo que ser subtitulada. Cuanto más profundo buceamos en el pasado, más extraño parece todo.

“Mucha gente está descubriendo que la nueva historia resulta difícil de aceptar. NuestroMundo es un chivo expiatorio para su furia, de modo que sé que es verdad. Hiram se ha visto abrumado por una interminable cantidad de demandas: libelo, incitación a los disturbios, incitación al odio racial, por grupos nacionales y patriotas, organizaciones religiosas, familias de héroes derribados de su pedestal, incluso algunos gobiernos nacionales. Eso aparte las amenazas físicas. Por supuesto, no ayuda en nada el que esté intentando poner su copyright a la historia”.

David no pudo evitar el soltar una carcajada.

—No hablarás en serio.

—Por supuesto que sí. Argumenta que la historia está ahí fuera para ser descubierta, como el genoma humano; si puedes patentar piezas de *eso*, ¿por qué no la historia, o al menos los fragmentos de ella que las GusanoCámaras de NuestroMundo fueron las primeras en alcanzar? El siglo XIV es el actual objetivo de prueba. Si eso falla, tiene planes de marcar con su copyright los muñecos de nieve. Como Robin Hood.

Como muchos héroes semimíticos del pasado, bajo el despiadado brillo de la GusanoCámara Robin se había fundido simplemente en leyenda y fabulación, sin dejar la menor huella de realidad histórica. La leyenda se basaba, de hecho, en una serie de baladas inglesas del siglo XIV, nacidas de una época de rebeliones baroniles y descontento agrario, que habían culminado en la revolución de los campesinos de 1381.

David sonrió.

—Me gusta eso. Hiram siempre hizo como Robin Hood. Creo que se considera su equivalente moderno..., aunque se esté engañando a sí mismo; de hecho probablemente tiene más en común con el rey Juan... Qué irónico si Hiram se convierte en *nuestro* Robin.

—Mira, David..., mucha gente siente lo mismo que tú. La historia está llena de horror, de gente olvidada, de esclavos, de gente cuyas vidas las fueron robadas. Pero no podemos cambiar el pasado. Todo lo que podemos hacer es seguir adelante, decididos a no cometer de nuevo los mismos errores.

—¿Eso es lo que piensas? —restalló amargamente David. Se puso en pie y, con bruscos movimientos, opacificó las ventanas de su atestado apartamento, cerrando fuera la luz del atardecer. Luego se sentó al lado de Bobby y desenrolló una Pantalla Blanda—. Mira esto, y dime si todavía crees que es tan fácil. —Con una serie de

pulsaciones confiadas inició una grabación de GusanoCámara almacenada.

Los dos hermanos permanecieron sentados uno al lado del otro, bañados por la luz de otros días.

... La pequeña, redonda, maltrecha carabela se acercaba a la orilla. En el horizonte podían verse otras dos naves. La arena era pura, el agua tranquila y azul, el cielo inmenso.

Salió gente a las playas: hombres y mujeres desnudos, de piel bronceada, apuestos. Parecían llenos de maravilla. Algunos de los nativos se echaron al agua y nadaron al encuentro del barco que se aproximaba.

—Colón —susurró Bobby.

—Sí. Esos son los arawaks, los nativos de las Bahamas. Eran amistosos. Les dieron a los europeos regalos, papagayos y bolas de algodón y lanzas hechas de caña. Pero también tenían oro, que llevaban como adornos en sus orejas.

“Colón se apoderó de inmediato por la fuerza de algunos de los arawaks, a fin de extraerles información sobre el oro. Y todo lo demás se desarrolló a partir de ahí. Los españoles tenían armaduras y mosquetes y caballos. Los arawaks no tenían hierro, ningún medio de defensa contra las armas y la disciplina de los europeos”.

“Los arawaks fueron tomados como fuerza de trabajo esclava. En Haití, por ejemplo, se abrieron montañas de arriba abajo en busca del oro. Los arawaks murieron a miles, aproximadamente un tercio de los trabajadores cada seis meses. Pronto empezaron los suicidios en masa, usando veneno de yuca. Mataban a los niños para salvarlos de los españoles. Y así sucesivamente. Parece que había aproximadamente un cuarto de millón de arawaks en Haití a la llegada de Colón. A los pocos años la mitad estaban muertos o asesinados, mutilados o suicidados. Y en 1650, tras décadas de feroz trabajo esclavo, no quedaba en Haití ninguno de los arawaks originales o sus descendientes”.

“Resultó que después de todo allí no había campos auríferos: sólo pequeñas cantidades de polvo que los arawaks recogían de los arroyos para sus patéticas joyas que los habían llevado a la muerte”.

“Y así, Bobby, fue como empezó nuestra invasión de las Américas”.

—David...

—Mira. —Golpeó la pantalla con el dedo y trajo a ella una nueva escena.

Bobby vio imágenes confusas de una ciudad: pequeña, apiñada, atestada, de piedra blanca que resplandecía a la intensa luz del sol.

—Jerusalén —dijo David ahora—. 15 de julio de 1099. Llena de judíos y musulmanes. Los cruzados, una misión militar del cristianismo occidental, tienen sitiada la ciudad desde hace un mes. Ahora su ataque alcanza su punto álgido.

Bobby contempló recias figuras encaramándose a las murallas, soldados corriendo a su encuentro. Pero los defensores retrocedían, y los caballeros avanzaban

esgrimiendo sus espadas. Bobby vio, increíblemente, decapitar a un hombre de un solo tajo.

Los cruzados se abrían camino luchando hacia la zona del templo. Allá los turcos defensores resistieron durante todo un día. Al fin —chapoteando en sangre hasta sus tobillos—, los cruzados rompieron la defensa y acabaron rápidamente con los defensores supervivientes.

Los caballeros y sus seguidores se dispersaron por toda la ciudad, apoderándose de caballos y mulas, oro y plata. Lámparas y candelabros fueron arrancados de la Cúpula de la Roca. Los cadáveres fueron destripados, porque a veces los cruzados encontraban monedas en los vientres de los muertos.

Y, a medida que transcurría el largo día de pillaje y carnicería, Bobby vio a los cristianos cortar tiras de carne de su caído enemigo, ahumarlas y comérselas.

Todo ello en violentos atisbos llenos de color: las salpicaduras bermellón de las ensangrentadas espadas, los asustados relinchos de los caballos, los duros ojos de los hoscos y hambrientos caballeros que cantaban salmos e himnos, con una voz extraña, incluso mientras esgrimían sus grandes espadas. Pero la lucha era extrañamente silenciosa: no había armas de fuego allí, ni cañones, sólo las armas blancas esgrimidas por los músculos humanos.

David murmuró:

—Esto fue un desastre absoluto para nuestra civilización. Fue un acto de violación, y causó un cisma entre Oriente y Occidente que nunca ha llegado a sanar. Y todo ello en nombre de Cristo.

“Bobby, gracias a la GusanoCámara he tenido el privilegio de contemplar siglos de terrorismo cristiano, una orgía de crueldad y destrucción que se extiende desde las Cruzadas hasta el saqueo de México y más allá en el siglo xvi: todo ello impulsado por la religión de los papas, *mi* religión, y el frenesí por el dinero y las propiedades, el capitalismo del que mi propio padre es uno de sus más prominentes campeones”.

Con sus mallas y sus brillantes cruces, los cruzados eran como magníficos animales, luchando ferozmente a la polvorienta luz del sol. La barbarie era sorprendente.

Pero aún así...

—David, sabíamos esto. Las crónicas de las Cruzadas están bien documentadas. Los historiadores pudieron separar los hechos de la propaganda mucho antes de la GusanoCámara.

—Quizá. Pero somos humanos, Bobby. Éste es el cruel poder de la GusanoCámara a la hora de recuperar la historia del polvo de los libros de historia y hacerla vivir de nuevo, accesible a todos nuestros pobres sentidos humanos. Y así debemos experimentarla de nuevo, mientras la sangre derramada hace siglos fluye de nuevo.

“La historia es un río de sangre, Bobby. Eso es lo que la GusanoCámara nos obliga a ver. La historia arrastra las vidas, como granos de arena, hasta el mar de la

oscuridad, y cada una de esas vidas es, era, tan preciosa y vibrante como la tuya o la mía. Y ninguna de ellas, ni una sola gota de sangre, puede ser cambiada”. —Miró de reojo a Bobby—. ¿Estás preparado para más?

—David...

David, tú no eres el único. Todos nosotros compartimos el horror. Te estás hundiendo en la autoindulgencia si supones que eres el único que presencia esas escenas sintiendo de este modo.

Pero no tenía forma de decir esto.

David trajo otra imagen. Bobby deseó marcharse, volver la cabeza. Pero sabía que tenía que enfrentarse a aquello si quería ayudar a su hermano.

De nuevo, vida y sangre fluyeron a través de la pantalla.

En medio de éste su tiempo más difícil, David mantuvo su promesa a Heather y se ocupó de Mary.

Nunca se había considerado particularmente competente en asuntos del corazón humano. Así, en su humildad —y consumido por su propio torbellino interior—, pasó largo tiempo buscando una forma de abordar a la difícil y angustiada hija de Heather. Y la forma que al final encontró era técnica: de hecho, a través de una pieza de software.

Acudió a su estación de trabajo en los Talleres del Gusano. Era tarde, y la mayoría de los demás investigadores se habían ido. Ella estaba sentada en un charco de luz, coloreado por el parpadeante resplandor de la Pantalla Blanda, rodeada por la gran y melancólica oscuridad de aquel polvoriento lugar de ingeniería y electrónica. Cuando llegó, ella borró apresuradamente su pantalla. Pero él tuvo tiempo de ver un día soleado, un jardín, niños corriendo con un adulto, riendo, antes de que volviera la oscuridad. Ella le miró hoscamente; llevaba una sucia camiseta suelta con un llamativo mensaje:

SANTA CLAUS VIENE A LA CIUDAD

David se admitió a sí mismo que no comprendía el significado, pero prefirió no preguntárselo.

Ella dejó bien claro, con su silencio y su postura, que él no era bienvenido allí. Pero no iba a dejarse echar tan fácilmente. Se sentó al lado de ella.

—He estado oyendo buenas noticias acerca del software de rastreo que has estado desarrollando.

Ella le miró agudamente.

—¿Quién te ha *dicho* lo que he estado haciendo? Mi madre, supongo.

—No. No ha sido tu madre.

—¿Entonces quién...? Bueno, supongo que no importa. Piensas que estoy paranoica, ¿verdad? Demasiado a la defensiva. Demasiado llena de espinas.

—Todavía no me he decidido —dijo él con voz llana.

Mary le sonrió realmente.

—Al menos es una respuesta sincera. De todos modos, ¿cómo supiste lo de mi software?

—Eres una usuaria de una GusanoCámara —dijo Bobby—. Una de las condiciones de uso de los Talleres del Gusano es que cualquier innovación que hagas al equipo es propiedad intelectual de NuestroMundo. Está en el acuerdo que tuviste que firmar en nombre de tu madre... y tuyo.

—Típico de Hiram Patterson.

—¿Quieres decir buenos negocios? A mí me parece razonable. Todos sabemos que esta tecnología tiene todavía un largo camino por recorrer...

—Dímelo a mí. Todo el interface del usuario apesta, David.

—¿... y quién mejor para hallar formas de arreglarlo que el propio usuario, la gente que necesita mejorarlo?

—¿Así que tenéis espías? ¿Gente que observa a los observadores del pasado?

—Tenemos un estrato de metasoftware con monitores a la medida del usuario, que evalúan su funcionalidad y calidad. Si vemos una buena idea podemos atraparla y desarrollarla; lo mejor de todo, por supuesto, es encontrar algo que sea una brillante idea y esté bien desarrollada.

Ella mostró un destello de interés, incluso de orgullo.

—¿Como la mía?

—Tiene potencial. Eres una persona lista, Mary, con un brillante futuro por delante. Pero, ¿cómo te lo diría?, tus conocimientos acerca del desarrollo de un software de calidad son un poco... erráticos.

—Funciona, ¿no?

—La mayor parte del tiempo. Pero dudo que nadie excepto tú pueda mejorarlo sin reconstruir todo el proceso desde cero. —Suspiró—. Esto no son los 1990, Mary. El desarrollo del software es ahora una profesión.

—Lo sé, lo sé. Aprendimos todo eso en la escuela... Pero piensas que mi idea funciona.

—¿Por qué no me la muestras?

Ella tendió la mano hacia la Pantalla Blanda; Bobby pudo ver que iba a borrar lo que tenía en ella, establecer un nuevo recorrido para la GusanoCámara.

Apoyó deliberadamente su mano sobre la de ella.

—No. Muéstrame lo que estabas mirando cuando me senté.

Ella le miró furiosa.

—Así que es eso. Te envió mi madre, ¿no? Y no estás interesado en absoluto en mi software de rastreo.

—Creo en la verdad, Mary.

—Entonces empieza diciéndola.

Él retiró las puntas de sus dedos.

—Tu madre está preocupada por ti. Fue idea mía venir, no de ella. Creo que deberías mostrarme lo que estabas viendo. Sí, sirve como pretexto para hablar

contigo, pero estoy interesado en la innovación de tu software. ¿Alguna cosa más?

—Si me niego a seguir el juego, ¿me echarás de los Talleres del Gusano?

—Nunca haré eso.

—Comparado con el equipo de aquí, a lo que puedes acceder a través de la red es pura mierda...

—Ya te lo he dicho, no te estoy amenazando con eso.

El momento se prolongó.

Sutilmente, ella se relajó en su silla, y él supo que había ganado el round.

Mary restableció la escena con unas cuantas pulsaciones.

Era un jardín pequeño, un patio en realidad, franjas de hierba bañadas por el sol separadas por senderos de grava, algunos macizos de flores mal cuidados. La imagen era brillante, el cielo azul, las sombras largas. Había juguetes por todas partes, manchas de color, algunos de ellos yendo de un lado para otro en sus programadas rutinas.

Había dos niños: un chico y una chica, quizá de seis y ocho años respectivamente. Estaban riendo, pateándose una pelota, perseguidos por un hombre que también reía. Agarró a la niña y la hizo girar muy alto en el aire, haciéndola volar entre sombras y luz...

Mary congeló la escena.

—Un cliché —dijo—. ¿De acuerdo? Un recuerdo de infancia, una tarde de verano, larga y perfecta.

—Éstos son tu padre y tu hermano..., y tú.

El rostro de ella se crispó en una agria sonrisa.

—La escena apenas tiene ocho años de antigüedad, pero dos de los protagonistas ya están muertos. ¿Qué piensas de ello?

—Mary...

—Querías ver mi software.

Él asintió.

—Muéstramelo.

Mary palmeó la pantalla; el punto focal se deslizó de lado a lado y avanzó y retrocedió en el tiempo durante unos pocos segundos. La niña era alzada y bajada y alzada de nuevo, su pelo ondulaba hacia uno y otro lado, como si fuera una película siendo pasada y rebobinada, pasada y rebobinada.

—En estos momentos estoy usando el interface estándar. El punto focal es como una pequeña cámara flotando en el aire. Puedo controlar su situación en el espacio y moverla a través del tiempo, ajustando la posición de la boca del agujero de gusano. Lo cual es estupendo para algunas aplicaciones. Pero si quiero escanear períodos más extensos, es un lastre..., como sabes muy bien.

Dejó que la escena siguiera hacia adelante. El padre depositó en el suelo a la Mary niña. Mary enfocó el punto focal sobre el rostro del padre y, con unos golpecitos en la Pantalla Blanda, lo guió a sacudidas, mientras el padre corría tras su

hija a través de aquel césped desaparecido.

—Puedo seguir al sujeto —dijo clínicamente—, pero es difícil y tedioso. Así que he estado buscando una forma de automatizar el rastreo. —Pulsó otra serie de teclas virtuales—. Usé rutinas de reconocimiento para anclarme en los rostros. Como ésta.

El punto focal de la GusanoCámara giró hacia abajo, como guiado por algún cámara invisible, y se enfocó en el rostro del padre. El rostro permaneció allí, centrado en la imagen, mientras movía su cabeza hacia un lado y hacia otro, hablando, riendo, gritando; el fondo oscilaba desconcertantemente tras él.

—Todo automatizado —dijo David.

—Sí. Tengo subrutinas para monitorizar mis preferencias y hacer todo el conjunto un poco más profesional... —Más teclas virtuales, y ahora el punto focal retrocedió un poco. Los ángulos de la cámara eran más convencionales, estabilizados, ya no esclavizados a aquel rostro. El padre seguía siendo el protagonista central, pero su contexto se hizo más claro.

David asintió.

—Esto es valioso, Mary. Esto, unido a un software interpretativo, podría permitirnos incluso automatizar la compilación de biografías de figuras históricas, para un primer borrador al menos. Hay que felicitarte.

Ella suspiró.

—Gracias. Pero todavía sigues pensando que soy una rara porque miro a mi padre en vez de a John Lennon, ¿no?

Él se encogió de hombros. Dijo cuidadosamente:

—Todo el mundo mira a John Lennon. Su vida, para lo mejor o para lo peor, es propiedad pública. *Tu* vida, esta dorada tarde, es sólo tuya.

—Pero soy obsesiva. Como esos chalados que encuentras mirando a sus propios padres haciendo el amor, contemplando su propia concepción...

—No soy psicoanalista —dijo él gentilmente—. Tu vida ha sido dura. Nadie niega eso. Perdiste a tu hermano, a tu padre. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero estás rodeada de gente que no quiere que seas infeliz. Tienes que creer eso.

Ella suspiró profundamente.

—¿Sabes?, cuando éramos pequeños, Tommy y yo, mi madre tenía la costumbre de usar a otros adultos contra nosotros. Si yo era mala, señalaba algo en el mundo adulto, un coche haciendo sonar el claxon a un kilómetro de distancia, incluso un reactor chillando sobre nuestras cabezas, y decía: “Ese hombre ha oído lo que le has dicho a tu madre, y te está haciendo saber lo que piensa de ello.” Era aterrador. Crecí con la impresión de que estaba sola en un enorme bosque de adultos, y que todos me observaban y me juzgaban constantemente.

Él sonrió.

—Vigilancia a tiempo completo. Entonces no te resultará duro acostumbrarte a la

vida con la GusanoCámara.

—¿Quieres decir que el daño ya me lo han hecho? No estoy segura de que sea un consuelo. —Y entonces le miró—. Así que, David, ¿qué es lo que miras *tú* cuando tienes la GusanoCámara sólo para ti?

Volvió a su apartamento. Conectó su propia estación de trabajo a la de Mary en los Talleres del Gusano y pasó las grabaciones que hacía rutinariamente NuestroMundo de la utilización de cada usuario de sus GusanoCámaras.

Sintió que aquello era más que suficiente para sentirse culpable de lo que había tenido que hacer para cumplir con su obligación para con Heather. Que era espiar a Mary.

No le tomó mucho tiempo llegar al corazón del asunto. Después de todo, ella no había hecho otra cosa más que mirar el mismo incidente, una y otra vez.

Era otra brillante tarde de sol y juegos y familia, no mucho después de aquella otra que había contemplado con ella. Estaba, con sus ocho años, con su padre y familia, de excursión a pie —al ritmo pausado de un niño de seis años— por el parque nacional Rainier. Sol, rocas, árboles.

Y entonces llegó a ello: el punto crucial en la vida de Mary. Duró sólo unos segundos.

No era que hubieran corrido ningún riesgo; no se habían extraviado del sendero marcado, ni intentado nada ambicioso. Había sido tan sólo un accidente.

Tommy iba sentado sobre los hombros de su padre, agarrado a mechones de denso pelo negro, con las piernas colgando a ambos lados de su cuello, firmemente sujetas por las anchas manos de su padre. Mary pasó corriendo por su lado, ansiosa por atrapar lo que parecía la sombra de un cervatillo. Tommy tendió la mano hacia ella, desequilibrándose, y la sujeción de su padre se deslizó..., sólo un poco, pero lo suficiente.

El impacto en sí no fue tampoco espectacular: un suave crujido cuando su cráneo golpeó la dura roca volcánica, la extraña flaccidez del cuerpo. Sólo una desgracia, incluso en la forma en que golpeó tan letalmente el suelo. No fue culpa de nadie.

Eso fue todo. Empezó y terminó en un latido del corazón. Una desgracia, puede pasarnos a todos, no es culpa de nadie..., excepto, pensó con repentina furia, del Diseñador Cósmico que decidió alojar algo tan precioso como el alma de un niño de seis años en un contenedor tan frágil.

La primera vez que Mary (y ahora David, como un fantasma intruso) contempló el incidente, usó un notable punto focal de la GusanoCámara: miró a través de los ojos de la propia Mary niña. Era como si el punto focal estuviera alojado directamente en el centro de su alma, ese misterioso lugar en su cabeza donde residía “ella”, rodeada por la suave maquinaria de su cuerpo.

Mary vio caer a su hermano. Reaccionó, adelantó los brazos, dio un paso hacia él.

Él pareció caer lentamente, como en un sueño. Pero ella estaba demasiado lejos para alcanzarle, no pudo hacer nada para cambiar lo que se estaba desarrollando.

... Y ahora, rastreando el uso que había hecho Mary de la GusanoCámara, David se vio obligado a contemplar el mismo incidente desde el punto de vista de su padre. Era como mirar desde una torre de vigilancia, con Mary niña a una distancia imprecisa debajo de él, el niño una cosa de sombras oscuras alrededor de su cabeza. Pero el mismo incidente se desarrolló con terrible inevitabilidad: la pérdida de equilibrio, el resbalar, el niño cayendo, sus piernas enredándose en el cuello de su padre de modo que cayó cabeza abajo y su cráneo golpeó contra el pedregoso suelo.

Pero lo que Mary miraba una y otra vez, obsesivamente, no era la muerte en sí, sino los momentos anteriores. El pequeño Tommy, cayendo, estaba tan sólo a un metro de Mary, pero estaba tan lejos, y a no más de unos pocos centímetros de su padre, una fracción de segundo en tiempo de reacción. Pero hubiera podido muy bien ser un kilómetro, horas; no hubiera significado ninguna diferencia.

Y esto, sospechaba David, era la auténtica razón de que su padre se hubiera suicidado. No la publicidad que de pronto les rodeó a él y a su familia, aunque indudablemente eso ayudó. Si se parecía en algo a Mary, debió de haber visto inmediatamente las implicaciones de la GusanoCámara para él, como para millones de otros que exploraban ahora las capacidades de la GusanoCámara y la oscuridad de sus propios corazones.

¿Cómo podría su padre resistirse a contemplar *aquello*? ¿Cómo podría no revivir aquellos terribles momentos una y otra vez? ¿Cómo podría volverle la espalda a su hijo, atrapado dentro de la máquina, tan vivo como la vida y sin embargo incapaz de crecer ni un segundo más o hacer algo ligeramente distinto, nunca?

¿Y cómo podría soportar vivir en un mundo en el cual la terrible claridad del incidente estaba disponible para que él volviera a verla en cualquier momento que deseara, desde cualquier ángulo que deseara..., y sin embargo sabiendo que nunca sería capaz de cambiar ni siquiera el más pequeño detalle?

Qué complaciente había sido *él* —David— sentándose y contemplando todos aquellos horribles episodios de la historia de la Iglesia, incidentes extirpados siglos enteros de su propia realidad. Después de todo, los crímenes de Colón no hacían daño a nadie ahora..., excepto quizás al propio hombre, pensó hoscamente David. El valor de Mary, una muchacha solitaria, imperfecta, había tenido mucho más valor cuando, sola, se enfrentó al momento que había modelado su vida, para bien o para mal.

Porque *esto*, se dio cuenta, es el núcleo de la experiencia de la GusanoCámara: no el tímido espionaje o el voyeurismo, no el espectáculo de algún período imposiblemente remoto de la historia, sino la posibilidad de revivir los incidentes principales que han compuesto *mi* vida.

Pero mis ojos no han evolucionado para ver tales cosas. Mi corazón no ha evolucionado para enfrentarse a tales repetidas revelaciones. Hubo una época en que el tiempo fue llamado el gran curador; ahora el bálsamo curador de la distancia se

había visto desgarrado.

Se nos han concedido los ojos de Dios, pensó, unos ojos que pueden ver el inmutable pasado manchado de sangre como si fuera hoy. Pero no somos Dios, y la ardiente luz de esa historia puede destruirnos.

La ira cuajó. *Inmutabilidad*. ¿Por qué debería aceptar aquella injusticia? Quizá hubiera algo que pudiera hacer sobre *ello*.

Pero primero tenía que pensar en qué decirle a Heather.

La próxima vez que llamó, cuando habían pasado ya varias semanas, Bobby se sintió impresionado por el deterioro de David.

David llevaba un mono suelto que parecía que no se hubiera cambiado en días. Tenía el pelo revuelto, y sólo se había afeitado sumariamente. El apartamento era más que nunca un revoltijo, con las mesas sembradas de Pantallas Blandas, libros abiertos y periódicos, tacos de notas de papel amarillo, bolígrafos abandonados. En el suelo, apilados alrededor de una rebosante papelera, había bandejas de papel manchadas y cajas de pizzas y cartones de comida para el microondas.

Pero David parecía a la defensiva, casi lleno de disculpas.

—No es lo que piensas. Adicción a la GusanoCámara, ¿no? Puede que sea un obsesivo, Bobby, pero creo que me he salido de *eso*.

—Entonces, ¿qué...?

—He estado trabajando.

Había una pizarra blanca apoyada contra la pared; estaba cubierta con garabatos hechos con tinta escarlata, ecuaciones, fragmentos de frases en inglés y francés, todo ello conectado con flechas y bucles.

Bobby dijo cautelosamente:

—Heather me dijo que te saliste del proyecto de los 12.000 días. La Auténtica Biografía de Cristo.

—Sí, lo dejé correr. Seguro que entenderás por qué.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo aquí, David?

David suspiró.

—He intentado tocar el pasado, Bobby. Lo he intentado, y he fracasado.

—... Vaya —dijo Bobby—. ¿Lo he entendido bien? ¿Intentaste usar un agujero de gusano para afectar el pasado? ¿Es eso lo que estás diciendo? Pero tu teoría dice que es imposible, ¿no?

—Sí. Pero lo intenté de todos modos. Realicé algunas pruebas en los Talleres del Gusano. Intenté enviar una señal hacia atrás en el tiempo, a través de un pequeño agujero de gusano, a mí mismo. Tan sólo a través de unos pocos milisegundos, pero los suficientes para demostrar el principio.

—¿Y?

David sonrió irónicamente.

—Las señales pueden viajar *hacia adelante* en el tiempo a través del agujero de gusano. Es por eso por lo que vemos el pasado. Pero cuando intenté enviar una señal *hacia atrás* en el tiempo, se produjo una realimentación. Imagina un fotón abandonando mi boca de agujero de gusano unos pocos segundos en el pasado. Puede volar a la boca del futuro, viajar hacia atrás en el tiempo, y emerger de la boca del pasado en el preciso momento en que inició su viaje. Se echa encima de su yo anterior...

—... y duplica la energía.

—En realidad más que eso, debido al efecto Doppler. Es un bucle de realimentación positivo. La pizca de radiación puede viajar a través del agujero de gusano una y otra vez, acumulando energía extraída del propio agujero de gusano. Finalmente se vuelve tan fuerte que destruye el agujero de gusano... una fracción de segundo *antes* de que actúe como una máquina del tiempo efectiva.

—Y así tu agujero de gusano de prueba hizo *bang*.

—Con más vigor del que había anticipado —reconoció David ásperamente—. Parece como si el viejo querido Hawking tuviera razón acerca de la protección de la cronología. Las leyes de la física *no* permiten máquinas del tiempo que operen hacia atrás. El pasado es un universo relativista bloqueado, el futuro es una incertidumbre cuántica, y los dos se unen en el presente, que, supongo, es una interface gravitatoria cuántica... Lo siento. Los tecnicismos no importan. El pasado, como puedes ver, es como una lámina de hielo que avanza, penetrando en el fluido futuro; cada acontecimiento se halla congelado en su lugar en la estructura cristalina, fijo para siempre.

“Lo más importante es que *yo* sé, mejor que nadie en el planeta, que el pasado es inmutable, incambiable..., abierto a nosotros para que lo observemos a través de los agujeros de gusano, pero fijo. ¿Comprendes la *sensación* que produce eso?”

Bobby paseó por el apartamento, pisando montones de papeles y libros.

—Muy bien. Estás sufriendo. Utilizas la física abstrusa como terapia. ¿Qué hay de tu familia? ¿Nos has dedicado al menos algún pensamiento?

David cerró los ojos.

—Cuéntame. Por favor.

Bobby contuvo unos instantes el aliento.

—Muy bien. Hiram se ha escondido en lo más profundo de su madriguera. Pero está planeando hacer más dinero todavía con la previsión meteorológica..., predicciones enormemente más precisas, basadas en datos exactos extraídos a lo largo de los siglos, gracias a la GusanoCámara. Cree que es posible incluso desarrollar sistemas de control climático, dada la nueva comprensión que tenemos ahora de los cambios climáticos a largo plazo.

—Hiram es... —David buscó la palabra adecuada—... un fenómeno. ¿No hay límite a su imaginación capitalista? ¿Y las noticias de Kate?

—Ya todo depende del jurado.

—Creía que las pruebas eran circunstanciales.

—Lo son. Pero *verla* realmente en su terminal en el momento en que se cometió el delito, ver que tuvo la oportunidad..., creo que eso puede influir mucho en el jurado.

—¿Qué harás si resulta condenada?

—Todavía no lo he decidido. —Era cierto. El final del juicio era un agujero negro, aguardando para consumir el futuro de Bobby, tan inevitable y tan mal recibido como la muerte. Así que hacía todo lo posible por no pensar en él.

—Vi a Heather —dijo—. Está bien, pese a todo. Ha publicado su Auténtica Biografía de Lincoln.

—Un buen trabajo. Y lo que hizo sobre la guerra del mar de Aral fue notable. — David miró de reojo a Bobby—. Debes de estar orgulloso de ella..., de tu madre.

Bobby meditó aquello.

—Supongo que debería de estarlo. Pero no estoy seguro de cómo debería sentirme respecto a ella. ¿Sabes?, la observé con Mary. Pese a todas sus fricciones, hay un vínculo allí. Hay como un cable de acero que las conecta. Y no siento nada así. Probablemente es culpa mía...

—¿Has dicho que las *observaste*? ¿En pasado?

Bobby le miró de frente.

—Supongo que no te has enterado. Mary se fue de casa.

—... Oh. Que lástima.

—Tuvieron una pelea final sobre la forma en que Mary estaba utilizando la GusanoCámara. Heather está frenética por la preocupación.

—¿Por qué no rastrea a Mary?

—Lo ha intentado.

David bufó.

—Ridículo. ¿Cómo puede nadie ocultarse de una GusanoCámara?

—Evidentemente hay formas... Mira, David, creo que ya es hora de que vuelvas con la raza humana.

David unió apretadamente sus manos, un hombre adulto profundamente afligido.

—Pero es tan insoportable —dijo—. Esto es seguramente lo que hizo marcharse a Mary. *Lo intenté*, recuérdalo. Intenté hallar una forma de reparar las cosas..., de reparar el pasado roto. Y descubrí que ninguno de nosotros tiene la menor posibilidad respecto a la historia. Ni siquiera Dios. *Tengo pruebas experimentales*. ¿No lo ves? Contemplar toda esa sangre, esa rapiña y saqueo y asesinato... Si pudiera desviar la espada de un cruzado, salvar la vida de un niño arawak...

—Y así escapar a la árida física.

—¿Qué sugieres que haga?

—No puedes reparar el pasado. Pero puedes repararte a ti mismo. Firma de nuevo para los 12.000 Días.

—Ya te he dicho...

—Te ayudará. Yo estaré ahí. Hazlo, David. Ve al encuentro de Jesús. —Bobby sonrió—. Te desafío a que lo hagas.

Tras un largo silencio, David le devolvió la sonrisa.

He aquí el hombre

Extraído de la Introducción de David Curzon a Los 12.000 Días: un comentario preliminar, ed. S. P. Kozlov y G. Risha, Roma, 2040:

El proyecto internacional conocido popularmente como los 12.000 Días ha alcanzado la conclusión de su primera fase. Yo formé parte del equipo de (en realidad algunos más) doce mil observadores de GusanoCámara de todo el mundo que fueron asignados a estudiar la vida histórica y la época del hombre conocido por sus contemporáneos como Yesho Ben Pantera, y para las generaciones futuras como Jesucristo. Es un honor que se me haya pedido escribir esta introducción...

Siempre hemos sabido que cuando nos encontrábamos con Jesús en los Evangelios, lo veíamos a través de los ojos de los evangelistas. Por ejemplo, Mateo creyó siempre que el Mesías nació en Belén, como aparecía predicho en el Antiguo Testamento por el profeta Miqueas; y así presenta a Jesús como habiendo nacido en Belén (aunque Jesús, el galileo, nació de hecho, como era natural, en Galilea).

Entendemos esto; lo compensamos. Pero, ¿cuántos cristianos a lo largo de los siglos han soñado con encontrarse a Jesús a través del medio neutral de una cámara, o mejor aún, cara a cara? ¿Y cuántos hubieran creído que la nuestra iba a ser la primera generación para la cual ese encuentro fuera posible?

Pero eso es precisamente lo que ha ocurrido.

A cada uno de los Doce Mil se nos asignó un solo Día de la corta vida de Jesús: un día que deberíamos observar con la tecnología de la GusanoCámara, a tiempo real, de medianoche a medianoche. De esta forma podría compilarse con rapidez un primer borrador de la “auténtica” biografía de Jesús.

Esta biografía visual y los informes unidos a ella no son más que un primer borrador: una simple observación, una presentación de los acontecimientos de la trágicamente breve vida de Jesús. Será preciso realizar muchas investigaciones complementarias. Por ejemplo, ni siquiera se han determinado las identidades de los catorce (¡no doce!) apóstoles, y el destino de Sus hermanos, hermanas, esposa e hijo se conocen sólo sumariamente. Luego vendrá el cartografiado de los acontecimientos desnudos de la historia humana central contra las distintas historias, canónicas y apócrifas, que sobrevivieron para hablarnos de Jesús y Su ministerio.

Y entonces, por supuesto, se iniciará el auténtico debate: un debate sobre el significado de Jesús y Su ministerio..., un debate que puede durar tanto tiempo como la propia raza humana.

Este primer encuentro no ha sido fácil. Pero la clara luz de Galilea ha hecho arder ya muchas falsedades.

David estaba tendido en su diván y probaba sus sistemas: el propio aparato VR, los enfermeros que manejarían las sondas de alimentación intravenosa y los catéteres, moverían su abandonado cuerpo para reducir el riesgo de llagas, incluso lo lavarían si lo deseaba, como si fuera la víctima de un coma.

Bobby estaba sentado ante él, en aquella silenciosa y oscurecida habitación, con el rostro brillando a la luz del complejo de la Pantalla Blanda.

David se sentía absurdo entre toda aquella parafernalia, como un astronauta preparándose para el despegue. Pero ese Día de hacía tanto tiempo, encajado en el tiempo como un insecto en ámbar, invariable y brillante, aguardaba su inspección; y se sometió.

David alzó el casco del Ojo de la Mente y lo encajó en su cabeza. Sintió la familiar textura hormigueante mientras el dispositivo se ajustaba apretadamente en sus sienes.

Luchó contra el pánico. ¡Pensar que la gente se sometía a aquello por simple diversión!

... Y la luz estalló sobre él, dura y brillante.

Había nacido en Nazaret, una pequeña y próspera ciudad galilea en las colinas galileas. Su nacimiento fue pura rutina..., para la época. Nació realmente de María, que había sido virgen..., una virgen del templo.

Tal como lo conocieron sus contemporáneos, Jesucristo era hijo ilegítimo de un legionario romano, un ilirio llamado Pantera.

Fue una relación basada en el amor, no en la coerción, aunque por aquel entonces María estaba prometida con José, un próspero maestro constructor viudo. Pero Pantera había sido trasladado fuera del distrito cuando el embarazo de María fue conocido. Así que fue adjudicado a José, y éste aceptó a María y crió al niño como si fuera suyo.

Sin embargo Jesús no se sintió avergonzado por Su origen, y más tarde se haría llamar Yesho Ben Pantera, es decir, Jesús hijo de Pantera.

Éste es el resumen de los hechos históricos del nacimiento de Jesús. Cualquier misterio más profundo se halla más allá del alcance de la GusanoCámara.

No hubo censo, ni viaje a Belén, ni establo, ni pesebre, ni ganado, ni hombres sabios, ni pastores, ni estrella. Todo eso —ideado por los

evangelistas para mostrar cómo su niño era el cumplimiento de una profecía — no fue más que una invención.

La GusanoCámara está despojándonos de muchas de nuestras ilusiones acerca de nosotros mismos y de nuestro pasado. Hay quienes afirman que la GusanoCámara es un instrumento de terapia de masas que nos permite ser más sanos como especie. Quizá. Pero demuestra tener un corazón muy duro quien no se lamenta de que la historia de la Navidad sea desmontada de su pedestal...

Estaba de pie en una playa. Podía sentir el calor como una pesada manta húmeda, y el sudor hormigueaba en su frente.

A su izquierda había colinas alfombradas de verde, y a su derecha un mar azul lamía suavemente la arena. En el horizonte, perdidas entre la bruma, pudo distinguir algunas barcas de pesca, sombras pardoazuladas tan inmóviles y planas como recortables de cartón. En la orilla norte del mar, quizás a unos cinco kilómetros de distancia, pudo distinguir una ciudad: un racimo de edificios de paredes pardas y techos planos. Debía de ser Cafarnaum. Sabía que podía utilizar el Mecanismo de Búsqueda para estar allí en un instante. Pero parecía más apropiado caminar.

Cerró los ojos. Podía sentir el calor del sol en su rostro, oír el lamer del agua, oler la hierba y el penetrante aroma del pescado. La luz allí era tan brillante que penetraba, rosada, a través de los párpados cerrados. Pero en una esquina del ojo, dentro del párpado, brillaba un pequeño logotipo dorado de NuestroMundo. Se posó, sintiendo la aguda frialdad del agua de Galilea en sus pies.

... Tenía varios hermanos y hermanas, y también algún hermanastro (del anterior matrimonio de José). Uno de Sus hermanos, Jaime, tenía un notable parecido con Él, y lideraría la Iglesia (o al menos una parte de ella) tras la muerte de Jesús.

Jesús hizo su aprendizaje con Su tío José de Arimatea, no como carpintero, sino como constructor. Pasó buena parte del final de Su adolescencia y el principio de Su madurez en la ciudad de Séforis, a cinco kilómetros al norte de Nazaret.

Séforis era una ciudad importante, de hecho la más grande de Judea, aparte de Jerusalén y la capital de Galilea. Había mucho trabajo para los constructores, albañiles y arquitectos en la ciudad por aquel entonces, porque Séforis había resultado destruida en buena parte por una acción romana contra un levantamiento judío el año 4 a. C.

Aquel tiempo en Séforis fue significativo para Jesús. Porque allí Jesús se volvió cosmopolita.

Se vio expuesto a la cultura helénica, por ejemplo a través del teatro griego y —muy significativamente— a la tradición pitagórica de número y

proporción. Jesús incluso se integró, durante un tiempo, en un grupo pitagórico judío llamado los esenios. Esto formaba en parte a su vez de una tradición mucho más antigua que se había extendido por Europa, de hecho había llegado hasta tan lejos como hasta los druidas de Gran Bretaña.

Jesús se convirtió no en un humilde carpintero, sino en un artesano de una muy sofisticada y antigua tradición. El oficio de José conduciría al joven Jesús a viajar extensamente por todo el mundo romano.

La vida de Jesús fue plena. Se casó. (La historia de la Biblia de las bodas de Caná, donde convirtió el agua en vino, parece haber estado basada en un incidente de la propia boda de Jesús.) Su esposa murió al dar a luz; no volvió a casarse. Pero el hijo sobrevivió, una niña. Desapareció en la confusión que rodeó el final de la vida de Su padre. (La búsqueda de esta hija de Jesús, y de cualquier descendiente Suyo vivo hoy, es una de las áreas más activas de las investigaciones con la GusanoCámara.)

Pero Jesús estaba inquieto. A una edad precoz empezó a formular Su propia filosofía.

Ésta podría considerarse, simplísticamente, basada en una peculiar síntesis de la tradición mosaica con la pitagórica: el cristianismo crecería a partir de esta colisión entre el misticismo oriental y la lógica occidental. Jesús se veía a Sí mismo, metafóricamente, como un intermedio entre Dios y la humanidad, y este concepto del intermedio, en particular el Intermedio de Oro, fue por supuesto tema de mucha contemplación en la tradición pitagórica.

Fue, y siempre seguiría siendo, un buen judío. Pero desarrolló fuertes ideas acerca de la forma en que podía ser mejorada Su religión.

Empezó a cultivar amistades entre aquéllos a quienes Su familia consideraba definitivamente inadecuados para un hombre de Su posición: pobres, criminales. Incluso forjó oscuros vínculos con varios grupos de *lestai*, insurrectos potenciales.

Discutió con Su familia y se marchó a Cafarnaum, donde viviría con unos amigos.

Y, durante esos años, empezó a practicar milagros.

Dos hombres caminaban hacia él.

Eran más bajos que él, pero recios y musculosos, ambos con su denso pelo negro atado en la parte de atrás de la cabeza. Sus ropas eran funcionales, lo que parecían ser túnicas de algodón de una sola pieza con profundos y muy usados bolsillos. Caminaban por el borde del mar, sin importarles las pequeñas olas que rompían sobre sus pies. Parecían tener unos cuarenta años, pero probablemente eran más jóvenes. Se veían sanos, bien alimentados, prósperos; probablemente eran mercaderes, pensó.

Estaban tan inmersos en su conversación que todavía no le habían visto.

... No, se recordó a sí mismo. No podían verle, *porque él no había estado allí*, en

aquel día hacía tanto tiempo cuando había tenido lugar aquella conversación bañada por el sol. No eran conscientes de que un hombre de su remoto futuro se maravillaría un día ante ellos, un hombre con la habilidad de hacer que aquel momento cotidiano cobrara vida y se reprodujera una y otra vez, absolutamente sin cambios.

Se encogió sobre sí mismo cuando los hombres chocaron suavemente con él. La luz pareció disminuir un poco, y ya no sintió la dureza de las piedras bajo sus pies.

Pero entonces ya habían pasado y se alejaban de él, sin que su conversación se viera alterada ni una palabra por aquel encuentro fantasmal. Y la vívida “realidad” del paisaje se vio restablecida, tan suavemente como si hubiera ajustado los controles de alguna invisible Pantalla Blanda.

Siguió caminando hacia Cafarnaum.

Jesús consiguió “curar” enfermedades mentales e hipocondríacas como dolores de espalda, tartamudeos, úlceras, estrés, fiebre del heno, parálisis y ceguera histéricas, incluso falsos embarazos. Algunas de las “curas” son notables, y muy emotivas para los testigos. Pero estuvieron restringidas a aquéllos cuya creencia en Jesús era más fuerte que su creencia en su enfermedad. Y, como cualquier otro “sanador” antes o después, Jesús era incapaz de curar profundas enfermedades orgánicas. (En Su favor hay que decir que nunca proclamó que pudiera.)

Sus milagros curatorios atrajeron naturalmente a muchos seguidores. Pero lo que distinguió a Jesús de los muchos otros *hasidim* de Su época fue el mensaje que predicaba con Sus curaciones.

Jesús creía que llegaría la Era Mesianica prometida por los profetas, no cuando los judíos fueran militarmente victoriosos, sino cuando se volvieran puros de corazón. Creía que esta pureza interior tenía que conseguirse no sólo a través de una vida de virtud exterior, sino a través de una sumisión a la terrible bondad de Dios. Y creía que esta bondad se extendía a todo Israel: a los intocables, a los impuros, a los desheredados y a los pecadores. A través de Sus curaciones y Sus exorcismos demostraba la realidad de ese amor.

Jesús era el Intermediario de Oro entre lo divino y lo humano. No es de extrañar que Su atractivo fuera electrizante; parecía capaz de conseguir que el más retorcido pecador se sintiera cerca de Dios.

Pero pocos en aquella nación ocupada eran lo bastante sofisticados como para comprender Su mensaje. Jesús se impacientó ante las crecientes demandas de que se revelara como el Mesías prometido. Y los *lestai* que eran atraídos hacia Su carismática presencia empezaron a ver en Él un punto focal conveniente para un levantamiento contra los odiados romanos.

Los problemas fueron cuajando.

David vagó por las pequeñas y encajonadas estancias como un fantasma,

observando a la gente, mujeres, sirvientes y niños, ir y venir.

La casa era más impresionante de lo que había esperado. Estaba construida sobre el esquema de una villa romana, con un atrio abierto central y varias estancias que se abrían a él, a la manera de un claustro. La situación era muy mediterránea, la luz densa y brillante, las habitaciones abiertas al tranquilo aire.

Tan pronto en el ministerio de Jesús había ya un campamento permanente fuera de las paredes de la casa: enfermos, tullidos, peregrinos en potencia, una ciudad de tiendas en miniatura.

Más tarde en aquel lugar se alzaría una iglesia, y luego, en el siglo v, una basílica bizantina que sobreviviría hasta los días de David, junto con la leyenda de aquéllos que en su tiempo habían vivido allí.

Se produjo un ruido fuera de la casa: el sonido de pies corriendo, gente llamando. Salió rápidamente.

La mayor parte de los habitantes de la ciudad de tiendas —algunos de ellos mostrando una sorprendente presteza— se estaban dirigiendo hacia el brillante mar, que David podía ver entre las casas. Siguió a la multitud, flotando sobre la gente a su alrededor, e intentó ignorar el hedor a humanidad no lavada, buena parte de él extrapolado por el software de control con no demasiado bien recibida autenticidad; la detección directa a través de las GusanoCámaras era todavía un asunto poco fiable.

La multitud se abrió cuando alcanzaron el rudimentario puerto. David se abrió camino hasta el borde del agua, ignorando las temporales disminuciones de luz cuando los galileos pasaban junto a él o a través de él en su ansia.

Sólo había una barca en las tranquilas aguas. Tenía quizá seis metros de largo, de madera, de construcción tosca. Cuatro hombres remaban pacientemente hacia la orilla; al lado de un recio timonel en la popa había amontonada una red de pescar.

Otro hombre estaba de pie en la proa, mirando a la gente en la orilla.

David oyó ansiosos murmullos. Había estado predicando, desde el bote, en otros lugares a lo largo de la orilla. Tenía una voz imponente que resonaba a través del agua, aquel Yesho, aquel Jesús. David se esforzó en verle más claramente. Pero la luz que se reflejaba en el agua era cegadora.

... Y así debemos volvernos, con reluctancia, a la auténtica historia de la Pasión.

Jerusalén —sofisticada, caótica, construida con la radiante piedra blanca local— estaba atestada aquella Pascua con peregrinos acudidos a comer el cordero pascual dentro de los límites de la ciudad santa, como exigía la tradición. Y la ciudad contenía también una importante presencia de soldados romanos.

Y, aquella Pascua, la ciudad era un lugar de tensión. Había muchos grupos insurrectos actuando allí: por ejemplo los zelotes, feroces oponentes de Roma, y los *iscarii*, asesinos que solían actuar entre las grandes multitudes de los

festivales.

Al interior de aquel crisol histórico caminaron Jesús y Sus seguidores.

El grupo de Jesús comió ritualmente su cordero pascual. (Pero no hubo ensayo general de la Eucaristía: ninguna orden por parte de Jesús de tomar el pan y el vino en memoria Suya, como si fueran fragmentos de Su propio cuerpo. Este rito es evidentemente una invención de los evangelistas. Aquella noche Jesús tenía muchas cosas en Su mente; pero no la invención de una nueva religión.)

Ahora sabemos que Jesús tenía vínculos con muchas de las sectas y grupos que actuaban en los márgenes de Su sociedad. Pero las intenciones de Jesús *no* eran la insurrección.

Jesús se dirigió al lugar llamado Getsemaní, donde hoy todavía crecen los olivos, algunos de ellos (ahora podemos verificarlo) sobrevivientes de aquella época. Jesús había trabajado para limpiar el judaísmo de sectarismos. Creía que podría reunirse con las autoridades y los líderes de los distintos grupos rebeldes allí y buscar una unidad pacífica. Como siempre, Jesús buscaba ser el Intermediario de Oro, un puente entre esos grupos en conflicto.

Pero la humanidad de la época de Jesús no era más racional que la de cualquier otra era. Fue recibido por un grupo de soldados armados enviados por los sumos sacerdotes. Y a partir de ahí los acontecimientos de desarrollaron con una lógica mortífera y familiar.

El juicio no fue un gran acontecimiento teológico. Todo lo que le importaba al sumo sacerdote —un viejo cansado, escrupuloso, desgastado— era mantener el orden público. Sabía que tenía que proteger a su pueblo de las salvajes represalias de los romanos aceptando el mal menor de encargarse de aquel difícil y anarquista sanador por la fe.

Hecho esto, el sumo sacerdote se volvió a la cama y se sumió en un confortable sueño.

Pilatos, el procurador romano, tuvo que salir al encuentro de los sacerdotes que no querían entrar en su pretorio por miedo a contaminarse. Pilatos era un hombre competente y cruel, un representante de una potencia de ocupación con siglos de antigüedad. Sin embargo él también vaciló, al parecer por miedo a incitar más violencia ejecutando a un líder popular.

Ahora podemos ser testigos de los miedos y del odio y de los terribles cálculos que hicieron que algunos hombres se enfrentaran aquella oscura noche..., y cada uno de ellos, sin duda, creía que estaba haciendo lo correcto.

Una vez tomada su decisión, Pilatos actuó con brutal eficiencia. Conocemos demasiado bien los horribles detalles de lo que siguió. Fue incluso un gran espectáculo..., pero la Pasión de Cristo es un acontecimiento que ocupó no dos días, sino dos mil años en desarrollarse.

Pero todavía hay mucho que no sabemos. El momento de Su muerte

queda extrañamente oscurecido; la exploración de la GusanoCámara aquí se ve limitada. Algunos científicos han especulado que hay una tal densidad de puntos focales en esos segundos clave que el propio entramado del espaciotiempo está resultando dañado por la intrusión de tantos agujeros de gusano. Y esos puntos focales son *presumiblemente enviados por observadores de nuestro propio futuro*, o quizá de una multiplicidad de posibles futuros, si lo que se extiende ante nosotros es indeterminado.

Así que seguimos sin oír Sus últimas palabras a Su madre, todavía no sabemos si —apaleado, agonizante, confuso— le gritó aquella frase a Su Dios. Incluso ahora, pese a toda nuestra tecnología, Le vemos como a través de un cristal oscuro.

En el centro de la ciudad había una plaza del mercado, ya atestada. Reprimiendo un estremecimiento, David se obligó a abrirse paso *a través* de la gente.

En el centro de la multitud un soldado, toscamente uniformado, sujetaba a una mujer por el brazo. La mujer tenía un aspecto lastimoso, con la ropa arrugada, el pelo revuelto y sucio, su gordezuelo rostro en sus tiempos hermoso estriado por el llanto. A su lado había dos hombres vestidos con finas y limpias ropas religiosas. Quizá fueran sacerdotes, o fariseos. Señalaban a la mujer, gesticulando furiosos y discutiendo con una figura delante de ellos que —oculta por la multitud— estaba acuclillada sobre el polvo.

David se preguntó si aquel incidente habría dejado alguna huella en los Evangelios. Quizás aquélla fuera la mujer que había sido condenada por adulterio, y los fariseos se enfrentaban a Jesús con otra de sus preguntas con trampa, intentando exponer Su blasfemia.

El hombre en el polvo tenía una falange de amigos. Eran hombres de aspecto robusto, quizá pescadores; suave pero firmemente estaban echando hacia atrás a la aplastante multitud. Pero de todos modos —pudo ver David mientras se acercaba como un espectro— parte de la gente seguía acercándose, adelantando una mano tentativa para tocar su ropa, incluso acariciar un mechón de su pelo.

No creo que Su muerte —humillado, roto— necesite mantenerse como el centro de nuestra obsesión por Jesús, como lo ha sido durante dos mil años. Para mí el cénit de Su vida tal como la he presenciado es el momento cuando Pilatos Lo entrega, ya torturado y sangrante, a la burla de los soldados, sacrificado por Su propio pueblo.

Con todo lo que había pretendido aparentemente en ruinas, quizá sintiéndose ya abandonado por Dios, Jesús debía de sentirse aplastado. Y sin embargo permanecía allá, erguido, un hombre inmerso en Su tiempo, derrotado pero no vencido. Es Gandhi, es San Francisco, es Wilberforce, es Elizabeth Fry, es el padre Damien entre los leprosos. Es Su propio pueblo, y

soportará el terrible sufrimiento en nombre de la religión fundada en Su nombre.

Todas las principales religiones se han enfrentado a crisis a medida que sus orígenes y sus enmarañados pasados eran abiertos al escrutinio público. Ninguna de ellas ha emergido incólume; algunas se han colapsado por completo. Pero la religión no es simplemente acerca de moralidad, o de las personalidades de sus fundadores y practicantes. Es acerca de lo espiritual, una dimensión superior de nuestra naturaleza. Y todavía existen aquéllos que se sienten ansiosos por lo trascendente, por el significado de todo.

La Iglesia —purificada, reformada, refundada— está empezando ya a ofrecer consuelo a mucha gente que ha quedado desconcertada por la demolición de la intimidad y la certidumbre histórica.

Quizás hayamos perdido a Cristo. Pero hemos encontrado a Jesús. Y Su ejemplo puede conducirnos todavía a un futuro desconocido..., aunque ese futuro tan solo contenga al Ajenjo, y el único papel que le quede a nuestra religión sea el de reconfortarnos.

Y sin embargo la historia aún contiene sorpresas para nosotros: porque una de las más peculiares y sin embargo obstinadas leyendas sobre la vida de Jesús, contra todas las expectativas, se ha visto confirmada...

El hombre en el polvo era delgado. El pelo echado severamente hacia atrás, prematuramente grisáceo en las sienes. Su túnica estaba manchada de polvo y se arrastraba por el suelo. Su nariz era prominente, orgullosa y romana, Sus ojos negros, fieros, inteligentes. Parecía furioso, y estaba dibujando algo en el polvo con un dedo.

Aquel silencioso y meditabundo hombre tenía tomada la medida a los fariseos, sin siquiera necesitar hablar.

David avanzó unos pasos. Pudo sentir bajo sus pies el polvo de aquella plaza del mercado de Cafarnaum. Adelantó una mano hacia el borde de aquella túnica.

... Pero, por supuesto, sus dedos se deslizaron a través de la tela; y, aunque el sol se oscureció algo, David no sintió nada.

El hombre en el polvo alzó la vista y miró a los ojos de David.

David dejó escapar un grito. La luz galilea se disipó, y el preocupado rostro de Bobby flotó sobre él.

Cuando joven, siguiendo una bien establecida ruta comercial con Su tío, José de Arimatea, Jesús visitó el área de las minas de estaño de Cornualles.

Viajó con algunos compañeros más tierra adentro, hasta tan lejos como Glastonbury —por aquel entonces un puerto importante—, donde estudió con los druidas, y ayudó a diseñar y construir una pequeña casa, en el futuro emplazamiento de la abadía de Glastonbury. Esta visita es recordada, en cierto modo, en algunos fragmentos del folclore local.

Hemos perdido tanto. El implacable brillo de la GusanoCámara ha revelado que tantas de nuestras fábulas son cosas de sombras y susurros: la Atlántida se ha evaporado como el rocío; el rey Arturo ha retrocedido a las sombras de las que nunca llegó a salir realmente. Y sin embargo, después de todo, es cierto, como cantó Blake, que en los tiempos antiguos esos pies caminaron por las verdes montañas de Inglaterra.

La semana de Navidad del 2037 concluyó el juicio de Kate.

La sala del tribunal era pequeña, panelada en roble, y la Barras y Estrellas colgaba flácida en la parte de atrás de la estancia. El juez, los abogados y los oficiales del tribunal se sentaban en grave esplendor delante de las hileras de bancos que contenían unos pocos espectadores dispersos: Bobby, gente de NuestroMundo, periodistas tecleando notas en Pantallas Blandas.

El jurado era una doble hilera de ciudadanos de aspecto heterogéneo, aunque algunos de ellos llevaban las muy coloreadas máscaras y Trajes de Incorporeidad que se habían puesto de moda en los últimos meses. Si Bobby no miraba muy atentamente podía no ver a un miembro del jurado hasta que se movía..., y entonces un rostro o un mechón de pelo o una aleteante mano aparecía como de la nada, y el resto del cuerpo del miembro del jurado permanecía casi invisible, silueteado tan sólo por una imperfecta distorsión del fondo.

Era una curiosa ironía, pensó, que los Trajes de Incorporeidad fueran otra brillante idea de Hiram: un nuevo producto de NuestroMundo vendido con grandes beneficios para contrarrestar los intrusivos efectos de otro.

... Y allá, sentada sola en el banquillo de los acusados, estaba Kate. Iba vestida sencillamente de negro, el pelo atado detrás de su cabeza, la boca encajada, los ojos vacíos.

Las cámaras habían sido prohibidas en la sala, y apenas había la habitual concentración de medios de comunicación en la entrada del tribunal. Pero todo el mundo sabía que ahora estas órdenes restrictivas no significaban nada. Bobby imaginaba el aire a su alrededor lleno con flotantes puntos focales de GusanoCámaras, con sin duda grandes enjambres arracimados ante el rostro de Kate y el suyo propio.

Bobby sabía que Kate se había condicionado a no olvidar nunca el escrutinio de las GusanoCámaras, ni por un segundo; no podía evitar que los invisibles voyeurs la miraran, decía, pero podía negarles la satisfacción de ver lo que le dolía. Para Bobby, su frágil y solitaria figura representaba una fuerza mayor que el poderoso proceso legal al cual era sometida y la gran y rica corporación que la había acusado.

Pero ni siquiera Kate pudo ocultar su desesperación cuando finalmente fue pronunciada la sentencia.

—Olvídala, Bobby —dijo Hiram. Caminaba alrededor de su gran mesa de escritorio. Un fuerte aguacero golpeaba contra la ventana panorámica, llenando la habitación de ruido—. No te ha causado más que daño. Y ahora ha sido declarada culpable de felonía. ¿Qué más prueba quieres? Vamos, Bobby. Libérate de ella. No la necesitas.

—Ella cree que le tendiste una trampa.

—Bueno, no me importa lo que crea ella. ¿Qué es lo que crees *tú*? Eso es lo que cuenta para mí. ¿Me crees realmente tan retorcido como para tenderle una trampa a la amante de mi hijo..., no importa lo que yo piense de ella?

—No lo sé, papá —dijo Bobby con voz llana. Se sentía tranquilo, controlado; las bravatas de Hiram, obviamente manipuladoras, no conseguían alcanzarle—. La verdad es que ya no sé lo que creo.

—¿Por qué discutirlo? ¿Por qué no usas la GusanoCámara para comprobar si lo que digo es cierto?

—No tengo intención de espiarte.

Hiram miró fijamente a su hijo.

—Si pretendes hallar mi conciencia, vas a tener que cavar mucho más profundo que eso. De todos modos, sólo la reprogramarán. Demonios, deberían encerrarla y perder la llave. La reprogramación no es nada.

Bobby sacudió la cabeza.

—No para Kate. Ella ha luchado durante años contra la metodología. Le tiene auténtico miedo, papá.

—Oh, tonterías. *Tú* fuiste reprogramado. Y no te dolió.

—Yo no sabía que lo hubiera sido. —Bobby se puso en pie y se enfrentó a su padre. Sentía que su ira crecía dentro de él—. Me sentí diferente cuando fue desconectado el implante. Me sentí furioso, aterrado, confuso. Ni siquiera sabía cómo se *suponía* que debía sentirme.

—Suenas como ella —exclamó Hiram—. Ella te reprogramó con sus palabras y su coño más que lo que yo nunca llegué a hacerlo con un pedazo de silicio. ¿Acaso no lo ves? Oh, Cristo. Lo mejor que te hizo el maldito implante fue volverte demasiado estúpido para ver lo que te estaba ocurriendo... —Guardó silencio y desvió los ojos.

—Será mejor que me cuentes qué has querido decir con eso —murmuró Bobby fríamente.

Hiram se volvió y furia, impaciencia, incluso algo parecido a la culpabilidad, parecieron luchar por dominarlo.

—Piensa en ello. Tu hermano es un físico brillante. No estoy usando la palabra a la ligera; puede ser nominado para el premio Nobel. Y en cuanto a mí... —Alzó las manos—. Yo construí todo esto, desde la nada. Ningún estúpido hubiera conseguido eso. Pero tú...

—¿Estás diciendo que es a causa del implante?

—Sabía que había un riesgo. La creatividad está unida a la depresión. A menudo los grandes logros se hallan ligados a una personalidad obsesiva. Bla, bla, bla. Pero no necesitas tener un maldito cerebro para convertirte en el presidente de los Estados Unidos. ¿No tengo razón? ¿No la tengo? —Y adelantó una mano hacia la mejilla de Bobby, como para pellizcarla, como si fuera un niño.

Bobby retrocedió un paso.

—Recuerdo cien veces, mil veces cuando era niño, en que me dijiste eso. Nunca antes supe lo que querías decir con ello.

—Oh, vamos, Bobby...

—Lo hiciste, ¿verdad? Tendiste una trampa a Kate. Sabes que es inocente. Y estás dispuesto a dejar que le jodan el cerebro. Del mismo modo que tú jodiste el mío.

Hiram permaneció allí inmóvil por un momento, luego dejó caer los brazos.

—Estropéalo todo. Corre hasta ella si quieres, entiérrate en su regazo. Al final siempre terminarás volviendo, pequeña mierdecilla. Ahora tengo trabajo que hacer. —Y se sentó en su escritorio, palmeó la superficie para abrir sus Pantallas Blandas, y pronto el desfile de dígitos iluminó su rostro, como si Bobby hubiera dejado de existir.

Cuando la soltaron, Bobby la llevó a su casa.

Tan pronto como llegaron ella recorrió el apartamento, cerrando compulsivamente las cortinas, encerrando fuera la brillante luz del sol del mediodía y sumiendo las habitaciones en la oscuridad.

Se quitó la ropa que había llevado desde que abandonara el tribunal y la echó a la basura. Él permaneció tendido en la cama escuchándola ducharse, en plena oscuridad, durante unos largos minutos. Luego se deslizó debajo de las mantas. Estaba fría, de hecho estaba temblando, con el pelo todavía mojado. Se había estado duchando con agua fría. Él no cuestionó aquello; simplemente la abrazó hasta que su calor se transmitió a ella.

Finalmente ella dijo, en un susurro:

—Tienes que comprar cortinas más gruesas.

—Las cortinas no pueden ocultarte de una GusanoCámara.

—Ya lo sé —dijo ella—. Y sé que incluso ahora están escuchando cada palabra que decimos. Pero no tenemos que ponérselo fácil. No puedo soportarlo. Hiram me venció, Bobby. Y ahora va a destruirme.

Exactamente como me destruyó a mí, pensó él.

—Al menos tu sentencia no es de custodia —dijo—; al menos nos tenemos el uno al otro.

Ella cerró una mano en un puño y golpeó su pecho, lo bastante duro como para hacer daño.

—Eso es precisamente. ¿No lo ves? Tú no me tendrás *a mí*. Porque cuando hayan terminado, ya no seré más *yo*. Me convierta en lo que me convierta, seré... diferente.

Él cubrió el puño de ella con su mano hasta que sintió que sus dedos se abrían.

—Sólo se trata de reprogramación...

—Dijeron que debo de sufrir del síndrome E. Espasmos de superactividad en mis lóbulos órbito-prefrontal y medio-prefrontal. El tráfico excesivo desde la corteza cerebral impide que las emociones surjan a mi consciencia. Y *así* es como puedo cometer un crimen, dirigido contra el padre de mi amante, sin consciencia o remordimiento o autoaversión.

—Kate...

—Y por eso debo ser condicionada contra el uso de la GusanoCámara. A los criminales convictos como yo, ¿sabes?, no se les permite el acceso a la tecnología. Implantarán falsos recuerdos en la amígdala de mi cerebelo, la sede de mis emociones. Experimentaré un fobia, invencible, hacia tomar siquiera en consideración el uso de una GusanoCámara o ver sus resultados.

—Esto no es nada que tengas que temer.

Ella se alzó sobre sus codos. Su sombrío rostro gravitó sobre el de él, sus órbitas dos pozos de oscuridad.

—¿Cómo puedes defenderles? Tú, de entre toda la gente.

—No estoy defendiendo a nadie. De todos modos, no creo que haya un *ellos*. Todo el mundo implicado ha estado haciendo simplemente su trabajo: el FBI, los tribunales...

—¿E Hiram?

Él no intentó responder. Dijo:

—Todo lo que deseo es abrazarte.

Ella suspiró y dejó descansar su cabeza sobre el pecho de él; parecía pesada, su mejilla cálida contra su piel.

Dudó.

—De todos modos, sé cuál es el auténtico problema.

Captó su fruncimiento de ceño.

—Soy yo, ¿verdad? No deseas un implante en tu cabeza, porque eso es lo que yo tenía cuando me hallaste. Tienes miedo de convertirte en alguien como yo, ser como yo era. A un cierto nivel... —se obligó a decirlo—, a un cierto nivel, me desprecias.

Ella se apartó de él.

—Todo lo que haces es pensar en ti mismo. Pero *es a mí* a quien van a hurgar el cerebro con una cucharilla de helado. —Saltó de la cama, salió de la habitación y cerró la puerta con un frío control, dejándole en la oscuridad.

Durmió un poco.

Cuando despertó fue a buscarla. El salón estaba todavía a oscuras, con las cortinas

echadas y las luces apagadas. Pero podía decir que ella estaba allí.

—Encender luces.

Las luces, deslumbrantes, iluminaron la habitación.

Kate estaba sentada en un sofá, completamente vestida. Estaba frente a una mesa, donde había una botella de algún líquido transparente, y otra botella más pequeña. Barbitúricos y alcohol. Ambas botellas estaban sin abrir, sus sellos intactos. El licor era caro ajeno.

—Siempre tuve buen gusto —dijo.

—Kate...

Sus ojos eran acuosos a la luz, sus pupilas grandes, dándole un aspecto infantil.

—Curioso, ¿no? Debo de haber cubierto una docena de suicidios y muchos más intentos. Sé que hay formas más rápidas que ésta. Puedo abrirme las venas, o incluso degollarme. Puedo incluso saltarme la tapa de los sesos antes de que me los hurguen. Esto será más lento, Probablemente más doloroso. Pero es más fácil. ¿Lo ves? Una pastilla y un trago, una pastilla y un trago. —Rió, fríamente—. Incluso te emborrachas en el proceso.

—Tú no quieres hacer esto.

—No. Tienes razón. No quiero hacerlo. Es por eso por lo que necesito que me ayudes.

Como respuesta, él tomó la botella de licor y la arrojó al otro extremo de la habitación. Se estrelló contra la pared, creando una espectacular y cara mancha en ella.

Kate suspiró.

—Ésta no es la única botella en el mundo. Terminaré haciéndolo. Antes moriré que dejar que me hurguen el cerebro.

—Tiene que haber otra forma. Volveré con Hiram y le diré...

—¿Le dirás qué? ¿Que si no confiesa voy a autodestruirme? Se reirá de ti, Bobby. Me quiere destruida, de una forma o de otra.

Caminó de un lado para otro de la habitación, cada vez más desesperada.

—Entonces vete de aquí.

Ella suspiró.

—Pueden observarnos salir de esta habitación, seguirnos a cualquier parte. Podemos ir a la Luna y nunca ser libres...

La voz pareció brotar del aire.

—Si crees eso, entonces será mejor que renuncies ahora.

Kate jadeó; Bobby dio un salto y se volvió en redondo. Había sido la voz de una mujer, o de una muchacha..., una voz familiar. Pero la habitación parecía vacía.

Bobby dijo lentamente:

—¿Mary?

Vio primero su rostro, flotando en el aire, mientras empezaba a despojarse de una capucha. Luego, cuando empezó a moverse contra el fondo, la perfección de la

ocultación de su Traje de Incorporeidad empezó a descomponerse y pudo captar su silueta: la sombra de un miembro aquí, una vaga mancha decolorada allá donde debía de estar su torso, todo ello dominado por un extraño y engañoso efecto ojo de pez, como las primeras imágenes de la GusanoCámara. Observó, ausente, que parecía limpia, sana, incluso bien alimentada.

—¿Cómo has entrado aquí?

Ella sonrió.

—Si vienes conmigo, Kate, te lo mostraré.

—¿Venir contigo? ¿Adónde?

—¿Y por qué? —quiso saber Bobby.

—El “por qué” es obvio, Bobby —dijo Mary, con un eco de su aguijón adolescente en su voz—. Porque, como Kate no deja de decir, si no se marcha de aquí el hombre va a revolverle los sesos con una cuchara.

—Vaya donde vaya puede ser rastreada —dijo Bobby razonablemente.

—Correcto —dijo Mary con voz densa—. La GusanoCámara. Pero no has sido capaz de rastrearme *a mí* desde que me marché de casa hace tres meses. No me viste venir. No supiste que estaba en el apartamento hasta que me revelé. Mira, la GusanoCámara es una herramienta espectacular. Pero no es una varita mágica. La gente se siente paralizada por ella. Todos han dejado de pensar. Aunque Santa Claus pudiera verte, ¿qué va a hacer? Cuando llegue a ti puedes haber desaparecido de nuevo hace mucho.

Bobby frunció el ceño.

—¿Santa Claus?

—Santa Claus puede verte todo el tiempo —dijo Kate con lentitud—. La víspera de Navidad, puede mirar hacia atrás a lo largo de todo el año y ver si has sido bueno o malo.

Mary sonrió.

—Santa Claus debió de ser el primero en tener la GusanoCámara, ¿no? Feliz Navidad.

—Siempre pensé que eso era un mito siniestro —dijo Kate—. Pero sólo puedes mantenerte lejos de Santa Claus si puedes verlo venir.

Mary sonrió.

—Eso es fácil. —Alzó su brazo, echó hacia atrás la manga de su Traje de Incorporeidad y reveló lo que parecía un grueso reloj de pulsera. Era compacto, voluminoso, y tenía el aspecto de algo salido de un banco de bricolaje. La esfera del instrumento era una Pantalla Blanda en miniatura; mostraba vistas del corredor de fuera, la calle, los ascensores, lo que debían de ser los apartamentos vecinos—. Todo vacío —murmuró Mary—. Quizás algún imbécil en alguna parte esté escuchando todo lo que decimos pero, ¿a quién le importa? Cuando llegue aquí ya nos habremos ido.

—Eso es una GusanoCámara —dijo Kate—. En tu muñeca. Alguna especie de

diseño pirata.

—No puedo creerlo —dijo Bobby—. Comparada con los gigantescos aceleradores en los Talleres del Gusano...

—Y —dijo Mary— Alexander Graham Bell probablemente jamás pensó que pudiera llegar a existir un teléfono sin cable, y tan pequeño que pudiera ser implantado en tu muñeca.

Kate entrecerró los ojos.

—Un inyector Casimir nunca puede ser tan miniaturizado. Esto tiene que ser tecnología del vacío comprimido. En lo que David estaba trabajando, Bobby.

—Si es así —dijo Bobby gravemente—, ¿cómo pudo el desarrollo de la tecnología salir de los Talleres del Gusano? —Miró a Mary—. ¿Sabe tu madre dónde estás?

—Típico —gruñó Mary—. Hace un par de minutos Kate estaba a punto de matarse, y hora me estás acusando de espionaje industrial y preocupándote por mi relación con mi madre.

—Dios mío —dijo Kate—. ¿Qué tipo de mundo va a ser éste en el que cada maldito chico puede llevar una GusanoCámara en su muñeca?

—Te diré un secreto —señaló Mary—. Ya lo hacemos. Los detalles están en Internet. Hay talleres caseros fabricándolos por todo el planeta. —Sonrió—. El genio ha salido de la botella. Mira, estoy aquí para ayudarte. No hay garantías. Santa Claus no es todopoderoso, pero ha hecho que resultara más difícil ocultarse. Todo lo que te estoy ofreciendo es una posibilidad. —Miró fijamente a Kate—. Eso es mejor que a lo que te enfrentas ahora, ¿no?

—¿Por qué quieres ayudarme? —quiso saber Kate.

Mary pareció azorada.

—Porque eres familia. Más o menos.

—Tu madre también es familia —se apresuró a decir Bobby.

Mary le miró furiosa.

—Haré un trato contigo, si eso te hace sentirte mejor. Déjame sacaros de aquí. Déjame salvar la cabeza de Kate de ser cortada a rodajas. A cambio llamaré a mi madre. ¿De acuerdo?

Kate y Bobby intercambiaron una mirada.

—De acuerdo.

Mary rebuscó en su traje y extrajo un fajo de ropa. Se lo tendió.

—Un Traje de Incorporeidad.

—¿Hay sitio para dos ahí dentro? —preguntó Bobby.

Mary estaba sonriendo.

—Esperaba que dijeras eso. Vamos, salgamos de aquí.

Los guardias de seguridad de Hiram, alertados por un monitor GusanoCámara de

rutina, llegaron diez minutos más tarde. El apartamento, brillantemente iluminado, estaba vacío. Los guardias empezaron a discutir acerca de quién se lo diría a Hiram y cargaría con las culpas..., y luego guardaron silencio cuando se dieron cuenta de que Hiram debía de estar, o podía estar, observando de todos modos.

Tres

Luz de otros días

A menudo, en la quieta noche, cuando las cadenas del sueño me han atado, los queridos recuerdos me traen la luz de otros días a mi alrededor.

—THOMAS MOORE (1779-1852)

El escenario iluminado

Roma, 2041 d. C.: Sujetando la mano de Heather, David caminaba por el denso y activo corazón de la ciudad; el cielo nocturno sobre su cabeza, con capas de smog, parecía tan naranja como las nubes de Titán.

Incluso esa Roma tardía estaba atestada de visitantes. Muchos, como Heather, caminaban con las bandas de cabeza de los Ojos de la Mente o con Gafas-y-Guantes.

Cuatro años después de la primera distribución masiva de la GusanoCámara, se había convertido en un pasatiempo tentador y de moda convertirse en un turista temporal amuchos de los lugares antiguos del mundo, vagando por las profundas capas del pasado: David había decidido que debía intentar el tour con escafandra autónoma de la Venecia hundida antes de abandonar Italia... Tentador, sí; y David comprendía por qué. El pasado se había convertido en un lugar confortable y familiar, su exploración una segura aventura sintética, el lugar perfecto donde desviar los ojos de la ominosa pared meteorítica que determinaba el futuro. Qué irónico, pensó David, que a un mundo al que se le negaba el futuro se le garantizara de pronto su pasado.

Y la huida de un mundo donde incluso el transformado presente era un lugar extraño e inquietante resultaba tentadora.

Casi todo el mundo llevaba ahora encima una GusanoCámara de algún tipo, generalmente la versión miniaturizada del tamaño de un reloj de pulsera alimentada por la tecnología del vacío comprimido. La GusanoCámara personal era un enlace con el resto de la humanidad, con las glorias y los horrores del pasado... y, no lo último, un artilugio útil para mirar por la siguiente esquina.

Y todo el mundo era remodelado por la implacable mirada de la GusanoCámara.

La gente ni siquiera vestía de la forma en que acostumbraba a hacerlo. Algunas de las personas de más edad, allá en las concurridas calles romanas, todavía llevaban ropa que hubiera sido reconocible, incluso de moda, unos pocos años antes. De hecho, algunos turistas se paseaban desafiantemente vestidos con camisetas y pantalones cortos, como habían hecho durante décadas. Una mujer llevaba una camiseta con un mensaje chillón:

HEY, AHÍ ARRIBA EN EL FUTURO:
¡SACAD A VUESTRA ABUELA FUERA DE AHÍ!

Pero mucha más gente se cubría por completo, con trajes de una sola pieza sin costuras abotonados muy arriba en el cuello, y con largas mangas y perneras que terminaban en guantes y botas cosidos. Incluso había algunos ejemplos de estilos importados del mundo islámico: batas y túnicas que se arrastraban por el suelo, prendas de cabeza que ocultaban todo menos los ojos, uniformemente fijos y cautelosos en su mirada.

Otros habían reaccionado de una forma completamente distinta. Había una pareja nudista, dos hombres cogidos de la mano que exhibían sus colgantes barrigas de mediana edad sobre hundidos y arrugados genitales con desafiante orgullo.

Pero, cautelosos o desafiantes, la gente mayor —entre la cual se incluía reluctant David— exhibía una constante e incómoda conciencia de la fija mirada de la GusanoCámara.

Los jóvenes, que habían crecido con la GusanoCámara, eran diferentes.

Muchos de los jóvenes iban simplemente desnudos, excepto algunos objetos prácticos como bolsos y sandalias. Pero a David le parecía que no tenían nada de la timidez o falta de naturalidad de sus mayores, como si estuvieran eligiendo entre lo que llevar basándose simplemente en motivaciones prácticas o un deseo de desplegar su personalidad, antes que en cualquier modestia o tabú.

Un grupo de jóvenes llevaban máscaras que mostraban proyecciones del amplio rostro de un hombre joven. Llevaban ese rostro tanto muchachos como muchachas, y exhibía toda una serie de condiciones y emociones —bañado por la lluvia, curtido por el sol, barbudo y afeitado, riendo y llorando, incluso durmiendo— que parecían no tener nada que ver con las actividades de sus portadores. Era algo desconcertante de contemplar, como ver a un grupo de clones vagando por la noche romana.

Había máscaras de Rómulo, el último accesorio de moda creado por NuestroMundo. Rómulo, fundador de la ciudad, se había convertido en todo un personaje para los jóvenes romanos desde que la GusanoCámara había demostrado que había existido realmente, aunque su hermano y todo lo demás relativo a la loba hubiera resultado ser puramente mítico. Cada máscara era simplemente una Pantalla Blanda, moldeada al rostro, con rasgos extraídos de la GusanoCámara, y mostraba el rostro de Rómulo tal como había sido en la edad exacta, hasta el minuto, del portador. NuestroMundo estaba preparando otras variantes regionales de la misma idea para distintas partes del mundo.

Era una espectacular idea de marketing. Pero David sabía que le iba a tomar toda una vida acostumbrarse a la visión del rostro de un joven representante de la Edad de Hierro encima de un par de graciosos pechos desnudos.

Cruzaron una pequeña plaza, una extensión de mustio verdor rodeada por altos edificios antiguos. En un banco observó David a una pareja joven, un chico y una chica, ambos desnudos. Tendrían quizá dieciséis años. La chica estaba sentada sobre las rodillas del muchacho y se besaban ardientemente. La mano del chico estaba estrujando con urgencia el pequeño pecho de la muchacha. Y la mano de ella,

hundida entre sus dos cuerpos, envolvía la erección de él.

David sabía que algunos (viejos) comentaristas quitaban importancia a todo este hedonismo, este loco danzar de los jóvenes antes de la arremetida del fuego. Era un joven reflejo automático a las horribles y desesperanzadoras filosofías nihilistas que se habían desarrollado recientemente en respuesta a la cada vez más presente existencia del Ajenjo: filosofías en las cuales el universo era visto como poco más que un puño gigantesco cuya intención era aplastar toda vida y belleza y pensamiento, una y otra vez. Nunca había habido una forma de sobrevivir al lento declive del universo, por supuesto; ahora el Ajenjo había convertido el final cósmico en algo horriblemente real, y no había nada que hacer excepto danzar y hacer el amor y llorar.

Tales nociones eran melancólicamente seductoras. Pero la explicación del proceder de la juventud moderna era seguramente más simple que eso, pensó David. Con toda seguridad otra consecuencia de la GusanoCámara: la implacable y desconcertante retirada de todos los tabúes, en un mundo donde todas las paredes se habían derrumbado.

Un puñado de gente se había detenido a contemplar a la pareja. Un hombre — desnudo también, quizá veinte años— se estaba masturbando lentamente.

Técnicamente *aquello* era todavía ilegal. Pero nadie intentaba hacer cumplir ya esas leyes. Después de todo, ese hombre solitario podía regresar a su habitación del hotel y utilizar su GusanoCámara para enfocarla sobre quien quisiera, en cualquier momento del día o de la noche..., que era para lo que la gente había estado usando la GusanoCámara cuando fue del dominio público, y los vídeos y las películas y las revistas mucho antes que eso. Al menos, en ésta era de la GusanoCámara, ya no había hipocresía.

Pero tales incidentes se iban haciendo ya cada vez más raros. Estaban emergiendo nuevas normas sociales.

David tenía la impresión de que el mundo era un poco como un concurrido restaurante. Sí, podías escuchar lo que estaba diciendo el hombre de la mesa vecina a su esposa. Pero eso no era educado; si lo hacías, podías verte marginado. Y, después de todo, mucha gente prefería en la actualidad los lugares concurridos, públicos; el zumbido, la excitación, la sensación de pertenecer, podían superar cualquier deseo de intimidad.

Mientras David observaba, la muchacha se separó, sonriéndole a su amor, y deslizó su cuerpo hacia abajo, con la suavidad de una foca, y tomó la erección en su boca. Y...

David se dio la vuelta, el rostro ardiendo.

Su hacer el amor había sido torpe, de aficionados, quizá demasiado ansioso; sus dos cuerpos, aunque jóvenes, no eran unos especímenes especialmente atractivos. Pero de todos modos aquello no era arte, ni siquiera pornografía; aquello era la vida humana, en toda su torpe belleza animal. David intentó imaginar cómo sería el ser

aquel muchacho, allí y ahora, libre de tabúes, gozando con el poder de su cuerpo y el de su amante.

Heather, sin embargo, no vio nada de aquello. Caminando a su lado, con ojos brillantes, estaba inmersa todavía en el profundo pasado..., y quizá fuera tiempo de que se uniera con ella allí. Con una sensación de alivio —y una breve palabra al Mecanismo de Búsqueda solicitando su guía—, David conectó su propio Ojo de la Mente y se deslizó a otro tiempo.

... Salió a la luz del día. Pero aquella concurrida calle, alineada con grandes bloques de apartamentos como cajas de varios pisos, estaba en penumbra. Se sintió rodeado por la peculiar topografía de aquel lugar —las famosas siete colinas— que los romanos, ya casi un millón, habían construido.

En muchos sentidos la ciudad tenía un aire notablemente moderno. Pero esto no era el siglo XXI: estaba viendo aquella activa y vibrante capital en una brillante tarde de verano italiana justo cinco años después de la cruel muerte de Cristo. No había vehículos a motor, por supuesto, y pocos carros o carruajes tirados por animales. La forma de transporte más común, aparte de a pie, era en litera o silla. Aún así, las calles estaban tan concurridas que incluso el tráfico a pie sólo podía circular a paso de tortuga.

Había todo un muestrario de humanidad —ciudadanos, soldados, pobres y esclavos— a todo su alrededor. David y Heather eran más altos que la mayoría de aquella gente; y además, caminando por la superficie moderna, flotaban por encima del cielo adoquinado de la antigua ciudad. Los pobres y los esclavos parecían como atrofiados, algunos visiblemente afectados de desnutrición y enfermedades, su aspecto a veces incluso ratonil, mientras se apiñaban alrededor de las fuentes públicas de agua. Pero muchos de los ciudadanos —algunos vestidos con brillantes togas blancas adornadas con hilo de oro, beneficiarios de generaciones de prosperidad fundada en la expansión del imperio— eran tan altos y bien alimentados como David y, con ropa adecuada, seguramente no hubieran estado fuera de lugar en las calles de cualquier ciudad del siglo XXI.

Pero David no podía acostumbrarse a la forma en que la densa multitud simplemente pasaba *a través* de él. Ya resultaba duro aceptar que para esos romanos, atareadamente dedicados a sus propios asuntos, él no era más que un fantasma insustancial. Ansiaba estar allí, representar un papel.

Llegaron ahora a un lugar más abierto. Era el Foro Romano: una espléndidamente pavimentada plaza romana rodeada por grandes edificios públicos de dos plantas, con al frente hileras de estrechas columnas de mármol. Una línea de columnas triunfales, cada una rematada con estatuas doradas, se alzaba osadamente en el centro de la plaza, y más hacia adelante, más allá de un grupo de techos inclinados de tejas rojas característicamente romanas, pudo ver la curva masa del Coliseo.

En una esquina observó a un grupo de ciudadanos, ostentosamente vestidos —senadores quizá—, discutiendo vehementemente, agitando tablillas, indiferentes a la belleza y maravilla de su alrededor. Eran prueba de que aquella ciudad no era un museo, sino muy evidentemente la capital operativa de un enorme, complejo y bien dirigido imperio —la Washington de la época—, y su misma mundanidad era vivificante, tan distinta de las áridas, resplandecientes, despobladas reconstrucciones de los antiguos museos, películas y libros pre GusanoCámara.

Pero esta ciudad imperial, ya antigua, sólo sobreviviría unos pocos siglos más. Los grandes acueductos caerían, las fuentes públicas dejarían de manar; y después, durante un millar de años, los romanos se verían reducidos a transportar a mano su agua del Tíber.

Alguien golpeó suavemente su hombro.

David se volvió, sobresaltado. Había un hombre, vestido con traje color gris carbón y corbata, absolutamente fuera de lugar allí. Llevaba el pelo rubio muy corto y sujetaba una insignia. Y, como David y Heather, flotaba a unos pocos metros por encima del suelo de la Roma imperial.

Era el agente especial del FBI Michael Mavens.

—Usted —dijo David—. ¿Qué quiere de nosotros? ¿No cree que ya ha hecho suficiente daño a mi familia, agente especial?

—Nunca pretendí hacer ningún daño, señor.

—Y ahora...

—Ahora necesito su ayuda.

Reprimiendo un suspiro, David alzó sus manos a la banda de cabeza de su Ojo de la Mente. Pudo sentir el indefinible hormigueo que le llegó con la desconexión del equipo transmisor-receptor del enlace con su corteza cerebral.

De pronto se vio inmerso en la cálida noche romana.

Y a su alrededor el Foro Romano se vio reducido. Grandes pedazos de mármol sembraban el suelo, pardos y erosionados bajo el nocivo aire de la ciudad. De los grandes edificios sólo sobrevivían un puñado de columnas y travesaños, que se alzaban sobre el suelo como huesos expuestos, y una enfermiza hierba urbana crecía por entre las grietas.

Extrañamente, entre los chillonamente vestidos turistas del siglo XXI, Mavens, con su traje gris, parecía todavía más fuera de lugar que en la antigua Roma.

Michael Mavens se volvió y estudió a Heather. Los ojos de la mujer, muy dilatados, brillaban con el inconfundible destello de los puntos focales producidos por los generadores en miniatura de las GusanoCámaras implantadas en sus retinas. David tomó la mano de la mujer. Ella se la apretó suavemente.

Mavens captó la mirada de David. Asintió, indicando que comprendía. Pero presionó:

—Necesitamos hablar, señor. Es importante.

—¿Mi hermano?

—Sí.

—Muy bien. ¿Nos acompaña a nuestro hotel? No está lejos.

—Se lo agradezco.

Así David salió de las ruinas del Foro Romano, guiando gentilmente a Heather por entre los caídos restos de la antigüedad. Heather volvió su cabeza como una cámara, aún inmersa en las brillantes glorias de una ciudad muerta hacía mucho, y la distorsión del espaciotiempo brilló en sus ojos.

Llegaron al hotel.

Heather apenas había hablado desde el Foro Romano. Dejó que David la besara en la mejilla antes de ir a su habitación. Allá se echó en la oscuridad, mirando al techo, con los ojos de agujero de gusano destellando; David se dio cuenta, intranquilo, de que no tenía absolutamente ninguna idea de lo que ella estaba mirando.

Cuando volvió a su propia habitación, Mavens estaba aguardando. David preparó unas copas del minibar: un malta sólo para él, un bourbon para el agente.

La voz de Mavens sonó intrascendente.

—¿Sabe?, Hiram Patterson está llegando a todas partes. En su cuarto de baño, hace un momento, usé un espejo GusanoCámara para sacarme un resto de espinacas de entre mis dientes. Mi esposa tiene un agujero de gusano NanaCámara en casa. Mi hermano y su esposa están usando un monitor GusanoCámara para seguir a su hija de trece años, que en su opinión es un poco alocada..., y así hasta el infinito. Piense en ello: es la tecnología milagro de nuestro tiempo, y la usamos para cosas tan triviales.

—Mientras continúe vendiéndose —dijo David secamente—, a Hiram no le importará lo que hagamos con ella. ¿Por qué no me dice para qué ha venido hasta tan lejos para verme, agente especial Mavens?

Mavens metió una mano en un bolsillo de su arrugada chaqueta y extrajo un disco de datos del tamaño de un pulgar; lo hizo girar como si fuera una moneda, y David vio brillar un holograma en su superficie. Mavens colocó cuidadosamente el disco sobre la pequeña mesa pulida, al lado de su copa.

—Estoy buscando a Kate Manzoni —dijo—. Y a Bobby Patterson, y a Mary Mays. Se han ocultado. Deseo traerlos de vuelta. Ayudarles a reconstruir sus vidas.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó David hoscamente—. Después de todo, usted tiene los recursos del FBI a sus espaldas.

—No para esto. A decir verdad, la agencia ha renunciado a los tres. Yo no.

—¿Por qué? ¿Desea castigarlos un poco más?

—En absoluto —dijo incómodo Mavens—. Manzoni fue el primer caso de importancia que se basó en pruebas de GusanoCámara. Y nos equivocamos. —Sonrió, con aspecto cansado—. Lo he estado comprobando. Eso es lo maravilloso con la GusanoCámara, ¿sabe? Es lo más grande para elaborar una segunda opinión.

“Entienda, ahora es posible leer muchos tipos de información a través de la GusanoCámara: en particular el contenido de las memorias y dispositivos de almacenamiento de un ordenador. Comprobé el equipo que estaba usando Kate Manzoni en el momento de su supuesto crimen. Y, finalmente, descubrí lo que Manzoni había afirmado todo el tiempo que era la verdad”.

—¿Y que es?

—Que Hiram Patterson fue el responsable del crimen..., aunque resultó difícil llegar hasta él, incluso usando la GusanoCámara. Y que le tendió una trampa a Manzoni. —Sacudió la cabeza—. Conocía y admiraba el periodismo de Kate Manzoni mucho antes de que surgiera el caso. La forma en que puso al descubierto la ocultación de la existencia del Ajenjo...

—No fue culpa suya —dijo David con voz llana—. Usted sólo hacía su trabajo.

—Un trabajo que estropeé —dijo Mavens duramente—. Y no fue el primero. Pero los perjudicados, Bobby y Kate, han desaparecido de la vista. Y no son los únicos.

—Se ocultan de la GusanoCámara —dijo David.

—Por supuesto. Lo está cambiando todo...

Era cierto. Ante la nueva apertura, los negocios vivían un gran boom. El crimen parecía haber descendido a niveles irreducibles, un residuo motivado por los desórdenes mentales. Los políticos, cautelosamente, habían hallado formas de actuar en el nuevo mundo con paredes de cristal, con cada uno de sus movimientos abierto al escrutinio online de ciudadanos preocupados, ahora y en el futuro. Más allá de la trivialidad del turismo por el tiempo, una nueva historia auténtica, libre de mitos y mentiras —y no menos maravillosa por ello— estaba penetrando en la conciencia de la especie; naciones y religiones y corporaciones parecían casi haber terminado con su ronda de disculpas las unas a las otras y a la gente. Las religiones supervivientes, refundadas y purificadas, purgadas de corrupción y codicia, estaban reemergiendo a la luz y —le parecía a David— estaban empezando a cumplir con su auténtica misión, que era la búsqueda de lo trascendente por parte de la humanidad.

Desde lo más alto hasta lo más bajo, incluso las costumbres habían cambiado. La gente parecía volverse un poco más tolerante los unos con los otros, capaz de aceptar las diferencias y los fallos de los demás..., porque cada persona sabía que ella también estaba bajo escrutinio.

Mavens estaba diciendo:

—¿Sabe?, es como si todos hubiéramos estado bajo los focos en un escenario a oscuras. Ahora las luces del teatro se han encendido, todo el escenario se ha iluminado hasta bastidores..., nos guste o no. Supongo que ha oído hablar usted de la VMA, la Vigilancia Mutua Asegurada, una consecuencia del hecho de que todo el mundo lleva consigo una GusanoCámara; todo el mundo está observando a todo el mundo. De pronto nuestra nación está llena de cortesés, cautelosos, vigilantes ciudadanos. Pero eso puede ser dañino. Algunas personas parece que se han vuelto unos obsesos de la vigilancia, incapaces de hacer nada que los señale como distintos

de la norma. Es como vivir en un pueblo dominado por las habladurías...

—Pero seguro que la GusanoCámara ha sido, en definitiva, una cosa buena. Cielos Abiertos, por ejemplo.

Cielos Abiertos había sido el viejo sueño del presidente Eisenhower de transparencia internacional. Incluso antes de la GusanoCámara había habido una ejecución de algo parecido a esa visión, con reconocimientos aéreos, satélites de vigilancia, inspectores de armamento. Pero eso era siempre limitado: a los inspectores podía no permitírseles el paso, los silos de misiles podían ser camuflados.

—Pero ahora —dijo Mavens—, en este maravilloso mundo de la GusanoCámara, los estamos observando, y sabemos que ellos nos están observando a nosotros. Y no puede ocultarse nada. Los tratados de reducción de armas pueden ser verificados; un cierto número de conflictos armados han llegado a un impasse, con ambos lados sabiendo lo que los otros van a hacer. No sólo eso, sino que los ciudadanos están observando también. Por todo el planeta...

Los regímenes dictatoriales y represivos, puestos a la luz, se estaban derrumbando. Aunque algunos gobiernos totalitarios habían intentado usar la nueva tecnología como un instrumento de opresión, la (deliberada) inundación de esos países con GusanoCámaras por parte de las democracias había dado como resultado apertura y control. Esto era una extensión del trabajo hecho en el pasado por grupos como el Programa Testigo, que durante décadas había proporcionado equipos de vídeo a grupos pro derechos humanos: *Dejemos que luche la verdad*.

—Créame —dijo Mavens—, los Estados Unidos se están saliendo muy bien de esto. El peor escándalo que hemos sufrido recientemente fue la puesta al descubierto de los búnkers del Ajenjo. —Un patético y desesperado ejercicio, un puñado de montañas ahuecadas y minas reconvertidas, destinadas a refugio para los ricos y los poderosos, o al menos para sus hijos, del Día del Ajenjo. La existencia de tales instalaciones era sospechada desde hacía tiempo; cuando salieron a la luz, su futilidad como refugio fue rápidamente demostrada por los científicos, y sus constructores ridiculizados hasta el bochorno—. Si piensa en ello —dijo Mavens—, normalmente había muchos más escándalos que ése denunciados en cualquier momento del pasado. Estamos siendo mucho más honestos. Hay algunos que argumentan que puede que estemos al borde de un auténtico gobierno mundial de consenso al fin..., incluso una utopía.

—¿Cree usted en ello?

Mavens sonrió agriamente.

—Ni por un segundo. Tengo la sensación de que estamos yendo, sea donde sea donde nos conduce la GusanoCámara, a algo mucho más extraño.

—Quizá —dijo David—. Supongo que hemos vivido uno de esos momentos de cambio de perspectiva: la última generación fue la primera en ver la Tierra completa desde el espacio; la nuestra ha sido la primera en ver toda la auténtica historia..., y la verdad acerca de nosotros mismos. ¿Sabe?, yo debería poder enfrentarme a todo esto.

—David forzó una sonrisa—. Acéptelo de un católico, agente especial Mavens. Crecí alentado a creer que me hallaba ya bajo el escrutinio de una especie de GusanoCámara..., pero *esa* GusanoCámara era el ojo que todo lo ve de Dios. Tenemos que aprender a vivir sin subterfugio y sin vergüenza. Sí, es difícil para nosotros..., difícil para *mí*. Pero gracias a la GusanoCámara, tengo la impresión de que todo el mundo se está volviendo un poco más sano.

Y era notable que todo aquello hubiera derivado de la introducción de un artilugio que Hiram, su fuerza impulsora, había creído que no era más que una cámara de televisión un poco más lista. Pero ahora Hiram, escondido en sus profundidades, había recorrido a la manera de los innovadores todo el camino de vuelta hasta Frankenstein, y corría el peligro de ser destruido por su máquina.

—Quizás en una o dos generaciones esto acabe de purificarnos por completo —dijo Mavens—. Pero no todo el mundo puede resistir el verse expuesto. El índice de suicidios sigue siendo alto..., se sorprendería si supiera *cuán* alto. Y hay mucha gente, como Bobby, que desaparece de los registros: censos, listas de contribuyentes. Algunos incluso se hacen sacar los implantes de localización de sus brazos. Podemos verles, por supuesto, pero no podemos darles un nombre. —Miró fijamente a David—. Éste es el tipo de grupo al que creemos que se han unido Bobby y los otros. Se hacen llamar Refugiados. Y ése es el tipo de gente que tenemos que rastrear si queremos localizar a Bobby.

David frunció el ceño.

—Ha hecho su elección. Puede que sea feliz así.

—Ha huido. En estos momentos *no tiene* ninguna elección.

—Si usted lo encuentra, encontrará también a Kate. Y ella deberá enfrentarse a su sentencia.

Mavens negó con la cabeza.

—Puedo garantizarle que eso no ocurrirá. Se lo he dicho, tengo pruebas de su inocencia. Ya estoy preparando el material para una nueva apelación. —Tomó el disco de datos y dio unos golpecitos con él sobre la mesa—. Bien —dijo—, ¿quiere darle a su hermano una vida?

—¿Qué es lo que quiere que haga?

—Podemos rastrear a la gente con la GusanoCámara simplemente siguiéndola —dijo Mavens—. No es fácil, es un trabajo intenso, pero es posible. Pero resulta fácil engañar al seguimiento visual. Y una GusanoCámara no puede rastrear con seguridad la huella de ningún indicador externo, ni siquiera un implante. Los implantes pueden ser extirpados, transferidos, reprogramados, destruidos. Así que los laboratorios de investigación del FBI han estado trabajando en un método mejor.

—¿Cuál?

—El ADN. Creemos que es posible empezar con cualquier fragmento orgánico analizable, un poco de piel o el recorte de una uña, lo suficiente para registrar el ADN, y luego rastrear hacia atrás el fragmento hasta que, hum, se reúna con el

individuo en cuestión. Y entonces, usando el ADN, podemos rastrear al sujeto hacia atrás y hacia adelante en el tiempo hasta tan lejos como queramos.

”Este disco contiene software de rastreo. Lo que necesitamos de usted es que lo conecte a una GusanoCámara operativa. Ustedes los de NuestroMundo, usted específicamente, doctor Curzon, siguen estando a la cabeza en todo esto.

“Creemos que con el tiempo será posible establecer una base de datos global de ADNs..., los niños serán secuenciados y registrados al nacer, y esa información usada como base para un procedimiento general de búsqueda, sin necesidad de tener que recurrir a ningún fragmento físico...”

—Y entonces —dijo David lentamente—, usted podrá sentarse en una agencia del FBI, y sus agujeros de gusano espías recorrerán el planeta hasta que encuentren a la persona que busca..., incluso en la más completa oscuridad. Será la muerte final de la intimidad. ¿Correcto?

—Oh, vamos, doctor Curzon —protestó Mavens—. ¿Qué es la intimidad? Mire a su alrededor. Los chicos ya están jodiendo en plena calle. Dentro de otros diez años tendrá que explicarles usted lo que significaba antes *intimidad*. Esos chicos son diferentes. Los sociólogos lo dicen. Usted puede *verlo*. Están creciendo acostumbrados a la exposición, a la luz, y hablan entre sí todo el tiempo. ¿Ha oído hablar de las Arenas? Gigantescas, interminables discusiones transmitías vía enlaces GusanoCámara, inmoderadas, internacionales, a veces implicando a miles de personas. Y prácticamente ninguno de sus participantes tiene más de veinticinco años. Están empezando a discurrir las cosas por ellos mismos, sin apenas ninguna referencia al mundo que construimos nosotros. En comparación, somos nosotros los que no sabemos donde vamos, ¿no?

David, relucante, tuvo que admitirlo. Y la cosa no se detendría ahí. Quizás iba a ser necesario que las dañadas viejas generaciones, incluida la suya, se abrieran camino fuera del escenario, llevándose consigo sus obsesiones y sus tabúes, antes de que los jóvenes pudieran heredar aquel nuevo mundo que sólo ellos comprendían realmente.

—Quizá —gruñó Mavens cuando David expresó en voz alta ese pensamiento—. Pero todavía no estamos dispuestos a abandonar. Y mientras tanto...

—Mientras tanto, yo puedo encontrar a mi hermano.

Mavens estudió su vaso.

—Mire, eso no tiene nada que ver conmigo. Pero... Heather es una cabezagusano, ¿no?

Una cabezagusano era el resultado último de la adicción a la GusanoCámara. Desde que se pusiera sus implantes retinales, Heather había pasado su vida en un sueño virtual. Por supuesto era capaz de sintonizar sus ojos de GusanoCámara para ver el presente —o al menos el pasado más reciente— como si sus ojos fueran todavía el original orgánico. Pero, sabía David, raras veces decidía hacerlo.

Normalmente vagaba por un mundo iluminado por el perdido resplandor del

pasado profundo. A veces caminaba con su propio yo más joven, incluso mirando a través de sus ojos, reviviendo una y otra vez acontecimientos pasados. David estaba seguro de que estaba con Mary casi todo el tiempo —con la niña pequeña en sus brazos, corriendo hacia ella—, incapaz, y de alguna forma no deseosa, de cambiar ni el menor detalle.

Si bien la condición de Heather no tenía nada que ver con Mavens, sí tenía algo que ver con David. Quizá su impulso de protegerla había sido el resultado de su propio roce con la seducción del pasado.

—Hay algunos comentaristas —dijo lentamente David— que dicen que éste es el futuro para todos nosotros. Agujeros de gusano en nuestros ojos, en nuestros oídos. Aprenderemos una nueva percepción, en la cual las capas del pasado sean tan visibles para nosotros como el presente. Será una nueva forma de pensar, de vivir el universo. Pero por ahora...

—Por ahora —dijo Mavens suavemente—, Heather necesita ayuda.

—Sí. Se tomó muy duramente la pérdida de su hija.

—Entonces hagamos algo al respecto. Ayúdeme. Mire..., este rastreador ADN no es sólo un dispositivo de espionaje. —Mavens se inclinó hacia adelante—. Piense en todas las demás cosas que puede hacer con él. Erradicación de enfermedades, por ejemplo. Puede rastrear usted hacia atrás en el tiempo una epidemia que se está extendiendo a lo largo de sus vectores, transmitidos por el aire o por el agua o por lo que sea, reemplazando lo que pueden ser meses de penoso y peligroso trabajo de detective con una mirada de un momento... Los Centros de Control de Enfermedades ya están estudiando eso. ¿Y qué hay de la historia? Puede rastrear a un individuo hacia atrás hasta el mismo seno materno. No se necesita mucha extensión de software para transferir la huella al ADN de cualquiera de los padres. Y a sus padres antes de ellos. Puede seguir usted árboles genealógicos hacia atrás en el tiempo. Y puede trabajar en el otro sentido, empezar con cualquier personaje histórico y rastrear a todos sus descendientes vivos... Es usted un científico, David. La GusanoCámara ha vuelto ya del revés la ciencia y la historia, ¿no? Piense en lo que se puede hacer con esto.

Mantuvo el disco delante de él, frente al rostro de David, sujetándolo entre el índice y el pulgar, como, pensó David, si fuera la hostia de la comunión.

Observando a Bobby

Se llamaba Mae Wilson.

Su intención era transparente, como una pieza de cristal.

Eso fue cierto desde el momento en que su hija adoptiva, Bárbara, fue acusada del asesinato de su hijo adoptivo, Mian, y sentenciada a seguir a su padre —el esposo de Mae, Phil— a una habitación donde se le administraría una inyección letal.

El hecho era que había llegado a acostumbrarse a la idea de que su esposo había sido un monstruo que había abusado y matado al muchacho que habían puesto a su cuidado. A lo largo de los años había aprendido a culpar a Phil, incluso había aprendido a odiar su sombra; y, aferrándose a eso, había hallado un poco de paz.

Y todavía tenía a Bárbara, en alguna parte ahí fuera, un fragmento que le había quedado del naufragio de su vida, prueba de que de todo aquello todavía había quedado algo bueno.

Pero ahora, a causa de la GusanoCámara, eso ya no era ninguna opción. No había sido Phil después de todo..., sino *Bárbara*. Y eso simplemente no era aceptable. El monstruo no había sido quien le había mentado durante todos aquellos años, sino alguien a quien ella había alimentado, criado, *hecho*.

Y ella, Mae, no era una víctima de un engaño sino, de algún modo, un agente de todo el desastre.

Por supuesto, poner al descubierto a Bárbara había sido *justo*. Por supuesto, era *cierto*. Por supuesto, era una gran equivocación la que se había cometido con Phil, con todos ellos, en su errónea convicción, una equivocación que ahora se había remediado, al menos parcialmente, gracias a la GusanoCámara.

Pero no era justicia ni verdad ni reparación lo que deseaba Mae. Y nadie se daba cuenta de ello. ¿Por qué aquella gente que tanto amaba la GusanoCámara no podía verlo? Todo lo que deseaba Mae era consuelo.

Su intención era clara desde un principio. Se trataba de hallar a alguien nuevo a quien odiar.

Nunca podría ser Bárbara, por supuesto, pese a lo que había hecho. Todavía era Bárbara, unida a Mae como por un cable de acero.

Así que el enfoque de Mae se desvió, mientras profundizaba y desarrollaba su pensamiento.

Al principio había fijado su atención en el agente del FBI Mavens, el hombre que hubiera podido hallar la verdad en un principio, en los viejos días pre GusanoCámara.

Pero eso no era correcto, por supuesto; había sido, literalmente, un agente, realizando torpemente su trabajo con toda la tecnología de la que disponía.

¿La propia tecnología entonces..., la ubicua GusanoCámara? Pero odiar una simple pieza de maquinaria era superficial, insatisfactorio.

No podía odiar *cosas*. Tenía que odiar personas.

Hiram Patterson, por supuesto.

Había maldecido la raza humana con su monstruosa máquina de la verdad, sin otra finalidad que pudiera detectar que la de obtener beneficio.

Y que, incidentalmente, había destruido incluso la religión que en su tiempo le había reportado a ella consuelo.

Hiram Patterson.

David necesitó tres días de intenso trabajo en los Talleres del Gusano para conectar el software de rastreo de los laboratorios federales a un agujero de gusano operativo.

Luego fue al apartamento de Bobby. Buscó en él hasta que encontró, pegado a una almohada, un único cabello de la cabeza de Bobby. Hizo que su ADN fuera secuenciado en otra de las instalaciones de Hiram.

La primera imagen, brillante y clara en su Pantalla Blanda, fue la del propio pelo, olvidado encima de la almohada.

David empezó a rastrear hacia atrás en el tiempo. Había diseñado una forma de conseguir que el punto focal se rebobinara con rapidez hacia el pasado, en realidad se establecía una sucesión de nuevos agujeros de gusano que retrocedían a lo largo de la línea de moléculas de ADN del pelo.

Aceleró, y los días y las noches pasaron en una confusión gris. El pelo y la almohada seguían sin ningún cambio en el centro de la imagen.

De pronto hubo una agitación de movimiento.

Retrocedió, restableció la imagen, y dejó que avanzara a su ritmo normal.

La fecha era de hacía más de tres años. Vio a Bobby, Kate, Mary. Estaban de pie, hablando intensamente. Mary estaba medio oculta por un Traje de Incorporeidad. Se dio cuenta en seguida de que estaban preparando su desaparición; además, desde aquel momento, los tres habían abandonado las vidas de David y Heather.

La prueba había finalizado. El rastreador funcionaba. Podría rastrear hacia adelante, acercándose al presente, hasta que localizara a Bobby y a los demás... Pero quizá fuera mejor dejar eso al agente especial Mavens.

Concluida la prueba, se preparó a cerrar la GusanoCámara..., luego, en un impulso, la dispuso para que se centrara en el rostro de Bobby, como si una cámara invisible flotara allí, justo delante de sus ojos, a lo largo de toda su joven vida.

Y David empezó a escanear hacia atrás.

Mantuvo la velocidad alta mientras se desarrollaban los momentos cruciales de la

vida reciente de Bobby: en el tribunal con Kate, en los Talleres del Gusano con el propio David, discutiendo con su padre, llorando en brazos de Kate, desafiando la ciudadela virtual de Billybob Meeks.

David incrementó más el ritmo del rebobinado, fijado todavía en el rostro de su hermano. Vio a Bobby comer, reír, dormir, jugar, hacer el amor. El entorno, la parpadeante luz del día y de la noche, se convirtieron en una mancha imprecisa, un marco irrelevante de aquel rostro; y las expresiones pasaban tan rápidamente por el rostro en sí que éste también se convirtió en algo impreciso, relajado, de tal modo que el rostro de Bobby terminó pareciendo permanentemente en reposo, los ojos entrecerrados, como si estuviera durmiendo. La luz del verano venía y se marchaba como una marea, y a menudo, con una brusquedad que sobresaltaba a David, el estilo del pelo de Bobby cambiaba: de corto a largo, de oscuro natural a rubio, incluso, en un momento determinado, a una cabeza afeitada.

Y, a medida que los años iban enrollándose hacia atrás, la piel de Bobby perdió las arrugas que había adquirido alrededor de boca y ojos, y una suavidad juvenil se extendió sobre sus huesos. Primero imperceptiblemente, luego con mayor rapidez, su cada vez más rejuvenecido rostro se suavizó, como si se simplificara, y aquellos ojos semiabiertos se hicieron más redondos y más inocentes, las sombras más allá de él — sobras de adultos y de enormes lugares inidentificables— más formidables.

David congeló la imagen unos pocos días después del nacimiento de Bobby. El redondo rostro aún sin formar de un bebé se lo quedó mirando, con los ojos azules muy abiertos y vacíos como ventanas.

Pero detrás de él David no vio la escena de la maternidad de un hospital que había esperado. Bobby estaba en un lugar de duras luces fluorescentes, brillantes paredes, elaborado equipo, caros instrumentos de prueba y técnicos vestidos de verde.

Parecía como un laboratorio de algún tipo.

Tentativamente, David hizo avanzar la imagen.

Alguien sostenía a Bobby bebé en el aire, unas manos enfundadas en guantes que lo sujetaban por los sobacos. Con la facilidad que da la práctica David hizo girar el punto focal, esperando ver a una Heather más joven, o incluso a Hiram.

No vio a ninguno de los dos. El sonriente rostro delante de él, redondo como la luna, era el de un hombre de mediana edad, de piel morena y llena de arrugas, claramente japonés.

Era un rostro que David conocía muy bien. Y de pronto comprendió las circunstancias del nacimiento de Bobby, y muchas otras cosas más.

Se quedó contemplando la imagen durante largo rato, considerando qué hacer.

Mae sabía, quizá mejor que nadie vivo, que no era necesario causar daño físico a alguien para herirle.

Ella no había estado directamente implicada en el horrible crimen que había

destruido su familia; ni siquiera estaba en la ciudad cuando ocurrió todo, no había llegado a ver ni una mancha de sangre. Pero ahora todos los demás estaban muertos, y *ella* era la única que debía acarrear sobre su persona todo el daño durante el resto de su vida.

Así que para alcanzar a Hiram, para hacerle sufrir como ella había sufrido, tenía que causar daño a quien más quisiera Hiram.

No fue necesario estudiar mucho a Hiram, el hombre más público del planeta, para imaginar de quién se trataba. Bobby Patterson, su hijo de oro.

Y por supuesto había que hacerlo de una forma que Hiram supiera que *él* era en definitiva el resultado..., como había ocurrido con Mae. Ésa era la forma de hacer que el dolor fuera lo más profundo posible.

Lentamente, en los oscuros huecos de su mente, fue gestando sus planes.

Fue cuidadosa. No tenía intención de seguir a su esposo y a su hija a la celda con la aguja. Sabía que tan pronto como se hubiera cometido el crimen las autoridades usarían la GusanoCámara para rastrear hacia atrás la vida de ella, buscando las pruebas de que había planeado el crimen y sus motivos.

Nunca debía olvidar ese hecho. Era como si estuviera en medio de un escenario, con cada una de sus acciones monitorizada, registrada y analizada por observadores expertos del futuro, tomando notas a todo su alrededor, justo fuera del círculo de luz.

No podía ocultar sus acciones. De modo que tenía que hacer que pareciera un crimen pasional.

Sabía que incluso tendría que fingir que no era consciente del escrutinio futuro al que sería sometida. Si parecía como una actuación, no convencería a nadie. Así que siguió haciendo todas las cosas íntimas naturales que hacía todo el mundo, pedorreándose y hurgándose la nariz y masturbándose, intentando no demostrar que era más consciente del escrutinio que ninguna otra persona en la era de las paredes de cristal.

Tenía que reunir información, por supuesto. Pero eso era posible ocultarlo. Después de todo, Hiram y Bobby eran dos de las personas más famosas del planeta. Podía aparecer no como una obsesiva acechadora, sino como una viuda solitaria, consolada por los shows televisivos sobre la vida de personas famosas.

Al cabo de un tiempo creyó que había encontrado la forma de llegar hasta ellos.

Emprendió una nueva carrera. De hecho, no era nada fuera de lo usual. Era una época de paranoia, de vigilancia exacerbada; la seguridad personal se había convertido en algo común, una industria en expansión, una carrera atractiva por razones válidas para mucha gente. Empezó a entrenarse, a fortalecer su cuerpo, a adiestrar su mente. Aceptó trabajos en otras partes, protegiendo a gente y sus propiedades, desconectada de Hiram y su imperio.

No escribió nada, no dijo nada en voz alta. Mientras cambiaba lentamente la trayectoria de su vida, intentó hacer que cada paso sucesivo pareciera natural, impulsado por una lógica propia. Como si fuera por accidente que iba derivando

hacia Hiram y Bobby.

Y mientras tanto vigilaba a Bobby constantemente, a través de su dorada vida y hasta su desarrollo a hombre adulto. Era el monstruo de Hiram, pero era una criatura hermosa, y llegó a sentir que le conocía realmente.

Iba a destruirle. Pero mientras pasaba sus horas despierta con Bobby, contra su voluntad, él se iba alojando en su corazón, en los lugares huecos que había allí.

Bobby y Kate, buscando a Mary, se adentraron cautelosamente en Oxford Street.

Tres años antes, poco después de entregar a la pareja a una célula de Refugiados, Mary había desaparecido de sus vidas. No era nada raro. La indefinida red de Refugiados, de alcance mundial, funcionaba sobre la base de organización en células de los antiguos grupos terroristas.

Pero recientemente, preocupado por no tener noticias de su hermanastra desde hacía muchos meses, Bobby la había rastreado hasta Londres. Y hoy se había asegurado de que se reuniría con ella.

El cielo de Londres sobre su cabeza era una lámina brumosa y gris que amenazaba lluvia. Era un día de verano, pero ni caluroso ni frío, una irritante nada urbana. Bobby se sentía moleestamente caluroso dentro de su Traje de Incorporeidad, que por supuesto tenía que mantener constantemente sellado.

Bobby y Kate se deslizaron con pasos suaves y discretos de grupo en grupo. Con una habilidad fruto de la práctica se unían a una multitud temporal, se abrían camino hasta su centro; luego, cuando ésta se disgregaba, iniciaban de nuevo el proceso, siempre en una dirección distinta de aquélla por la que habían venido. Si no había otra elección incluso retrocedían, rehaciendo sus pasos. Su avance era lento. Pero era totalmente imposible que ningún observador de una GusanoCámara los rastreara más allá de unos pocos pasos..., de hecho, era una estrategia tan efectiva que Bobby se preguntaba cuántos otros Refugiados había allí hoy, moviéndose entre las multitudes como fantasmas.

Era evidente que, pese al colapso del clima y la pobreza general, Londres todavía atraía turistas. La gente aún acudía a la ciudad, presumiblemente para visitar las galerías de arte y los antiguos lugares y los palacios ahora abandonados por la realeza inglesa, decantada hacia un trono más soleado en la monárquica Australia.

Pero también resultaba tristemente claro que la ciudad había conocido mejores días. La mayoría de las tiendas eran bazares de oportunidades, y había varios solares vacíos, huecos como dientes caídos en la sonrisa de un hombre viejo. De todos modos, las aceras de aquella avenida, una arteria este-oeste que durante mucho tiempo había sido una de las principales zonas comerciales de la ciudad, estaba llena de un denso y lento río de humanidad. Y eso la convertía en un buen lugar donde ocultarse.

Pero a Bobby no le gustaba la presión de la carne a su alrededor. Cuatro años

después de que Kate eliminara su implante sabía que todavía se sobresaltaba demasiado rápidamente, y demasiado rápidamente también se veía repelido por el no deseado roce con sus semejantes. Se sentía particularmente ofendido por el inadvertido contacto con los vientres y las flácidas nalgas de los muchos japoneses de mediana edad que había allí, una nación que parecía haber respondido a la GusanoCámara con una conversión en masa al nudismo.

Ahora, por encima del rumor de las conversaciones a su alrededor, oyó un grito: “¡Oi! ¡Muévanse!” Delante de ellos la gente se apartó, dispersándose como si algún animal furioso estuviera abriéndose paso por la fuerza. Bobby empujó a Kate al portal de una tienda.

A través del corredor de irritada humanidad llegó un rickshaw. Iba tirado por un gordo londinense, desnudo hasta la cintura, con grandes manchas de sudor bajo su abultado pecho. La mujer en el rickshaw, que le hablaba a un implante en su muñeca, podía muy bien ser norteamericana.

Cuando el rickshaw hubo pasado Bobby y Kate se unieron al flujo que se había formado de nuevo. Bobby deslizó su mano de modo que sus dedos rozaron la palma de Kate y le habló con el lenguaje de mano.

Hermoso tipo.

No es culpa suya, respondió Kate. Mira a tu alrededor. Probablemente el tipo del rickshaw fue en su tiempo ministro de Hacienda...

Siguieron avanzando, abriéndose camino hacia el este, en dirección al cruce de Oxford Street con Tottenham Court Road. La multitud se aclaró un poco cuando dejaron atrás Oxford Circus, y Kate y Bobby avanzaron más cautelosa y rápidamente, conscientes de que estaban más expuestos; Bobby se aseguró de que era consciente de las rutas de escape, varias avenidas disponibles en cualquier momento.

Kate llevaba la capucha de su Traje ligeramente abierta, pero debajo de ella su máscara de calor era lisa y anónima. Cuando permanecía inmóvil, los proyectores holográficos del Traje de Incorporeidad, arrojando imágenes de su entorno, la estabilizaban y la hacían razonablemente invisible desde cualquier ángulo a su alrededor, una buena ilusión al menos..., hasta que empezaba a moverse de nuevo, y el lapso de procesado hacía que su falsa imagen se fragmentara y emborronara. Pero, pese a sus limitaciones, un Traje de Incorporeidad podía engañar a un operador de GusanoCámara descuidado o distraído, y así valía la pena llevarlo.

Bajo el mismo espíritu, Bobby y Kate llevaban hoy ambos sus máscaras de calor, moldeadas en un absoluto anonimato. Las máscaras desprendían falsas firmas infrarrojas y eran profundamente incómodas, con sus elementos calefactores incorporados cálidos contra la piel. Era posible llevar máscaras que funcionaban sobre el mismo principio por todo el cuerpo, algunas de las cuales eran capaces de enmascarar la característica firma infrarroja de un hombre como la de una mujer, y viceversa. Pero Bobby, tras probar el indispensable arnés conectado a los cables calentadores, la había rechazado antes de alcanzar esa meseta en particular de

incomodidad.

Pasaron una casa de aspecto elegante, presumiblemente reconvertida de una tienda, que tenía sus paredes reemplazadas por paneles de cristal transparente. Al mirar a las habitaciones brillantemente iluminadas, Bobby pudo ver que incluso suelos y techos eran transparentes, lo mismo que buena parte del mobiliario..., incluso el cuarto de baño. La gente iba y venía por las habitaciones, desnuda, al parecer sin importarles las miradas de la gente de fuera. Aquel hogar mínimo era otra respuesta más el escrutinio de la GusanoCámara, una afirmación directa de que a los ocupantes no les importaba realmente quién les estuviera mirando, al mismo tiempo que constituía un recordatorio constante a los propios ocupantes de que cualquier aparente intimidad era hoy y para siempre ilusoria.

En el cruce con Tottenham Court Road se acercaron a la ruina de Center Point: una torre, jamás plenamente ocupada, luego destruida durante los peores momentos del problema del terrorismo separatista escocés.

Era allí donde Bobby y Kate se encontrarían con los Refugiados, tal como se les había prometido.

Una silueta tenuemente brillante bloqueó el camino de Bobby. Entrevió una máscara de calor dentro de la capucha abierta de un Traje de Incorporeidad, y una mano se tendió hacia la suya. Necesitó unos segundos para sintonizarse al rápido y confiado lenguaje de mano.

... 25. 4712425. Yo soy 472425. Yo soy...

Bobby adelantó la mano y respondió.

Captado 4712425. 5650982 yo 8736540 el otro.

Estupendo al fin, llegó la respuesta, enérgica y segura. Seguidme.

El desconocido les condujo fuera de la calle principal y a un laberinto de callejuelas. Bobby y Kate, aún cogidos de la mano, se mantuvieron en los lados de las calles, pegándose a las sombras siempre que podían. Pero evitaban los portales, la mayoría de los cuales —delante de puertas fuertemente cerradas— estaban ocupados por pordioseros.

Bobby deslizó su mano en la del desconocido.

Creo que te conozco.

La mano del otro, de una forma icónica, registró alarma.

Bien por los Trajes de Incorporeidad y la utilidad de los malditos números. Se refería a los anónimos números de identidad que cada miembro de la informal red mundial de tribus de Refugiados era alentado a adoptar. Los números eran proporcionados bajo demanda por una fuente central, accesible a través de la GusanoCámara, y se rumoreaba que eran proporcionados por un generador de números al azar enterrado en las profundidades de una mina en desuso en Montana, basado en inquebrantables principios de mecánica cuántica.

No es eso, dijo con la mano.

Qué entonces. La forma de un culo gordo no puede ocultarse ni siquiera con un

Traje de Incorporeidad.

Bobby reprimió la risa. Aquello era suficiente confirmación de que “4712425” era lo que había pensado: una mujer, del sur de Inglaterra, de unos sesenta años, con forma de barril, bienhumorada, confiada.

Reconozco el estilo. El del lenguaje de mano.

Ella hizo un signo de reconocimiento.

Sí sí sí. He oído eso antes. Debo cambiar.

No se puede cambiar todo.

No pero se puede intentar.

Los alfabetos del lenguaje de mano, con las puntas de los dedos rozando las palmas y los dedos de la mano del receptor, habían sido desarrollados originalmente para la gente afligida por sordera y ceguera. Habían sido adoptados y adaptados ansiosamente por los Refugiados de la GusanoCámara; la comunicación a través de la mano, que se realizaba con la mano formando copa, era casi imposible de descifrar por un observador.

... Casi, pero no completamente. Nada era infalible. Y Bobby era siempre consciente de que los observadores de la GusanoCámara podían permitirse el lujo de mirar al pasado y volver a desgranar cualquier cosa que se les hubiera pasado por alto antes, tantas veces como quisieran, desde cualquier ángulo y tan en primer plano como quisieran.

Pero no había ninguna necesidad de que los Refugiados hicieran las vidas de los husmeadores más fáciles de lo que ya las tenían.

Bobby sabía, por retazos de habladurías y por sus relaciones, que “4712425” era una abuela. Se había retirado de su profesión hacía unos años, y no tenía ningún antecedente criminal, ni experiencia de actividades de vigilancia no aceptables, ni cualquier otra razón obvia para sumirse en el olvido..., como, de hecho, muchos de los Refugiados que había conocido durante sus años de huida. Simplemente no quería que la gente la mirara.

Finalmente “4712425” los condujo hasta una puerta. Con un gesto silencioso hizo que Bobby y Kate se detuvieran allí y ajustó sus Trajes de Incorporeidad y sus máscaras de calor para asegurarse de que no se mostraba nada de ellos.

La puerta se abrió, revelando sólo oscuridad.

... Y entonces, con un último cambio de instrucciones, “4712425” les tocó a ambos ligeramente y les condujo más calle abajo. Bobby miró hacia atrás, y vio que la puerta se cerraba en silencio.

Tómalo con calma. Paso paso paso, dos más... En una absoluta oscuridad, “4712425” fue guiando a Bobby y a Kate bajando una corta escalera.

Bobby pudo captar la habitación delante de él, por los ecos y el olor: era grande, las paredes duras —yeso, quizá pintado—, con una moqueta en el suelo que

amortiguaba los sonidos. Había el aroma a comida y bebidas calientes. Y había gente allí: pudo captar sus mezclados olores, oír el suave rumor de sus cuerpos al moverse.

Cada vez soy mejor en esto, pensó. Otro par de años y ya no necesitaré usar los ojos.

Llegaron a la base de las escaleras. *Habitación de quizá quince metros cuadrados*, dijo ahora el lenguaje de mano de “4712425”. *Dos puertas en la parte de atrás. Lavabos. Hay gente once doce trece catorce todos adultos. Ventanas opacificables.* Era un truco habitual: las habitaciones que se mantenían constantemente a oscuras tenían muchas posibilidades de ser calificadas como nidos de Refugiados.

Creo okay, delectó Kate con la mano. *Hay comida y camas. Vamos.* Empezó a tirar de su Traje de Incorporeidad y luego del mono que llevaba debajo.

Bobby la imitó con un suspiro. Tendió sus ropas una a una a “4712425”, que las añadió a un montón que no pudo ver. Luego, desnudos excepto sus máscaras de calor, unieron de nuevo sus manos y entraron en el grupo, todos ellos anónimos en su desnudez. Bobby esperaba incluso cambiar su máscara de calor antes de que terminara la reunión, para confundir aún más a aquéllos que decidieran observarles.

Les dieron la bienvenida. Una serie de manos —masculinas y femeninas, apreciablemente distintas en su textura— aletearon ante el rostro de Bobby. Finalmente alguien se decidió —tuvo la holística impresión de una mujer, de unos cincuenta años, más baja que él—, y sus manos, pequeñas y torpes, recorrieron su rostro, manos y muñecas.

Así, tocándose en la oscuridad, los Refugiados se exploraron tentativamente los unos a los otros. El reconocimiento —buscado con dificultad, confirmado con cautela, incluso reluctancia— se basaba no en nombres, o rostros, o etiquetas visuales o audibles, sino en más intangibles y sutiles signos: la forma de una persona en la oscuridad delante de él, su aroma —inerradicable y característico pese a capas de suciedad o la más enérgica limpieza—, su firmeza o blandura al tacto, sus modos de comunicación, su calor o su frialdad, su estilo.

Al primero de tales encuentros Bobby se encogió, reculando en la oscuridad ante el contacto. Pero distaba mucho de ser una forma desagradable de saludar a la gente. Presumiblemente —había diagnosticado Kate por él— todo aquel ritual no verbal, el tocar y palpar, atraía algún profundo nivel animal de la personalidad humana.

Empezó a relajarse, a sentirse seguro.

Por supuesto, el anonimato de las comunidades de Refugiados era buscado por chiflados y criminales, y resultaba relativamente fácil que otros que buscaban esconderse, para bien o para mal, se infiltraran en las comunidades. Pero la experiencia de Bobby le decía que los Refugiados eran notablemente efectivos en la autosupervisión. Aunque no había ninguna coordinación central, era de interés de todo el mundo mantener la integridad del grupo local y del movimiento como un conjunto. Así, los tipos indeseables eran rápidamente identificados y expulsados, del mismo modo que lo eran los agentes federales u otros elementos ajenos.

Bobby se preguntó si aquél podía llegar a ser un modelo para cómo podían organizarse las comunidades humanas en el controlado e interconectado futuro de las GusanoCámaras: como redes inconexas, autogobernadas, caóticas e incluso a veces ineficientes, pero adaptables y flexibles. Como tales, supuso, los Refugiados no eran más que una extensión de grupos como las redes VMA y los Vigilantes y las patrullas de la verdad, e incluso agrupaciones anteriores como los observadores aficionados del cielo que habían descubierto el Ajenjo.

Y, con sus tabúes y su intimidación eliminados por la GusanoCámara, quizá los seres humanos estaban revirtiendo a una forma anterior de comportamiento. Los Refugiados hablaban tocándose, como los chimpancés. Bañados por el calor y el olor y el contacto e incluso el sabor de otras personas, estas reuniones eran extremadamente sensuales, e incluso a veces eróticas..., Bobby sabía de más de una que habían desembocado en una franca orgía, aunque él y Kate se habían disculpado (no verbalmente) antes de implicarse demasiado en ellas.

Ser un Refugiado, pues, no era tan mala cosa. Y ciertamente era mejor que las alternativas que se le ofrecían a Kate.

Pero era una vida en las sombras.

Era imposible permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, imposible poseer algo importante, imposible incluso intimar demasiado con alguien, por miedo a la traición. Bobby sólo conocía los nombres de un puñado de Refugiados de entre todos los que había conocido en sus tres años de clandestinidad. Buena parte de ellos se habían convertido en camaradas, ofreciendo valiosa ayuda y consejo, en especial al principio, a los dos indefensos neófitos que Mary había rescatado. Camaradas, sí; pero sin un mínimo de contacto humano, parecía, jamás podrían convertirse en auténticos amigos.

La GusanoCámara no podía privarles necesariamente de su libertad o su intimidad, pero parecía que podía separarles de su humanidad.

De pronto Kate tiró de su brazo y llevó los dedos a su palma.

La he encontrado. Mary. Mary está aquí. En esta habitación. Ven ven ven.

Sorprendido, Bobby se dejó llevar hacia adelante.

Estaba sentada sola en un rincón de la habitación.

Bobby la exploró, ligeramente, con los dedos. Iba vestida, con un mono. Había una bandeja con comida, enfriándose y sin tocar, a su lado. No llevaba máscara de calor.

Sus ojos estaban cerrados. No respondió a su contacto, pero no parecía que estuviera dormida.

Kate entró malhumoradamente en contacto con la palma de Bobby.

... Es como si llevara un signo de neón aquí estoy venid a cogermee...

¿Está bien?

No lo sé no puedo decirlo.

Bobby tomó la flácida mano de su hermana, la masajeó y llamó su nombre con el lenguaje de mano, una y otra vez. *Mary Mary Mary, Mary Mays, Bobby está aquí, Bobby Patterson, Mary Mary...*

Bruscamente Mary pareció despertar.

—¿Bobby?

Bobby pudo sentir el impresionado y profundo silencio a su alrededor en toda la habitación. Era la primera palabra que alguien había pronunciado en voz alta desde que llegaran allí. Kate, a su lado, adelantó una mano y la apoyó sobre la boca de Mary.

Bobby encontró la mano de Mary y dejó que le hablara con el lenguaje de mano.

Lo siento lo siento. Distraída. Se llevó la mano a la boca, y él sintió sus labios curvarse en una sonrisa. *Distraída y feliz, entonces.* Pero eso no era necesariamente bueno. Feliz significaba descuidado.

¿Qué te ocurrió?

Su sonrisa se hizo más amplia.

¿No se supone que hay que ser feliz hermano mayor?

Sé lo que quieres decir.

Implante, respondió ella simplemente.

¿Implante qué implante?

Cortical.

Oh, pensó, desanimado. Rápidamente transmitió la información a Kate.

Mierda malo mierda, tabaleó Kate. *Ilegal.*

Lo sé.

... Jamaica, añadió Mary.

¿Qué?

Célula amiga en Jamaica. Ver a través de sus ojos oír a través de sus oídos. Mejor que Londres. El contacto de Mary en su mano era delicado, el análogo de un susurro.

Los nuevos implantes corticales, adaptados del aparato VR de implante neural, eran la expresión definitiva de la tecnología GusanoCámara: un pequeño generador de agujeros de gusano de vacío comprimido, junto con un aparato sensor neural, profundamente enterrados en la corteza cerebral del receptor. El generador estaba provisto de productos químicos neurotrópicos de modo que, a lo largo de varios meses, las neuronas del receptor desarrollaban caminos al interior del generador. Y el sensor neural era un analizador de esquemas de actividad neuronal de alta sensibilidad, capaz de fijar con precisión sinapsis neuronales individuales.

Un implante así podía leer y escribir en un cerebro y enlazarlo con otros. Con un esfuerzo consciente de voluntad, el receptor de ese implante podía establecer una conexión GusanoCámara desde el centro de su propia mente hasta cualquier otro receptor.

Armada con esos implantes, estaba emergiendo una nueva comunidad enlazada a partir de las Arenas y de las patrullas de la verdad y de otros girantes torbellinos de pensamiento y discusión que habían venido a caracterizar la nueva y joven organización política mundial. Los cerebros se unían a los cerebros. Las mentes se enlazaban.

Se llamaban a sí mismos los Unidos.

Era, suponía Bobby, un brillante nuevo futuro. Lo que significaba para él aquí y ahora, sin embargo, era una muchacha de dieciocho años, su hermana, con un agujero de gusano en la cabeza.

Estás asustado, tabaleó Mary en su mano. *Historias de horror. Mente en grupo. Perder el alma. Bla bla bla.*

Infiernos sí.

Miedo a lo desconocido. Quizá...

Pero de pronto Mary se retiró de él y se puso en pie. Bobby adelantó ciegamente la mano, halló su cabeza, pero ella se retiró, se fue.

Exactamente en aquel mismo momento, por toda la habitación, los demás se habían movido. Fue como una bandada de pájaros alzándose a la vez de las ramas de un árbol.

Hubo una raja de luz cuando la puerta delantera fue abierta.

Ven, dijo Bobby con la mano. Aferró la mano de Kate y se abrieron camino con los demás hacia la puerta.

Miedo, tabaleó apresuradamente Kate mientras caminaban. *Tienes miedo. Palma fría. Pulso. Puedo decirlo.*

Estaba asustado, admitió. Pero no a causa de la brusca detección; habían pasado por situaciones como aquella antes, y un grupo como aquél en una casa segura siempre tenía un elaborado sistema de centinelas equipados con GusanoCámaras. No, no era la detección o siquiera la captura lo que lo asustaba.

Era la forma en que Mary y los demás habían actuado como uno solo. Un organismo único. *Unidos.*

Se deslizó dentro de su Traje de Incorporidad.

En los Talleres del Gusano, David estaba sentado frente a una gran Pantalla Blanda montada en la pared.

El rostro de Hiram le miraba desde ella: un Hiram más joven, un rostro más suave..., pero indudablemente Hiram. El rostro estaba enmarcado por un paisaje urbano débilmente iluminado, decrepitos bloques de viviendas e inmensos sistemas de carreteras, un lugar que parecía haber sido diseñado para excluir a los seres humanos. Eran las afueras de Birmingham, una gran ciudad en el corazón de Inglaterra, justo antes del final del siglo XX, unos años antes de que Hiram abandonara su antiguo y degradado país en busca de una mejor oportunidad en Norteamérica.

David había tenido éxito combinando el dispositivo de rastreo del ADN de Michael Mavens con un sistema de guía GusanoCámara, y lo había extendido para que cruzara generaciones. Así, tras escanear hacia atrás a lo largo de la línea de la vida de Bobby, había seguido rastreando hacia atrás hasta el padre de Bobby, el originador del ADN de Bobby.

Y ahora, movido por la curiosidad, sintió la necesidad de ir más hacia atrás aún, rastreando esta vez sus propias raíces..., que a fin de cuentas era la única historia que importaba.

En la oscuridad del cavernoso laboratorio, una sombra sin fuente definida derivó cruzando la pared. La captó con su visión periférica, la ignoró.

Sabía que era Bobby, su hermano. David no sabía por qué Bobby estaba allí. Se reuniría con él cuando estuviera preparado.

Rodeó con los dedos un pequeño joystick de control y lo empujó hacia adelante.

El rostro de Hiram se hizo más suave y más joven. El entorno se convirtió en algo impreciso, una cascada de días y de noches, edificios apenas visibles, reemplazados de pronto por llanuras verdegrisáceas, la región de marjales donde había crecido Hiram. Pronto el rostro de Hiram pareció hundirse en sí mismo, se volvió inocente, juvenil, y en un momento se frunció al de un niño.

Y de pronto fue reemplazado por un rostro de mujer.

La mujer le sonreía a David..., o más bien a alguien detrás del invisible punto focal del agujero de gusano que flotaba delante de sus ojos. Había elegido para este punto seguir la línea de ADN mitocondrial, que pasaba sin cambios de madre a hija,

y así ésta era, por supuesto, su abuela. Era joven, mediados los veinte años, y por supuesto tenía que ser joven; la huella del ADN debió de pasar a ella de Hiram en el instante de su concepción. Afortunadamente, no vería a esas abuelas hacerse viejas. Era hermosa, de una forma tranquila, con una expresión que consideró clásicamente inglesa: pómulos altos, ojos azules, pelo rubio rojizo atado sobre su cabeza en un apretado moño.

El linaje asiático de Hiram procedía entonces de su línea paterna. David se preguntó qué dificultades había causado aquella aventura amorosa en aquella hermosa joven en aquel tiempo y lugar.

Y detrás de él, en los Talleres del Gusano, sintió acercarse aquella sombra.

Presionó el joystick, y la sucesión de días y noches se reanudó. El rostro se hizo adolescente, con sus cambios de peinado aleteando al límite de la visibilidad. Luego el rostro pareció perder su forma, volverse confuso —¿estallidos de grasa adolescente?— antes de sumergirse en la amorfia de la infancia.

Otra brusca transición. Su bisabuela, entonces. Aquella joven estaba en una oficina, con el ceño fruncido, concentrada, su pelo una escultura ridículamente complicada de trenzas elaboradamente enrolladas. Al fondo David entrevió más mujeres, en su mayoría jóvenes, trabajando en hileras en toscas calculadoras mecánicas, accionando laboriosamente teclas y palancas y manivelas. Esto debía de ser los años 1930, décadas antes del nacimiento del ordenador de silicio; quizá se tratara de un centro de procesado de la información tan complejo como cualquier otro del planeta. Este pasado, pensó, tan cercano aún a su propio tiempo, era ya para él un país completamente extraño.

Liberó a la muchacha de su trampa del tiempo y la dejó implosionar a su infancia.

Pronto le miró otra mujer joven. Iba vestida con una falda larga y una blusa hecha en casa que no le caía demasiado bien. Agitaba una bandera británica, y estaba siendo abrazada por un soldado con un casco plano de hojalata. La calle detrás de ella estaba atestada, los hombres con trajes y gorras y monos, las mujeres con abrigos largos. Estaba lloviendo, un deprimente día de otoño, pero a nadie parecía importarle.

—Noviembre de 1918 —dijo David en voz alta—. El Armisticio. El final de cuatro años de sangrientas matanzas en Europa. No fue una mala noche para concebir. —Se volvió—. ¿No lo crees así, Bobby?

La sombra, inmóvil contra la pared, pareció vacilar. Luego se separó de la pared, se movió libre, adquirió la silueta de una forma humana. Aparecieron unas manos y un rostro, flotando incorpóreos.

—Hola, David.

—Siéntate conmigo —dijo David.

Su hermano se sentó con un susurro de tela del Traje de Incorporeidad. Parecía torpe, como si no estuviera acostumbrado a estar tan cerca de alguien en un lugar abierto. No importaba; David no le pidió nada.

El rostro de la muchacha del Día del Armisticio se hizo más suave, disminuyó de

tamaño, se convirtió en el de una niña, y luego hubo otra transición: una muchacha con algunos de los rizos de sus descendientes, los ojos azules y el pelo rubio rojizo, pero más delgada, más pálida, con las mejillas más hundidas. Desandando los años, retrocedió a través de una confusión de oscuras escenas urbanas —fábricas y casas en terrazas— y luego un destello de infancia, otra generación, otra muchacha, el mismo paisaje deprimente.

—Parecen tan jóvenes —murmuró Bobby; su voz era rasposa, como si hiciera mucho tiempo que no la usaba.

—Creo que vamos a tener que acostumbrarnos a eso —dijo David hoscamente—. Estamos ya muy metidos en el siglo XIX. Los grandes avances médicos se están perdiendo, y la idea de higiene es rudimentaria. La gente está muriendo de sencillas enfermedades hoy curables. Y por supuesto estamos siguiendo una línea de mujeres que al menos vivieron el tiempo suficiente para alcanzar la edad de concebir. No estamos contemplando a sus hermanas que murieron en la infancia, sin dejar descendencia.

Las generaciones fueron deslizándose, los rostros deshinchándose como globos, uno tras otro, cambiando sutilmente de generación en generación, con la deriva genética funcionando lentamente.

Hubo una muchacha cuyo rostro lleno de cicatrices estaba marcado por las lágrimas en el momento de dar a luz. Su bebé le fue quitado, observó David —o más bien, en aquella visión invertida en el tiempo, le fue *dado*— momentos después de nacer. Su embarazo se desarrolló en la miseria y la vergüenza, hasta que alcanzaron el momento que definió su vida: una brutal violación, cometida al parecer por un miembro de la familia, un hermano o un tío. Libre de aquella oscuridad, la muchacha creció joven, hermosa, sonriendo, con su rostro lleno de esperanza pese a la escualidez de su vida, mientras hallaba la belleza en la simplicidad: el breve abrirse de una flor, la forma de una nube.

El mundo debe de estar lleno de estas angustiadas biografías, pensó David, mientras seguían hundiéndose en el pasado, con los efectos precediendo a las causas, con el dolor y la desesperación alejándose a medida que se acercaba la inexpresividad de la niñez.

De pronto el fondo cambió de nuevo. Ahora, alrededor de aquel nuevo rostro de una de sus antepasadas, unas diez generaciones antes de la suya, había un paisaje campestre: pequeños campos, cerdos y vacas rascando el suelo, una multitud de sucios niños. La mujer parecía agobiada, le faltaban dientes, su rostro estaba lleno de arrugas, parecía vieja..., pero David sabía que no debía de tener más de treinta y cinco o cuarenta años.

—Nuestros antepasados fueron granjeros —dijo Bobby.

—La mayoría de los de todo el mundo lo fueron, antes de las grandes migraciones a las ciudades. Pero la Revolución Industrial todavía no se ha desarrollado. Probablemente ni siquiera sepan fabricar acero.

Las estaciones pulsaron, verano e invierno, luz y oscuridad; y las generaciones de mujeres, de hija a madre, siguieron su lento ciclo de agobiada madre a resplandeciente doncella a niña de ojos muy abiertos. Algunas de las mujeres entraron en erupción en la pantalla con rostros retorcidos por el dolor: eran aquellas infortunadas, cada vez más comunes, que habían muerto al dar a luz.

La historia fue alejándose. Los siglos retrocedían, el mundo se vaciaba de gente. Por todas partes los europeos regresaban de las Américas para olvidar pronto que aquellos grandes continentes existían, y la Horda Dorada —los grandes ejércitos de mongoles y tártaros, con sus cuerpos alzándose del suelo— se estaban reformando y retrocediendo al centro de Asia.

Nada de eso alcanzó a aquellos campesinos ingleses dedicados al duro trabajo, sin educación ni libros, trabajando la misma extensión de tierra generación tras generación; gente para la cual, reflexionó David, el recaudador de impuestos local era una figura más formidable que Tamerlain o Kublai Kan. Si la GusanoCámara no había mostrado nada más, pensó, era simplemente esto, con despiadada claridad: que las vidas de la mayor parte de los seres humanos habían sido miserables y cortas, desprovistas de libertad y alegría y confort, con sus breves momentos bajo la luz apagados por todo lo que tenían que soportar.

Finalmente, alrededor del rostro enmarcado de una niña —el pelo enmarañado y oscuro, la piel cetrina, la expresión como de rata, cautelosa— hubo un brusco emborronamiento del escenario. Vieron un deprimente paisaje campestre, una harapienta familia de refugiados caminando interminablemente... y aquí y allá montones de cadáveres ardiendo.

—Una epidemia —dijo Bobby.

—Sí. Se ven obligados a huir. Pero no hay ningún lugar donde ir.

Pronto la imagen se estabilizó en otro anónimo pedazo de tierra situado en un enorme paisaje llano; y de inmediato se reanudaron más generaciones de afanoso trabajo tan calamitosamente interrumpido.

En el horizonte había una catedral normanda, un inmenso edificio de piedra arenisca. Si eran los marjales, la gran llanura al este de Inglaterra, entonces aquello podía ser Ely. Ya con siglos a sus espaldas, la gran construcción parecía una gigantesca espacionave de piedra arenisca que hubiera descendido del cielo, y debió de dominar por completo los paisajes mentales de aquella gente trabajadora..., lo cual era, por supuesto, su propósito.

Pero incluso la gran catedral empezó a encogerse, a colapsarse con sorprendente rapidez a formas más pequeñas y simples, para desaparecer al final completamente de la vista.

Y el número de gente seguía descendiendo, la gran marea de la humanidad retrocedía en todo el planeta. Los invasores normandos debían de haber desmantelado ya sus grandes fortalezas y castillos y retirado a Francia. Pronto las oleadas de invasores de Escandinavia y Europa regresarían a casa desde Gran Bretaña. Más

lejos, mientras la muerte y el nacimiento de Mahoma se aproximaban, los musulmanes estaban retirando del norte de África. En el tiempo en que Cristo fue bajado de la Cruz, sólo había alrededor de cien millones de seres humanos en el mundo, menos de la mitad de la población de los Estados Unidos en la época de David.

Y los rostros de sus antepasadas seguían pulsando, hubo otro cambio en la escena, una breve migración. Ahora aquellas remotas familias arañaban una tierra de ruinas: muros bajos, sótanos expuestos, el suelo sembrado con bloques de mármol y otras piedras de construcción.

Luego los edificios crecieron como flores a cámara rápida, las piedras dispersas se unieron.

David hizo una pausa. Se centró en el rostro de una mujer, su propio remoto antepasado de hacía unas ochenta generaciones. Tenía quizá cuarenta años: hermosa, el pelo rubio rojizo estriado de gris, los ojos azules. Su nariz era orgullosamente prominente, románica.

Detrás de ella los deprimentes campos habían desaparecido, para ser reemplazados por un ordenado paisaje urbano: un cuadrado rodeado por columnatas y estatuas y altos edificios con techos de tejas rojas. El cuadrado estaba lleno de tenderetes, vendedores inmovilizados en el acto de vocear sus artículos. Los vendedores parecían cómicos, tan intensamente dedicados estaban a sus negocios sin significado, todos ellos inconscientes de las desoladas eras que se les abrirían en su cercano futuro, sus propias muertes inminentes.

—Un asentamiento romano —dijo Bobby.

—Sí. —David señaló la pantalla—. Creo que es el foro. *Eso* es probablemente la basílica, el ayuntamiento de la ciudad y el tribunal de justicia. Esas hileras de columnas conducen a tiendas y oficinas. Y el edificio de *ahí* debe de ser un templo...

—Parece todo tan ordenado —murmuró Bobby—. Incluso moderno. Calles y edificios, oficinas y tiendas. Observa que todo está dispuesto en un orden rectangular, como Manhattan. Tengo la sensación como si pudiera entrar en la pantalla e ir en busca de un bar.

El contraste de aquella pequeña isla de civilización con el océano de ignorancia y afanoso trabajo de los siglos venideros era tan impresionante que David se sintió reacio a abandonarla.

—Corres un riesgo viniendo a los Talleres —le dijo a Bobby.

El rostro de Bobby, flotando por encima de la pantalla, era como una máscara fantasmal, iluminada por la congelada sonrisa de su distante abuela.

—Lo sé. Y sé que estás ayudando al FBI. El rastreo por el ADN...

David suspiró.

—Si no yo, algún otro lo hubiera desarrollado. Al menos de esta forma sé detrás de qué van. —Dio unos golpecitos a su Pantalla Blanda. Un borde de imágenes más pequeñas se iluminó alrededor de la imagen de la distante abuela—. Mira. Vistas de

GusanoCámara de todas las estancias y pasillos de los alrededores. Esta vista aérea muestra el aparcamiento. He empleado el reconocimiento por infrarrojos. Si alguien se acerca...

—Gracias.

—Ha sido mucho tiempo, hermano. No he olvidado la forma en que me ayudaste en mi propia crisis, mi roce con la adicción.

—Todos tenemos crisis. No fue nada.

—Al contrario... No me has dicho para qué has venido aquí.

Bobby se encogió de hombros, y el movimiento dentro de su Traje de Incorporidad se convirtió en un confuso agitar del fondo de la estancia—. Sé que nos has estado buscando. Estoy vivo y bien. Y también Kate.

—¿Y feliz?

Bobby sonrió.

—Si quisiera ser feliz, simplemente conectaría de nuevo el chip en mi cabeza. Hay más en la vida que la felicidad, David. Quiero que lleves un mensaje a Heather.

David frunció el ceño.

—¿Es acerca de Mary? ¿Le ocurre algo?

—No. No, no exactamente. —Bobby se frotó el rostro, muy caliente en su Traje de Incorporidad—. Se ha convertido en uno de los Unidos. Vamos a intentar conseguir que vuelva a casa. Quiero que me ayudes a hacerlo.

Era una noticia inquietante.

—Por supuesto. Puedes confiar en mí.

Bobby sonrió.

—Lo sé. De otro modo no hubiera venido.

Y yo, pensó David inquieto, desde que nos vimos por última vez, he descubierto algo tremendo respecto *a ti*.

Miró al abierto y curioso rostro de Bobby, iluminado por un día desaparecido hacía dos milenios. ¿Era éste el momento de golpear a Bobby con otra revelación acerca de la interminable manipulación de Hiram de su vida..., quizá, de hecho, el mayor crimen que Hiram había cometido contra su hijo?

Más tarde, pensó. Más tarde. Ya llegará el momento.

Y además, la imagen de la GusanoCámara todavía brillaba en la pantalla, incitante, extraña, absolutamente irresistible. La GusanoCámara, en todas sus manifestaciones, había cambiado el mundo. Pero nada de eso importaba, pensó, comparado con *esto*: el poder de la tecnología de revelar lo que se había creído perdido para siempre.

Ya habría tiempo suficiente para la vida, para sus complejos asuntos, para ocuparse del no modelado futuro. Por ahora, la historia le llamaba. Tomó el joystick, empujó hacia adelante; y los edificios romanos se evaporaron como copos de nieve bajo el sol.

Otro breve borrón de migraciones, y ahora había un nuevo linaje de antepasados: todavía con el característico pelo rubio rojizo y los ojos azules, pero sin ninguna huella de la nariz románica.

Alrededor de los parpadeantes rostros David divisó campos, pequeños y rectangulares, trabajados por arados tirados por bueyes, o incluso, en tiempos más pobres, por seres humanos. Había graneros de madera, ovejas y cerdos, vacas y cabras. Más allá de los agrupados campos vio terraplenes de piedra, que convertían la zona en un fuerte..., pero bruscamente, a medida que se hundían más en el pasado, los terraplenes fueron reemplazados por una tosca empalizada de madera.

—El mundo se está volviendo más simple —dijo Bobby.

—Sí. ¿Cómo lo expresó Francis Bacon?... “Los buenos efectos traídos por los fundadores de las ciudades, los legisladores, los padres de la gente, los extirpadores de tiranos y los héroes de ese tipo, sólo se extienden por cortos períodos de tiempo; mientras que la obra del inventor, aunque es una cosa de menos pompa y boato, es sentida en todas partes y dura para siempre.” En este preciso momento se está librando la Guerra de Troya con armas de bronce. Pero el bronce se rompe fácilmente, y es por esto que esa guerra duró veinte años con comparativamente pocas bajas. Olvidamos cómo fabricar el hierro, así que no podemos matarnos tan eficientemente como solíamos hacerlo...

El afanoso trabajo en los campos continuaba, prácticamente invariable de generación en generación. Las ovejas y las vacas, aunque domesticadas, tenían un aspecto mucho más salvaje.

A ciento cincuenta generaciones de distancia, las herramientas de bronce dejaron paso finalmente a la piedra. Pero los campos trabajados con la piedra cambiaron poco. A medida que el ritmo del cambio histórico se hacía más lento, David dejó que pasara más rápido. Pasaron doscientas, trescientas generaciones, y los huidizos rostros se mezclaron los unos con los otros, moldeados lentamente por el tiempo y el trabajo y la mezcla de genes.

Pero pronto todo esto dejará de significar algo, pensó sombríamente David, después del Día del Ajenjo. Esa oscura mañana toda nuestra paciente lucha, el afán de miles de millones de pequeñas vidas, será completamente borrado; todo lo que hemos aprendido y construido se perderá, y ni siquiera habrá mentes que recordar, que llorar. Y el muro del tiempo estaba cerca, mucho más cerca incluso que la primavera romana que habían atisbado; les quedaba tan poca historia que registrar.

De pronto aquello se convirtió en un pensamiento insoportable, como si hubiera sido absorbido imaginativamente por la realidad del Ajenjo por primera vez. *Debemos* hallar una forma de echarlo a un lado, pensó. Por el bien de esos otros, los antiguos que nos miran a través de la GusanoCámara. No debemos perder el significado de sus vidas desaparecidas.

Y entonces, de repente, el fondo de la imagen se convirtió de nuevo en algo confuso.

—Nos hemos convertido en nómadas —dijo Bobby—. ¿Dónde estamos?

David pulsó un panel de referencia.

—En el norte de Europa. Hemos olvidado la agricultura. Las ciudades y asentamientos se han dispersado. No más imperios, no más ciudades. Los seres humanos se han convertido en unos raros animales, y vivimos en grupos y clanes nómadas, en asentamientos que en el mejor de los casos duran una o dos estaciones.

A los doce mil años de profundidad, detuvo el escaneo.

Ella debía de tener quince años, y llevaba un sello redondo de algún tipo toscamente tatuado en su mejilla izquierda. Su salud parecía precaria. Llevaba un bebé envuelto en pieles animales —mi remoto tío abuelo, pensó ausentemente David—, y acariciaba su redonda mejilla. Llevaba zapatos, polainas, una pesada capa de hierba trenzada. Sus otras prendas parecían haber sido cosidas de tiras de pieles. Había hierba metida en sus zapatos y bajo su sombrero, presumiblemente como aislamiento.

Caminaba, sin dejar de acunar a su bebé, tras un grupo de otras personas: hombres, mujeres con bebés, niños. Avanzaban por una suave pendiente rocosa en dirección a una cresta. Caminaban pausadamente, tranquilamente, un ritmo que parecía destinado a llevarles hasta muchos kilómetros de distancia. Pero algunos de los adultos llevaban lanzas con punta de pedernal preparadas para ser usadas en cualquier momento, presumiblemente como protección contra un ataque de animales antes que contra alguna amenaza humana.

Coronó la cresta. David y Bobby, sobre el hombro de su distante abuela, miraron con ella la tierra que se extendía más allá.

—Oh, Dios mío —dijo David—. Oh, Dios mío.

Estaban contemplando una amplia y despejada llanura. En la distancia, quizás el norte, había montañas, oscuras y ominosas, estriadas con el resplandeciente blanco de los glaciares. El cielo era de un azul cristalino, el sol muy alto.

No había humo, ninguna huella de campos, ninguna cerca. Todas las marcas hechas por el hombre habían sido borradas de aquel frío mundo.

Pero el valle no estaba vacío.

... Era como una alfombra, pensó David; una alfombra moviente de cuerpos como peñascos, cada uno revestido por una larga piel pardo rojiza cuyo pelaje colgaba hasta el suelo, como la piel de un toro almizcleño. Se movían lentamente mientras se alimentaban, una gran manada formada por dispersos grupos más pequeños. En el borde más cercano de la manada, uno de los animales jóvenes se apartó de su madre, temerariamente, y empezó a escarbar el suelo. Un lobo, famélico, de piel blanca, se arrastró sigilosamente hacia adelante. La madre del pequeño se separó de la manada, con sus curvados cuernos destellando. El lobo huyó.

—Mamuts —dijo David.

—Debe de haber decenas de miles de ellos. ¿Y qué son esos, alguna especie de venados? ¿Y esos camellos? Y..., oh, Dios mío, creo que es un dientes de sable.

—Leones y tigres y osos —dijo David—. ¿Quieres seguir adelante?

—Sí. Sí, sigue adelante.

El valle de la Era Glacial desapareció, como sumido en una bruma, y sólo los rostros humanos permanecieron, cayendo como las hojas de un calendario.

David tuvo la sensación de que podía seguir reconociendo los rostros de sus antepasados: redondos, casi siempre devastadoramente jóvenes cuando daban a luz, y reteniendo todavía la signatura de los ojos azules y el pelo rubio pajizo.

Pero el mundo había cambiado espectacularmente.

Grandes tormentas golpeaban el cielo, algunas a lo largo de años. Los antepasados se debatían en paisajes de hielo o sequía, incluso desierto, muriendo de hambre, de sed, nunca saludables.

—*Tuvimos* suerte —dijo David—. Tuvimos milenios de comparativa estabilidad climática. Tiempo suficiente para descubrir la agricultura y construir nuestras ciudades y conquistar el mundo. Antes de eso, *esto*.

—Tan frágiles —reconoció Bobby, pensativo.

A más de un millar de generaciones de distancia, los rostros empezaron a hacerse más oscuros.

—Estamos emigrando al sur —dijo Bobby—. Perdiendo nuestra adaptación a los climas más fríos. ¿Vamos a regresar a África?

—Sí —sonrió David—. Volvemos a casa.

Y en una docena de generaciones más, una vez realizada aquella primera migración, las imágenes empezaron a estabilizarse.

Aquello era la punta sur de África, al este del cabo de Buena Esperanza. El grupo ancestral había alcanzado una cueva, cerca de una playa de la que asomaban gruesas rocas sedimentarias de color tostado.

Parecía un lugar generoso. Pradera y bosque, dominado por arbustos y árboles con enormes, multicolores y cardosas flores, descendían directamente hasta el borde del mar. El océano era tranquilo, y las aves marinas giraban pausadamente sobre sus cabezas. La franja de la orilla entre los límites de las mareas era rica en algas, medusas y jibias extraviadas.

Había caza en el bosque. Al principio divisaron animales familiares como antílopes, gacelas, elefantes y cerdos salvajes, pero a una mayor profundidad en el tiempo aparecieron más especies no familiares: búfalos de largos cuernos, antílopes gigantes, una especie de gigantesco caballo, a franjas como una cebra.

Y allá, en aquellas anodinas cuevas, permanecieron sus antepasados, generación tras generación.

El ritmo del cambio era ahora tremendamente lento. Al principio los antepasados llevaban ropa —mientras cientos de generaciones avanzaban hacia atrás—, pero ésta fue menguando en calidad y reduciéndose hasta no ser más que simples sacos de piel atados alrededor de las desnudas cinturas, y al final ni siquiera eso. Cazaban con lanzas con punta de piedra y hachas de mano, ya no con flechas. Pero las

herramientas de piedra también eran cada vez más bastas, la caza menos ambiciosa, a menudo no más que un miserable intento de rematar a un animal herido.

En las cuevas —cuyo suelo se iba hundiendo gradualmente a lo largo de los milenios, a medida que eran eliminadas las sucesivas capas de detritos humanos— había al principio algo parecido a la sofisticación de una sociedad humana. Había incluso arte, imágenes de animales y gente, laboriosamente trasladadas a las paredes con dedos manchados con tintes.

Pero al final, a más de mil doscientas generaciones de distancia, las paredes quedaron vacías, borradas las últimas toscas imágenes.

David se estremeció. Habían alcanzado un mundo sin arte: no había películas, ni novelas, ni esculturas, quizá ni siquiera canciones o poesía. El mundo estaba vaciando su mente.

Cayeron más y más profundo, a través de tres, cuatro mil generaciones: un inmenso desierto de tiempo, cruzado por una cadena de antepasados que se alimentaban y se peleaban en aquella no adornada cueva. La sucesión de abuelas mostraba pocos cambios significativos..., pero David creyó detectar una creciente vaguedad, un asombro, incluso un estado de habitual y absorto miedo en aquellos oscuros rostros.

Finalmente hubo una repentina y sorprendente discontinuidad. Y esta vez no fue el paisaje lo que cambió, sino el propio rostro ancestral.

David frenó la velocidad, y los dos hermanos contemplaron a su más remota abuela, atisbando desde la boca de la cueva africana que sus descendientes habitarían durante miles de generaciones.

Su rostro era enorme, con los ojos demasiado separados, la nariz aplastada, y los rasgos demasiado anchos, como si todo el rostro hubiera sido tensado lateralmente. Su mandíbula era recia, pero su barbilla echada hacia atrás y hendida. Y sobresaliendo en su frente había un enorme bulto, una hinchazón ósea como un tumor, empujando al rostro que tenía debajo y haciendo que los ojos parecieran hundidos en sus grandes órbitas óseas. Una hinchazón en la parte de atrás de la cabeza compensaba el peso de aquella enorme frente, pero inclinaba la cabeza hacia abajo, de modo que su barbilla casi descansaba sobre su pecho y su masivo cuello se vencía hacia adelante.

Pero sus ojos eran claros e inquisitivos.

Era más humana que cualquier simio, y sin embargo no era humana. Y era ese grado de similitud y sin embargo de diferencia lo que lo inquietaba.

Era, inconfundiblemente, neanderthal.

—Es hermosa —dijo Bobby.

—Sí —jadeó David—. *Esto* va a enviar a los paleontólogos corriendo de vuelta a sus mesas de dibujo. —Sonrió, recreándose en la idea.

Y, se preguntó de pronto, ¿cuántos observadores de su propio lejano futuro estarían estudiándoles a él y a su hermano, incluso ahora, mientras eran los primeros

seres humanos en enfrentarse a sus propios antepasados profundos? Supuso que nunca podría llegar a imaginar siquiera sus formas, las herramientas que utilizarían, sus pensamientos..., del mismo modo que aquella su abuela neanderthal nunca habría sido capaz de imaginar su laboratorio, su semiinvisible hermano, los resplandecientes aparatos que lo llenaban.

Y más allá de esos observadores, más lejos aún en el futuro, deberían de haber a su vez otros observándoles, y así sucesivamente, hasta el más inimaginable de los futuros, en tanto que la humanidad —o lo que fuera que sustituyera a los humanos— persistiera. Era un pensamiento estremecedor, aplastante.

Todo ello suponiendo que el Ajenjo perdonara a alguien.

—... Oh —susurró Bobby. Sonó decepcionado.

—¿Qué ocurre?

—No es culpa tuya. Sabía el riesgo. —Hubo un rumor de telas, una sombra confusa.

David se volvió. Bobby había desaparecido.

Pero allí estaba Hiram, entrando en tromba en el laboratorio, haciendo resonar puertas y chillando:

—Las tengo. Mírame, las tengo. —Dio una palmada a David en la espalda—. Ese rastreador del ADN funcionó como un encantamiento.

Manzoni y Mary, las dos. —Alzó la cabeza—. ¿Me oyes, Bobby? Sé que estás aquí. *Las tengo*. Y si quieres ver a alguna de ellas de nuevo, tendrás que acudir a mí. ¿Has entendido?

David miró a los profundos ojos de su antepasada perdida —un miembro de una especie diferente, a cinco mil generaciones de distancia de él— y borró la Pantalla Blanda.

Historia de familia

Cuando fue devuelta por la fuerza a la sociedad humana pública, Kate se sintió aliviada al saber que había sido exonerada de las acusaciones formuladas contra ella. Pero le abrumó comprobar que era alejada de Mary, de sus amigos, y encarcelada inmediatamente..., por Hiram Patterson.

La puerta de la habitación se abrió, como hacía dos veces cada día.

Allí estaba su guardiana: una mujer, alta, flexible, vestida con un sobrio traje pantalón de ejecutivo. Era incluso hermosa..., pero con una expresión de insensibilidad en sus oscuros ojos que Kate hallaba estremecedora.

Su nombre, había averiguado Kate, era Mae Wilson.

Sin entrar, Wilson empujó un pequeño carrito a través de la puerta, retiró el del día anterior, lanzó una mirada rápida y profesional por toda la habitación, luego cerró la puerta. Y eso fue todo, sin una palabra.

Durante todo este proceso Kate había permanecido sentada en el único mueble de la habitación, una cama. Ahora se levantó y la cruzó hasta el carrito, retiró el papel blanco que lo cubría. Había carne fresca, ensalada, pan, fruta, y bebida: una jarra de café, agua embotellada, zumo de naranja. En una plataforma inferior había ropa interior limpia, un mono, sábanas para la cama. Lo habitual.

Kate había agotado hacía mucho las posibilidades del carrito que le era llevado dos veces al día. Los platos de papel y los cubiertos de plástico eran inútiles para cualquier cosa que no fuera su objetivo primario, e incluso casi inútiles para eso. Incluso las ruedas del carrito eran de plástico blando.

Volvió a su cama y se sentó desanimada, mordiendo un melocotón.

El resto de la habitación era igual de poco prometedor. Las paredes eran completamente lisas, revestidas con un plástico claro en el que no podía clavar las uñas. Ni siquiera había ninguna lámpara; el grisáceo resplandor que iluminaba la habitación —veinticuatro horas al día— procedía de fluorescentes encajados detrás de paneles en el techo, sellados tras plástico translúcido, y de todos modos fuera de su alcance. La cama era un cajón de plástico clavado al suelo. Había intentado desgarrar las sábanas, pero la tela era demasiado recia. (Y de todos modos todavía no conseguía verse a sí misma estrangulando con una sábana a nadie, ni siquiera a Wilson.)

Las instalaciones sanitarias, una taza de váter y una ducha, tampoco servían de

nada para lo que quería. El váter era químico, y parecía conducir a un tanque sellado, de modo que ni siquiera podía enviar un mensaje fuera junto con los desechos de su cuerpo..., incluso suponiendo que pudiera imaginar cómo.

... Pero pese a todo ello, había estado a punto de escapar, una vez. Era agradable evocar mentalmente su casi triunfo.

Había elaborado el plan en su cabeza, donde ni siquiera una GusanoCámara podía entrar. Había trabajado en su preparación durante más de una semana. Cada doce horas había dejado el carrito de la comida en un lugar ligeramente distinto, justo una fracción más dentro de la estancia. Coreografió cada intento en su cabeza: tres pasos de la cama a la puerta, acortar el segundo paso esa fracción más...

Y cada vez que había acudido a la puerta a recoger el carrito, Wilson se había visto obligada a tenderse un poco más dentro de la habitación.

Hasta que al final llegó la vez en la cual Wilson, para alcanzar el carrito, tuvo que dar un paso dentro de la habitación. Un solo paso, eso era todo..., pero Kate esperaba que fuera suficiente.

Dos rápidas zancadas la llevaron hasta la puerta. Un golpe con el hombro derribó a Wilson hacia adelante dentro de la habitación, y Kate llegó a dar hasta dos pasos fuera de la puerta.

Resultó que su habitación no era más que una caja, erigida solitaria en medio de una gigantesca cámara parecida a un hangar, de altas paredes, remota y débilmente iluminada. Había otros guardias a todo su alrededor, hombres y mujeres, levantándose de escritorios, sacando armas de sus fundas. Kate miró frenética a su alrededor, buscando un lugar hacia donde correr...

La mano que se cerró sobre la suya fue como una llave inglesa. Su dedo meñique fue retorcido hacia atrás y su brazo doblado hacia un lado. Kate cayó de rodillas, incapaz de contener el grito, y sintió que los huesos de su dedo se rompían en una explosión de insoportable dolor.

Era Wilson, por supuesto.

Cuando recuperó el conocimiento estaba en el suelo de su prisión, sujeta allí con lo que parecía ser cinta adhesiva, mientras un médico se ocupaba de su mano. Wilson era retenida a un lado por otro de los guardias, con una mirada asesina en aquel rostro de acero.

Luego, el dedo de Kate pulsó en su mano durante semanas. Y Wilson, cuando llegó la próxima vez a la puerta en su rutina de dos veces al día, miró a Kate con una mirada llena de odio. He herido su orgullo, se dio cuenta Kate. La próxima vez que intente algo me matará sin vacilar.

Pero resultaba claro para Kate que, incluso después de haber intentado escapar, todo aquel odio no iba dirigido *a ella*. Se preguntó cuál era el auténtico objetivo de Wilson..., y si Hiram lo sabía.

Del mismo modo, sabía, que ella nunca había sido el auténtico objetivo de Hiram. Era tan sólo un cebo, metido en una trampa.

Ella simplemente era alguien que estaba en el camino de aquella loca gente con sus insondables agendas.

No servía de nada encerebrarse en tales cosas. Se tendió en su cama. Más tarde, en la rutina con la que acostumbraba a estructurar sus días vacíos, haría un poco de ejercicio. Por ahora, suspendida en la luz que nunca variaba de intensidad, intentó poner en blanco su mente.

Una mano tocó la suya.

En medio del caos y las recriminaciones y la furia que siguió a la detención de Mary y Kate, David pidió ver a Mary en la fría calma de los Talleres del Gusano.

Se sobresaltó de inmediato ante la familiaridad de los azules ojos de Mary, tan parecidos a los ojos que había seguido hasta las profundidades del tiempo, todo el camino hasta África.

Se estremeció con una sensación de lo evanescente de la vida humana. ¿Era realmente Mary tan sólo la manifestación transitoria de los genes que habían sido transmitidos hasta ella a través de miles de generaciones, incluso desde aquellos hacía tanto tiempo perdidos días neanderthales, genes que ella transmitiría a su vez a un desconocido futuro? Pero la GusanoCámara había destruido esa deprimente perspectiva. La vida de Mary era transitoria, pero no menos significativa por eso; y ahora que el pasado se había abierto, seguramente sería recordada, apreciada por aquellos que la seguirían.

Y su vida, modelada en un mundo de rápido cambio, la llevaría todavía a lugares que él no podía imaginar.

—Pareces preocupado —dijo ella.

—Es porque no estoy seguro de con quién estoy hablando.

Ella bufó, y por un instante él vio a la antigua, rebelde, descontenta Mary.

—Disculpa mi ignorancia —dijo David—. Sólo estoy intentando comprender. Todos lo estamos intentando. Esto es algo nuevo para nosotros.

Ella asintió.

—¿Y en consecuencia algo que hay que temer?... Sí —dijo finalmente—. Entonces te diré que sí. *Estamos* todos aquí. El agujero de gusano en mi cabeza nunca se cierra, David. Todo lo que hago, todo lo que veo y oigo y siento, todo lo que pienso, es...

—¿Compartido?

—Sí. —Lo estudió—. Pero sé lo que implicas con eso. *Diluido*. ¿Correcto? Pero no es así. No soy menos yo. Más bien me siento intensificada. Es sólo otra capa mental. O de procesado de información, si lo prefieres: dispuesta sobre mi sistema nervioso central, de la misma forma que el sistema nervioso central forma una capa sobre otras redes más antiguas, como la bioquímica. Mis recuerdos siguen siendo míos. ¿Importa si se hallan almacenados en la cabeza de alguna otra persona?

—Pero esto no es sólo alguna especie de red de teléfonos móviles, ¿no? Tus Unidos afirman ser mucho más que eso. ¿Hay una nueva personalidad en todo esto, un nuevo y combinado yo? ¿Un grupo de mentes, unidas por agujeros de gusano, surgiendo de la red?

—Crees que sería una monstruosidad, ¿no?

—No sé qué pensar sobre ello.

La estudió, intentando imaginar a Mary dentro de la concha de la Unidad.

No ayudaba el que los Unidos hubieran adquirido rápidamente renombre como consumados actores..., o mentirosos, para ser más directos. Gracias a sus desprendidas capas de consciencia, cada uno de ellos dominaba su lenguaje corporal, los músculos de sus rostros, un poder sobre los canales de comunicación que había evolucionado para transmitir información de una forma fiable y honesta, y que podía ganar a los más expertos actores. No tenía ninguna razón para suponer que Mary le estaba mintiendo hoy; era tan sólo que no podía ver cómo podía decir si era ella o no.

—¿Por qué no me preguntas lo que realmente deseas saber? —dijo de pronto ella.

—Muy bien —respondió él, alterado—. Mary..., ¿cómo te *sientes* con esto?

—Igual que siempre —dijo ella lentamente—. Sólo que... *más*. Es como despertar por completo: una sensación de claridad, de consciencia plena. *Tú* debes saberlo. Yo nunca he sido un científico. Pero he resuelto rompecabezas. Juego al ajedrez, por ejemplo. La ciencia es algo parecido a eso, ¿no? Imaginas algo, y de pronto ves como todo el juego encaja..., es como si las nubes se despejaran, sólo por un momento, y pudieras ver hasta lejos, mucho más lejos que antes.

—Sí —dijo él—. He tenido algunos momentos así en mi vida. He sido afortunado.

Ella apretó su mano.

—Pero para mí así es como siento *todo el tiempo*. ¿No es maravilloso?

—¿Entiendes por qué la gente os teme?

—Hacen algo más que temernos —dijo ella calmadamente—. Nos persiguen. Nos atacan. Pero no pueden hacernos daño. Podemos verlos llegar, David.

Aquello le hizo estremecer.

—Y aunque uno de nosotros resulte muerto, aunque yo resulte muerta, nosotros, el ser superior, seguiremos adelante.

—¿Qué significa *eso*?

—La red de información que define a los Unidos es grande, y crece constantemente. Es muy probable que sea indestructible, como una Internet de mentes.

Bobby frunció el ceño, oscuramente irritado.

—¿Has oído hablar de la teoría de la unión? Describe nuestra necesidad psicológica de formar relaciones estrechas, de adelantarnos para intimar. Necesitamos esas relaciones para ocultar la horrible verdad, a la que nos enfrentamos a medida que crecemos, de que cada uno de nosotros está solo. La mayor batalla de la existencia

humana es aceptar este hecho. Y *por eso* es tan atractivo Unirse.

—Pero el chip en tu cabeza no te ayudará —dijo él brutalmente—. No al final. Porque deberás morir sola, como yo.

Ella sonrió, perdonando fríamente, y él se sintió avergonzado.

—Puede que eso no sea cierto —dijo—. Quizá yo sea capaz de seguir viviendo, de sobrevivir a la muerte de mi cuerpo..., del cuerpo de Mary. Pero yo, mi consciencia y mis recuerdos, no seguirán residiendo en el cuerpo de uno u otro miembro, sino... distribuidos. Compartidos entre todos ellos. ¿No será eso maravilloso?

—¿Y seguirás siendo tú? —susurró él—. ¿Puedes eludir realmente la muerte de esa forma? ¿O ese ser distribuido así será una copia?

Ella suspiró.

—No lo sé. Y además la tecnología todavía está lejos de realizar eso. Hasta que lo logre seguiremos sufriendo enfermedades, accidentes, muertes. Y seguiremos lamentándonos.

—Cuanto más sabio eres, más duele.

—Sí. La condición humana es trágica, David. Cuanto más grandes se vuelven los Unidos, más claramente puedo ver eso. Y más lo siento. —Su rostro, aún joven, pareció cubrirse con la máscara fantasmal de una edad muy superior.

—Ven conmigo —dijo Bobby—. Hay algo que quiero enseñarte.

Kate no pudo evitar el sobresalto; retiró su mano.

Terminó su involuntario jadeo con una tos, extendió el movimiento de su mano para cubrirse la boca. Luego, delicadamente, volvió a colocar su mano allá donde había estado, apoyada sobre la cama.

Y aquel suave contacto se produjo de nuevo: unos dedos cálidos, fuertes, inconfundibles pese al guante del Traje de Incorporación que debía cubrirlo. Sintió los dedos agitarse sobre su palma e intentó mantenerse tranquila, comiendo su melocotón.

Lamento haberte asustado. No había forma de advertirte.

Se reclinó un poco, intentando ocultar su propio lenguaje de mano tras su espalda.

¿Bobby?

¿Quién si no? Hermosa prisión.

En plenos Talleres del Gusano, ¿verdad?

Sí. Rastreo por el ADN. David ayudó. Métodos de Refugiados. Mary ayudó. Toda la familia junta.

No deberías haber venido, se movieron rápidamente sus dedos. Eso es lo que Hiram quiere. Agarrarte. Tender el cebo en una trampa.

No te abandonaré. Te necesito. Estáte preparada.

Lo intenté una vez. Los guardias son listos, rápidos...

Ella arriesgó una mirada de soslayo. No pudo ver ningún signo de su presencia, ni siquiera una falsa sombra, una indentación en la cama, un asomo de distorsión. Evidentemente la tecnología de los Trajes de Incorporación estaba mejorando tan rápidamente como la de la propia GusanoCámara.

Puede que no tenga otra oportunidad, pensó. Debo decírselo.

Bobby. Vi a David. Tenía noticias. Acerca de ti.

Sus dedos fueron ahora más lentos, vacilantes.

¿Qué acerca de mí?

Tu familia... No puedo hacerlo, pensó. *Pregúntale a Hiram,* respondió, sintiéndose mejor.

Te lo pregunto a ti.

El nacimiento. Tu nacimiento.

Kate hizo una profunda inspiración.

No es lo que tú crees. Piensa en ello. Hiram deseaba una dinastía. David fue una gran decepción, fuera de control. Su madre un gran inconveniente. Así, tuvo un hijo sin madre.

No lo entiendo. Tengo una madre. Heather es mi madre.

Ella dudó.

No, no lo es. Bobby, eres un clon.

David se echó hacia atrás y fijó el frío bucle de metal del Ojo de la Mente sobre su cabeza. Mientras se sumergía en la realidad virtual el mundo se volvió oscuro y silencioso, y por un breve momento no tuvo sensación de su propio cuerpo, ni siquiera pudo sentir la suave y cálida mano de Mary rodeando la suya.

Luego, a todo su alrededor, las estrellas se apagaron. Mary jadeó y aferró su brazo.

Estaba suspendido en un diorama tridimensional de estrellas, extendidas sobre un cielo de terciopelo negro, estrellas más numerosas que en la más oscura noche del desierto..., y sin embargo, vio lentamente, había una estructura. Un gran río de luz — estrellas tan juntas que se mezclaban en resplandecientes nubes pálidas— ocupaba el ecuador del cielo. Era la Vía Láctea, por supuesto: el gran disco de estrellas en el cual estaba todavía encajado.

Miró hacia abajo. Allí estaba su cuerpo, familiar y confortable, claramente visible a la compleja luz de múltiples fuentes que caía sobre él. Pero estaba flotando a la luz de las estrellas sin protección ni sostén.

Mary derivaba a su lado, sujetándolo aún por el brazo. Su contacto era reconfortante. Extraño, pensó. Podemos lanzar nuestras mentes a más de dos mil años luz de la Tierra, y sin embargo todavía debemos sujetarnos el uno al otro, nuestra herencia de primates nunca está demasiado lejos de la puerta de nuestras almas.

Este cielo alienígena estaba poblado.

Había un sol, un planeta y una luna allí, suspendidos a su alrededor, como la trinidad de cuerpos que siempre habían dominado el entorno humano. Pero era un sol bastante extraño, de hecho no era una estrella solitaria como el sol de la Tierra, sino una binaria.

La principal era una gigante naranja, apagada y fría. Centrada sobre un resplandeciente núcleo amarillo, era una masa de gases naranjas que se hacían firmemente más tenues. Había mucho detalle en aquel opaco disco: un entramado de luz blancoamarillenta que danzaba en los polos, con las feas cicatrices de puntos negrogrisáceos alrededor del ecuador.

Pero la estrella gigante estaba visiblemente aplastada. Tenía una estrella compañera, pequeña y azulada, poco más que un punto de luz, orbitando tan cerca de su estrella madre que estaba casi dentro de la dispersa atmósfera exterior de la gigante. De hecho, vio David, una delgada banderola de gases, arrancados de la estrella madre y aún brillantes, rodeaban a la compañera y caían a su superficie, una fina lluvia infernal de hidrógeno en fusión.

David bajó la vista al planeta que flotaba bajo sus pies. Era una esfera del tamaño aparente de una pelota de playa, medio iluminada por la compleja luz roja y blanca de sus estrellas madres. Pero carecía evidentemente de aire, su superficie era una confusión de cráteres de impacto y cadenas montañosas. Quizás en su tiempo había tenido una atmósfera, incluso océanos; o podía haber sido el núcleo rocoso o metálico de un gigante gaseoso, un antiguo Neptuno o Urano. Era posible incluso, supuso, que hubiera albergado vida. De ser así, esa vida había resultado destruida o había huido, y hasta la más mínima huella de su paso había ardidido en su superficie bajo la acción del muriente sol.

Pero este muerto y marchito mundo todavía tenía una luna. Aunque mucho más pequeña que su padre, la luna resplandecía más brillante, reflejando más de la compleja luz entremezclada de las dos estrellas gemelas. Y su superficie parecía, a la primera mirada, completamente lisa, de tal modo que el pequeño mundo parecía como una bola de billar fabricada en algún gran torno. Sin embargo, cuando David miró más atentamente, pudo ver toda un red de finas grietas y crestas, algunas de ellas evidentemente de cientos de kilómetros de longitud, en toda su superficie. La luna parecía más bien un huevo duro, pensó, cuya cáscara hubiera sido repetida aunque suavemente golpeada con una cuchara.

Esta luna era una bola de agua helada. Su lisa superficie era signo de una reciente fusión global, presumiblemente causada por la grotesca expansión de la estrella madre, y las crestas eran los costurones entre las placas de hielo. Y quizá como Europa, la luna de Júpiter, hubiera todavía una capa de agua líquida en alguna parte debajo de aquella profundamente helada superficie, un antiguo océano que podría servir como puerto, incluso ahora, para la vida en retirada...

Suspiró. Nadie podía saberlo. Y en estos momentos nadie tenía ni el tiempo ni los recursos necesarios para descubrirlo. Simplemente había demasiado que hacer,

demasiados lugares adonde ir.

Pero no era el rocoso mundo, ni su luna de hielo —ni siquiera la extraña estrella doble en sí—, sino algo mucho más grande, más allá de aquel pequeño sistema estelar, lo que lo había atraído hasta allí.

Ahora se volvió y miró más allá de las estrellas.

La nebulosa ocupaba la mitad del cielo.

Era un derroche de colores, que iban desde el brillante blanco azulado de su centro, y a través del verde y del naranja, hasta los sombríos púrpuras y rojos de su periferia. Era como una gigantesca acuarela, pensó, con los colores mezclándose suavemente unos con otros. Podía ver capas en la nube —la textura, los estratos de sombras que le daban un aspecto sorprendentemente tridimensional—, con una estructura más fina en las profundidades de su núcleo.

El aspecto más sorprendente de la gran estructura era un esquema de oscuras nubes, abundantes en polvo estelar, formando una sorprendentemente clara V delante de la resplandeciente masa, como un inmenso pájaro alzando sus negras alas ante una llama. Y delante de la forma del pájaro, como un chorro de chispas surgido de la fogata de atrás, había un diáfano velo de estrellas que la separaban de la nube. El gran río de luz que era la galaxia fluía alrededor de la nebulosa, pasando por detrás de ella como si la rodeara.

Ni siquiera volviendo la cabeza de lado a lado era posible captar toda la escala de la estructura. A veces parecía estar lo bastante cerca como para poder tocarla, como si fuera una gigantesca y dinámica escultura mural que pudiera alcanzar y explorar. Y luego retrocedía, al parecer hasta el infinito. Sabía que su imaginación, evolucionada a la escala de miles de kilómetros de la Tierra, era inadecuada para la tarea de captar las enormes distancias implicadas allí.

Porque si el sol fuera trasladado al centro de la nebulosa, los seres humanos podrían construir un imperio interestelar sin alcanzar nunca el borde de la nube.

La maravilla brotó en él, repentina, inesperada. Soy un ser privilegiado, pensó, por vivir en una época así. Un día, suponía, algún explorador con una GusanoCámara navegaría bajo la corteza helada de la luna y buscaría lo que hubiera en su núcleo; y quizás equipos de investigadores recorrerían la superficie del planeta de ahí abajo, en busca de reliquias del pasado.

Envidió a aquellos futuros exploradores la profundidad de sus conocimientos. Y sin embargo, sabía, ellos envidiarían con toda seguridad a su generación por encima de todas las demás. Porque, mientras navegaba hacia fuera con el frente en expansión de la exploración de la GusanoCámara, David era el *primero* en estar allí, y nadie más en toda la historia podría decir lo mismo.

Una larga historia. Un laboratorio japonés. El lugar solía clonar tigres para doctores brujos. Heather sólo fue una madre de alquiler. David lo grabó todo con la

GusanoCámara. Luego todo aquel control mental. Hiram no quería más errores...

Heather. No siento ningún vínculo hacia ella. Ahora sé por qué. Qué triste.

Ella creyó poder sentir su pulso en el contacto invisible en su palma.

Sí triste triste.

Y entonces, sin ninguna advertencia, la puerta se abrió de golpe.

Mae Wilson entró sujetando una pistola. Sin vacilar, disparó una, dos veces, a ambos lados de Kate. La pistola tenía silenciador, los disparos fueron meros *pops*.

Hubo un grito, una mancha de sangre flotando en el aire, otra como una explosión allá donde la bala salió del cuerpo de Bobby.

Kate intentó ponerse en pie. Pero el cañón de la pistola de Wilson estaba en su nuca.

—Ni lo intente.

El Traje de Incorporeidad de Bobby estaba fallando, en grandes círculos concéntricos de distorsión y sombra que se extendían alrededor de sus heridas. Kate pudo ver que estaba intentando alcanzar la puerta. Pero allí había más esbirros de Hiram; no tenía forma alguna de franquear la barrera.

Entonces el propio Hiram apareció en la puerta. Su rostro se retorció con emociones irreconocibles cuando miró a Kate, al cuerpo de Bobby.

—Sabía que no lo resistirías. Te atrapé, pequeña mierdecilla.

Kate no había salido de la jaula de su celda desde hacía..., ¿cuánto tiempo? ¿Treinta, cuarenta días? Ahora, fuera en el cavernoso y apenas iluminado espacio de los Talleres del Gusano, se sintió expuesta, inquieta.

El disparo había atravesado de parte a parte el hombro de Bobby, desgarrando músculos y destrozando huesos, pero —aunque por puro azar—, su vida no corría peligro. Los médicos de Hiram quisieron administrarle un anestésico general mientras lo trataban, pero Bobby, mirando a Hiram, lo rechazó, y sufrió el dolor del tratamiento plenamente consciente.

Hiram abrió camino cruzando el suelo vacío de gente por entre la enorme e inmóvil maquinaria. Wilson y los otros esbirros rodeaban a Bobby y Kate, algunos de ellos caminando de espaldas a fin de poder vigilar a sus cautivos, dejando muy claro que no había ninguna forma de escapar.

Hiram, inmerso en fuera cual fuese el proyecto que tenía ahora en marcha, parecía atormentado, ratonil. Sus gestos eran extraños, repetitivos, obsesivos: era un hombre que había pasado demasiado tiempo solo. Él mismo era el sujeto de un experimento, pensó Kate lúgubrementemente: un ser humano privado de compañía, temeroso de la oscuridad, sometido a constantes y más o menos hostiles miradas del resto de la población del planeta, constantemente rodeado por sus invisibles ojos. Había sido metódicamente destruido por una máquina que nunca había imaginado y jamás había querido, y cuyas implicaciones probablemente no comprendía ni siquiera ahora. Se

dio cuenta con una punzada de dolor de que no había ningún ser humano en la historia que tuviera más derecho a sentirse paranoico.

Pero nunca podría olvidar lo que le había hecho a ella..., y a Bobby. Y, se dio cuenta, no tenía absolutamente ninguna idea de lo que Hiram tenía previsto para ellos dos, ahora que había atrapado a su hijo.

Bobby sujetaba fuertemente la mano de Kate, asegurándose de que el cuerpo de ella nunca estuviera fuera de contacto con el de él, que fueran inseparables. E incluso mientras la protegía era sutilmente capaz de apoyarse en ella sin que los demás lo vieran, de extraer de ella fuerzas que Kate estaba más que dispuesta a proporcionarle.

Llegaron a una parte de los Talleres del Gusano que nunca antes había visto. Allí había construido una especie de búnker, un enorme cubo medio encajado en el suelo. Su interior estaba brillantemente iluminado. Había una puerta encajada a un lado, accionada por una pesada rueda como si fuera una compuerta de un submarino.

Bobby avanzó cautelosamente, aferrando aún a Kate.

—¿Qué es esto, Hiram? ¿Por qué nos has traído aquí?

—Un buen lugar, ¿eh? —sonrió Hiram, y dio una confiada palmada a la pared—. Tomamos prestada algo de ingeniería de la antigua base del NORAD que excavaron en las montañas de Colorado. Todo este maldito búnker está montado sobre enormes muelles antishock.

—¿Para qué? ¿Para resistir un ataque nuclear?

—No. Estas paredes no son para resistir una explosión fuera. Se supone que son para contener una.

Bobby frunció el ceño.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Del futuro. El futuro de NuestroMundo. *Nuestro* futuro, hijo.

—Hay otros que saben que venía aquí —dijo Bobby—. David. Mary. El agente especial Mavens del FBI. Pronto estarán aquí. Y entonces saldré de este lugar. Con ella.

Kate observó los ojos de Hiram, que les miraba alternativamente, como si planeara algo.

—Tienes razón, por supuesto —dijo finalmente Hiram—. No puedo reteneros aquí. Aunque podría divertirme intentándolo. Dame tan sólo cinco minutos. Permíteme plantear mi caso, Bobby. —Forzó una sonrisa.

Bobby luchó por hablar.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Convencerme de algo? ¿De qué va todo esto?

—Déjame mostrártelo. —E hizo un gesto con la cabeza a los esbirros, indicando que Bobby y Kate debían ser metidos en el búnker.

Las paredes eran de grueso acero. El búnker estaba lleno de equipo, con sitio tan sólo para Hiram, Kate, Bobby y Wilson.

Kate miró a su alrededor, tensa, alerta, abrumada. Aquello era obviamente un laboratorio experimental: había pizarras blancas, Pantallas Planas, gráficos, sillas

plegables y escritorios fijados a las paredes. En el centro de la estancia había el equipo que, presumiblemente, era el foco de interés de aquel lugar: algo que parecía un permutador térmico y una pequeña turbina, y otras piezas de equipo, blancas cajas anónimas. Sobre uno de los escritorios había una taza de café, medio bebida y aún humeante.

Hiram caminó hasta el centro del búnker.

—Perdimos el monopolio de la GusanoCámara más rápido de lo que hubiera deseado. Pero hicimos un montón de dinero. Y todavía estamos haciendo más; los Talleres del Gusano siguen aún muy a la cabeza de cualquier otra instalación en el mundo. Pero estamos llegando a una meseta, Bobby. Dentro de unos pocos años más las GusanoCámaras van a ser capaces de llegar al otro lado del universo. Y ahora cualquier mocoso tiene ya su propia GusanoCámara personal, el mercado está saturado para varias generaciones. Debemos limitarnos al negocio de los repuestos y actualizaciones, donde los márgenes de beneficios son bajos y la competencia feroz.

—Pero usted tiene otra idea mejor —dijo Kate—. ¿Correcto?

Hiram la miró con ojos furiosos.

—Nada de eso le concierne a usted. —Se dirigió hacia la maquinaria y la acarició—. Somos malditamente buenos incluso en sacar agujeros de gusano de la espuma cuántica y expandirlos. Hasta ahora los hemos estado usando para transmitir información. ¿De acuerdo? Pero tu listo hermano David te dirá que se emplea una cantidad finita de energía para registrar aunque sólo sea un solo bit de información. De modo que cuando transmitimos *datos* estamos transmitiendo también *energía*. En estos momentos es sólo una cantidad insignificante, ni siquiera la suficiente para encender una bombilla.

Bobby asintió rígidamente, conteniendo su obvio dolor.

—Pero tú vas a cambiar todo eso.

Hiram señaló hacia los distintos componentes del equipo.

—Eso es un generador de agujeros de gusano. Es tecnología del vacío comprimido, pero mucho más avanzada que cualquier otra cosa que puedas encontrar en el mercado. Quiero producir agujeros de gusano más grandes y más estables..., *mucho* más, más que cualquier otra cosa que nadie haya conseguido nunca hasta ahora. Lo bastante grandes como para actuar como conductos para cantidades significativas de energía.

“Y la energía que extraigamos pasará a través de este equipo, el permutador térmico y la turbina, para transformarse en energía eléctrica utilizable. Simple tecnología del siglo XIX..., pero eso es todo lo que necesito, siempre que consiga que la energía fluya. Esto es sólo una instalación de prueba, pero suficiente para probar el principio y para resolver los problemas, el primero de los cuales es la estabilidad de los agujeros de gusano...”

—¿Y de dónde —dijo lentamente Bobby— extraerás la energía?

Hiram sonrió y señaló a sus pies.

—De ahí abajo. Del núcleo de la Tierra, hijo. Una bola sólida de níquel-hierro del tamaño de la Luna, ardiendo tan caliente como la superficie del Sol. Toda esa energía atrapada ahí desde que se formó el planeta, el motor que da energía a los volcanes y a los terremotos y a la circulación de las placas de la corteza terrestre... *Ahí* es donde planeo ir a buscarla.

”¿Te das cuenta de la belleza de todo esto? La energía que quemamos los humanos, aquí en la superficie, es una mera llama de una vela comparada con ese horno. Tan pronto como los técnicos resuelvan el problema de la estabilidad del agujero de gusano, todas las empresas generadoras de energía existentes quedarán obsoletas de la noche a la mañana. ¡La fusión nuclear, mi peludo culo! Y eso no se detendrá aquí. Quizás algún día aprendamos cómo usar la energía de las propias estrellas. ¿No lo ves, Bobby? Incluso la GusanoCámara no es nada comparado con esto. Cambiaremos el mundo. Nos haremos ricos...

—Más allá de todos los sueños de la avaricia —murmuró Bobby.

—Ése es el sueño, muchacho. En eso es en lo que quiero que trabajemos juntos. Tú y yo. Construyendo un futuro, construyendo NuestroMundo.

—Papá... —Bobby abrió su mano libre—. Te admiro. Admiro lo que estás construyendo. No voy a detenerte. Pero yo no quiero esto. Nada de esto es real, ni tu dinero ni tu poder, lo único que es real soy yo. Kate y yo. Tengo tus genes, Hiram. Pero no soy tú. Y nunca lo seré, no importa todo lo que hagas para intentar que lo sea...

Y mientras Bobby decía esto, una serie de conexiones empezaron a formarse en la mente de Kate, como acostumbraba a suceder cuando se acercaba al núcleo de la verdad que yacía en el corazón del más complejo de sus reportajes.

No soy yo, había dicho Bobby.

Pero, sabía ella ahora, éste era precisamente el quid de la cuestión.

Mientras derivaba en el espacio, la boca de Mary estaba abierta de par en par. Sonriendo, David adelantó una mano, tocó su barbilla y cerró su mandíbula.

—No puedo creerlo —dijo ella.

—Es una nebulosa —indicó él—. De hecho, se llama la nebulosa Trífida.

—¿Es visible desde la Tierra?

—Oh, sí. Pero estamos tan lejos de casa que la luz que envió la nebulosa allá por la época de Alejandro Magno apenas está empezando ahora a bañar la Tierra. —Señaló—. ¿Puedes ver esos puntos oscuros? —Eran pequeños y finos glóbulos, como gotas de tinta en agua coloreada—. Se llaman glóbulos de Bok. Incluso el más pequeño de esos puntos podría englobar todo nuestro Sistema Solar. Creemos que son el lugar de nacimiento de las estrellas: nubes de polvo y gases que se condensarán para formar nuevos soles. Se necesita mucho tiempo para formar una estrella, por

supuesto. Pero los estadios finales, cuando entra en juego la fusión y la estrella revienta su cascarón de polvo y empieza a brillar, pueden ocurrir muy repentinamente. —La miró—. Piensa en ello. Si vivieras aquí, quizás en esa bola de hielo debajo de nosotros, podrías ver, a lo largo de tu vida, el nacimiento de docenas, quizá centenares de estrellas.

—Me pregunto qué religión inventaríamos —dijo ella.

Era una buena pregunta.

—Quizás algo suave. Una religión dominada más por las imágenes del nacimiento que de la muerte.

—¿Por qué me has traído aquí?

Él suspiró.

—Todo el mundo debería ver esto antes morir.

—Y ahora aquí estamos —dijo Mary, un poco formalmente—. Gracias.

Él sacudió la cabeza, irritado.

—No ellos. No los Unidos. *Tú*, Mary. Espero que me perdones por esto.

—¿Qué es lo que quieres decirme, David?

Él dudó. Señaló hacia la nebulosa.

—En alguna parte, ahí, más allá de la nebulosa, está el centro de la galaxia. Hay allí un gran agujero negro, de un millón de veces la masa del Sol. Y sigue creciendo. Nubes de polvo y gas y estrellas aniquiladas fluyen hacia el agujero desde todas direcciones.

—He visto imágenes de eso —señaló Mary.

—Sí. Ya hay todo un racimo de fantasmas ahí fuera. Están teniendo algunas dificultades en aproximarse al agujero en sí; la enorme distorsión gravitatoria hace diabluras con la estabilidad del agujero de gusano...

—¿Fantasmas?

—Puntos focales de GusanoCámaras. Observadores incorpóreos, vagando a través del espacio y del tiempo. —Sonrió y señaló su flotante cuerpo—. Cuando te acostumbres a esta exploración de realidad virtual a través de la GusanoCámara descubrirás que no necesitas llevar contigo más equipaje que éste.

”El asunto, Mary, es que estamos enviando mentes humanas como una nube de vilanos a través de un bloque de espaciotiempo de doscientos mil años luz de ancho y un centenar de milenios de profundidad: a través de cien mil millones de sistemas estelares, todo el camino hacia atrás hasta el nacimiento de la humanidad. Ya hay más de lo que podemos estudiar aunque dispusiéramos de un millar de veces el número de observadores adiestrados..., y esos límites están retrocediendo a cada momento que pasa.

“Algunas de nuestras teorías están siendo confirmadas; otras son brutalmente derribadas. Y eso es bueno; así es como se supone que ha de ser la ciencia. Pero creo que hay una lección mucho más profunda que hemos aprendido ya”.

—Y que es...

—Que la mente, la propia vida, es preciosa —dijo Bobby lentamente—. De una forma inimaginable. Sólo hemos empezado nuestra búsqueda. Pero ya sabemos que no hay ninguna biosfera significativa dentro de un radio de un millar de años luz, hasta tan profundamente en el espacio como hemos podido ver. Oh, quizás haya microorganismos aferrándose a la vida en alguna cálida charca llena de limo, o en lo más profundo de las hendiduras de alguna grieta volcánica en alguna parte.

Pero no hay otra Tierra.

”Mary, la GusanoCámara ha empujado mi percepción fuera de mis propias preocupaciones, inexorablemente, paso a paso. He visto el mal y el bien en el corazón de mi vecino, las mentiras en mi propio pasado, el banal horror de la historia de mi gente.

“Pero ahora hemos ido más allá de eso, más allá del clamor de nuestros breves siglos humanos, la ruidosa isla a la que nos aferramos. Ahora hemos visto el vacío del más amplio universo, el hervor sin mente del pasado. Hemos terminado de culparnos por nuestra historia familiar y empezamos a ver la verdad superior: que estamos rodeados por abismos, por grandes silencios, por el ciego actuar de enormes fuerzas sin mente. La GusanoCámara es, en definitiva, una máquina de perspectiva. Y todos nos sentimos abrumados por esa perspectiva”.

—¿Por qué dices esto?

La miró fijamente.

—Si debo hablarte, si debo hablaros a todos, entonces quiero que sepas la responsabilidad que puede que tengas.

”Hubo un jesuita llamado Teilhard de Chardin. Creía que del mismo modo que la vida había cubierto la Tierra para formar la biosfera, del mismo modo la humanidad, la vida pensante, abarcaría finalmente la vida para formar una capa superior, una capa cogitativa que llamó la noosfera. Argumentó que la tosca organización de la noosfera se desarrollaría, hasta que se cohesionara en un único ser supersapiens al que llamó el Punto Omega.

—Sí —dijo ella, y cerró los ojos—. El final del mundo: la introversión interna en masa de la noosfera, que ha alcanzado simultáneamente el límite máximo de su complejidad y centralización...

—¿Has leído a Chardin?

—Lo *hemos* leído.

—Es el Ajenjo, ¿lo ves? —dijo él roncamente—. Ése es mi problema. No puedo hallar consuelo en los nuevos pensadores nihilistas. La idea de que este pequeño fragmento de vida y de mente deba ser aplastado, en este momento de trascendente comprensión, por un pedazo de roca al azar es simplemente inaceptable.

Ella acarició su rostro con sus pequeñas manos jóvenes.

—Lo entiendo. Confía en mí. Estamos trabajando en ello.

Y, mirando fijamente a sus jóvenes-viejos ojos, él la creyó.

Ahora la luz estaba cambiando, sutilmente, volviéndose significativamente más

oscura.

La compañera blancoazulada estaba pasando detrás de la más densa masa de su madre. David pudo ver la luz de la estrella fluir a través de las complejas capas de gas en la periferia de la gigante y, cuando la compañera tocó el confuso horizonte de la gigante, vio realmente las sombras arrojadas por las masas más densas de gas en aquellas capas exteriores contra la atmósfera más difusa, inmensas líneas que fluían hacia él, con millones de kilómetros de longitud y absolutamente rectas. Era la puesta de una estrella, comprendió maravillado, un ejercicio de geometría y perspectiva celeste.

Y sin embargo el espectáculo le recordó sobre todo las puestas del sol en el océano que solía contemplar cuando era un muchacho, mientras jugaba con su madre en las largas playas del Atlántico en Francia, momentos en los que los rayos de luz lanzados por entre las densas nubes oceánicas le habían hecho preguntarse si no estaba viendo la luz del propio Dios.

¿Eran realmente los Unidos el embrión de un nuevo orden de humanidad, de mente? ¿Estaba efectuando alguna especie de primer contacto allí, con un ser cuyo intelecto y comprensión podía superar a los suyos tanto como él podía superar los de su lejana abuela neanderthal?

Pero quizás fuera necesario que se desarrollara alguna nueva forma de mente, nuevos poderes mentales, para captar las más amplias perspectivas ofrecidas por la GusanoCámara.

Pensó: eres temido y menospreciado, y ahora eres débil. Yo te temo; yo te menosprecio. Pero también Cristo había sido temido y menospreciado. Y el futuro Le pertenecía. Como quizá te pertenezca a ti.

Y así puede que seas depositario de mis esperanzas, como he intentado expresarte.

Pero, sea cual sea el futuro, no puedo impedir el echar en falta la alegre muchacha que solía vivir detrás de estos viejos ojos azules.

Y me inquieta el que no hayas mencionado ni una sola vez a tu madre, que fantasea lo que queda de su vida en habitaciones a oscuras. ¿Tan poco significa lo que te ha precedido?

Mary se acercó más a él, le rodeó la cintura con los brazos y se apretó fuertemente contra él. Pese a sus turbados pensamientos, aquel simple calor humano fue un gran consuelo.

—Vayamos a casa —dijo ella—. Creo que tu hermano nos necesita.

Kate sabía lo que tenía que decirle.

—Bobby...

—Cállese, Manzoni —gruñó Hiram. Ahora desvariaba, alzando los brazos al aire, caminando de un lado a otro de la habitación—. ¿Qué hay de mí? *Yo te hice*, pequeña

mierdecita. Yo te hice para no tener que morir, sabiendo...

—Sabendo que lo perderías todo —dijo Kate.

—Manzoni...

Wilson se adelantó un paso, situándose entre Hiram y Bobby, observándolos a ambos.

Kate la ignoró.

—Usted quiere una dinastía. Quiere que su descendencia gobierne el jodido planeta. No funcionó con David, así que lo intentó de nuevo, sin siquiera el inconveniente de tener que compartirlo con una madre. Sí, usted *hizo* a Bobby, e intentó controlarlo. Pero aún así él no desea jugar a sus juegos.

Hiram se enfrentó a ella con los puños crispados.

—Lo que él desee no importa. No seré bloqueado.

—No —dijo Kate, pensando en aquellas palabras—. No, no lo será, ¿verdad? Dios mío, Hiram.

—Kate —dijo Bobby urgentemente—, creo que será mejor que me digas de qué estás hablando.

—Oh, no digo que éste fuera su plan desde el principio. Pero siempre fue una alternativa, en caso de que tú... no cooperaras. Y por supuesto tenía que aguardar hasta que existiera la tecnología adecuada. Pero ahora existe. ¿No es así, Hiram?...

—Y otra pieza del rompecabezas encajó en su lugar—. *Usted está financiando a los Unidos*, ¿no es así? Encubiertamente, por supuesto. Pero son sus recursos los que hay detrás de la tecnología del enlace cerebral. Tenía sus propios propósitos para ello.

Pudo ver en los ojos de Bobby —orlados de negro, marcados por el dolor— que finalmente comprendía.

—Bobby, tú eres su clon. Tu cuerpo y tus estructuras nerviosas están tan cerca de las de Hiram como es humanamente posible conseguir. Hiram desea que NuestroMundo siga viviendo después de su muerte. No desea verla dispersa..., o peor aún, que caiga en manos de alguien de fuera de la familia. Tú eres su esperanza. Pero si no cooperas...

Bobby se volvió hacia su padre-clon.

—Si no acepto ser tu heredero, entonces me matarás. Tomarás mi cuerpo y descargarás tu sucia mente en mí.

—Pero no será así —dijo Hiram rápidamente—. ¿Acaso no lo ves? Estaremos juntos, Bobby. Le he ganado la partida a la muerte, por Dios. Y cuando envejecas, podremos hacerlo de nuevo. Y de nuevo, y de nuevo.

Bobby se desprendió del brazo de Kate y caminó hacia Hiram.

Wilson se interpuso entre Hiram y Bobby, empujando a Hiram tras ella, y sacó su pistola.

Kate intentó adelantarse para intervenir, pero tuvo la sensación como si se hubiera hundido en melaza.

Wilson dudaba. Pareció llegar a una decisión. El cañón de su arma osciló.

Luego, en un solo movimiento rápido como el rayo, se volvió y golpeó a Hiram por encima de la oreja, lo bastante duro como para enviarlo de bruces al suelo, y aferró a Bobby. Éste intentó golpearla, pero ella sujetó su brazo herido y aplicó un decidido pulgar contra su hombro. Él dejó escapar un fuerte grito, hizo girar los ojos y se derrumbó de rodillas.

Kate se sintió abrumada, desconcertada. ¿Y ahora qué? ¿Cuánto más iba a complicarse aquello? ¿Quién era aquella Wilson? ¿Qué *pretendía*?

Con enérgicos movimientos, Wilson situó a Bobby y a su padre-clon uno al lado del otro, y empezó a accionar interruptores en la consola del equipo en el centro de la habitación. Hubo un zumbido de ventiladores, un crepitar de ozono; Kate sintió que grandes fuerzas se acumulaban en la habitación.

Hiram intentó sentarse, pero Wilson lo derribó de nuevo con una patada en el pecho.

—¿Qué demonios está haciendo? —croó Hiram.

—Iniciando un agujero de gusano —murmuró Wilson, concentrada—. Un puente al centro de la Tierra.

—Pero no puede —dijo Kate—. Los agujeros de gusano todavía son inestables.

—Lo sé —restalló Wilson—. Éste es el detalle. ¿Todavía no lo comprende?

—Dios mío —murmuró Hiram—. Tenía esto planeado todo el tiempo.

—Matarle. Correcto. Aguardé la oportunidad. Y la aproveché.

—¿*Por qué*, por el amor de Dios?

—Por Bárbara Wilson. Mi hija.

—¿Quién?...

—Usted la destruyó. Usted y su GusanoCámara. Sin usted...

Hiram se echó a reír, un sonido tenso y desagradable.

—No me lo diga. No importa. Todo el mundo tiene algo contra mí. Siempre supe que uno de esos estúpidos fanáticos lo conseguiría al fin. Pero yo confiaba en usted, Wilson.

—De no ser por usted yo sería feliz. —La voz de la mujer era diáfana, tranquila.

—¿De qué está hablando?... ¿Pero a quién demonios le importa? Mire..., me ha pillado —dijo Hiram desesperadamente—. Deje marcharse a Bobby. Y a la chica. Ellos no importan.

—Oh, él sí importa. —Wilson parecía a punto de echarse a llorar—. ¿No lo entiende? *Él* es el que importa. —El zumbido del equipo aumentó a un crescendo, y los dígitos desfilaron en la Pantalla Blanda del monitor en la pared—. Sólo un par de segundos —dijo—. No es esperar mucho, ¿verdad? Y luego todo habrá terminado. —Se volvió a Bobby—. No temas.

Bobby, apenas consciente, hizo un esfuerzo por hablar.

—¿Qué?

—No sentirás nada.

—¿Y a usted qué le importa?

—Oh, sí me importa. —Acarició su mejilla—. Pasé mucho tiempo observándote. Sabía que eras clonado. Es igual. Te vi dar tus primeros pasos. Te quiero.

—Una maldita husmeadora de GusanoCámara —gruñó Hiram desde el suelo—. ¿Es eso todo lo que es? Qué... *pequeño*. He sido perseguido por sacerdotes y alcahuetes y políticos, criminales, nacionalistas, locos y cuerdos. Todo el mundo con algún rencor hacia el inventor de la GusanoCámara. Los he eludido a todos. Y ahora me encuentro con *esto*. —Empezó a debatirse—. No. No así. No así...

Y, con un solo movimiento serpentino, se lanzó contra la pierna de Wilson y hundió los dientes en su pantorrilla.

Ella dejó escapar un grito y se tambaleó hacia atrás. Hiram apretó fuertemente los dientes, como un perro, mientras la sangre de la mujer goteaba de su boca. Wilson rodó encima de él y alzó su puño. Hiram soltó la pierna de Wilson y le gritó a Kate:

—¡Sáquelo de aquí! Sáquelo... —Pero entonces Wilson clavó el puño en su ensangrentada garganta, y Kate oyó el crujir de cartílago y hueso, y su voz se convirtió en un gorgoteo.

Kate agarró a Bobby por su brazo bueno y tiró de él, por pura fuerza, a través de la puerta del búnker. Él dejó escapar un grito cuando su cabeza chocó contra el dintel de grueso metal, pero ella lo ignoró.

Tan pronto como sus tambaleantes pies estuvieron al otro lado del umbral cerró de golpe la puerta, enmascarando el creciente ruido del agujero de gusano, y empezó a asegurarla.

Los esbirros de seguridad de Hiram se estaban acercando, desconcertados. Kate, haciendo girar la rueda, les gritó:

—¡Ayúdenle a salir de aquí!... —Pero entonces la pared se combó hacia ella, y tuvo un atisbo de luz, tan brillante como el sol. Ensordecida, cegada, pareció caer.

Caer a la oscuridad.

Las eras de Sísifo

Como dos fantasmas, incorpóreos puntos focales de la GusanoCámara, Bobby y David flotaban por encima del cono sur de África.

Era el año 2082. Habían transcurrido cuatro décadas desde la muerte de Hiram Patterson. Y Kate, la esposa de Bobby desde hacía treinta y cinco años, estaba muerta.

Un año después de que él aceptara aquella brutal verdad, nunca estaba muy lejos de los pensamientos de Bobby, no importaba el maravilloso escenario que la GusanoCámara le proporcionara. Pero *él* todavía estaba vivo, y debía seguir viviendo; se obligó a sí mismo a mirar haciafuera, a estudiar África.

Hoy las llanuras del más antiguo de los continentes estaban cubiertas por un trazado rectangular de campos. Aquí y allí se arracimaban los edificios, limpias chozas de plástico, y las máquinas se afanaban, cultivadoras autónomas que parecían gigantescos escarabajos con sus relucientes caparazones de células solares. La gente se movía lentamente por entre los campos. Todos llevaban ropas blancas sueltas, sombreros de ala ancha y llamativas capas de filtros solares.

En una granja, muy bien cuidada, jugaba un grupo de niños. Parecían limpios, bien vestidos y bien alimentados, y corrían ruidosamente, brillantes guijarros en aquel paisaje que parecía un enorme tablero de ajedrez. Pero Bobby había visto pocos niños hoy, y este raro puñado parecía precioso, atractivo.

Y, mientras miraba más atentamente, vio cómo sus movimientos eran complejos y altamente coordinados, como si pudieran decir sin demora o ambigüedad qué era lo que los otros estaban pensando. Como quizá pudieran. Porque —le habían dicho— había niños que nacían ahora con agujeros de gusano en sus cabezas, enlazados con las mentes del cada vez más extendido grupo de los Unidos antes incluso de abandonar el seno materno.

Aquello hizo estremecer a Bobby. Sabía que su cuerpo estaba respondiendo al inquietante pensamiento, abandonado allá en las instalaciones que todavía llamaban los Talleres del Gusano, aunque, cuarenta años después de la muerte de Hiram, las instalaciones eran ahora propiedad de un fideicomiso que representaba a un consorcio de museos y universidades.

Había pasado tanto tiempo desde aquel climático día, el día de la muerte de Hiram en los Talleres del Gusano, y sin embargo todo estaba aún muy vívido en la mente de Bobby, como si su memoria fuera también una GusanoCámara, con su

mente clavada en el pasado. Y ahora era un pasado que contenía todo lo que quedaba de Kate, muerta hacía un año de cáncer, con todas sus acciones incrustadas en la incambiable historia, como todos los innumerables miles de millones que la habían precedido a la tumba.

Pobre Hiram, pensó. Todo lo que siempre había deseado era hacer dinero. Ahora, con Hiram muerto hacía tanto tiempo, la compañía había desaparecido, su fortuna estaba intervenida. Y sin embargo, por accidente, había cambiado el mundo...

David, una presencia invisible allí con él, guardaba silencio desde hacía largo rato. Bobby insertó rutinas de empatía para captar el punto focal de David.

... Los resplandecientes campos se evaporaron para ser reemplazados por un desolado y árido paisaje en el cual unos pocos árboles retorcidos luchaban por sobrevivir.

Debajo de la plana y deslumbrante luz del sol una fila de mujeres se abría camino lentamente por el terreno. Cada una llevaba un inmenso contenedor de plástico sobre su cabeza que contenía un gran peso de salobre agua. Eran delgadas como varas, vestidas con harapos, sus espaldas rígidas.

Una de las mujeres llevaba a un chiquillo de la mano. Parecía evidente que el desgraciado niño —desnudo, un conjunto de huesos y apergaminada piel— estaba afectado por una avanzada malnutrición o quizás el SIDA: lo que allí solían llamar, recordó Bobby con lúgubre humor, la enfermedad de los flacos.

—¿Por qué miras el pasado, David? —dijo suavemente—. Las cosas son mejores ahora.

—Pero éste es el mundo que *nosotros* hicimos —dijo David amargamente. Su voz sonó como si estuviera sólo a unos pocos metros de distancia de Bobby en alguna cálida y confortable habitación, en vez de flotando en aquel vacío olvidado—. No es extraño que los chicos piensen que nosotros los viejos somos un puñado de salvajes. Era un África de SIDA y malnutrición y sequía y malaria e infecciones de estafilococos y dengue e interminables y fútiles guerras, un África empapada en salvajismo... Pero —dijo—, era un África con elefantes.

—Todavía hay elefantes —señaló Bobby. Y era cierto: un puñado de ejemplares en los zoos, con su esperma y sus óvulos yendo arriba y abajo en un intento por mantener una población viable. Incluso había cigotos, de elefantes y de muchas otras especies en peligro de extinción o ya extinguidas, congelados en tanques de nitrógeno líquido en la invariable sombra de un cráter del polo sur lunar, quizás el último refugio de la vida en la Tierra si resultaba, después de todo, imposible desviar el Ajenjo.

Así que todavía había elefantes. Pero no en África: ningún rastro de ellos excepto los huesos ocasionalmente desenterrados por los robots granjeros, huesos que a veces mostraban huellas de dientes dejadas por humanos desesperados. En el transcurso de la vida de Bobby todos habían recorrido su viaje hasta la extinción: el elefante, el león, el oso..., incluso los más cercanos parientes del hombre, los chimpancés y los

gorilas y los monos. Ahora, fuera de los hogares y los zoos y las colecciones y los laboratorios, no había ningún mamífero grande en todo el planeta, ninguno excepto el hombre.

Pero lo que estaba hecho estaba hecho.

Bobby agarró con un esfuerzo de voluntad el punto focal de su hermano y se elevó directamente hacia arriba.

Mientras ascendían en el espacio y en el tiempo los brillantes campos se vieron restaurados. Los niños se empequeñecieron hasta la invisibilidad y las tierras de labor se convirtieron en una mezcla de detalles, oscurecidos por la bruma y las nubes.

Y entonces, mientras la Tierra retrocedía, la bulbosa forma de la propia África, con la familiaridad de los libros de texto, surgió ante la vista de Bobby.

Más lejos hacia el oeste, por encima del Atlántico, una sólida capa de nubes se extendía a lo largo de la curvada piel del océano, fruncida en limpias ondulaciones blanco grisáceas. A medida que el girar del planeta arrastraba a África hacia las sombras de la noche, Bobby pudo ver una serie de tormentas ecuatoriales extenderse cientos de kilómetros tierra adentro, sondeando con dedos púrpura de oscuridad.

Pero incluso desde aquel ventajoso punto de observación Bobby pudo distinguir la obra del hombre.

Había una depresión allá fuera en el océano, un gran torbellino espumoso de nubes blancas sobre el océano azul. Pero no era un sistema natural; poseía una regularidad y una estabilidad que contradecía su escala. Las nuevas funciones del control del tiempo estaban reduciendo lentamente la severidad de los sistemas de tormentas que todavía seguían afligiendo el planeta, en especial en los alrededores de la orilla del Pacífico.

Al sur del antiguo continente Bobby podía ver claramente las grandes naves-cortina abriéndose camino a través de la atmósfera, con las láminas conductoras que llevaban brillando como alas de libélula mientras limpiaban el aire y restablecían su durante tanto tiempo disminuido ozono. Y junto a la costa occidental pálidas masas seguían la línea de la orilla a lo largo de cientos de kilómetros: arrecifes construidos rápidamente por la nueva variedad de coral manipulado genéticamente, trabajando para fijar el exceso de carbono..., y para proporcionar un nuevo refugio a las comunidades de plantas y animales en peligro que en su tiempo habían habitado los arrecifes naturales del mundo, destruidos hacía mucho tiempo por la polución, el exceso de pesca y las tormentas.

Por todas partes la gente trabajaba, reparaba, construía.

La tierra también había cambiado. El continente estaba casi libre de nubes, sus amplias tierras de un color pardo grisáceo, el verde de la vida reprimido por la bruma. La gran masa septentrional que había sido el Sahara estaba quebrada por una fina tracería blancoazulada. A lo largo de las orillas de los nuevos canales el brillo del verdor estaba ya empezando a extenderse. Aquí y allá pudo ver las resplandecientes formas como joyas de las plantas extractoras de energía, la realización del último

sueño de Hiram, que sorbían el calor del propio núcleo de la Tierra..., la energía abundante, gratuita y limpia que había permitido en buena parte la estabilización y la transformación del planeta. Era una notable visión, sorprendente por su regularidad y escala; David decía que le recordaba los viejos sueños de Marte, el agonizante mundo desértico restaurado gracias a la inteligencia.

La raza humana, parecía, se había vuelto lista y juiciosa justo a tiempo para salvarse. Pero había sido una difícil adolescencia.

Mientras la población humana seguía aumentando, los cambios climáticos habían devastado buena parte de las reservas de alimentos y agua del mundo, con la desertización de las grandes regiones de cultivo de cereales de los Estados Unidos y Asia, la inundación de muchas zonas productivas bajas por el aumento del nivel del mar, y la polución de los acuíferos y la acidificación o desecado de los lagos de agua dulce. Pronto el problema de exceso de población se invirtió cuando la sequía, las enfermedades y el hambre hicieron estragos en comunidades enteras a todo lo largo del planeta. Fue un desastre sólo en términos relativos; la mayor parte de la población de la Tierra había sobrevivido. Pero como de costumbre los más vulnerables —los muy viejos y los muy jóvenes— habían pagado el precio.

De la noche a la mañana, el mundo se había visto habitado por gente de mediana edad.

Nuevas generaciones habían emergido en un mundo que, recuperándose, estaba atestado de supervivientes maduros. Y los jóvenes —dispersos, mimados, unidos por la GusanoCámara— miraban a sus mayores con creciente intolerancia, indiferencia y desconfianza.

En las escuelas, los hijos de la GusanoCámara efectuaban estudios académicos sobre la era en la cual habían crecido sus padres y sus abuelos: una incomprensible era pre GusanoCámara libre de tabúes, sólo unas pocas décadas en el pasado, en la cual habían prosperado los mentirosos y los estafadores, y el crimen estaba fuera de control, y la gente se mataba mutuamente sobre mentiras y mitos, y en la cual el mundo se había visto sistemáticamente azotado por la negligencia, la codicia, y una absoluta falta de simpatía hacia los demás o previsión respecto al futuro.

Y mientras tanto, para los viejos, los jóvenes eran un puñado de incomprensibles salvajes con un lenguaje personal y casi la misma modestia que una tribu de chimpancés...

Pero el conflicto generacional no era toda la historia. A Bobby le parecía que se estaba abriendo un abismo más significativo.

Las mentes masivas, suponía, se hallaban todavía en su infancia, y estaban muy superadas en número por las generaciones más viejas No Unidas..., pero su influencia, dentro del conjunto del mundo humano, estaba teniendo ya un efecto espectacular.

Las nuevas supermentes estaban empezando ya a enfrentarse a los retos más grandes: retos que exigían de inmediato lo mejor del intelecto humano y la supresión

de lo peor de la individualidad y el egoísmo de la humanidad. La modificación y el control del clima mundial, por ejemplo, eran, debido a la intrínsecamente caótica naturaleza de los sistemas climáticos globales, un problema que en su tiempo había parecido insoluble. Pero era un problema que en la actualidad estaba siendo solucionado.

Las nuevas generaciones de Unidos que maduraban estaban ya modelando el futuro. Sería un futuro en el cual, temían muchos, la democracia parecería algo irrelevante, y en el cual ni siquiera el consuelo de la religión parecería importante; porque los Unidos creían —con cierta justificación— que incluso podían vencer la muerte.

Quizá ni siquiera fuese un futuro humano.

Era maravilloso, asombroso, aterrador. Bobby sabía que era privilegiado por vivir un momento así, porque seguramente una gran explosión mental como aquella no se produciría de nuevo.

Pero también era cierto que —y David y el resto de su generación, los últimos de los No Unidos— habían llegado a sentirse más y más aislados en el planeta que los había visto nacer.

Sabía que aquel brillante futuro no era para él. Y —un año después de la muerte de Kate, la enfermedad que de pronto se la había arrebatado— el presente no tenía ningún interés para él. Lo que quedaba para él, como para David, era el pasado.

Y el pasado era lo que él y David habían decidido explorar, hasta tan lejos y tan rápido como pudieran, dos viejos locos que no le importaban de todos modos a nadie.

Sintió una presión, difusa, casi intangible, pero exigente. Era como si alguien hubiera apretado con fuerza su mano.

—¿David?

—¿Estás listo?

Bobby dejó que un rincón de su mente se demorara justo por un segundo en su remoto cuerpo; unos miembros fantasmales se formaron a su alrededor; inspiró profundamente, cerró sus manos en puños, las relajó de nuevo.

—Adelante.

Ahora el punto focal de Bobby empezó a caer desde el cielo africano hacia la costa meridional. Y mientras caía, día y noche empezaron a azotar la paciente faz del continente, a medida que los siglos iban cayendo como hojas de un árbol en otoño.

A un centenar de miles de años de profundidad hicieron una pausa. Bobby y David flotaron como dos libélulas frente a un rostro: amplia frente pesada, nariz chata, ojos límpidos, femenino.

No completamente humano.

Tras ella, un pequeño grupo familiar —adultos poderosamente constituidos, niños como pequeños gorilas— estaban cuidando un fuego que habían encendido sobre

aquella antigua playa. Más allá de ellos había un risco bajo, y el cielo sobre sus cabezas era de un límpido azul profundo; quizás era un día de invierno.

Los hermanos se hundieron más profundamente.

Los detalles, el grupo familiar, el cielo azul polvo, parpadearon fuera de la existencia. La propia abuela neanderthal se hizo confusa, inexpresiva, a medida que una generación se superponía a otra, demasiado rápido para que el ojo pudiera seguirla. El paisaje se convirtió en una silueta gris, siglos de clima y crecimiento estacional pasaban a cada segundo.

El rostro múltiple de los antepasados fluyó y cambió. Medio millón de años más profundo, y su frente se hizo más baja e inclinada hacia atrás, sus órbitas se volvieron más prominentes, su barbilla retrocedió, sus dientes y mandíbulas se hicieron más pronunciadas. Quizá su rostro era ahora parecido al de un mono, pensó Bobby. Pero los ojos siguieron siendo curiosos, inteligentes.

Ahora el tono de su piel cambiaba en grandes y lentas oleadas, de oscuro a claro a oscuro.

—*Homo erectus* —dijo David—. Un fabricante de herramientas. Emigró a todo el planeta. Todavía seguimos cayendo. Cien mil años cada pocos segundos, buen Dios. ¡Pero tan pocos cambios!...

La siguiente transición se produjo bruscamente. La frente se hundió más, el rostro se hizo más grande, aunque el cerebro de aquella remota abuela, mucho más pequeño que el de un humano moderno, seguía siendo pese a todo más grande que el de un chimpancé.

—*Homo habilis* —señaló David—. O quizá sea el *Australopithecus*. Las líneas evolutivas están enmarañadas. Estamos ya a dos millones de años de profundidad.

Las etiquetas antropológicas apenas importaban. Era profundamente inquietante, pensó Bobby, contemplar aquel parpadeante rostro multigeneracional, el rostro de una criatura parecida a un chimpancé al que no habría mirado dos veces en un zoo..., y saber que *era su antepasado*, la madre de todas sus abuelas, en una línea ininterrumpida de descendientes. Quizá así es como se sintieron los victorianos cuando Darwin volvió de las Galápagos, pensó.

Ahora estaban apareciendo los últimos vestigios de humanidad, el cerebro se iba reduciendo cada vez más, los ojos se volvían turbios, desconcertados.

El fondo, confuso por el paso de los años, se hizo más verde. Quizá los bosques cubrían África, a aquella profundidad en el tiempo. Y su antepasado seguía disminuyendo; su rostro, fijo ante la mirada del punto focal de la GusanoCámara, se volvía más elemental, aquellos ojos más grandes, más tímidos. Ahora le recordaba a Bobby más bien un tarsero, o un lemur.

Pero aquellos ojos que miraban hacia adelante, clavados en un rostro plano, todavía contenían un recuerdo emotivo, o una promesa.

Impulsivamente David frenó su descenso y lo condujo hasta un aleteante alto a unos cuarenta millones de años de profundidad.

El rostro vagamente femenino de aquella antepasada miró fijamente a Bobby, con ojos muy abiertos y nerviosos. Tras ella había un fondo de hojas y ramas. En una llanura más allá, apenas entrevista a través de la verdosa luz, había una manada de lo que parecían como rinocerontes, pero con enormes cabezas deformes, cada una dotada de seis cuernos. La manada se movía lentamente, masiva, agitando las colas, mordisqueando los bajos arbustos y tendiendo las cabezas para alcanzar las colgantes ramas de los árboles. Herbívoros, pues. Un joven rezagado estaba siendo acechado por un grupo de lo que parecían caballos..., pero esos “caballos”, con dientes prominentes y tensos y vigilantes movimientos, parecían depredadores.

—El primer apogeo de los mamíferos —dijo David—. Bosques por todo el planeta; las praderas han desaparecido. Y así tenemos a la fauna moderna: aunque todavía no completamente evolucionados, aquí están los caballos, rinocerontes, cerdos, vacas, gatos, perros...

La cabeza de la abuela se volvía hacia un lado, luego hacia el otro, nerviosamente, mientras masticaba frutas y hojas. Bobby se preguntó qué depredadores podían acechar bajo aquel extraño cielo para caer sobre un primate desprevenido.

Con el consentimiento no formulado de Bobby, David liberó el momento, y volvieron a caer. El fondo se convirtió en un confuso telón verdeazulado, y el rostro de la antepasada fluyó, haciéndose más pequeño, sus ojos más grandes y habitualmente negros. Quizá se había vuelto nocturna.

Bobby entrevió vegetación, densa y verde, buena parte de ella familiar. Y sin embargo ahora el paisaje parecía extrañamente vacío: no había herbívoros gigantes, ni carnívoros perseguidores que cruzaran el vacío escenario más allá del rostro de flacas mejillas, sombrío, de enormes ojos, de su antepasada. El mundo era como una ciudad abandonada por los humanos, pensó, con diminutas criaturas, ratas y ratones, excavando sus madrigueras entre las grandes ruinas.

Pero ahora los bosques empezaron a desaparecer, fundiéndose como bruma de verano. Pronto la tierra se volvió esquelética, una llanura marcada por rotos tocones de árboles que en algún momento debieron de alzarse muy alto.

Y de pronto el hielo se acumuló, cubriendo el suelo con una gran sábana. Bobby captó la vida arrastrarse fuera de aquel mundo como una lenta marea.

Y luego vinieron las nubes, sumergiendo el mundo en la oscuridad. La lluvia, apenas entrevista, empezó a rebotar del oscurecido suelo. Grandes montones de huesos se reunieron del lodo, y la carne creció sobre ellos en grandes masas grises.

—Lluvia ácida —murmuró David.

La luz destelló, cegadora, abrumadora.

No era la luz del día, sino de un fuego que parecía extenderse por todo el paisaje. La violencia del fuego era enorme, sorprendente, aterradora.

Pero retrocedió.

Bajo un cielo de plomo, los fuegos empezaron a colapsarse en focos aislados que

se fueron haciendo pequeños, y cada lamiente llama restablecía el verdor de otra hojosa rama. El fuego disminuyó al fin a densas y replandecientes pellas que saltaron al cielo, y las volantes chispas se fundieron en una nube de estrellas fugaces bajo el negro cielo.

Ahora las densas nubes negras se retiraron como una cortina. Pasó un gran viento, restableciendo las rotas ramas en árboles, poniendo bandadas de criaturas aladas en sus ramas. Y en el horizonte se iba acumulando un abanico de luz, creciendo rosa y blanco, convirtiéndose finalmente en un brillante haz que apuntaba verticalmente al cielo.

Era una columna de roca fundida.

La columna se colapsó en medio de un resplandor naranja. Y, como un segundo amanecer, una masa brillante y difusa se alzó sobre el horizonte, una larga y resplandeciente cola que se extendía cruzando medio cielo en una gran curva llameante. Enmascarada por la luz del día, brillante en la noche, el cometa retrocedió, día a día, llevándose su carga de destrucción de vuelta a las profundidades del Sistema Solar.

Los hermanos hicieron una pausa en el repentinamente restaurado mundo, un mundo de riquezas y paz.

El antepasado era una asustada criatura de ojos grandes y muy abiertos que permanecía inmóvil en el suelo, quizás imprudentemente atrapada allí.

Más allá de ella, Bobby atisbó lo que parecía ser la orilla de un mar interior. Lujuriantes junglas llegaban hasta las pantanosas tierras bajas a lo largo de la costa, y un ancho río se derramaba de las distantes montañas azules. Los amplios lomos crestados de lo que debían de ser cocodrilos cortaban la superficie de las lentas y lodosas aguas del río. Era una tierra llena de vida..., poco familiar en su detalle, y sin embargo no tan distinta de los bosques de su propia juventud.

Pero el cielo no era auténticamente azul, sino más bien de un violeta sutil, pensó; incluso las formas de las nubes, dispersas sobre su cabeza, parecían equivocadas. Quizás el propio aire era diferente allí, a tanta profundidad en el tiempo.

Una manada de animales cornudos se movía a lo largo de la pantanosa costa, con un aspecto parecido a los rinocerontes. Pero sus movimientos eran extraños, casi como los de un ave, mientras se mezclaban entre sí pesadamente, pastaban, anidaban, disputaban, se acicalaban. Y había una manada de lo que a primera vista parecían avestruces, caminando erguidos, bamboleando la cabeza, con nerviosos movimientos y agitadas y suspicaces miradas.

Entre los árboles Bobby divisó una enorme forma que se movía lentamente, como si acechara a los grandes herbívoros. Quizás era un carnívoro, incluso, pensó con un estremecimiento, un animal de rapiña.

A todo alrededor de las manadas de dinosaurios flotaban nubes de insectos.

—Somos privilegiados —dijo David—. Tenemos una visión relativamente buena de la vida salvaje. La era de los dinosaurios ha sido unadecepción para los turistas del

tiempo. Como África, resulta ser enorme y decepcionante y polvorienta y en su mayor parte vacía. Después de todo, se extiende a lo largo de cientos de millones de años.

—Pero —dijo secamente Bobby— fue una especie de decepción descubrir que el *T. rex* era después de todo tan sólo un carroñero... Toda esta belleza, David, y nada de mente para apreciarla. ¿Estuvo todo el tiempo aguardándonos *a nosotros*?

—Ah, sí, la belleza invisible: “¿Fueron las hermosas volutas y conos de las conchas del eoceno y los graciosamente esculpidos ammonites del secundario creados para que el hombre pudiera, muchas eras más tarde, admirarlos en una vitrina?”. Darwin, en *El origen de las especies*.

—Así que él tampoco lo sabía.

—Supongo que no. Esto es un lugar antiguo, Bobby. Puedes verlo: una antigua comunidad que ha evolucionado junta, a lo largo de cientos de millones de años. Y sin embargo...

—Y sin embargo todo desaparecerá, cuando el Ajenjo del cretáceo cause su daño.

—La Tierra no es más que un enorme cementerio, Bobby. Y, a medida que buceamos en el pasado, esos huesos se alzan de nuevo para enfrentarse a nosotros...

—No exactamente. Tenemos los pájaros.

—Los pájaros, sí. Un final más bien hermoso para esta subtrama evolutiva en particular, ¿no crees? Espero que *nosotros* nos desenvolvamos tan bien. Sigamos.

—Sí.

Así que se sumergieron una vez más, dejándose caer a través del verano del mesozoico de los dinosaurios, a doscientos millones de años de profundidad.

La antigua jungla derramaba su extensión verde informe a los ojos de Bobby, enmarcando los tímidos y vacuos ojos de millones de generaciones de antepasados, reproduciéndose, viviendo, muriendo.

El verdor se aclaró de pronto, revelando una plana llanura polvorienta, un cielo vacío.

La desnuda tierra era un desierto, horneado y llano bajo un alto y duro sol, de arenas uniformemente rojizas. Incluso las montañas habían cambiado de lugar, tan profundo era el tiempo.

El antepasado aquí era una pequeña criatura reptiliana que mordisqueaba activamente lo que parecían ser los restos de una rata recién nacida. Estaba en el borde de un denso bosque de retorcidos helechos y coníferas que bordeaba un serpenteante río.

Algo parecido a una iguana pasó rápidamente cerca, exhibiendo hileras de afilados dientes. Quizá fuera la madre de todos los dinosaurios, meditó Bobby. Y, más allá de los árboles, Bobby observó lo que parecían jabalíes verrugosos, hociendo el lodo cerca de la lenta corriente de agua.

David dejó escapar un gruñido.

—*Lystrosauros* —dijo—. Las criaturas más afortunadas que hayan vivido nunca. El único animal grande que sobrevivió a la extinción...

Bobby se mostró confuso.

—¿Te refieres al cometa asesino de dinosaurios?

—No —dijo lúgubrementemente David—. Me refiero a otra, la que pasaremos muy pronto, a doscientos cincuenta millones de años de profundidad. La peor de todas...

Así que era por eso por lo que el gran panorama de lujuriosa jungla de los dinosaurios había retrocedido. La Tierra se estaba vaciando de nuevo de vida. Bobby sintió una profunda sensación de temor.

Descendieron una vez más.

Finalmente los últimos y atrofiados árboles se hundieron en sus enterradas semillas, y el último verdor —hierbas y arbustos que forcejeaban por sobrevivir— se marchitó y murió. Una tierra reseca empezó a reconstituirse, un lugar de tocones quemados y ramas caídas y, aquí y allá, huesos amontonados. Las rocas, cada vez más expuestas por la marea menguante de la vida, se volvieron intensamente rojas.

—Es como Marte.

—Y por la misma razón —dijo David con voz lúgubre—. Marte no tiene vida propiamente dicha; y, en ausencia de vida, sus sedimentos se han oxidado: se han quemado lentamente, sometidos a la erosión y al viento, al calor y al frío asesinos. Y así en la Tierra, a medida que nos aproximamos a la mayor de sus muertes, fue lo mismo: completamente desprovista de vida, con las rocas erosionándose y disgregándose.

Y a lo largo de todo aquello, una cadena de diminutos antepasados se aferraban a la vida, subsistiendo en lodosas charcas en los límites de mares interiores que casi —aunque no por completo— se habían secado y convertido en cuencas de letal polvo marciano.

En esta era la Tierra era muy diferente, dijo David. La deriva tectónica había unido a todos los continentes en un único ensamblaje gigantesco, la mayor masa de tierra en la historia del planeta. Las zonas tropicales estaban dominadas por inmensos desiertos, mientras que las latitudes altas estaban invadidas por la glaciación. En el interior del continente el clima variaba locamente entre un calor asesino y un frío congelador.

Y este ya frágil mundo fue golpeado por otra calamidad: un gran exceso de dióxido de carbono, que asfixiaba a los animales y se añadía al efecto invernadero de un clima ya casi letal.

—En particular la vida animal sufrió por ello: casi se vio devuelta al nivel de la vida en los charcos. Pero para nosotros ya casi ha terminado, Bobby; el exceso de CO₂ está volviendo al lugar de donde surgió: las profundidades marinas y las grandes erupciones de basalto en Siberia, gases surgidos del interior de la Tierra para envenenar su superficie. Y pronto este monstruoso continente-mundo se

descompondrá.

—Sólo recuerda esto: *la vida sobrevivió*. De hecho, nuestros antepasados sobrevivieron. Céntrate en eso. Si no, nosotros no estaríamos aquí.

Mientras Bobby estudiaba la parpadeante mezcla de rasgos reptiles y roedores que se centraban en su visión, halló en aquella idea un frío consuelo.

Avanzaron más allá de la extinción hacia el más profundo pasado.

La Tierra recuperada pareció un lugar muy diferente. No había signo de montañas, y los antepasados se aferraban a la vida en los márgenes de enormes y poco profundos mares interiores que avanzaban y retrocedían al compás de las eras. Y lentamente, tras millones de años, mientras los gases asfixiantes volvían al interior del planeta, el verdor volvió a la Tierra.

El antepasado se había convertido en una criatura lenta y anadeante cubierta por un corto pelaje pardo grisáceo. Pero a medida que las generaciones retrocedían, su mandíbula se alargó, su cráneo se metamorfoseó hacia atrás, y finalmente pareció perder sus dientes, dejando una boca cubierta con un material duro parecido a un pico. Ahora la piel desapareció y el hocico se alargó más, y el antepasado se convirtió en una criatura indistinguible, a los ojos no expertos de Bobby, de un lagarto.

De hecho, se dio cuenta de que se estaba aproximando a una profundidad tan grande en el tiempo que las grandes familias de animales terrestres —las tortugas, los mamíferos y los lagartos, cocodrilos y aves— estaban fundiéndose en el grupo madre, los reptiles.

Entonces, a más de trescientos cincuenta millones de años de profundidad, el antepasado se metamorfoseó de nuevo. Su cabeza se hizo más roma, los miembros más cortos y rechonchos, el cuerpo más estilizado. Quizás ahora era anfibio. Finalmente aquellos rechonchos miembros se convirtieron en meras aletas que se fundían en su cuerpo.

—La vida se está retirando de tierra firme —dijo David—. El último de los invertebrados, probablemente un escorpión, está arrastrándose de vuelta al mar. En tierra firme las plantas pronto perderán sus hojas y ya no se erguirán. Y después de eso la *única* forma de vida que quedará en tierra firme serán formas simples encostradas...

De pronto Bobby se vio sumergido, arrastrado por su abuela en recesión a un mar poco profundo.

El agua estaba atestada. Había abajo un arrecife de coral que se extendía hacia la lechosa distancia azul. Estaba sembrado con lo que parecían gigantescas flores de largos tallos, por entre las cuales discurrían una increíble variedad de criaturas con concha en busca de comida. Reconoció nautiloides, parecidos a gigantescas ammonitas.

El antepasado era un pequeño pez parecido a un cuchillo, sin ningún rasgo en particular, uno de un gran banco que se movía al unísono de aquí para allá, con unos movimientos tan complejos y nerviosos como los de cualquier especie moderna.

En la distancia avanzaba un tiburón, con su silueta inconfundible, incluso a través de aquel abismo de tiempo. El banco de peces, cauteloso ante el tiburón, se alejó rápidamente, y Bobby sintió una pulsación de empatía hacia sus antepasados.

Aceleraron de nuevo: cuatrocientos millones de años de profundidad, cuatrocientos cincuenta.

Hubo un asomo de experimentación evolutiva, cuando diversas variedades de armaduras óseas intentaron cubrir los estilizados cuerpos de los antepasados, algunas de las cuales parecieron durar tan sólo unas pocas generaciones, como si aquellos peces primitivos hubieran perdido la habilidad de conseguir un plan corporal viable. Le resultó claro a Bobby que la vida era un conjunto de información y complejidad: información ganada dolorosamente, a lo largo de millones de generaciones, al coste de dolor y muerte, y ahora, en su visión invertida, siendo desechada casi negligentemente.

... Y luego, en un instante, el feo pez primigenio desapareció. David frenó de nuevo el descenso.

No había peces en *este* antiguo mar. El antepasado no era más que un pálido animal parecido a un gusano, ocultándose en un lecho marino de ondulada arena.

—A partir de ahora todo se vuelve más simple —dijo David—. Sólo hay unas pocas algas marinas..., y finalmente, a mil millones de años de profundidad, sólo vida unicelular, todo el camino hasta el principio.

—¿Cuánto más lejos?

—Bobby, apenas hemos empezado —dijo David suavemente—. Debemos viajar *tres veces* más profundo para llegar a ese punto.

El descenso se reanudó.

El antepasado era un tosco gusano cuya forma cambiaba y fluctuaba..., y de pronto se encogió a un mero destello de protoplasma, encajado en un grupo de algas.

Y entonces cayeron un poco más, y sólo estaban las algas.

Se vieron sumergidos bruscamente en la oscuridad.

—Mierda —dijo Bobby—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

David les hizo caer más profundo, un millón de años, dos. La oscuridad universal persistió.

Finalmente David rompió en enlace con el antepasado de aquel período —un microbio o una simple alga— y extrajo el punto focal del océano, para flotar a mil kilómetros por encima del vientre de la Tierra.

El océano era blanco: cubierto de hielo desde el polo hasta el ecuador, grandes láminas con las cicatrices de pliegues y rupturas de cientos de kilómetros de largo. Más allá del helado horizonte del planeta se alzaba un creciente de luna, aquel rostro inconfundible que no había cambiado desde la época de Bobby, unos rasgos ya

inimaginablemente antiguos incluso en aquella profunda época. Pero la parte oscura de la luna brillaba a la luz reflejada de la Tierra casi como el propio creciente bajo la directa luz del sol.

La Tierra se había convertido en un objeto deslumbrante, quizá más brillante que Venus..., si hubieran habido ojos para verla.

—Mira eso —jadeó David. En algún lugar cerca del ecuador de la Tierra había una estructura circular de hielo, de paredes muy erosionadas, con un también erosionado pico en su centro—. Es un cráter de impacto. Antiguo. Esa cubierta de hielo lleva aquí *mucho* tiempo.

Reanudaron su descenso. Los cambiantes detalles de las láminas de hielo —las grietas y las fruncidas crestas y las hileras de montículos de nieve como dunas— fueron adoptando una perlina regularidad. Pero el hielo global persistió.

Bruscamente, tras una caída de otros cincuenta millones de años, el hielo se aclaró, como la escarcha evaporándose de una ventana que se calienta. Pero, justo cuando Bobby sentía una oleada de alivio, el hielo volvió de nuevo, cubriendo el planeta de polo a polo.

Hubo otras tres interrupciones en la glaciación, antes de que finalmente desapareciera de forma permanente.

El hielo reveló un mundo que era como la Tierra, y sin embargo no lo era. Había océanos azules y continentes. Pero los continentes estaban uniformemente desolados, dominados por montañas de cimas cubiertas de hielo o por desiertos color rojo óxido, y sus formas no eran en absoluto familiares a Bobby.

Contempló el lento vals de los continentes a medida que se ensamblaban, bajo la ciega acción de la tectónica, en una única y gigantesca masa de tierra.

—Ésta es la respuesta —dijo David lúgubrememente—. El supercontinente, uniéndose y separándose alternativamente, es la causa de la glaciación. Cuando esa gran masa se rompe, crea mucha más línea de costa. Esto estimula la producción de mucha más vida, que en estos momentos está restringida a microbios y algas que viven en mares interiores y en aguas costeras poco profundas. Y la vida atrae un exceso de dióxido de carbono de la atmósfera. El efecto invernadero se colapsa, y el sol es algo menos brillante que en nuestros tiempos...

—Y así la glaciación.

—Sí. Alternativamente, durante doscientos millones de años. Virtualmente no puede haber habido fotosíntesis aquí durante millones de años consecutivos. Es sorprendente que la vida sobreviviera.

Ambos hombres descendieron de nuevo al vientre del océano, y dejaron que el rastreador de ADN enfocara su atención sobre una indistinguible masa de algas verdes. En alguna parte allí dentro estaba incrustada la invisible célula que era el antepasado de todos los humanos que habían vivido sobre el planeta.

Y encima, un pequeño banco de criaturas como simples medusas se agitaba en la fría agua azul. Más lejos, Bobby pudo distinguir criaturas más complejas: frondas,

bulbos, masas apretujadas ancladas al suelo marino o flotando libres.

—No me *parecen* algas —dijo Bobby.

—Dios mío —respondió David, sobresaltado—. Parecen ediacaranas. Formas de vida multicelulares. Pero se considera que las ediacaranas no evolucionaron hasta dentro de un par de miles de millones de años. Hay algo que no está bien.

Reanudaron su descenso. Los asomos de vida multicelular se perdieron pronto, a medida que la vida cedía lo que tan penosamente había aprendido.

A mil millones de años de profundidad cayó de nuevo la oscuridad, como un martillazo.

—¿Más hielo? —preguntó Bobby.

—Creo comprender —dijo David lúgubrementemente—. Fue un impulso de la evolución, un suceso primitivo, algo que no hemos reconocido a partir de los fósiles..., un intento de la vida de crecer más allá del estadio unicelular. Pero que se vio barrido por la glaciación, y doscientos millones de años de progreso se perdieron... Maldita sea, maldita sea.

Cuando el hielo se despejó, otros cien millones de años más profundo, hubo de nuevo asomos de formas de vida multicelulares más complejas pastando entre los grupos de algas: otro falso comienzo, eliminado por la salvaje glaciación, y de nuevo los dos hermanos se vieron obligados a contemplar cómo la vida era aplastada a sus formas más primitivas.

Mientras caían a través de los largos eones carentes de rasgos distintivos, la mortal mano de la glaciación global cayó cinco veces más sobre el planeta, matando los océanos, estrujando fuera de la existencia a todas las formas de vida menos las más primitivas en los entornos más marginales. Era un salvaje ciclo iniciado cada vez que la vida conseguía poner un significativo pie en las someras aguas al borde de los continentes.

—Es la tragedia de Sísifo —dijo David—. En el mito, Sísifo tenía que hacer rodar la roca hasta la cima de la montaña, sólo para ver cómo rodaba de vuelta hasta abajo una y otra vez. Del mismo modo, la vida lucha por adquirir complejidad y significado, sólo para ser aplastada una y otra vez de vuelta a su nivel más primitivo. Es una serie de sucesivos Ajenjos de hielo. Quizás esos filósofos nihilistas tengan razón; quizás *esto* es todo lo que podemos esperar del universo, un constante aplastar de la vida y del espíritu, porque el estado de equilibrio del cosmos es la muerte...

—Tsiolkovski llamó en una ocasión a la Tierra la cuna de la humanidad —dijo Bobby lúgubrementemente—. Y de hecho es la cuna de la vida. Pero...

—Pero —dijo David— es una maldita cuna que aplasta constantemente a sus ocupantes. Pero *esto* no ocurrirá ahora. No de esta forma, al menos. La vida ha desarrollado complejos ciclos de realimentación, controlando el flujo de masa y energía de los sistemas de la Tierra. Siempre hemos creído que la Tierra viva era algo hermoso. Pero no lo es. La vida ha tenido que aprender a defenderse contra el ciego salvajismo geológico del planeta.

Finalmente alcanzaron un tiempo más profundo que cualquiera de las martilleantes glaciaciones.

Esta joven Tierra tenía poco en común con el mundo en que se convertiría. El aire era visiblemente más denso..., irrespirable, aplastante. No había montañas ni orillas, riscos ni bosques. Buena parte del planeta parecía estar cubierto por un océano poco profundo, no roto por la presencia de continentes. El fondo del mar era una delgada costra, cuarteada y rota por ríos de lava que escaldaban las aguas. Frecuentemente, densos gases cubrían el planeta durante años consecutivos..., hasta que los volcanes emergían por encima de la superficie del agua y sorbían los gases de vuelta al interior.

Cuando podía verse a través del denso y rodante smog, el sol era una feroz bola llameante. La luna era enorme, del tamaño de una bandeja, aunque muchos de sus rasgos familiares estaban ya grabados en su superficie.

Pero tanto la luna como el sol parecían cruzar velozmente el cielo. Aquella joven Tierra giraba con rapidez sobre su eje, sumergiendo su superficie y su frágil carga de vida en la noche, y enormes mareas barrían el planeta.

Los antepasados, en aquel lugar hostil, no eran ambiciosos: generación tras generación de células indistinguibles viviendo en enormes comunidades cerca de la superficie de poco profundos mares. Cada comunidad empezaba como una masa de materia parecida a una esponja, que se iba reduciendo capa a capa hasta que sólo quedaba un pequeño glóbulo verde que flotaba en la superficie, derivando por el océano hasta fundirse con alguna otra comunidad más vieja.

El cielo estaba lleno de actividad, vivo con los destellos de meteoritos gigantes que regresaban al espacio profundo. Con frecuencia —con una terrible frecuencia—, muros de agua, de kilómetros de altura, arrasaban la superficie del globo y se convertían en la ardiente cicatriz de un impacto, de la que brotaba un gran cuerpo brillante, un asteroide o un cometa, para saltar al espacio, iluminando brevemente el herido cielo antes de empequeñecerse y desaparecer en la oscuridad.

Y el salvajismo y la frecuencia de estos impactos a la inversa parecía incrementarse.

Y, bruscamente, la verde vida de las masas de algas empezó a emigrar a través de la superficie de los jóvenes y turbulentos océanos, arrastrando consigo la cadena de antepasados y el punto focal de Bobby. Las colonias de algas se unieron, se redujeron de nuevo, se mezclaron, como si se encogieran hacia un núcleo común.

Finalmente se hallaron en una charca aislada, albergada en la cuenca de un enorme y profundo cráter de impacto, como si estuvieran en una Luna inundada: Bobby vio dentados bordes de montañas, un romo pico central. La charca era de un lívido verde virulento y, en alguna parte en su interior, las cadenas de antepasados prosiguieron su ciego afán de regreso a lo inanimado.

Pero de pronto la mancha verde se redujo, se convirtió en puntos aislados, y la superficie del lago-cráter se vio cubierta por un nuevo tipo de espuma, una densa

materia esponjosa amarronada.

—... Oh —jadeó David, como impresionado—. Acabamos de perder la clorofila. La capacidad de fabricar energía a partir de la luz del sol. ¿Has visto lo que ha ocurrido? Esta comunidad de organismos quedó aislada del resto por algún impacto o accidente geológico, quizás el acontecimiento que formó este cráter. Agotaron su comida aquí. Los organismos se vieron obligados a mutar o morir.

—Y mutaron —dijo Bobby—. Si no...

—Si no, entonces *nosotros* no estaríamos aquí.

Hubo como un estallido de violencia, un agitar de movimiento, abrumador y sin sentido..., quizás éste fuera el violento suceso aislador que David había aventurado.

Cuando cesó, Bobby se encontró una vez más bajo el mar, contemplando una masa de densa espuma amarronada que se aferraba a un fumante humero, débilmente iluminado por el propio resplandor interno de la Tierra.

—Entonces todo se reduce a esto —dijo David—. Nuestros más profundos antepasados eran comedores de rocas: termófilos, o quizás incluso hipertermófilos. Es decir, amaban las altas temperaturas. Consumían los minerales inyectados al agua por los humeros: hierro, azufre, hidrógeno... Tosco, ineficiente, pero robusto. No necesitaban luz ni oxígeno, ni siquiera materia orgánica.

Ahora Bobby se hundió en la oscuridad. Pasó a través de túneles y grietas, empequeñecido, comprimido, en una absoluta oscuridad rota tan sólo por ocasionales destellos de un rojo mate.

—¿David? ¿Todavía estás aquí?

—Estoy aquí.

—¿Qué nos está ocurriendo?

—Estamos pasando debajo del lecho del mar. Estamos migrando a través de la porosa roca basáltica de aquí. Toda la vida en el planeta está aglutinándose, Bobby, hundiéndose a lo largo de las crestas oceánicas y los lechos de basalto del fondo del mar, fundiéndose en un único punto.

—¿Adónde? ¿Adónde estamos migrando?

—A las rocas más profundas, Bobby. Un punto a un kilómetro más abajo. Será el último refugio de la vida. Toda la vida sobre la Tierra ha surgido de este escondite en las profundidades de la roca, de este refugio.

—¿Y *de qué* ha tenido que ocultarse la vida? —preguntó Bobby con una premonición.

—Me temo que estamos a punto de averiguarlo.

Entonces David los alzó a ambos, y flotaron en el execrable aire de aquella Tierra sin vida.

Había luz allí, pero era tenue y anaranjada, como el ocaso en una ciudad llena de smog. El sol debía de estar encima del horizonte, pero Bobby no pudo localizarlo con precisión, ni la gigantesca luna. La atmósfera era palpablemente densa y aplastante. El océano se agitaba allá abajo, negro, hirviendo en algunos lugares, y el fracturado

lecho marino estaba entretejido con fuego.

El cementerio está completamente vacío ahora, pensó Bobby. Excepto ese pequeño escondite profundamente enterrado que contiene a mis más remotos antepasados, esas jóvenes rocas han entregado ya todas sus capas de muertos.

Y ahora un manto de negras nubes se acumuló, como arrojadas a través del cielo por algún impetuoso dios. Se inició una lluvia invertida, varillas de lluvia que saltaban de la agitada superficie del océano hacia las nubes que se iban hinchando.

Transcurrió un siglo, y la lluvia seguía rugiendo hacia arriba brotando del océano, sin disminuir ni un momento su ferocidad..., de hecho la lluvia era tan voluminosa que pronto el nivel de los océanos descendió perceptiblemente. Las nubes se condensaron más y los océanos disminuyeron, formando aisladas charcas salobres en las más bajas concavidades de la golpeada y cuarteada superficie de la Tierra.

Esto requirió dos mil años. La lluvia no cesó hasta que los océanos hubieron vuelto a las nubes y el suelo quedó seco.

Y empezó a fragmentarse más.

Pronto las resplandecientes grietas en el expuesto suelo se fueron ensanchando, brillantes, mientras la lava pulsaba y fluía. Finalmente sólo quedaron algunas islas aisladas, pedazos de roca que disminuían de tamaño y se fundían, y un nuevo océano cubrió como un manto la Tierra: un océano de roca fundida, de cientos de metros de profundidad.

Ahora se inició una nueva lluvia invertida: una horrible tormenta de resplandeciente roca fundida que saltaba hacia arriba desde el suelo. Las gotas de roca se unieron a las nubes de agua, de modo que la atmósfera se convirtió en una capa infernal de resplandecientes gotas de roca y vapor.

—Increíble —exclamó David—. La Tierra está acumulando una atmósfera de vapor de roca de cuarenta o cincuenta kilómetros de grueso que ejerce cientos de veces la presión de nuestro aire. La energía del calor contenido es abrumadora... La parte superior del planeta debe de brillar como el infierno. Toda la Tierra brilla, una estrella de vapor de roca.

Pero la lluvia de roca estaba extrayendo el calor del castigado suelo y —rápidamente, en el transcurso de unos pocos meses— éste se enfrió hasta el estado sólido. Debajo de un cielo resplandeciente empezó a formarse de nuevo agua en estado líquido, se crearon nuevos océanos a partir de las enfriadas nubes. Pero los océanos se formaron hirviendo, con sus superficies en contacto con el vapor de roca. Y en medio de los océanos brotaron montañas, solidificadas de charcos de escoria.

Y ahora un muro de luz barrió más allá de Bobby, arrastrando tras de sí un frente de hirvientes nubes y vapor en un estallido de inimaginable violencia. Bobby gritó...

David frenó su descenso en el tiempo.

La Tierra se restableció una vez más.

Los negroazulados océanos estaban tranquilos. El cielo, vacío de nubes, era una cúpula verdosa. La castigada luna era inquietantemente enorme, el Hombre de la Luna familiar aún a Bobby, excepto que le faltaba el ojo derecho... Y había un segundo sol, una resplandeciente esfera que apagaba con su brillo el de la luna, con una cola que se extendía cruzando el cielo.

—*Un cielo verde* —murmuró David—. Extraño. ¿Metano, quizá? ¿Pero cómo...?

—¿Qué demonios es *eso*? —exclamó Bobby.

—Oh, ¿el cometa? Un auténtico monstruo. Del tamaño de los asteroides modernos como Vesta o Palas, quizá quinientos kilómetros de diámetro. Cien mil veces la masa del asesino de dinosaurios.

—El tamaño del Ajenjo.

—Sí. Recuerda que la propia Tierra se formó de la acumulación de impactos, de la agrupación de un montón de planetesimales que orbitaban el joven sol. El mayor de todos los impactos fue probablemente la colisión con algún otro mundo joven que casi nos partió en dos.

—El impacto que formó la Luna.

—Después de lo cual la superficie del planeta se volvió relativamente estable..., pero aún así, la Tierra estuvo sometida a inmensos impactos, decenas o centenares de ellos en el transcurso de unos pocos cientos de millones de años, un bombardeo cuya violencia ni siquiera podemos llegar a imaginar. El índice de impactos disminuyó cuando el resto de planetesimales fueron absorbidos por los planetas, y hubo un período de relativa calma, que duró unos cuantos cientos de millones de años..., y luego *esto*. La Tierra tuvo la desgracia de tropezarse con un gigante así, tanto tiempo después del bombardeo original. Un impacto lo bastante ardiente como para hacer hervir los océanos, incluso fundir las montañas.

—Pero sobrevivimos —dijo Bobby lúgubrementemente.

—Sí. En nuestro profundo y caliente nicho.

Cayeron hacia la Tierra una vez más, y Bobby se vio inmerso en roca con sus más distantes antepasados, un puñado de microbios termofílicos.

Aguardó en la oscuridad mientras a su alrededor pasaban incontables generaciones.

Luego, confusamente, vio luz de nuevo.

Estaba alzándose por algún tipo de conducto —como un pozo— hacia un círculo de verdosa luz, el cielo de aquella extraña Tierra prebombardeo. El círculo se expandió hasta que fue alzado a plena luz.

Tuvo algunos problemas en interpretar lo que vio a continuación.

Parecía estar en el interior de una caja de algún material vítreo. El antepasado debía de estar allí con él, una tosca célula entre millones subsistiendo en aquel contenedor. La caja estaba apoyada sobre algún tipo de plataforma y, desde allí, pudo alzar la vista a...

—Oh, Dios mío —dijo David.

Era una ciudad.

Bobby entrevió un archipiélago de pequeñas islas volcánicas alzándose sobre el mar azul. Pero las islas estaban unidas por anchos puentes planos. Sobre tierra firme, bajos muros marcaban formas geométricas —parecían como campos—, pero aquél no era un paisaje humano; las formas de aquellos campos parecían ser variantes de hexágonos. Había también edificios, bajos y rectangulares, como hangares de aviones. Captó movimiento entre los edificios, algún tipo de tráfico, demasiado distante para apreciarlo con claridad.

Y algo se estaba moviendo hacia ellos.

Parecía como un trilobite, quizá. Un bajo cuerpo segmentado que relucía bajo el cielo verde. Conjuntos de patas —¿seis u ocho?— que se agitaban con movimientos deliberados. Algo parecido a una cabeza en la parte frontal.

Una cabeza con una boca que sostenía un instrumento de reluciente metal.

La cabeza estaba alzada hacia él. Intentó captar los ojos de aquella imposible criatura. Tuvo la sensación de que podía adelantar una mano y tocar aquel rostro quitinoso, y...

... y el mundo estalló en oscuridad.

Eran dos hombres viejos que habían pasado demasiado tiempo en realidad virtual, y el Mecanismo de Búsqueda los había lanzado fuera. Bobby, tendido allí aturdido, pensó que probablemente era una bendición.

Se puso en pie, se estiró, se frotó los ojos.

Vagó por los Talleres del Gusano, cuya solidez y suciedad parecían irreales después del espectáculo de cuatro mil millones de años que había soportado. Encontró un zángano cafetero, pidió dos tazas, engulló el ardiente líquido casi de un solo trago. Luego, sintiéndose algo devuelto a la humanidad, se volvió hacia su hermano. Tendió la otra taza de café hasta que David —la boca abierta, los ojos vidriosos— se sentó y la tomó.

—Los sisífanos —murmuró David con voz seca.

—¿Qué?

—Así es como debemos llamarlos. Evolucionaron en la primitiva Tierra, en el intervalo de estabilidad entre los bombardeos anteriores y los posteriores. Eran *diferentes* de nosotros..., ese cielo de metano. ¿Qué podía significar *eso*? Quizás incluso su bioquímica era distinta, basada en compuestos de azufre, o con amoníaco como disolvente, o... —Sujetó el brazo de Bobby—. Y por supuesto entiendes que necesitaban tener poco en común con las criaturas que seleccionaron para el escondite. El escondite de nuestros antepasados. No más que el que tenemos nosotros con la exótica flora y fauna que aún se aferra a los profundos humeros submarinos de nuestro mundo. Pero *ellos*, los termófilos, nuestros antepasados, eran la mejor apuesta para la supervivencia...

—David, frena. ¿De qué demonios estás hablando?

David le miró, desconcertado.

—¿Todavía no lo entiendes? *Eran inteligentes*. Los sisífanos. Pero estaban condenados. Lo vieron llegar, ¿sabes?

—El gran cometa.

—Sí. Del mismo modo que nosotros podemos ver nuestro Ajenjo. Y sabían lo que iba a hacerle a su mundo: hervir los océanos, incluso fundir las rocas hasta cientos y cientos de metros de profundidad. Los viste. Su tecnología era primitiva. Eran una especie joven. No tenían forma alguna de escapar del planeta, o de sobrevivir al impacto, o de desviar el cometa. Estaban condenados, sin remedio. Y sin embargo, no sucumbieron a la desesperación.

—Enterraron el refugio..., lo bastante profundo como para que la oleada de calor no lo alcanzara.

—Sí. ¿Lo ves ahora? Trabajaron para preservar la vida, *a nosotros*, Bobby, incluso en medio de la mayor catástrofe que ha sufrido el planeta.

“Y éste es nuestro destino, Bobby. Del mismo modo que los sisífanos preservaron su puñado de microbios termofílicos para que sobrevivieran al impacto, del mismo modo que esas masas de algas lucharon por resistir los salvajes episodios de las glaciaciones, del mismo modo que la vida más compleja, evolucionando y adaptándose, sobrevivió a las posteriores catástrofes de vulcanismo e impactos y accidentes geológicos..., *eso es lo que debemos hacer nosotros*. Incluso los Unidos, la nueva evolución de la mente, forman parte de un único hilo conductor que llega hacia atrás hasta el alba de la propia vida”.

Bobby sonrió.

—¿Recuerdas lo que acostumbraba a decir Hiram? “No hay límite a lo que podemos conseguir, si trabajamos juntos.”

—Sí. Eso es exactamente. Hiram no era un estúpido.

Bobby apoyó una mano cariñosa sobre el hombro de su hermano.

—Creo...

... y de nuevo, sin advertencia previa, el mundo implosionó a la oscuridad.

Epílogo

—... Bobby. Por favor, despierta. Bobby. ¿Puedes oírme?...

La voz llegó hasta él como de muy lejos. Una voz de mujer. Oyó la voz, comprendió las palabras, incluso antes de que las sensaciones volvieran a su cuerpo.

Tenía los ojos cerrados.

Estaba tendido boca arriba sobre lo que parecía una mullida cama. Podía sentir sus miembros, el lento pulsar de su corazón, el movimiento de su respiración. Todo parecía normal.

Y sin embargo sabía que no era así: algo iba mal, tan sutilmente erróneo como el cielo violeta del cretáceo.

Sintió un miedo irreprimible.

Abrió los ojos.

Un rostro de mujer flotaba ante él: huesos delicados, ojos azules, pelo rubio, algunas pequeñas arrugas en los ojos. Podía tener cuarenta, incluso cincuenta años. Sin embargo la reconoció.

—¿... *Mary*?

¿Era aquélla su voz?

Alzó una mano. Una huesuda muñeca asomó de la manga de alguna tela plateada. La mano era de huesos finos, con dedos estrechos y largos, como los de un pianista.

¿Era aquélla su mano?

Mary —si era Mary— se inclinó hacia adelante y apoyó las manos formando copa en su rostro.

—Estás despierto. Gracias a Hiram por ello. ¿Puedes comprenderme?

—Sí. Sí, yo...

—¿Qué es lo que recuerdas?

—David. Los Talleres del Gusano. Estábamos...

—Viajando. Sí. Bien: recuerdas. En su Anastasis David nos dijo lo que habíais visto.

Anastasis, pensó. Resurrección. Su miedo se hizo más profundo.

Intentó sentarse. Ella le ayudó. Se sentía débil, ligero.

Estaba en una habitación de suaves paredes. Penumbrosa. Una puerta conducía a un corredor inundado de luz. Había una única ventana pequeña, circular. Revelaba un fondo azul y negro.

Tierra azul. Cielo negro.

El aire de la Tierra era transparente como el cristal. Había un entramado de plata sobre los océanos azules, algún tipo de estructura, a cientos de kilómetros por encima de la superficie. ¿Estaba en órbita? No; la Tierra no giraba. Entonces estaba en alguna especie de torre orbital.

Dios mío, pensó.

—¿Estoy muerto? ¿He sido resucitado, Mary?

Ella murmuró algo y pasó una mano por su suelto pelo.

—David decía que siempre eras así. Preguntas, preguntas. —Su entonación era desmañada, su voz seca, como si no estuviera acostumbrada a hablar en voz alta.

—¿Por qué he sido traído de vuelta?... Oh. El Ajenjo. ¿Es eso?

Mary frunció el ceño, y por un momento pareció estar escuchando voces remotas.

—¿El Ajenjo? Quieres decir el cometa. Desviamos eso hace mucho tiempo. —Lo dijo casualmente, como quien aparta una polilla con la mano.

—¿Entonces qué? —preguntó él, absorto.

—Puedo decirte *cómo* llegaste aquí —dijo ella suavemente—. En cuanto al *por qué*, deberás imaginar eso por ti mismo...

Habían transcurrido otros sesenta años, supo.

Era la GusanoCámara, por supuesto. Ahora era posible mirar hacia atrás en el tiempo y leer toda una secuencia completa de ADN desde cualquier momento en la vida de un individuo. Y era posible descargar una copia de la mente de esa persona —convirtiéndola brevemente en una Unida, a lo largo de años, incluso décadas— y, uniendo las dos cosas, regenerar el cuerpo y descargar la mente para restablecer la persona.

Traerla de vuelta de entre los muertos.

—Te estabas muriendo —dijo Mary—. En el instante en que te copiamos. Aunque tú todavía no lo sabías.

—Mi clonación.

—Sí. El procedimiento todavía era experimental en la época de Hiram. Hubo problemas con tus telómeros —las estructuras genéticas que controlaban el envejecimiento de las células—. Tu declive fue rápido después de...

—Después de mi último recuerdo, en los Talleres del Gusano.

—Sí.

Qué extraño pensar que mientras tendía aquella última taza de café a David su vida había terminado a todos los efectos, puesto que el resto, evidentemente, no valía la pena vivirlo.

Ella tomó su mano. Cuando se puso en pie se sintió ligero, como si estuviera soñando, elástico. Por primera vez se dio cuenta de que ella iba desnuda, pero que llevaba toda una serie de implantes en la carne de sus brazos y vientre. Sus pechos parecían moverse de una forma extraña: lánguidamente, como si la gravedad no fuera la correcta allí.

—Hay tanto que tienes que aprender —dijo ella—. Ahora disponemos de espacio. La población de la Tierra es estable. Vivimos en Marte, en las lunas de los planetas exteriores, y nos encaminamos a las estrellas. Se han efectuado experimentos de descargar mentes humanas en la espuma cuántica.

—¿... Espacio para qué?

—Para la Anastasis. Tenemos intención de restaurar *todas* las almas humanas,

yendo hacia atrás hasta el inicio de la especie. Cada refugiado, cada niño abortado. Tenemos intención de enderezar el pasado, de derrotar la horrible tragedia de la muerte en un universo que puede durar decenas de miles de millones de años.

Qué maravilloso, pensó. Un centenar de miles de millones de almas, restauradas como las hojas de un árbol en otoño. ¿Cómo *sería*?

—Pero —dijo lentamente—, ¿serán la misma gente? ¿Yo soy *yo*?

—Algunos filósofos argumentan que es posible. La Identidad de los Indiscernibles de Leibniz nos dice que tú eres *tú*. Pero...

—Pero tú no lo crees.

—No. Lo siento.

Pensó en ello.

—Cuando seamos revividos todos, ¿qué haremos a continuación?

Ella pareció desconcertada por la pregunta.

—Bueno..., cualquier cosa que querramos, por supuesto. —Tomó su mano—. Ven. Kate te está esperando.

Cogidos de la mano, caminaron hacia la luz.

Posfacio

El concepto de un “visor del tiempo”, aunque venerable, ha sido explorado sólo muy ocasionalmente en la ciencia ficción..., quizá porque es mucho menos espectacular que el viaje en el tiempo. Pero ha habido un cierto número de notables obras sobre el tiempo, que van desde *The Vicarion* (1926) de Gardner Hunting hasta *Pastwatch: The Redeption of Christopher Columbus* (1996: *Observadores del pasado: La redención de Cristóbal Colón*, Ed. B) de Orson Scott Card. Uno de nosotros [Arthur C. Clarke] esbozó brevemente sus implicaciones en algunas de sus obras anteriores (*Childhood's End*, 1953 [*El fin de la infancia*, Ed. Minotauro], “The Parasite”, 1953 [“El parásito”, incluido en el volumen *Alcanza el mañana*, Ed. Ultramar]). Quizás el ejemplo más conocido —y el mejor— sea el clásico relato de Bob Shaw sobre el “cristal lento” que comparte nuestro título (1966; incluido en español en la *Antología no euclidiana I* de Ed. Acervo).

Hoy en día la noción tiene sus primeros atisbos de plausibilidad científica, ofrecidos por la física moderna, y una resonancia con nuestros propios tiempos, rodeados como estamos cada vez más por los aparatos de vigilancia.

El concepto de agujeros de gusano espaciotemporales está bien descrito en la obra de Kip Thorne *Black Holes and Time Warps: Einstein's Outrageous Legacy* (1994: *Agujeros negros y tiempo curvo*, Ed. Crítica). La proposición de que los agujeros de gusano pueden generarse “comprimiendo el vacío” ha sido planteada por David Hochberg y Thomas Kephart (*Physics Letters B*, vol. 268, págs. 377-383, 1991).

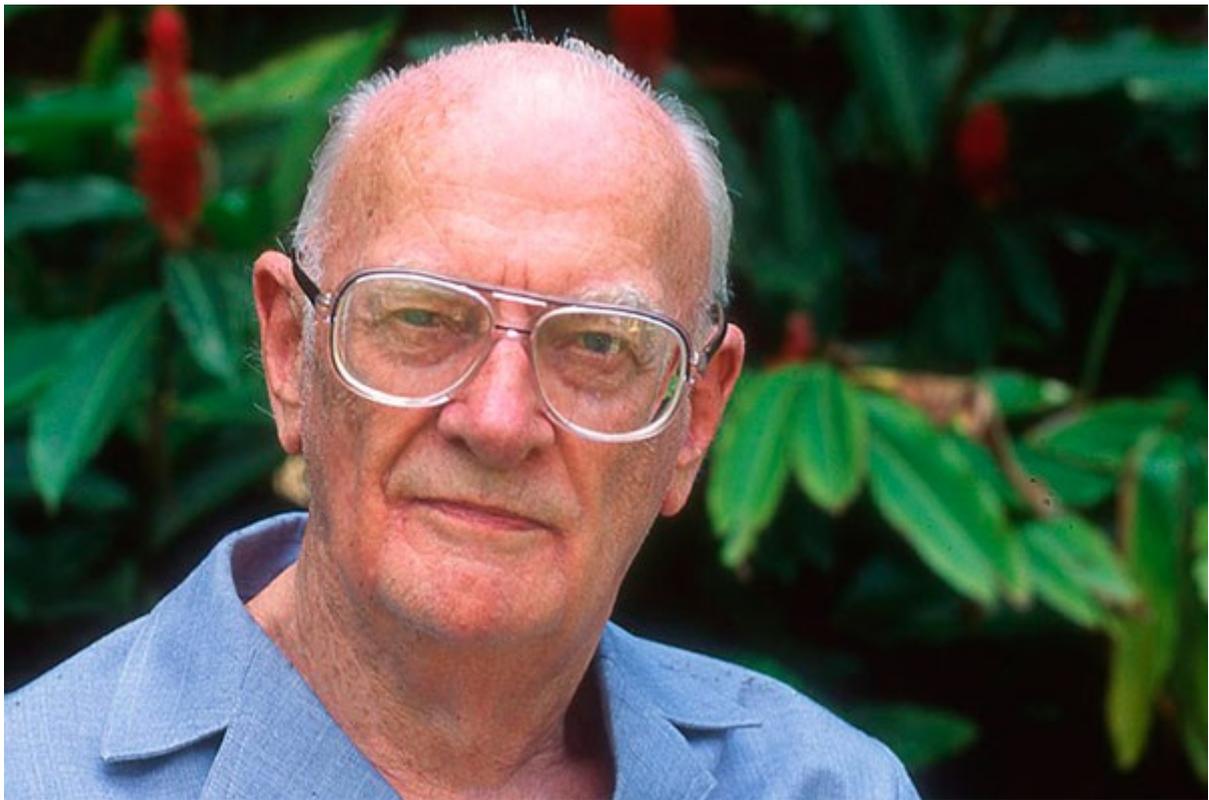
La muy especulativa y, esperamos, respetuosa reconstrucción de la vida histórica de Jesucristo ha sido extraída en gran parte de la espléndida biografía de A. N. Wilson *Jesus* (Sinclair-Stevenson, 1992). Como ayuda en los pasajes sobre Abraham Lincoln, los autores están en deuda con Warren Allen Smith, el corresponsal en Nueva York de *Gay and Lesbian Humanist* (Reino Unido).

La idea de que la Tierra primitiva se vio afligida por salvajes episodios glaciales ha sido propuesta por Paul Hoffman, de la Universidad de Harvard, y sus colaboradores (ver *Science*, vol. 281, pág. 1342, agosto de 1998). Y la noción de que la vida primitiva pudo haber sobrevivido a los primeros bombardeos encápsulándose a mucha profundidad está explorada, por ejemplo, en la obra de Paul Davies *The Fifth Miracle* (Penguin, 1998).

Hay que dar las gracias a Andy Sawyer, de la Colección de la Fundación de Ciencia Ficción de la Biblioteca Sydney Jones de la Universidad de Liverpool, por su ayuda con nuestras investigaciones, y a Edward James, de la Universidad de Reading, y a Eric Brown, por leer los primeros borradores del manuscrito. Todos los errores u omisiones son, por supuesto, responsabilidad nuestra.

Este libro, por su propia naturaleza, contiene una gran cantidad de especulación sobre figuras y acontecimientos históricos. Parte de ella está razonablemente bien

fundada en fuentes históricas actuales, parte oscila en los límites de las teorías respetables, y parte es tan sólo algo más que el resultado de la alocada imaginación de los autores. Dejamos al lector, como ejercicio, dilucidar cuál es cuál, con la seguridad de que es poco probable que se demuestre que estamos equivocados hasta la invención de la propia GusanoCámara.



ARTHUR CHARLES CLARKE (Reino Unido, 1917) nacido en Minehead, Somerset. Se dirigió a Londres tras terminar el colegio en el año 1936 para trabajar como auditor civil con HM Exchequer. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió como instructor de radar con la RAF (1941-6), ascendiendo a jefe de escuadrilla. Después de la Guerra ingresó en el King's College de Londres donde se licenció con honores en física y matemáticas. Reside en Sri Lanka desde 1956 entre otros motivos por su entusiasmo por el buceo.

El interés de ACC en los límites de la ciencia era evidente desde un principio. Fue presidente de la *British Interplanetary Society* en los años 1946-7 y 1950-53. Su primera historia de cf profesional publicada fue "Loophole" para ASF (abril de 1946), si bien su primera venta fue "Rescue Party", que apareció en ASF en mayo del mismo año. En sus primeros años como escritor utilizó en tres ocasiones el pseudónimo de **Charles Willis**, y en otra ocasión escribió como **E. G. O'Brien**. Estas cuatro historias aparecieron en revistas británicas entre 1947 y 1951. Cuatro de las primeras historias de ACC, escritas para fanzines, fueron reimprimas en *The Best of Arthur C. Clarke 1937-71*, y un poema y ensayo de 1930 apareció en *The Fantastic Muse*. También trabajó, en 1950, como consejero para el cómic *Dan Dare – Pilot of the Future* durante sus primeros seis meses.

Las historias más tempranas de ACC son CF de género, con una construcción neta, corrientemente en torno a una singular referencia científica, y acabadas frecuentemente en una cola con aguijón. Algunas son, sin embargo, pronunciadamente humorísticas. Sus dos primeras novelas fueron publicadas en

1951: *Prelude to Space*, que fue la 3ª Galaxy Science Fiction Novel, y *The Sands of Mars*. Ambas padecen la rigidez de la prosa que **ACC** posteriormente transformaría en un instrumento mucho más flexible. Estas obras son, en efecto, trabajos de propaganda optimista hacia la ciencia, centrados en problemas humanos más que mecánicos con un trasfondo sobre descubrimientos científicos. Fue la ciencia la que dio vida a la imaginación de **ACC**. Así *Islands in the Sky* (1952) siguió el mismo patrón, narrando la historia de un chico en una estación orbital.

Una nueva nota apareció en *Expedition to Earth* (1953) incluyendo la historia corta "The Sentinel", que ya había aparecido en 1951 en 10 Story Fantasy como "Sentinel of Eternity". Una historia simple pero cautivadora que narra el descubrimiento de un artefacto alienígena, creado por una raza avanzada millones de años antes, que yacía enigmáticamente encima de una montaña de la Luna. Varios años después esta historia se convirtió en la base de *2001: Odisea en el Espacio* (1968), cuyo guión fue escrito por **ACC** junto a **Stanley Kubrik**. La novelización de mismo título fue escrita por **ACC** a partir del guión una vez se hubo hecho la película.

Tras el éxito en 1968 de *2001: Odisea en el Espacio*, **ACC** se convirtió probablemente en el escritor de CF más conocido en el mundo, lo cual le brindó unos años más tarde, un contrato por sus tres próximas novelas que superaba cualquier cantidad pagada anteriormente en la publicación de CF. Estas novelas fueron *Rendezvous with Rama* (1973), *Imperial Earth: A Fantasy of Love and Discord* (1975; con 10000 palabras restauradas en 1976), y *The Fountains of Paradise* (1979). Todas fueron *bestsellers*, a pesar de la heterogénea crítica, aunque destacó *Rendezvous with Rama*, que ganó los premios Hugo, Nébula, John W. Campbell Memorial y British Science Fiction.

En 1987 cuando se otorgó el primer Premio Arthur C. Clark que recae cada año para la mejor obra de CF británica cuya primera edición corresponda al año anterior al trofeo. El premio, también cortesía de **ACC**, consta de una placa inscrita y 1000£.

ACC es patrón de la Fundación de ciencia-ficción, y ha recibido multitud de premios, incluyendo el Special Achievement Award de la Asociación de Exploradores del Espacio y el Nebula Grand Master Award en 1986. También ha presentado varios programas de TV, como la serie titulada Arthur C. Clarke's Mysterious World a comienzos de los 80.

Bibliografía seleccionada de Arthur C. Clarke

Diciembre de 2000

—Novelas

1951 Prelude to Space

_____ *Preludio al espacio, Edhasa — Nebulae n°25*

1951 Sands of Mars

_____ *Las Arenas de Marte, Edhasa — Nebulae 2ª n°9*

1952 Islands in the Sky

_____ *Islas en el cielo, Acme — Robin Hood del espacio n°2*

1953 Against the Fall of Night

_____ *La ciudad y las estrellas, Edhasa — Nebulae 2ª n°5*

1953 Childhood's End

_____ *El fin de la infancia, Minotauro*

1954 Expedition to Earth

_____ *Expedición a la tierra, Edhasa — Nebulae n°8*

1955 Earthlight

_____ *Claro de tierra, Edhasa — Nebulae 2ª n°12*

1956 Reach for Tomorrow

_____ *Alcanza el mañana, Ultramar — Ultramar Bolsillo n°81*

1957 The Deep Range

_____ *En las profundidades, Ultramar — Ultramar Bolsillo n°91*

1961 A Fall of Moondust

_____ *Naufragio en el mar selenita, Edhasa — Nebulae n°100*

1968 2001: A Space Odyssey

_____ *2001: Una odisea del espacio, Plaza & Janés — El Ave Fénix n°20*

1973 Rendezvous With Rama

_____ *Cita con Rama, Ediciones B — VIB n°17-1*

1975 Imperial Earth

_____ *Regreso a Titán, Ultramar — Ultramar Bolsillo n°45*

1979 The Fountains of Paradise

_____ *Fuentes del paraíso, Ultramar — Ultramar Bolsillo n°6*

1982 2010: Odyssey Two

_____ *2010: Odisea Dos, Ultramar — Ultramar Bolsillo n°14*

- 1986 Dolphin Island
 1986 The Songs of Distant Earth
 _____ *Cánticos de la lejana tierra, Ediciones B — VIB-17-4*
- 1987 2061: Odyssey Three
 _____ *2061: Odisea Tres, Plaza & Janés — Jet n°185-3*
- 1987 The Sands of Mars 1988 Cradle con **Gentry Lee**
 _____ *Cuna, Plaza & Janés*
- 1989 Rama II con **Gentry Lee**
 _____ *Rama II, Ediciones B — VIB n°17-2*
- 1989 The Songs of the Distant Earth
 _____ *Cánticos de la lejana tierra, Ediciones B — VIB n°17-4*
- 1990 Beyond the Fall of Night con **Gregory Benford**
 1990 The Ghost From the Grand Banks
 _____ *El espectro del Titanic, Plaza & Janés — Jet n°185-2*
- 1991 Beyond the Fall of Night con **Gregory Benford**
 _____ *Tras la caída de la noche, Ediciones B — VIB n°17-6*
- 1991 The Garden of Rama con **Gentry Lee**
 _____ *El Jardín de Rama, Ediciones B — VIB n°17-3*
- 1992 How the World is One
 _____ *El mundo es uno, Ediciones B — VIB n°17-5*
- 1993 The Hammer of God
 _____ *El martillo de Dios, Ediciones B — VIB n°17-8*
- 1993 Rama Revealed con **Gentry Lee**
 _____ *Rama Desvelado, Plaza & Janés — Jet n°185-3*
- 1996 Richter 10 con **Mike McQuay**
 1996 Richter Ten con **Mike McQuay**
 1997 3001: The Final Odyssey
 _____ *3001: Odisea Final, Plaza & Janés — Jet n°185-3*
- 1999 The Trigger con **Michael P. Kube-McDowell**
 2000 The Light of other Days con **Stephen Baxter**
 _____ *Luz de otros días, La Factoría de Ideas — Solaris Ficción n°7*

—Premios

- 1956 **Hugo** de relato corto por *The Star*
 1969 **Hugo** de novela por *2001: Una odisea del espacio*

- 1972 **Nebula** de relato corto por *A Meeting with Medusa*
1973 **Nebula** de novela por *Cita con Rama*
1974 **Hugo** de novela por *Cita con Rama*
1974 **Balrog** de novela por *Cita con Rama*
1974 **John W. Campbell Memorial** de novela por *Cita con Rama*
1974 **Locus** de novela por *Cita con Rama*
1974 **British SF** de novela por *Cita con Rama*
1979 **Nebula** de novela por *Las fuentes del paraíso*
1980 **Hugo** de novela por *Las fuentes del paraíso*
1985 **Hugo** de novela por *2010: Odisea Dos*
1985 **S. F. Chronicle** de novela por *2010: Odisea Dos*

***Fuentes consultadas para completar ambas bibliografías:** The Encyclopedia of Science Fiction de John Clute y Peter Nichols, Agencia del ISBN y Base bibliográfica de ciencia ficción y fantasía — www.ciudadfutura.com/libroscf.



STEPHEN BAXTER (Reino Unido, 1967), escritor que también ha firmado como **Steve Baxter** y **S. M. Baxter**. Nació y creció en Liverpool, estudió matemáticas en Cambridge y se doctoró en Southampton, tras lo cual trabajó como profesor de matemáticas y física y durante algunos años en el ámbito de las tecnologías de la información. Actualmente vive en Buckinghamshire y se dedica a escribir de manera profesional como única ocupación.

Comenzó a publicar c. f. en 1987 con “The Xelee Flower” para Interzone, que inició su historia del futuro, conocida como la serie de los xeele. Hasta el momento ha publicado más de una decena de novelas, comenzando con *Raft*, en 1991, en la que se colocó como un autor de sólida cf. Está considerado como la nueva estrella de la moderna cf.

Bibliografía de Stephen Baxter

Diciembre de 2000

—Novelas

1993 — Anti-Ice

_____Antihielo, Ediciones B (1998) — Nova nº119

1995 — The Time Ships

_____Las naves del tiempo, Ediciones B (1996) — Nova Éxito nº11

1996 — Voyage

1997 — Titan

1998 — Moonseed

1999 — The Fate Machine

2000 The Light of other Days con **Arthur C. Clarke**

_____Luz de otros días, La Factoría de Ideas — Solaris Ficción nº7

The Saddle Point Sequence

1996 — 1. Gaijin

1996 — 2. Saddle Point Dreamtime

1997 — 3. The Engine of Kimera

1998 — 4. Roughneck

Mammoth

1999 — 1. Silverhair

2000 — 2. Long Tusk

Manifold

1999 — 1. Time

Serie Xeelee

1987 — 1. The Xeelee Flower [como **S. M. Baxter**]

1991 — 2. Raft

1992 — 3. Timelike Infinity

1993 — 4. Flux

1994 — 5. Ring

1997 — 6. Vacuum Diagrams

—Premios

1996 — **Sideways** por *Voyage*

1996 — **John W. Campbell Memorial** por Las naves del tiempo

1996 — **British Science Fiction** por Las naves del tiempo

1996 — **Philip K. Dick** por Las naves del tiempo